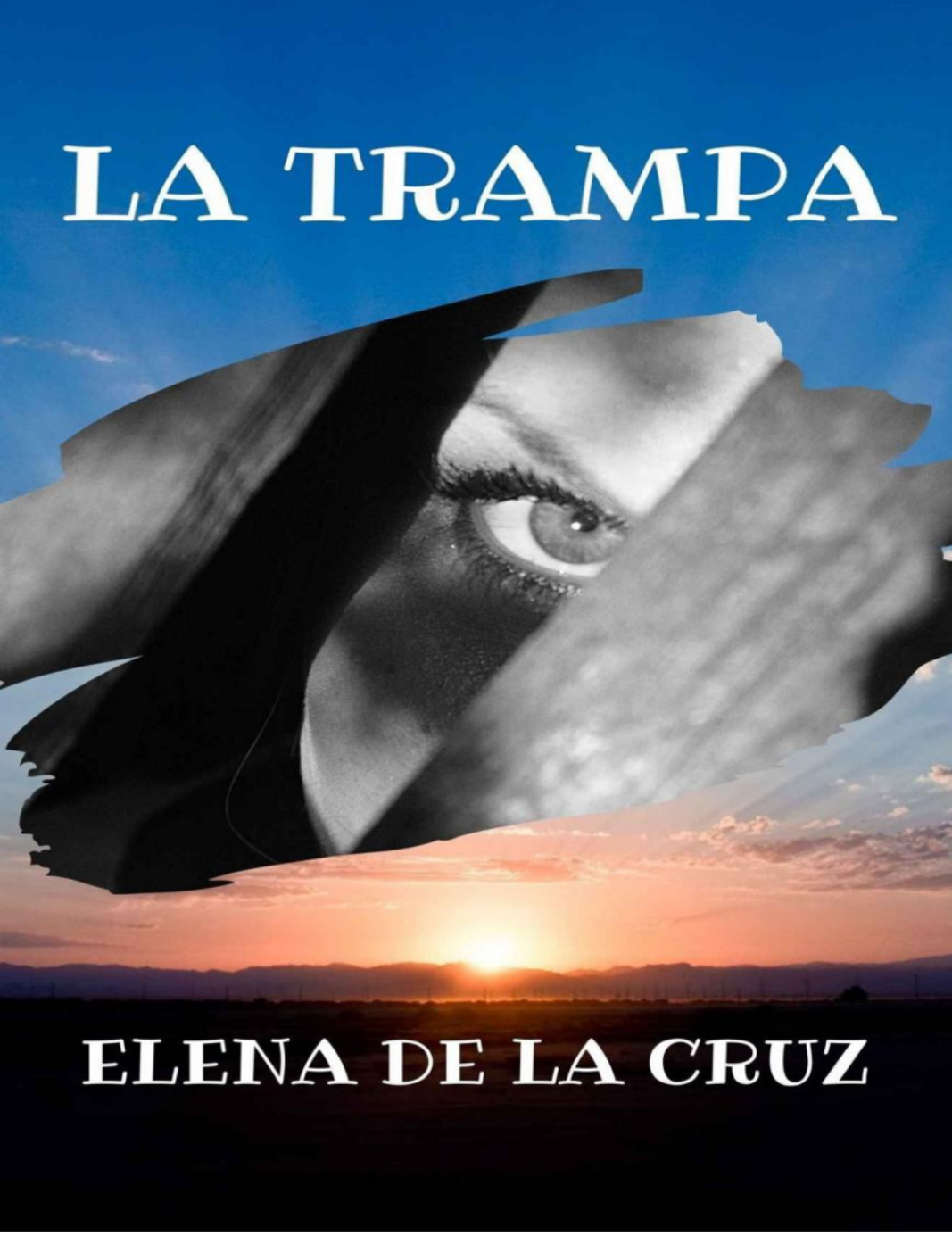
LA TRAMPA



ELENA DE LA CRUZ

LA TRAMPA

ELENA DE LA CRUZ

Marzo 2022
Derechos de autor ©Elena de la Cruz, 2022
Sello: Independently published
Fotos portada: Pixabay

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyrigth*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler público.

«Todos caemos en trampas de vez en cuando.
El problema es: algunas personas se enamoran de la trampa»

Paulo Coelho

«Recordar que vas a morir es la mejor manera que conozco para evitar caer en la trampa de pensar que tenemos algo que perder»

Steve Jobs

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Alguien ha intentado matar a Amy. Mientras pasa unos días en una cabaña de lujo en un famoso lago del estado de Maine, debido a su trabajo, es atacada. Por suerte, sobrevive.

Jay es un agente del FBI que está siguiendo los pasos de un asesino que se dedica a darle una pista antes de matar a su próxima víctima: solo una llamada y un nombre.

Amy era su siguiente objetivo, pero ahora se ha convertido en un cabo suelto y Jay quiere aprovechar la oportunidad para cazar a su agresor. Su función debe ser doble: proteger a Amy y que ésta sirva de anzuelo al asesino, utilizándola como una trampa.

Aunque no va a ser tan fácil porque, a pesar de la atracción instantánea que nace entre ambos…, Amy se resiste a seguir las normas de Jay.

PRÓLOGO

2011

Rebecca Tailor estaba muerta de miedo. No sabía si saldría viva de allí y tenía pocas esperanzas de que así fuera. Se encontraba amordazada, estirada sobre un camastro cochambroso y atada de pies y manos. Temblaba, por dentro y por fuera, adivinando que su final estaba próximo. La gentuza que la tenía allí retenida contra su voluntad no era de la que vacilaba a la hora de apretar el gatillo. Y ella no dudaba de que lo hicieran en breve si no conseguían lo que querían, lo cual no estaba en sus manos. Estaba completamente indefensa.

El matón, que custodiaba su prisión particular, la miraba con lascivia cada vez que asomaba la cabeza por allí, sin disimular lo que pensaba hacer con ella antes de cargársela y eso aún le daba más miedo que dejar de respirar. Ya le había insinuado lo bien que lo iban a pasar juntos. Imaginar a aquel cerdo baboso cerca de su cuerpo le producía una náusea amarga que se acumulaba en su garganta y le encogía el estómago. Prefería mil veces morir de un disparo limpio en la cabeza.

Rebecca cerró los ojos y suplicó, a nadie en particular, salir de allí por su propio pie, sabiendo que pedía un imposible. No tenía fuerzas para desatar sus manos y, aún si estuviera libre de amarres, aquella inmunda habitación solo tenía una ventana de la que no podía romper el cristal sin provocar un estropicio y alertar a sus captores. Cerró los ojos, un ligero mareo la acompañaba desde hacía horas y tenía que ir al baño con urgencia, pero no se atrevía a pedirlo, no fuera que aquel matón que vigilaba la puerta quisiera acompañarla. La incomodidad unida al terror la tenían acobardada.

Rebecca hizo un rápido repaso de su vida en aquellas largas horas. La verdad es que no había sido ninguna maravilla, pero vista desde la perspectiva de su situación actual le parecía el paraíso. Si por algún casual salía con vida de aquel lío, nunca más se quejaría de su existencia e intentaría mejorarla lejos de allí. Estaba metida en el infierno y cualquier perspectiva que no fuera la muerte sería mejor que lo que estaba viviendo.

Le dolía todo el cuerpo por la mala postura; las manos atadas ante ella y los tobillos doloridos debido a los esfuerzos para aflojar las cuerdas. Intentaba roer la soga de sus muñecas con los dientes y tenía el sabor del cáñamo en la boca, sin conseguir ningún resultado. La desesperación estaba inundando su ser, tenía ganas de gritar hasta

quedarse afónica.

Se estaba dando por vencida cuando unas voces airadas, una explosión y el intenso olor a humo la alertaron de que algo grave ocurría en aquel local. Si tenía alguna oportunidad de salir de allí, quizá fuera en ese momento… aunque nunca tuvo tan claro como entonces que había llegado su hora: de una forma u otra iba a morir.

1

Verano de 2019

Jay Kevins estaba agotado y sudoroso. Llevaban unas semanas infernales recorriendo la zona noreste de Estados Unidos, persiguiendo a un fantasma sin conseguir resultados. Un panorama desolador. Acababa de llegar a la escena del crimen, en un pequeño pueblo llamado Falmouth (en el estado de Maine), junto a su compañero Walter Payne, que hacía la misma cara de extenuación que, seguramente, lucía él. Mostraron sus credenciales a los policías locales que habían acordonado la zona y entraron en la casa con paso rápido. Jay sabía lo que iba a encontrarse, no tenía ninguna duda. Sería como un *dejà vu*.

La científica estaba tomando muestras y el forense examinaba el cuerpo de la mujer, que yacía sobre una cama ensangrentada y le hacía algunas fotografías.

—Supongo que ya estaba muerta cuando llegaron ¿verdad? —le preguntó al médico.

Al escuchar su voz y mirar hacía los recién llegados, el que parecía el jefe de los policías locales se acercó a grandes zancadas hasta Jay y Walter y los repasó de arriba abajo con un gesto agrio.

—¿Qué hacen aquí? ¿Quién los ha dejado pasar? —preguntó casi a gritos—. Esta es la escena de un crimen y la están contaminando ¡fuera!

Jay ya estaba acostumbrado a que aquellos paletos se dejaran engañar por su aspecto desaliñado y su barba de tres días, pero cuando no tienes tiempo ni de dormir porque un asesino no te da tregua tu aspecto personal no es algo prioritario. Aún así, tanto él como Walter, enseñaron de nuevo sus credenciales.

—¿FBI? ¿De Nueva York? —El policía frunció el ceño y los miró con desconfianza. Parecía que si no llevaban el traje puesto y el pelo engominado, no podían pertenecer al FBI—. Están fuera de su jurisdicción. No tienen nada que hacer aquí, perdone que se lo diga.

—Agente especial Kevins y agente especial Payne. Nada que perdonar, pero el caso es nuestro; puede llamar a la oficina de Nueva York si quiere. —Jay contestó con calma, no era necesario ponerse nervioso, en cada nuevo lugar les pasaba lo mismo, por lo que recitó la consabida retahíla para calmar al hombre—. Se trata de un caso que estamos investigando, creemos que el asesino de esta mujer es el mismo de otros anteriores, por lo que el caso nos pertenece. Afecta a varios estados y estamos trabajando en coordinación con las oficinas

de todos ellos, aunque su ayuda nos sería de gran valor, sargento.

Jay pensó que, como casi siempre ocurría, hacer sentir importantes a los policías locales y repartirse el mérito en caso de pillar al asesino, les compensaba. Él no buscaba los laureles ni quería medallas. Él quería pillar a aquel mal nacido que lo llamaba por teléfono antes de que cada nueva víctima perdiera la vida, para darle una pista y volverlo loco de ansiedad.

—Bien… —el tono del agente se transformó en aceptación, sabía que no tenía nada que hacer—. Voy a hacer esa llamada.

—¿Puedo hacerle unas preguntas primero, si no le importa? —le dijo Jay antes de que se alejara—. Tenemos un poco de prisa.

—Claro… —el policía miró de nuevo a Walter de reojo; su compañero, alto y grande como un armario, con el cráneo pelado y unos brazos de boxeador, daba un poco de miedo si no lo conocías. Nadie hubiera adivinado que era como un corderito en sus buenos momentos, aunque él ya estaba acostumbrado a que pareciera que se movía con un guardaespaldas a su lado.

—Por lo que veo es un tiro en el cuello ¿verdad? —preguntó Jay.

—Sí, a bocajarro en el lado derecho —Jay asintió como si esperara aquella respuesta.

—¿La víctima se llama Rose Allard? —preguntó Jay adivinando la contestación de antemano.

—¿Cómo lo sabe? Esa información no ha salido de aquí todavía.

—Esa información me la dio el asesino hace una semana, no imagina la cantidad de mujeres que hay con ese nombre. Llevamos buscando a esta mujer una semana. A todas horas y por todos los medios posibles. Una aguja en un pajar. El nombre ya está registrado en las bases de datos y por eso nos han dado el aviso. ¿Han encontrado algún testigo?

—No, de momento ninguno…

—La ruta de salida del asesino de la cabaña está clara ¿no? O la puerta o la ventana.

—Creemos que por la puerta, está forzada la cerradura y no es difícil. La ventana estaba abierta… es verano y hay personas a las que no les gusta el aire acondicionado.

—¿Huellas?

—Estamos en ello.

—En el momento de llegar a la escena del crimen ¿Estaban las luces encendidas? ¿Las persianas subidas? ¿Olía a algo especial? ¿Algún indicio de agresión sexual?...

—Tendrá el informe de todos esos datos en breve, uno de mis hombres lo está documentando todo —Jay pensó que a lo mejor aquellos hombres aún le servían de algo.

Jay repasó mentalmente el recorrido que llevaban hecho en los

últimos dos meses: Nueva York, Boston, Filadelfia, Buffalo, Albany… y ahora Falmouth… a este paso llegarían a Canadá.

—¿Acaso sabe quién es el asesino? —el policía abrió mucho los ojos, mirando a Jay como si fuera un bicho raro.

—¡Por supuesto que no! pero al hijo de puta le ha dado por avisarme de lo que va a hacer, creo que está jugando conmigo a una especie de juego macabro. No tengo ni idea de por qué me ha escogido para torturarme, pero lo averiguaré. Voy a pillarlo, solo he de tomar la delantera. —Jay notó la mirada escéptica de Walter, que no había abierto la boca y se encogió de hombros. Las cosas estaban difíciles y ambos lo sabían.

Antes de que el policía les hiciera más preguntas, sonó el móvil de Jay. Al mirar la pantalla, puso los ojos en blanco y se la enseñó a Walter.

—¡Mierda! El jefe… —musitó Walter, mientras Jay contestaba.

—Hola Ron… sí, hemos llegado y el modus operandi parece el mismo. Tiro a bocajarro en el lado derecho del cuello… aún no tenemos el dato del arma, acabamos de llegar, pero seguro que vuelve a ser una Glock de 9 mm.

Jay se quedó escuchando, su jefe estaba bastante harto del gasto que suponía viajar tras un asesino y no lograr ningún resultado. Igual se pensaba que estaban de vacaciones y el caso es que Jay tenía pensado pedirle más efectivos, aunque Ron se dedicaba a tocarle las pelotas. Walter y él no podían llegar a todo.

—Me estáis destrozando el presupuesto de este año y aún me pides más ayuda. —Jay se apartó el aparato del oído, su jefe tenía un vozarrón que lo ensordecía.

—¡¿Y qué más quieres que hagamos si estamos solos?! —Jay tenía un límite y lo estaba rozando—. Te lo vuelvo a repetir, Ron; si quieres resultados necesito, al menos, a dos personas más para que ayuden en el trabajo de investigación de datos, llamen por teléfono, interroguen a posibles testigos y mil cosas más. Con el trabajo de campo no damos abasto.

—¿Y los policías locales? Ellos pueden ayudar ¿no? —le contestó Ron, reacio a ceder—. Podéis pasarles las tareas más pesadas. No quieras venderme que estáis solos en esto, hay mucha gente trabajando en ello. En todas las ciudades por las que habéis pasado tras el rastro del asesino, tenemos efectivos que siguen investigando

—Ya lo hacemos, pero los locales no tienen los mismos medios que nosotros, ni son expertos en rastrear llamadas, dirigir drones o indagar en determinados datos. Perdemos más tiempo dándoles acceso y enseñándoles a usarlos que si lo hacemos nosotros. ¡Quiero que me envíes a Owen y a Mary, o no conseguiremos cazarlo y evitar que siga asesinando! —el tono de Jay ya era de cabreo, estaba harto de luchar

contra un fantasma sin los medios suficientes.

Se hizo el silencio y Jay esperó su respuesta. Si no le concedía lo que pedía se lo iban a llevar los demonios. Pero, por una vez, Ron escuchó sus súplicas.

—De acuerdo, en un par de días te envío a Owen y a Mary, pero quiero resultados ¡Ya! Los periodistas empiezan a acosarnos, se están dando cuenta de que estos crímenes son parecidos y están como un perro tras un hueso. Han empezado a especular sobre un asesino en serie y eso provoca alarmismo. Sin hablar de las llamadas que recibo del alcalde de Nueva York. No queremos que cunda el pánico ¿de acuerdo? Si se os acerca alguno huid de ellos como de la peste. ¿Dónde os vais a instalar?

—Nos quedamos aquí a investigar la última muerte, pero si nuestro amigo se comporta como lo ha hecho las últimas veces no tardará mucho en llamarme de nuevo. A ver si esta vez consigo hacerlo hablar más y localizáis la llamada de una puta vez —contestó Jay.

—El cabrón lo tiene controlado y se mueve rápido, tarda pocos segundos en dar la información y cuelga. Y son teléfonos de prepago, eso hemos podido comprobarlo —contestó Ron con un sonoro suspiro —. Llamadme ante cualquier avance.

—Sí, jefe —contestó Jay— y no te olvides de enviarnos a Owen y Mary cuanto antes, ¡diles que los echamos de menos!

Jay colgó y junto con Walter realizaron todas las preguntas que necesitaron al forense y a los de la científica, para constatar que se trataba de la persona que buscaban. Hacía una semana que investigaban para localizar a esa mujer sin conseguir encontrarla, igual que había ocurrido las semanas anteriores con las otras víctimas. Además no tenían un patrón, ni un motivo, ni un móvil, solo el disparo en el cuello. Walter parecía estar leyendo sus pensamientos.

—Esto no tiene ningún sentido. Ahora la víctima ha sido una mujer rubia de cincuenta y tres años, el anterior un hombre de treinta que trabajaba de fontanero; en Nueva York la mujer era morena, de cuarenta años y clase muy alta; en Boston un tipo de sesenta años que malvivía en una especie de choza… no se parecen en nada, no tienen nada en común… —Walter parecía hablar para sí mismo, con los brazos cruzados y la mirada perdida en la mujer que seguía sobre la cama, mientras le examinaban las uñas.

—Te equivocas, tienen en común a su asesino —le contestó Jay— y me juego el cuello a que hay algo más, aunque aún no sabemos qué es. No es aleatorio, de eso estoy seguro. Si no fuera porque el asesino me avisa, ni siquiera hubiéramos relacionado los crímenes. Por alguna razón quiere que sepa que los mata él, pero no los conozco de nada. Necesitamos poner orden a todos los datos que conocemos y rascar a fondo… encontraremos la conexión y debería ser pronto. No debería

morir nadie más. Cada nueva víctima me pesa como si lo hubiera hecho yo.

Walter le palmeó la espalda. A Jay no le dio tiempo a decir más, su móvil volvió a sonar. Cuando miró la pantalla y vio la palabra «desconocido», un hormigueo le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Sabía quién estaba detrás de aquella llamada. Sabía que controlaban su móvil desde las oficinas del FBI de Nueva York. Pero no pudo evitar que le temblaran las manos al pulsar el símbolo verde para escuchar de nuevo esa voz manipulada de forma artificial.

—Diga…

—¡Hola, Kevins! ¿Te ha gustado tu regalo? —esa voz casi metálica le erizó el vello de la nuca—. ¿Preparado para tu siguiente sorpresa?

—¡Déjate de juegos, imbécil! —Sabía que esa no era la manera, debía calmarse y hacerle hablar, pero lo sacaba de quicio. Respiró hondo intentando serenarse—. Si quieres seguir jugando conmigo sin tener tanta ventaja tienes que darme más datos. Solo un nombre no me vale, sabes que no puedo conseguir llegar antes si no me das algo más. Demasiado fácil para ti ¿no? La carrera debería ser justa.

—Está bien. —Una siniestra carcajada hizo que Jay casi tirara el móvil contra la pared—. Se llama Amy y va a estar en… un lago. ¡Click!

Y ya está. El asesino colgó (de nuevo), no tuvieron tiempo de localizar la llamada y a Jay le entraron ganas de gritar por la frustración. Walter le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo, amigo. Volvemos a empezar. Quizá esta vez tengamos más suerte.

—No tenemos nada, tío ¿Qué mierda de ayuda es «Amy y un lago»?

2

Amy Newman estaba feliz. Había viajado desde Portland (donde residía, en el estado de Maine) hasta Long Lake, un lago de unos 18 kilómetros cuadrados creado por el retroceso de los glaciares y plagado de calas y rocas. Había sido un día muy fructífero para su pequeña empresa de paisajismo, *Design Garden,* y estaba pletórica pensando en los beneficios que iba a conseguir. El negocio que acababa de cerrar, y del que solo faltaba la firma, iba a salvar a su pequeña empresa.

La acompañaba su amigo Neil Merrycks, aunque técnicamente era su empleado; pero su relación era muy buena y duraba ya varios años, por lo que su amistad solía prevalecer sobre el pobre organigrama que ella le daba a su empresa, casi sin jerarquías. Al fin y al cabo solo tenía siete empleados. Pocos, pero bien avenidos, casi como una familia.

Design Garden se dedicaba al paisajismo y diseño de jardines. En la zona del lago más occidental había una enorme explanada, ocupada por un camping de lujo, donde predominaban las cabañas y *bungalows* de alto *standing*. Los alrededores, a pesar del cuidado de algunos jardineros, se habían ido deteriorando; la cantidad de bosques cercanos iba expandiéndose y comiendo terreno y las malas hierbas estaban invadiendo la zona. Todo el entorno de las cabañas necesitaba con urgencia una renovación.

Y justo ahí entraba su empresa. Ellos se ocuparían de utilizar su ingenio y su visión espacial para diseñar un entorno mágico para aquellas preciosas cabañas. De hecho, habían ocupado la mayor parte del día en mostrar a sus clientes, los dueños del complejo, una presentación virtual de cómo quedaría la zona una vez hubieran trabajado en ella. Utilizaron una iluminación especial, tuvieron en cuenta el análisis del suelo realizado con anterioridad, elaboraron bocetos de las primeras propuestas y ese día, por fin, habían hecho su presentación y habían conseguido el trabajo. Los dueños, Maggie y Donald Perkins, estaban entusiasmados con el resultado. Para su pequeña empresa sería un esfuerzo importante y un gran logro.

Incluso se habían presentado un par de periodistas de la televisión local para dar la noticia de la reforma que se iba a llevar a cabo en el camping de lujo. El complejo era muy conocido en la zona y entrevistaron a los Perkins. Incluso a ella y a Neil les hicieron algunas preguntas sobre cómo iba a quedar aquel entorno una vez remodelado y restaurado. A Amy no le gustaba nada que la enfocara ninguna cámara, pero cedió por no hacerles un feo a los dueños, al fin y al cabo eran los que iban a soltar la pasta y fueron solo tres o cuatro

minutos de grabación.

Ya era tarde, Amy estaba exultante y tomaba una copa en ese momento con Neil, antes de retirarse a una de esas cabañas para pasar la noche.

—Jefa, ha sido un exitazo. —Neil levantó su copa para brindar otra vez—. En cuanto volvamos a Portland deberíamos celebrarlo con todos los demás.

—¡Claro que lo haremos! —Amy empezaba a notar los efectos del alcohol, pero estaba tan contenta que le daba igual, así dormiría del tirón—. La verdad es que este trabajo nos ha salvado el cuello, Neil, ya lo sabes. La cosa no estaba como para tirar cohetes, hemos tenido mucha suerte. Me daba mucho miedo tener que prescindir de alguien por no poder pagarle el sueldo.

—No te quites mérito, Amy. —Neil le guiñó un ojo y pensó en por qué nunca se decidía a dar un paso más con ella. Suponía que el hecho de ser su jefa, lo frenaba en ese aspecto. Eso y el intento que hicieron una vez y que se quedó en nada. Amy decidió que no había química y quizá tuviera razón—. Lo hemos hecho genial y esa gente ha sabido apreciar un buen trabajo. En cuanto firmemos mañana podemos empezar a enviar a los técnicos y a los operarios. ¡Manos a la obra! Y nosotros a buscar al próximo cliente.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —contestó Amy—. Mañana todavía nos queda otra reunión y la firma del contrato y después podemos volver a Portland, tenemos aún mucho que hacer antes de enviar a los jardineros.

—¿Quieres dormir en mi cabaña? —a Neil le salió la pregunta sin titubear, con un sugerente tono de voz, y Amy lo miró con los ojos abiertos como platos y se echó a reír a carcajadas.

—¡Pero qué ocurrencias tienes, Neil! —Amy seguía riendo y a Neil le salieron los colores debido a la incomodidad. Vista la reacción de ella, mejor tomárselo a broma—. No sabría ni por dónde empezar contigo, ¡sería como acostarme con mi hermano! Ya sabes que hace mil años nos dimos unos cuantos besos y no funcionaron.

—Vale, vale… —Neil se llevó una mano a la cara y se tapó los ojos; mejor arrinconar su metedura de pata—. ¡Olvídalo! Solo era una broma…

Amy se levantó del taburete y se colocó su bolso en bandolera. Estaban en el bar-restaurante de la zona de las cabañas y la suya estaba algo alejada. Hacía mucho calor esos días, pero a esa hora era cuando mejor se estaba en el exterior.

—Te acompaño, yo también me voy a dormir —Neil salió con ella y Amy se apoyó en su hombro, caminaba algo tambaleante. Igual había bebido más de la cuenta.

Pasearon en dirección a los habitáculos. Durante un trecho

bordearon el lago, donde el reflejo de la luna le daba al agua un tinte plateado, y después se internaron en la parte más boscosa. La iluminación era escasa, para no molestar, y daba al espacio circundante un aire algo fantasmagórico. Las cabañas estaban numeradas, ya que muchas eran idénticas y hubiera sido fácil equivocarse. Amy tenía la número 17 y Neil la acompañó hasta la puerta antes de dirigirse a la suya, algo más alejada.

—Que duermas bien —le dijo dándole un beso en la mejilla y mirándola con anhelo, ese que debería seguir reprimiendo, vista la hilarante reacción de Amy—. Nos vemos mañana a las ocho para desayunar.

—Vale, hasta mañana Neil —Amy le dio unos golpecitos en el brazo, le guiñó un ojo, entró en su cabaña y cerró la puerta.

Amy intentó no ponerse nerviosa, pero el solo hecho de cerrar puertas lo conseguía. Sufría de claustrofobia desde hacía años y no soportaba sentirse encerrada. Aquel espacio, a pesar de ser lujoso, no era muy grande. Por otro lado, dejar las ventanas abiertas le daba sensación de desprotección, pero prefería eso que no poder dormir debido a la ansiedad. Amy se dirigió a la preciosa habitación de madera, pasó por el baño para desmaquillarse y cepillarse el pelo, se desnudó y se puso una camiseta de tirantes para dormir. Se miró en el espejo y la imagen que se reflejó le hizo sonreír. Estaba feliz por el logro conseguido aquel día y eso hizo que se felicitara a sí misma a través del espejo. Su melena pelirroja parecía brillar más y sus ojos verdes destellaban fulgurantes por efecto del alcohol.

Se estiró sobre la cama y dudó en dejar la luz de la lámpara de la mesilla encendida, pero era demasiado intensa y le acabaría molestando. Se fijó en que, hasta el diseño de la lámpara era precioso. Tenía un pié de hierro forjado en forma de candelabro y una tulipa de cristal translúcido, de varios colores, imitando un vitral. Al apagar la luz artificial pudo apreciar que la de la luna se colaba a través de la ventana abierta y las cortinas blancas se ondulaban debido a la ligera brisa que mejoraba la temperatura de aquella calurosa noche de verano. No pudo evitar pasar casi media hora haciendo ejercicios de respiración para controlar su ansiedad. Visualizar espacios abiertos la ayudaba a calmar su fobia. Eso solía funcionar bastante bien y era una forma de eludir los fármacos. No se libró de dar unas cuantas vueltas más antes de conciliar el sueño, la puerta de la habitación estaba abierta de par en par, lo mismo que la ventana, por lo que la sensación de falta de aire se fue diluyendo a la vez que llegaba el adormecimiento.

*****

Se despertó sobresaltada. No sabía cuánto tiempo hacía que se

había dormido pero algo, que en ese instante ignoraba, había puesto en alerta todos sus sentidos. Mantuvo los ojos cerrados y su oído vigilante. Notaba una presencia cercana como si la estuviera observando con los ojos bien abiertos. Olía algo. Durante un momento se preguntó si estaría soñando y por eso sentía aquel miedo visceral, pero se pellizcó la mejilla con la mano que tenía bajo la cara y supo que no era ninguna pesadilla. O sí, pero real.

Un crujido del suelo de madera hizo que Amy dejara de respirar. No se atrevía a moverse, pero ahora estaba segura de no estar sola y no le hacía ninguna ilusión tener compañía a esas horas. El ruido le pareció que provenía del exterior de la habitación, pero había dejado la puerta abierta de par en par, o sea que quien hubiera entrado en la cabaña podía hacerlo en la habitación en un par de zancadas. Decidió que, fuera quien fuera, no quería que la pillaran desprevenida en la cama. Entreabrió los ojos rayando el pánico. Estaba tumbada de lado, de cara a la puerta y, debido a la poca luz exterior que se colaba por la ventana, pudo adivinar una sombra en la penumbra. Era un hombre grande. ¿Un ladrón?

El corazón de Amy se aceleró en una carrera sin freno, ocupando todo su cuerpo. Los latidos reverberaban en sus sienes, en su vientre, en todas partes y la explosión de adrenalina le dio el empuje para decidir moverse. Tenía que hacer algo. Con mucho cuidado de no hacer ruido fue retirando su cuerpo hacia atrás para salir de la cama. Por suerte hacía calor y no estaba tapada con la sábana. Sacó primero sus piernas y su trasero sin perder de vista aquella sombra que parecía avanzar muy lentamente ¿habría oído cómo se movía? Pensó que a lo mejor el hombre también veía su sombra, pero no tenía más opción que intentar defenderse. De forma optimista intentó suponer que era un tipo que se había equivocado de cabaña, pero no llegó a creerse esa opción ni un segundo. Demasiado sigiloso. Nadie se colaba en una habitación, por la noche y a oscuras, con buenas intenciones. Consiguió poner sus rodillas en el suelo y descender el resto de su cuerpo hasta estirarse en el suelo, justo entre la cama y la ventana. Ya no veía la sombra, pero notó su presencia y escuchó sus pasos cautelosos. Encogió sus piernas y se hizo un ovillo. Su cuerpo temblaba como una hoja con el viento y un gemido estuvo a punto de escapar de su garganta.

Entonces notó el pie del tipo que topaba con los suyos y supo que estaba perdida. El hombre gruño, y en un segundo se agachó, la agarró de un brazo y estiró de él con fuerza para levantarla.

—¡Levántate! —La voz grave sonaba cerca de su oído—. Ya te tengo…

Amy se revolvió, intentó darle un codazo y salir corriendo, pero el tipo era fuerte. Con una mano le rodeó la cintura con firmeza,

poniendo su cuerpo delante del suyo y con la otra apuntó en su cabeza con un arma, indicándole que no se moviera ni gritara o dispararía. Amy estaba segura de que aquella sensación de metal frío en su sien era una pistola, el tipo no la estaba engañando. Empezó a gimotear repitiendo como una letanía «no me hagas daño», una vez tras otra, mientras el hombre paseaba en cañón de la pistola desde su sien hasta su cuello y lo hundía con fuerza en su piel.

Amy no quería morir y le vino a la mente la lámpara con el pie de hierro. Seguían a oscuras, pero ella estaba al lado de la mesilla. No supo más tarde cómo consiguió el valor necesario para enfrentarse a aquel monstruo, pero en un segundo logró clavar su codo en el estómago de su agresor, coger la lámpara al vuelo a la vez que la pistola caía al suelo y golpearle en la cabeza con el pie de la lámpara. La sorpresa jugó a su favor. Los dos cayeron al suelo en el pequeño espacio entre la cama y la pared y, en medio del forcejeo, el hombre consiguió darle un puñetazo en la cara que casi la dejó sin sentido. Amy lo tenía casi encima y echó la cabeza hacia adelante con todas sus fuerzas, impactando con su frente en la cara del hombre, que aún no había conseguido ver. En ese momento aprovechó para volver a darle con la lámpara en la cabeza y el cristal se hizo añicos. Amy gritaba con toda la fuerza de sus pulmones y se empezaron a encender algunas luces de otras cabañas. El intruso, al ver que su ataque se había descontrolado y que pronto alguien entraría en la cabaña, se levantó apartándose de Amy, cogió su pistola del suelo y antes de salir disparó a ciegas, con el silenciador puesto. Amy notó como si una avispa muy cabrona le acabara de picar en el brazo, a la vez que el hombre salía corriendo. Creyó escuchar que volverían a verse.

Amy se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la pared, se abrazó a sus rodillas y empezó a llorar a moco tendido dejando salir la tensión acumulada. ¿Qué había pasado allí? ¿Se había acabado la tranquilidad en su vida? Quiso convencerse de que solo era un ladrón y respiró hondo para acercarse a su móvil y llamar a Neil. Era difícil porque las manos le temblaban y estaba mareada.

Varias personas, que se hospedaban en el complejo, alertadas por los gritos de Amy, salieron al exterior para investigar que ocurría. Se corrió la voz de que un ladrón merodeaba por la zona. Alguien avisó a la policía y Neil llegó enseguida e irrumpió en la cabaña para socorrer a Amy.

—¿Qué ha pasado? —se asustó al ver su precioso rostro magullado. Tenía un golpe en el pómulo, un corte en una ceja y otro en la mano, que sangraba profusamente. La lámpara se había hecho añicos y un trozo de cristal se le había clavado en la palma. El brazo izquierdo también sangraba, parecía un arañazo algo profundo.

—Creo que era un ladrón, ha… ha entrado en la habitación y me

he defendido. —Amy no quería entrar en detalles, estaba atemorizada, pero sobre todo porque el hombre le había dicho que volverían a verse. No quería creerlo.

—Lo primero es ir al hospital, seguro que después la policía querrá hablar contigo —le dijo Neil mientras la ayudaba a levantarse—. Vamos, ponte algo de ropa y te llevo, hay que desinfectar esas heridas.

Al pensar en que tendría que hablar con la policía, a Amy se le hizo un nudo en el estómago. No le apetecía que la interrogaran y los policías no eran sus personas preferidas en el mundo. No podía dejar de preguntarse por qué cuando algo le salía bien, siempre alguna otra cosa se torcía. ¿Siempre iba a ser igual?

Se dejó acompañar por Neil sin olvidar en ningún momento a aquel tipo, al que no había podido ver. Lo mejor sería cumplir con lo que había ido a hacer allí, firmar el contrato y volver a Portland lo antes posible. En ese momento fue consciente de que las heridas empezaban a doler mucho, sobre todo el brazo.

3

Llevaban tres días buscando el nombre de todas las «Amy» que habitaban los alrededores de todos los lagos de la zona noreste del país. Eran cientos y estaban desesperados. Sabían que una de ellas iba a morir y Jay se sentía impotente ante la imposibilidad de salvar de su destino a la siguiente víctima. Estaban instalados en un hostal de Falmouth, el pueblo de residencia de la última muerta. Desde allí se iban enterando de las últimas novedades de la investigación desde los distintos puntos por donde había pasado el asesino. Era una tontería buscar otro centro de operaciones mejor, cuando lo más probable era que una nueva llamada los hiciera salir corriendo hacia otro lugar. Nunca sabían cuál sería su siguiente destino. De momento tenían unos días de margen, pero pasaban volando y sin progresos importantes.

—¿Qué hay de nuevo? —Preguntó Jay a Mary—. ¿Algún avance?

Ella y Owen habían llegado hacía un par días y estaban siendo de mucha ayuda. Al menos Ron había cumplido su palabra y les había enviado a sus compañeros con presteza. Aparecieron con una furgoneta espía para pasar desapercibidos, aunque en un pequeño pueblo como aquel, un vehículo de ese tamaño no pasaba inadvertido y todos sabían ya que pertenecía al FBI. Se les veía como a un elefante en una cacharrería. Pero, lo cierto, es que aquel medio de transporte podía ser útil en algún momento; tenía pantallas LCD, grabadoras de video y sonido, sistemas de comunicación, acceso a muchas bases de datos… A pesar de que los de la Unidad de Análisis de Conducta siempre decían que aquellos equipos eran piezas claves dentro del entramado y los parámetros de actuación de los asesinos en serie, a los agentes especiales del FBI les encantaba viajar con toda aquella parafernalia. En más de una ocasión habían ganado tiempo y, en la persecución de un asesino, un minuto puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. La especialista en darle a las teclas y encontrar cualquier cosa que se escondiera en la red, era Mary. Ante todo era una agente del FBI, pero su segundo nombre era "*hacker*". A Owen tampoco se le daba mal, aunque prefería elucubrar posibles teorías en base a los datos y pruebas con los que contaban. Barajaba todas las hipótesis por inverosímiles que parecieran. Su cabeza era una máquina de generar tormentas de ideas a una velocidad asombrosa. Y de vez en cuando, para aclararse, le gustaba desaparecer en su moto, por lo cual también la había llevado con él.

—Bueno… tengo algo, aunque puede no significar nada. He encontrado un punto en común entre dos de las víctimas —contestó Mary—. Tanto Rose Allard, la última, como Tom, el fontanero asesinado en Albany, tenían deudas de juego. Por lo que he podido

comprobar, sus cuentas bancarias estaban en números rojos y en sus correos electrónicos hay algún aviso de moratoria de la deuda con aumento de los intereses. Igual nos agarramos a un clavo ardiendo, pero es la única similitud, de momento.

—¿No se puede rastrear el origen de esos correos? —le preguntó Walter.

—Imposible, chiquitín —dijo Mary y le lanzó una sonrisa a Walter, con el que siempre intentaba coquetear sin obtener resultados visibles a ojos ajenos—. Están enviados desde espacios públicos, con conexión VPN y desde el navegador de Internet TOR. El capullo que los envió quería proteger su identidad y sabe lo que se hace, eso está claro.

—En la autopsia de Rose Allard no han averiguado nada distinto al resto de víctimas, un tiro limpio en el cuello, a bocajarro y con una Glock 9 mm, justo lo que imaginábamos, en eso no nos da sorpresas, pero seguimos encallados. —Jay resopló harto de aquella situación, sabía que su móvil sonaría otra vez en pocos días—. Owen ¿alguna de tus teorías que tenga un mínimo de sentido?

Owen miró su ordenador muy concentrado, pasó varias pantallas, se mesó el cabello y frunció el ceño antes de contestar.

—Bien, con los datos de las autopsias no hay mucho por dónde indagar. Si resulta ser un asesino en serie, no cumple con los cánones que nos indican los expertos. Sí se corresponde con el hecho de tener un buen número de víctimas encadenadas y sabemos que es el mismo asesino porque te llama para darte la información del nombre del siguiente fiambre. Aunque quizá sea un lobo con piel de cordero que no se dedica a dejar pistas rituales ni jeroglíficos. Podría ser solo una venganza. La cosa es… ¿Por qué te llama a ti? Tiene que estar relacionado con algún antiguo caso tuyo. Si averiguamos eso entenderemos las conexiones ¿Cuánto hace que trabajas en el FBI?

—Catorce años, entré en la agencia con veintitrés y que sepas que no me has dicho nada que no supiera, listo —contestó Jay acercándose a la ventana y mirando al exterior—. He revisado casi todos mis casos por encima, pero son demasiados como para meterse a fondo ¿Sabes a la cantidad de malnacidos que he metido entre rejas y el arsenal de odio hacia mi persona que he generado durante mi trayectoria? ¡Ni te lo imaginas, tío! Es como buscar una aguja en un pajar. Podría ser cualquiera de ellos. De momento deberíamos investigar a los que han salido de la cárcel.

—Pues creo que ahí está el origen, no sé en base a qué elige a las víctimas, pero que quiere joderte a ti, está claro —dijo Owen y Walter asintió.

—Es verdad y además juega contigo al gato y al ratón —Walter se pasó la mano por la calva y dejó la mano en su nuca mirando hacia el techo—. El cabrón te dice un nombre que no nos sirve de nada y, esta

vez, te da un dato extra, te dice lo del lago que está siendo algo completamente estéril ¿Qué mierda pretende?

En ese momento sonó el móvil de Jay. Vibró dentro del bolsillo de su pantalón y lo cogió inspirando con fuerza.

—Ponernos nerviosos —contestó Jay mirando la pantalla— es Ron ¿Qué querrá ahora? Dime.

—Hola Jay, acabamos de recibir una llamada de la policía local cercana a Long Lake, en concreto desde Naples, el asesino sigue actuando en el estado de Maine. Habíamos dado el aviso de que se informara al FBI de cualquier asesinato de una mujer llamada Amy de cualquier edad. Tenemos una, se llama Amy Newman. ¿Adivinas cómo ha muerto?

—¿Un tiro en el cuello? —preguntó Jay con ganas de ponerse a gritar—. ¡Joder! ¡Cada vez tarda menos en matar! Tenemos que acabar con el bastardo como sea.

—¡Eso es lo que os estoy pidiendo desde hace semanas! —El vozarrón de su jefe le hizo apartarse el móvil de la oreja—. ¡Somos el FBI! Si no lo solucionamos nosotros ¿Quién creéis que lo va a hacer? ¡Salid para allí a toda pastilla y no os atreváis ni a mear hasta que esto no esté resuelto!

Ron colgó y todos se miraron consternados, aquel caso cada vez estaba peor.

—Vamos a recoger y todos a la furgo —dijo Jay— ¡en marcha!

*****

Aún era pronto y no estaban demasiado lejos, llegarían en poco más de una hora en la furgoneta. Jay iba repitiendo en su cabeza el nombre de Amy Newman. Igual que le ocurrió con las víctimas anteriores, su nombre no le decía nada. Pero era una mujer que ayer estaba viva y que ellos sabían desde hacía tres días que moriría. Y no habían podido evitarlo. Cada vez que le tocaba mirar el rostro destrozado de un nuevo cadáver se desesperaba y, por mucho que lo intentara, el cabrón les llevaba ventaja.

Los intentos de la policía científica por encontrar ADN del asesino habían sido infructuosos hasta el momento. Debía ir bien protegido o no estaba fichado. En los lugares que habían encontrado algún pelo o huella que no era de la víctima, nunca habían localizado su procedencia en las bases de datos de la policía, el FBI o la Interpol. Y eso eran muchos datos que cotejar.

Al llegar a la zona de las cabañas de Long Lake, todos pensaron lo mismo: aquel lugar parecía ideal para unas vacaciones, no para trabajar.

—Esto es precioso —dijo Mary observando el entorno a través de la ventana—. No me digáis que no os quedaríais aquí a pasar unos días de vacaciones.

—Sí —contestó Jay—. ¡Ya lo creo! Mala suerte que nos toque ir a ver un cadáver al que le han metido una bala en el cuello. Las vacaciones ahora son una quimera.

—Bueno… —Walter le dio un puñetazo ligero en el hombro que le hizo tambalearse— toma nota para cuando esto haya pasado y puedas tomarte unos días libres.

—Tío, creo que serán un par de meses por lo menos, no duermo cuatro horas seguidas desde hace semanas —Jay pensó que no eran solo palabras, necesitaba unas vacaciones.

—No estamos tan lejos, creo que a poco más de 300 kilómetros de Nueva York —dijo Owen— es un buen sitio para descansar unos días. A todos nos hace falta.

—De momento —contestó Jay— mejor que dejemos de soñar, hemos llegado. Mirad, allí hay un par de coches de policía y una zona acordonada. Debe ser la cabaña de la víctima.

Aparcaron, bajaron de la furgoneta y los policías apostados a la entrada de una de las cabañas los miraron como solían hacer, como si fueran delincuentes. La mayoría de los trajes se habían quedado en Nueva York y, por su aspecto, no solían adivinar que pertenecían a la agencia de seguridad nacional de los Estados Unidos. Jay ni siquiera se había afeitado y su pelo necesitaba un peluquero con urgencia, pero eso a él le preocupaba entre poco y nada.

Antes de que tuvieran que empezar a contestar preguntas, los cuatro sacaron sus placas de identificación y las mostraron. A los policías les cambió la cara al instante. No les emocionaba tener al FBI en su terreno, pero lo disimulaban bien.

—Bienvenidos, les estábamos esperando. —El sargento al mando se les acercó y les estrechó las manos uno a uno—. Aunque ya ha llegado otro agente del FBI, debe ser un caso importante cuando acuden de todos lados.

—¿Cómo? Los únicos agentes del FBI que deberíamos estar aquí somos nosotros.

—Solo he venido a echar una mano, Kevins. —Jay escuchó una voz a su espalda y se giró con rapidez, para encontrarse con uno de sus primeros compañeros de cuando entró en la agencia, que se acercaba sonriendo. Trabajaron juntos poco tiempo, pero se llevaban bien. Habían perdido el contacto hacía años, pero tenía buenos recuerdos.

—¡Logan Craig! —Jay le dio un sentido abrazo y se palmearon la espalda—. ¿Qué coño haces aquí?

—Podría preguntar lo mismo, pero ya me han informado —contestó su amigo—. Desde hace un tiempo pertenezco a la oficina de Portland y nos han avisado por proximidad. Si puedo ayudar en algo, lo haré, aunque no serán muchos días, ya sabéis como funciona esto.

—Por supuesto, lo entiendo. No creo que os conozcáis; estos son

Walter, Mary y Owen— Jay presentó a sus compañeros y Logan les estrechó las manos—. ¿Has visto ya el cadáver?

—Sí, es una mujer de sesenta años que estaba pasando una semana en la cabaña, de vacaciones— señaló con la cabeza hacia la entrada de la cabaña—. Me he puesto al día; tal como os ha ocurrido en los otros casos, un disparo en el cuello a quemarropa. Me he informado con los de la oficina de Nueva York. Podéis entrar cuando queráis, pero antes tengo un dato muy curioso que seguro os va a interesar.

—¿Qué dato? —Jay lo miró con curiosidad, cualquier cosa fuera de lo común podría ser una pista, un hilo del que tirar.

—No ha sido la única mujer atacada esta noche. En la madrugada han agredido a otra mujer, pero ha sobrevivido.

—¡Qué raro! —contestó Jay—. Es la primera vez que el asesino ataca a dos personas la misma noche, si es que ha sido él; además siempre nos da el nombre.

—Justo ahí está la casualidad, la mujer que sigue viva se llama exactamente igual que la muerta: Amy Newman. La han llevado al hospital, parece que tenía algunas magulladuras y solo la ha interrogado la policía local. Me han dicho que volverá aquí, ya que ha venido por trabajo y tiene que ver a los dueños del complejo, creo que tienen una reunión. Por lo visto no tiene nada grave, o sea que, en cuanto llegue, podréis hablar con ella. Su dirección fija es de Portland, te la paso en un email.

—¡Hostia! Entonces es posible que una de las dos no tuviera que morir… —reflexionó Jay— …pero ¿Cuál? A lo mejor el objetivo del asesino ara la Amy viva y se equivocó. O, no… gracias Logan, hablaremos ahora con la policía y veremos la cabaña. En cuanto llegue esa mujer hablaremos con ella. Con suerte habrá visto al asesino y nos podrá dar información de valor incalculable.

—Os dejo ahora, mucha suerte —Logan le pasó su número a Jay para que siguieran en contacto—. Llámame si me necesitas, yo vuelvo a casa.

—Lo haré, hasta pronto amigo. —Jay miró a sus compañeros—. ¿Qué os parece? Igual nuestra suerte está cambiando, tenemos a una testigo atacada por el asesino que quizá nos pueda dar un montón de datos interesantes.

—¿Quién la interroga? —preguntó Owen.

—Tú y Mary a la furgoneta, cuatro somos demasiados, podríamos asustarla —contestó Walter—. Yo voy con Jay y la interrogamos los dos en cuanto llegue.

—¡Jo! —Mary puso morritos y los señaló a ambos—. Siempre os lleváis la mejor parte, poli bueno, poli malo.

—¡Pues Jay no hace mucha cara de poli bueno ahora mismo —se rió Owen— más bien parece que haya pasado la noche bebiendo en un

tugurio y tenga una mañana resacosa.

—Lo único que he podido tomarme esta mañana es uno de esos cafés asquerosos que hace Walter, o sea que no me toquéis las narices. —Jay se adelantó hacia la entrada de la cabaña—. Antes de comer nada prefiero ver a la muerta, que no se me revuelva el estómago.

—Suerte, entonces —se despidió Mary—. Pasadnos enseguida cualquier dato útil y nos ponemos a indagar.

4

Amy salió del hospital del brazo de Neil. Se sentía algo mareada y caminaba con las piernas temblorosas.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Neil de nuevo, mirándola con preocupación.

—Pues… el brazo me duele como si una bala me hubiera arrancado la piel, la mano como si me hubiera clavado un cristal, los tres puntos de la ceja como si hubiera incrustado mi frente contra los dientes de alguien, el pómulo como si me hubieran dado un puñetazo y el cuello como si alguien hubiera apretado un arma en él hasta amoratarlo —contestó Amy de mal humor—. ¿Tú cómo crees que me siento?

—Perdona, siento lo que te ha ocurrido, solo pregunto porque me preocupo por ti —Neil entendía su mal humor y estaba muy alarmado por lo sucedido aquella noche.

Amy se sintió fatal por contestarle de aquella manera, pero es que estaba hecha una mierda. Entre el susto que había pasado aquella madrugada, en la que habían intentado matarla, las explicaciones al policía que se había presentado en el hospital, los puntos que le habían dado, el malestar en todo su cuerpo y el terror que no conseguía sacarse de encima, no era capaz de medir lo que salía por su boca. Solo tenía ganas de chillar; cosa que a lo mejor haría si no estuviera tan cansada.

Otro tema era que, en su cabeza, aparte de recrear como en un bucle lo ocurrido aquella noche, no dejaban de llegarle imágenes del pasado, de esas que era mejor no evocar nunca más. Intentaba obviarlas, pero no era fácil. No paraba de darle vueltas al hecho de que alguien la quería fuera de circulación y eso la turbaba muchísimo.

Llegaron hasta su coche y Neil se sentó en el asiento del conductor. Amy recostó la cabeza en el suyo y cerró los ojos, se sentía superada por los acontecimientos, agotada y hecha polvo.

La alegría del día anterior por haber conseguido aquel magnífico trabajo parecía algo muy lejano, como de otra vida. Amy no podía quitarse de encima la sensación del cuerpo del hombre que la había atacado, rodeando su cintura con fuerza, su olor a sudor mezclado con un aroma que le recordaba a las almendras, el cañón de un arma apretando su cuello. La predicción de que le quedaban unos segundos de vida era algo que no iba a olvidar jamás. Esa idea de que en un momento iba a dejar de respirar, a expirar, a irse «al otro barrio» así, sin explicaciones. ¿Quería matarla a ella en concreto o le daba igual una persona que otra? Porque no la había matado y no sabía si ella era su objetivo. Si era así, no lo había cumplido y Amy necesitaba

saber si pensaba volver a intentarlo. Lo que no tenía idea era de cómo conseguir respuestas.

Durante el trayecto no abrieron la boca. Neil no quería importunarla y la miraba de reojo. Tenía los ojos cerrados y los abrió al llegar a las cabañas y aparcar el coche. Amy miró su reloj de pulsera.

—Son las diez de la mañana y tenemos la reunión a las once con los Perkins, no podemos fallar ahora. No sé de dónde voy a sacar las fuerzas.

—Tranquila, ya están informados de lo ocurrido, podemos retrasarlo si quieres descansar, seguro que lo entienden. El policía que ha venido al hospital me ha dicho que los dueños estaban consternados, imagino que un intento de asesinato no es muy buena publicidad para el complejo turístico —explicó Neil.

—Mejor no retrasarlo —contestó Amy—. Prefiero acabar cuanto antes y que nos larguemos de aquí. Ya sé que volveremos más adelante, pero me han intentado matar esta noche y me apetece mucho encerrarme en mi casa, lamerme las heridas y descansar.

—Claro, como tú quieras.

Salieron del coche y se acercaron a la cabaña de Amy, a paso lento. Ambos se dieron cuenta de que uno de los policías, acompañado de dos hombres más, los esperaban en la entrada. Amy se tensó de inmediato.

El sargento la vio y avisó a Jay de la llegada de la mujer agredida, la Amy Newman que seguía viva y que se acercaba del brazo de un tipo alto y rubio con pinta de modelo. Pero Jay no se fijó especialmente en el hombre. Su mirada se clavó al instante en la preciosa mujer que lo acompañaba. Desde la distancia se notaba que estaba algo magullada. Llevaba un vestido veraniego de tirantes de color verde, un brazo vendado por encima del codo, unos puntos de sutura adhesivos sobre una ceja y su expresión era de auténtico fastidio. Una ondulada melena pelirroja rodeaba su rostro y caía sobre sus hombros y Jay fue consciente de que se había quedado embobado cuando el codo de Walter impactó en sus costillas con disimulo.

—Ya veo que la chica te ha impresionado. No niego que esté muy buena —le susurró al oído— pero te recuerdo que tenemos que interrogarla, no te distraigas ahora.

—Yo me ocupo —contestó Jay sin apartar la vista del cuerpo de aquella mujer tan atractiva. Al acercarse descubrió unos preciosos ojos verdes y unas mejillas pecosas.

—¡Señorita Newman! —Fue el sargento el que llamó su atención, cuando ya estaban cerca de la cabaña—. ¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien para lo que podría haber sido —contestó Amy mirando de reojo a aquel par de hombres que parecían salidos de una

película de miedo y preguntándose qué hacían allí. Se veían desaliñados, con la ropa arrugada y el rostro ojeroso de no haber dormido en una semana.

—Le presento a los agentes especiales Jay Kevins y Walter Payne, que quieren hacerle algunas preguntas.

«¿Agentes especiales?» pensó Amy sin entender nada. ¿Qué significaba aquello?

—Señorita Newman, somos del FBI —Jay alargó su mano para estrecharla, sin obtener respuesta, por lo que la bajó lentamente, sorprendido por su extraña reacción—. Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre la agresión que ha sufrido esta madrugada.

—Pues lo siento, pero ahora no puede ser, tenemos una reunión importante con los dueños de este lugar y no podemos llegar tarde —contestó Amy mirándose los pies y utilizando un tono algo agresivo.

Saber que tenía tan cerca a dos agentes del FBI la estaba poniendo cardíaca. No le gustaba la policía y menos aún el FBI. Su experiencia con ellos había sido pésima, por no buscar otro adjetivo que definiera mejor lo que ocurrió hacía ya unos años. Su reacción de antagonismo era inevitable, aunque intentó camuflarla de indiferencia, no quería llamar la atención, no le interesaba.

—Señorita Newman, quizá no me he expresado bien —Jay se pasó una mano por la mandíbula sin afeitar—. No le estoy dando la opción de negarse, se lo pido por favor por educación, pero no va a tener más remedio que contestar a nuestras preguntas. Está usted en medio de una investigación de varios crímenes y es una testigo directa del último intento.

—¡¿Varios?! —eso sí sorprendió a Amy—. ¿Han matado a alguien?

—Si nos permite hacerle unas preguntas, le daremos algunos datos —intervino Walter y le dedicó una sonrisa apaciguadora—. Será lo mejor para todos. Seguro que a los señores Perkins no les importa aplazar esa reunión.

Amy se vio acorralada, no podía negarse a hablar con esos tipos. No le hacía especial ilusión, pero si perseguían a un asesino le interesaba enterarse de cuantos más datos, mejor. Si el objetivo no era ella, podía ser solo una casualidad. Desde el día anterior su corazón no le daba tregua, su ansiedad estaba rayando al pánico y tenía problemas para controlar su respiración. Pero debía aguantar un poco más, no le quedaba otra.

—De acuerdo, pero intenten ser breves, por favor —entonces miró a Neil—. Neil, por favor, ¿Puedes llamar a la señora Perkins y retrasar nuestra reunión una hora?

—Claro, yo me ocupo —fue su diligente respuesta.

—Sargento ¿Ya podemos entrar en la cabaña? —preguntó Walter al policía.

—Sí, ya se han tomado muestras de la sangre de la lámpara y el suelo y todas las huellas que se han encontrado. Las enviaremos enseguida a los laboratorios para analizarlas y cotejarlas —el policía miró a Amy— hemos recogido los restos de la lámpara, el resto de sus cosas están tal cual las dejó.

—Gracias, sargento. Si quieren pasar a mi cabaña, podemos hablar —Amy les señaló la puerta y entró seguida de Jay y Walter.

Neil se quedó en el exterior haciendo su llamada y el sargento se despidió de todos, no sin antes ofrecer su ayuda a los agentes especiales.

En el espacio central de la cabaña había un sofá curvo de color burdeos y una mesilla baja, aunque Amy prefirió sentarse en una butaca individual que había al lado del sofá, que ocuparon los agentes.

—Bien, señorita Newman, necesitamos que nos explique, paso a paso, lo que le ha ocurrido esta madrugada —indicó Jay— ¿Sabe qué hora era exactamente?

—No pensé en mirar la hora mientras un loco me apuntaba en la cabeza con una pistola —Amy miró a los ojos a Jay, que se había quitado las gafas de sol y descubrió una intensa mirada azul celeste que mejoró el aspecto del agente ostensiblemente—. Pero me metí en la cama pasada la medianoche y no suelo dormir más de cuatro horas seguidas. Imagino que serían entre las cuatro y las cinco de la madrugada, pero solo es una intuición.

—¿Puede darnos los detalles paso a paso? —preguntó Walter.

Amy les explicó el ataque que había sufrido. Neil entró en la cabaña mientras se explicaba y se colocó tras la butaca, poniendo las manos sobre sus hombros, al verla tan alterada de nuevo. Cuando relató su ataque con la lámpara, Jay alzó las cejas sorprendido y un atisbo de sonrisa se escapó de las comisuras de su boca.

—Entonces el vendaje de su brazo es por una bala —Walter negó con la cabeza—. No sé si sabe que se ha salvado por los pelos, señorita Newman. Ha sido muy valiente.

—¿Qué pudo ver de su atacante? —preguntó Jay, observando sus expresiones.

—¡Nada! Ya se lo he dicho a la policía. Estaba oscuro, aún era de noche y la poca luz que entraba del exterior no me dejó ver nada. Solo recuerdo que era un hombre bastante corpulento y fuerte, cuando me cogió por la cintura no podía moverme.

A Amy empezó a temblarle la voz al recordarlo y lo exageró aún más, para ver si la dejaban en paz de una vez. Por muy bueno que estuviera el agente Jay Kevins, que lo estaba, no iba a ablandarla. Quería acabar con aquello de una vez y olvidarse de todo.

—¡Entiéndalo! —Jay empezaba a desesperarse— a la mujer que

mató no podemos preguntarle, ¡usted es la que sigue con vida!

—¿A la mujer que mató? ¿A qué se refiere? —Amy se puso en tensión— ¿A quién ha matado?

—No se altere, señorita Newman —Jay levantó la mano, pero Amy se puso de pie con el rostro descompuesto—. Lo cierto es que estamos persiguiendo a un hombre que ha matado a varias personas, ya se lo he comentado antes ¿recuerda? Lo estamos buscando y sabemos que es su agresor.

—¿Mi agresor es un asesino en serie o algo así? ¿No es un ladrón?

—Nos acaba de decir que no intentó robarle nada, iba directo a matarla ¿no? —contestó Jay—. Tampoco le robó a la mujer de la cabaña 22, ni a las anteriores víctimas, solo la mató con un disparo limpio en el cuello.

—¡Oh, Dios mío! —Amy se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos. Lo siguiente que escuchó le heló la sangre.

—Se llamaba igual que usted, Amy Newman. Creemos que, si lo que quería era matarla a usted y se equivocó de mujer, puede hacer otro intento. Necesita usted protección las veinticuatro horas del día.

—¡Y una mierda! —fue la respuesta visceral de Amy.

Estar rodeada de policías sobrepasaba en mucho su resistencia a éstos. Ya le costaba tenerlos cerca, imaginarlos cubriéndole las espaldas era algo superior a sus fuerzas.

—¿Es que no se da cuenta? —insistió Jay de mal humor—. El asesinato de la otra mujer, según el forense nos ha adelantado por los signos que mostraba, ocurrió hacia las dos de la mañana. El asesino la mató, se dio cuenta de su error y la buscó a usted. La casualidad de que hubiera hospedadas, en el mismo sitio, dos mujeres con el mismo nombre le hizo cometer un error. Debemos asegurarnos de que, si viene a por usted, no la encuentre sola.

—Amy… —se escuchó la voz de Neil y todos lo miraron— tienen razón. Si te quedas más tranquila puedo trasladarme un tiempo a tu casa.

Jay y Walter miraron a Neil como si fuera un bicho raro y a Walter casi se le escapó la risa al ver el ceño fruncido de Jay.

Amy estaba aterrada, ahora más aún que la noche anterior. Ahora tenía encima al FBI y eso no podía ser, era así de simple. Esa gente podía destrozarle la vida y no estaba dispuesta a estar cerca de ninguno de ellos. Empezó a darse cuenta de que sus peores pesadillas podían hacerse realidad. Debía mostrarse fuerte y decidida, no podía dudar ni dar señales de debilidad.

—Hay otro tema por el que no le he preguntado… —Jay la miró con curiosidad— háblame de los hombres de su vida ¿Algún ex novio que pueda estar buscando venganza o que la esté acosando?

Walter miró de reojo a Jay, aquella pregunta, en aquel caso en

concreto, no tenía mucho sentido cuando el asesino ya se había cargado a unas cuantas personas de lo más variadas, el interés de su amigo era personal, estaba claro. Aunque la señorita Newman era de respuestas escuetas.

—¡No! ¡Nada de lo que deba preocuparse! Y ahora si me disculpan tengo una reunión de trabajo —Amy se acercó a la puerta de la cabaña para abrirla y señalarles la salida.

—Volveremos esta tarde —Jay se acercó a ella y la miró directamente a los ojos. Amy sintió un escalofrío recorrer su espalda —. Vuelvo a repetirle que necesita protección y yo, personalmente, quiero estar cerca si ese malnacido vuelve a acercarse. ¿Entendido?

Amy no contestó, esperó a que salieran por la puerta, incluido Neil, y cerró con un portazo que reverberó en las paredes de la cabaña. Se sentó en el suelo al lado de la puerta con las piernas cruzadas y enterró las manos entre sus cabellos, mesándose el cuero cabelludo. Tenía que relajarse y pensar. Demasiados frentes abiertos; un trabajo que hacer, un asesino que quizá querría acabar lo que había dejado a medias y dos agentes del FBI metiendo las narices donde no debían.

Quería volver a la alegría del día anterior, a la celebración por su trabajo, a diseñar jardines preciosos y escoger flores y arbustos, a mirarse al espejo y ver solo a Amy, solo a ella. Pero eso no iba a ser posible y solo le quedaba una salida.

Sabía lo que tenía que hacer.

5

Media hora más tarde Amy y Neil se hallaban en la casa de los dueños del complejo. Estaba situada en los alrededores del lago, pero fuera del camping y algo alejada de las cabañas. Maggie y Donald Perkins les hicieron sentar alrededor de la mesa de un saloncito muy bien decorado, situado en una especie de glorieta hexagonal, ubicada en los jardines que rodeaban la mansión. Amy, a pesar de los nervios que había acumulado en las pasadas horas, casi consiguió relajarse en aquel ambiente tan cuidado, rodeada del aroma de las rosas.

—Sentimos muchísimo que haya tenido lugar esta desgracia la pasada noche. —Maggie le cogió la mano y le transmitió su pesar, mientras su marido asentía dándole la razón—. Espero que se recupere pronto de sus heridas, señorita Newman. ¡Qué coincidencia tan extraña! Por desgracia, la otra señora Newman ya no podrá contarlo, pobre mujer.

—¿La conocían? —le preguntó Amy.

—Lo cierto es que no —contestó el señor Perkins—. Solo sabemos que vivía cerca de Portland y que estaba aquí recuperándose de la pérdida de su marido, hacía muy poco tiempo que había enviudado.

—Bueno, querida… —Maggie sacó unos papeles de la carpeta negra que descansaba en la mesa—. Aquí tiene el contrato que ha redactado nuestro abogado, en base al presupuesto que nos presentaron ayer. Espero que lo comprendan, pero hacemos esto para asegurarnos de que se cumplen los plazos. Ya hemos tenido experiencias demasiado desagradables con trabajos que no se acaban nunca. No es que desconfiemos de su empresa, en absoluto; pero queremos que los jardines y el entorno queden remodelados lo antes posible, si puede ser antes de finalizar el año.

—Por supuesto, lo entendemos. —Amy pensó en que ahora no estaba tan segura de poder llegar a todo, las cosas habían cambiado. Esperaba que sus empleados pudieran funcionar al cien por cien para sacar aquel importante trabajo adelante. Confiaría en ellos y en que mantuvieran su empresa a flote.

Tanto ella como Neil releyeron por encima el breve y preciso contrato y ambos se miraron asintiendo, era justo lo que habían pactado. Y también constaba el dineral que iban a pagarles. Sin más dilación Amy firmó el contrato, como gerente de su empresa, y se estrecharon las manos.

—La próxima semana empezarán a llegar los obreros y el material —les informó Neil—. Iniciarán las obras en la zona más al oeste e irán avanzando hasta la orilla del lago. Intentaremos molestar lo menos posible a los huéspedes y trabajar rápido y bien. Nosotros nos

marcharemos esta misma tarde.

—¿Tan pronto? —preguntó Donald—. Si quieren pueden quedarse unos días más, de forma gratuita, claro. Por las molestias de esta noche.

A Amy, escuchar que su intento de asesinato hubiera sido «una molestia» le provocó retortijones. Llevaba varias horas con ganas de gritar a pleno pulmón y notaba como se acumulaba la tensión en su cuerpo a cada minuto que pasaba. Notaba las cervicales doloridas y un montón de nudos repartidos por el cuerpo. Se sentía como si pudiera explotar en cualquier momento, como si le faltara un suspiro para llegar al punto de ebullición.

—Sí, nos vamos lo antes posible, tenemos unas cuantas horas de coche hasta Portland y estoy muy cansada —contestó Amy.

*****

—Algo no me acaba de cuadrar. —Jay hablaba con Walter cerca de la furgoneta, donde Owen y Mary seguían indagando y cotejando datos—. ¿No te parece que una mujer a la que han atacado y apuntado con una pistola tiene muchas ganas de explicarle a la policía todos los detalles para que atrapen a su agresor lo antes posible?

—Sí, es lo que suele pasar —contestó Walter— normalmente no te dejan ni hablar, se repiten en sus explicaciones, incluso se inventan algún detalle y quieren un dibujante que les haga un retrato robot…

—Bueno, pues la señorita Amy Newman no hace lo que todo el mundo, se nos quería quitar de encima, no le ha hecho ninguna ilusión que la interrogáramos… —Jay estaba pensativo—. En cuanto vuelva de la reunión quiero hablar con ella otra vez. Debemos convencerla de que necesita protección. Por cierto, el atacante ha esquivado las cámaras de seguridad, solo hemos conseguido ver una sombra, no tenemos nada de nada.

—Ese repentino interés por Amy Newman… ¿no será debido a que se trata de una explosiva y guapísima pelirroja? Porque te has quedado con cara de imbécil mientras la interrogabas, perdona que te lo diga —Walter se rió en su cara.

—¡Te digo que no es por eso! —Jay lo miró negando con la cabeza —. No me parece normal su reacción, es como si ocultara algo. Voy a llamar a Ron para que pida una búsqueda exhaustiva sobre la señorita Amy Newman, incluidos archivos de información clasificada.

—¿No te fías de ella?

—No sé por qué razón debería hacerlo; que esté buena no es garantía de nada. Si no tiene nada que ocultar no habrá problema ¿no?

—Pues llama a Ron ahora, ya vuelven —Walter señaló el coche que accedía al camino que los acercaría a las cabañas.

—Eso voy a hacer, entretenla mientras tanto —Jay se alejó unos pasos y se ocultó tras la furgoneta para llamar a su jefe. No respondió, por lo que le dejó un mensaje en el contestador—. «Hola Ron, necesito que pases a los rastreadores los datos de la mujer que ha sido atacada esta noche, Amy Newman, y que averigüen todo de ella y su empresa *Design Garden*. También hemos enviado las muestras de sangre, debería haber de dos tipos, la del asesino y la de la víctima. Investigad coincidencias de ADN de las dos. Los de balística supongo que nos confirmarán la misma arma de siempre. Gracias, jefe.»

Amy los vio antes de llegar, ambos charlando al lado de esa furgoneta monstruosa aparcada cerca de su cabaña. Por suerte, solo tardaría el tiempo de recoger sus cosas y coger su coche para largarse de allí cuanto antes. Aunque la suerte no parecía acompañarla, precisamente. En cuanto salió del coche ya tenía al calvo acercándose a ella y al guapo de vaqueros gastados saliendo de detrás de la furgoneta con el móvil en la mano. Suspiró y se armó de una paciencia que se estaba agotando por momentos.

—Señorita Newman —Jay se adelantó y se plantó ante ella— deberíamos hablar de nuevo. Lo que le he comentado antes sobre la protección no es broma, se lo aseguro. Es posible que aún no haya tenido tiempo de reflexionar, pero le aseguro que nos necesita.

—Perdone, pero yo no lo veo así —Amy levantó la barbilla y Jay pudo apreciar el moretón de su mejilla bajo el maquillaje. Le entraron ganas de acariciar ese pómulo y se extrañó de sus pensamientos—. En un rato vuelvo a Portland, no creo que nadie vaya a atacarme allí.

—¿Qué le hace pensar eso? —Walter y Neil presenciaban en silencio la conversación mirando a uno y a otro—. Es usted un cabo suelto ¿Aún no se ha dado cuenta? El asesino no sabe si usted puede identificarlo, no sabe si le ha visto la cara. Si ha intentado matarla una vez, volverá a hacerlo, no lo dude. ¿Va a poder dormir tranquila sabiendo eso?

—¡¿Qué mierda intenta?! —le gritó Amy, acercándose a su cara con el ceño fruncido y los ojos verdes llameantes—. ¡¿Asustarme?! ¿No he tenido bastante con el tío que me ha disparado esta noche? ¿Qué se ha creído? ¿Qué puede venir aquí a acojonarme como un matón cualquiera? ¿A eso se dedica ahora el FBI?

El silencio que los rodeaba se hizo notorio en cuanto Amy cerró la boca respirando agitadamente. En ese momento se abrió la puerta de la furgoneta y salieron Mary y Owen. Habían escuchado los gritos de Amy y, además, tenían una nueva información que compartir.

—Lamento interrumpir esta agradable conversación —Mary sonrió a todos para distender el ambiente y a Walter se le escapó una sonrisa — pero tenemos un nuevo dato ¿A alguien le interesa?

—¿Qué dato? —preguntó Jay.

—La señora Amy Newman, asesinada la pasada noche, era ludópata; incluso estuvo ingresada durante un tiempo en un centro para curar su adicción. Tenía algunas deudas de juego. ¡Y van tres! Del resto seguimos sin encontrar nada al respecto, pero de algunos hay poco que rastrear. Y usted, señorita Newman ¿Tiene deudas de juego?

—¿Juego clandestino? —preguntó Jay antes de que Amy respondiera.

—Creemos que sí, pero no hemos encontrado, de momento, un acreedor en común —contestó Owen—. Eso sería un hallazgo importante y definitivo.

—Pueden quedarse tranquilos entonces —les dijo Amy e intentó sonar lo más creíble posible—. Nunca he jugado a nada y no tengo deudas de ningún tipo. Y, si me disculpan, debo hacer la maleta.

Amy entró en su cabaña y, antes de cerrar la puerta, le dijo a Neil que en media hora se encontraban allí. Habían viajado con el coche de ella y eso podría suponer un problema a la vuelta, pero Amy ya iba pensando en cómo solucionar esa cuestión. Neil debería confiar en ella. Se conocían desde hacía años, sabía que lo haría.

*****

—Sigo preocupado por Amy —le dijo Jay a Walter.

Estaban dentro de la furgoneta comiendo un sándwich y tomando café cargado para no dormirse. Se estaba mejor allí con el aire acondicionado a la máxima potencia que en el exterior. Estaba haciendo un día especialmente caluroso y al menos allí podían respirar.

—¿Ahora es Amy y no la señorita Newman? —preguntó Walter con guasa—. Vamos cogiendo confianzas ¿eh? Como ya os habéis gritado, podéis tutearos.

—¡Vete a la mierda! Hablo en serio. Ella se ha convertido en un asunto pendiente y nosotros deberíamos utilizarla en nuestro provecho y el suyo. No se lo puedo decir a ella así, claro. Pero podríamos tenderle una trampa al asesino, si va a ir a por ella. Puede ser el anzuelo, el reclamo para su siguiente ataque. Nosotros podemos protegerla y, a la vez, esperar el próximo asalto. En cuanto se acerque a ella lo pillamos. Deberíamos preparar un dispositivo y ponerlo en activo en el momento oportuno.

—Pues la señorita no te lo está poniendo fácil, va a largarse a Portland en un rato y no quiere protección, ya la has oído.

—Entonces la seguiremos sin que nos vea. No será la primera vez que hacemos algo así. —Jay seguía sin querer perderla de vista, no podía imaginar que el asesino llegaba hasta ella y la mataba; aquella imagen lo ponía muy nervioso—. Tenemos la dirección de su casa. En cuanto salga la sigo con mi coche y tú te quedas con ellos en la furgo.

—Voy contigo, soy tu compañero y no se hable más. Sabes que no es bueno ir por libre y hacer las cosas solo, estamos juntos en esto. —Walter fue categórico y no dio opción a réplica.

En ese momento vieron, a través de la ventanilla, como se abría la puerta de la cabaña y Amy salía arrastrando su maleta. Todo ocurrió en un segundo. Por el rabillo del ojo, Jay detectó la presencia de un hombre alto que llevaba algo negro en la mano y se acercaba a ella a grandes zancadas, casi corriendo. No pensó en nada, no miró nada más, solo en que tenía que salvarla.

En un acto reflejo salió corriendo de la furgoneta y se dirigió como una bala hacia el hombre, mientras Amy lo miraba con los ojos como platos y se encogía al verlo empuñar un arma que apuntaba hacia el otro hombre por la espalda.

—¡Manos arriba! ¡Suelte el arma! —Jay estaba situado a la espalda del hombre y colocó su pistola en su nuca, miró a Amy y la vio sonreír, diría que a punto de soltar una carcajada.

Entonces el hombre se giró con las manos en alto, sujetando en la derecha… un micrófono. Jay escuchó unos pasos y miró a su espalda para encontrarse con otro hombre, cámara en mano, filmándolo todo. Pudo ver su acreditación de periodistas colgando de su cuello. Eran de alguna televisión.

—Somos periodistas del canal de televisión de Augusta —dijo el que llevaba el micrófono— creo que nos ha confundido, señor.

—¡Joder! —Entonces se giró hacia el cámara—. ¡Apague esa cámara, ahora mismo!

El cámara dejó de filmar y los dos hombres se apartaron caminando hacia atrás, mientras Jay bajaba el arma.

—Nos hemos enterado del asesinato que se ha producido esta noche en el lago y del intento de asesinato a la señorita Amy Newman ¿Es usted? —le preguntó el periodista a Amy.

En vez de contestar, Amy se acercó a Jay, se colocó a su espalda y le susurró «dígales que se vayan, no quiero salir en la tele»

—La señorita Newman no quiere contestar preguntas —les dijo Jay — deben entender que está muy afectada por lo ocurrido y no le apetece hablar con periodistas.

—¿Y usted quién es? —preguntó el que llevaba la cámara.

—Jay Kevins, FBI —contestó Jay—. Les ruego que lo que hayan filmado no salga en ningún medio, estamos en medio de una investigación y podría perjudicarnos.

—Claro, señor Kevins, no se preocupe —contestó el periodista—. Buscaremos a los dueños del complejo y los entrevistaremos a ellos.

—Como gusten.

Los periodistas se alejaron y Jay se giró para encontrarse a Amy aguantándose la risa. A pesar de que estaba preocupada, en realidad

no le interesaba en absoluto aparecer en ninguna televisión.

—No es tan gracioso, Amy —le dijo cogiéndola por los hombros— podría haber sido un tipo armado y en este momento estaría muerta.

—Me ha parecido muy rápido, Kevins… —Amy se dejó llevar por esa mirada de un azul intenso rodeada de negras pestañas y se acercó un poco más— pero no necesito protección, voy a volver a mi casa y a olvidarme de todo esto. Ese periodista solo llevaba un micrófono en la mano, como mucho podría haberme atacado con una entrevista. Seguro que el asesino ya se ha olvidado de que existo. Ni siquiera le vi la cara.

—Pero él no sabe eso, preciosa —el rostro de Jay se hallaba a solo unos centímetros del de Amy y las palabras ya no contaban.

La atracción se estaba haciendo evidente para ambos. Sus miradas no se separaban y a la vez se retaban, sus respiraciones se estaban alterando y su público asistía a aquel acercamiento como si estuviera viendo una película en pantalla grande. Hasta que Walter carraspeó para hacerlos volver a la realidad, aquellos dos se habían olvidado del resto del mundo. La vista de Amy seguía prendida de los labios carnosos de Jay, mientras éste reaccionaba al carraspeo de Walter y se apartaba dando un paso hacia atrás.

—Nos vamos —anunció Amy, despertando de nuevo a su realidad.

—Hay alguna cosa que no me estás contando —Jay la tuteó y decidió preguntarle directamente—. Te has mostrado desde el principio reacia a hablar con nosotros, no te gusta dar explicaciones sobre lo que ocurrió anoche, ni sobre tu vida en general. ¿Qué es lo que nos ocultas, Amy Newman?

—Absolutamente nada, agente especial del FBI —Amy hizo una mueca al recordar su profesión y la atracción desapareció como por arte de magia—. Soy lo que ves, nada más.

Amy se dio la vuelta, asió su maleta y se dirigió hacia el coche mientras la vista de Jay no perdía ni un detalle del balanceo de sus caderas y resbalaba a lo largo de sus piernas. Entró en el coche a la vez que Neil. Arrancaron en dirección a la salida y Amy sacó una mano por la ventanilla a modo de despedida, frenando el impulso de cerrar el puño y levantar el dedo corazón.

Ahora debía concentrarse en sus próximos pasos, pasar desapercibida y no fallar.

6

—¿Has puesto el localizador en el coche? —preguntó Walter.

—Por supuesto —Jay miró su móvil para ver que funcionaba correctamente el rastreador por GPS—. Acaban de coger la carretera. Vamos a seguirlos.

—¿Y nosotros que hacemos? —preguntó Mary.

—Conducir hacia Portland —contestó Jay—. En cuanto lleguéis buscad un lugar que nos sirva de centro de operaciones, no pienso dormir en la furgoneta. Ya sabéis el presupuesto que tenemos, estará bien un hotel de bajo coste o, aún mejor, que Ron os diga si tenemos algún piso franco disponible en la ciudad.

—No te preocupes —contestó Owen— llamo a Ron y le pregunto. Salimos hacia allí en media hora.

Walter y Jay se dirigieron al coche de éste y se pusieron en marcha. No tenían a la vista el coche de Amy, pero según el GPS les llevaba una ventaja de unos tres kilómetros. Se acercarían un poco más, pero no lo suficiente para que los vieran. Era casi mediodía y el aparato les avisó de que el auto de Amy se había parado. Al acercarse al punto indicado, vieron que se trataba de un restaurante de carretera. Muy cerca había un pequeño bar y los agentes decidieron entrar en él a comer algo, a la vez que vigilaban a su protegida.

Mientras tanto, en el restaurante, Amy y Neil estaban sentados a la mesa. Ella no se fiaba del FBI e iba mirando a su espalda. Tampoco se fiaba del asesino y le estaba entrando una especie de manía persecutoria, por lo que no dejaba de observar a su alrededor buscando tipos sospechosos de cualquier tipo, fueran polis o delincuentes.

—Neil, sé que esto que te voy a pedir te va a parecer raro, pero debes confiar en mí —Amy miró a su amigo a los ojos intentando transmitirle toda la sinceridad que pudo.

—¿Qué ocurre, Amy? —Neil la miró con cariño y cogió su mano por encima de la mesa.

—Antes de que lleguemos a Portland, justo a la entrada de la ciudad, necesito que me dejes en la parada de autobuses y lleves mi coche hasta mi casa —le explicó Amy—. Estoy casi segura de que el FBI ha colocado algún tipo de rastreador en él y yo necesito hacer algo sola, sin nadie que me esté espiando. Te dejaré también mi móvil para que no puedan localizarme.

—¡Amy! —Neil estaba muy sorprendido— ¡No entiendo nada! ¿Hay algo que no me hayas explicado? ¿No será peligroso que andes tú sola por ahí? Han intentado matarte, esto no es ninguna broma. Ni siquiera entiendo por qué no quieres protección.

Amy pensó que, en realidad, Neil no sabía nada de ella, como la mayoría de la gente con la que trataba día a día; pero no iba a explicarle su vida, no quería involucrarlo más. Debía convencerlo y que confiara en ella sin contarle nada relevante.

—Verás… hay algunas cosas que no sabes de mí, pero nada malo, de verdad. —Amy apretó su mano y le sonrió con su expresión más inocente—. Solo te pido que confíes en mí, Neil. Te considero mi mejor amigo, de verdad. Sabes que nuestros compañeros de trabajo nos esperan para cenar juntos esta noche y celebrar el contrato con las cabañas, pero yo no voy a estar. Dales una excusa de mi parte, no sé… que estaba muy cansada o lo que sea. Al fin y al cabo han intentado matarme, algo se te ocurrirá.

—¿Y no voy a poder ponerme en contacto contigo? ¿Cuándo vas a volver? —Neil estaba realmente preocupado—. Esto no me gusta, Amy.

—Espero volver pronto, pero debo solucionar algunas cosas antes… ¿Puedo contar contigo?

—Sabes que sí.

*****

—Se ponen en marcha —Jay miraba por la ventana y vio salir a Amy y Neil del restaurante—. ¡Vamos!

Antes de que salieran del bar para continuar con su persecución, sonó el teléfono de Jay y, al mirar la pantalla, vio el nombre de Ron. Su jefe volvía a la carga. ¿Qué sería esta vez?

—Dime, Ron —Jay no pudo evitar el tono de fastidio.

—¡¿Estás mal de la cabeza?! —Fue el saludo de su superior—. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurre apuntar con una pistola a un periodista en la nuca? ¡Por suerte solo te han filmado de espaldas y tu jeta no ha salido retratada! ¡No te digo como están dejando al FBI en algunas televisiones! Nos hemos convertido en el hazmerreír del día. Incluso ya he visto chistes y memes sobre nosotros y tu estúpida actuación.

—¡Vale, vale, jefe! —Jay ya se había olvidado del incidente—. Lo entiendo, pero ponte en mi lugar, me pareció que era una pistola y que apuntaba a la señorita Newman ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar que la matara?

—¡Dudo mucho que la hubiera podido matar con un micrófono…! —Ron estaba alterado—. Intentad no cagarla de nuevo ¿vale? Y cíñete a las normas, no quiero que desde asuntos internos empiecen a meter las narices y nos busquen las cosquillas, que ya sabemos que nos tienen siempre bajo su lupa.

—Sí, jefe… —Jay sabía que era mejor no discutir cuando Ron estaba cabreado. Ya se le pasaría y él seguiría haciendo las cosas a su

manera, más o menos como siempre.

—Por cierto, ya le he dicho a Owen que tenéis un piso franco a vuestra disposición, está bastante cerca del domicilio de la señorita Newman, habéis tenido suerte. Aunque dudo mucho que vayáis a pasar mucho tiempo ahí, sabes que el asesino va a llamarte pronto y te dará otro nombre.

—De momento lo que más me interesa es proteger a Amy, estoy seguro de que volverá a por ella y entonces lo pillaremos. Será nuestra oportunidad.

—Eso no puedes saberlo.

—¡No puede quedarse sin protección! —Jay empezaba a desesperarse con ese tema.

—Hablaremos cuando hayas recibido la siguiente llamada.

Jay colgó y cuando salieron al exterior, Amy y Neil ya habían desaparecido de su vista. Al comprobar la distancia a la que se encontraban, unos cuatro kilómetros, ambos subieron al coche y se pusieron en marcha.

—Es mejor que no nos acerquemos demasiado —le dijo Walter— al fin y al cabo tenemos el coche controlado. Si quieres, después puedo seguir a su amigo y tú la vigilas a ella, por si descubrimos algo del tal Neil, no hemos conseguido demasiada información en internet.

—Me parece bien.

*****

Mary seguía buscando información sobre Amy, mientras Owen conducía la furgoneta hacia Portland. Había encontrado datos básicos, su edad, referencias de su empresa, fundada hacía solo cinco años, su titulación del programa de estudios de la Universidad de Maine en la Escuela de Negocios, los nombres de sus padres, ambos fallecidos… buscaba relacionarla de alguna manera con el juego, pero no encontraba nada. Ni deudas, ni correos amenazantes, ni accesos a webs de juego en su historial de búsqueda. Tampoco se prodigaba en las redes, solo hacía promoción de su empresa, algo muy centrado en el negocio, ni una sola foto suya. Amy Newman aparecía limpia como una patena… ¿Quizá demasiado limpia? Seguiría buscando, aunque parecía que la chica no tenía nada que ocultar y no era fácil encontrar una razón para que el asesino quisiera matarla. A no ser que la razón estuviera en joder a Jay, algo que, por las llamadas que le hacía, parecía más factible.

*****

Jay y Walter viajaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos y, antes del anochecer, llegaron a la dirección de Amy en Portland. Se trataba de una casa antigua y grande, dividida en cuatro viviendas, cada una con su pequeño jardín y sus tres escalones

de acceso al porche y al interior de la casa. Su coche estaba en una zona de aparcamiento, al lado de la entrada, y no se percibían luces encendidas en el interior del inmueble.

—No parece que esté en su casa —comentó Walter— aunque ese es su coche.

—Según el rastreador, hace diez minutos que ha llegado —contestó Jay—. Es posible que esté en la ducha o que se haya ido a dormir ¿no? Debe de estar agotada.

—Puede ser… ¿Quieres que me acerque a la casa de Neil a ver si todo está bien?

—¿No te fías de él? —Jay lo miró de reojo—. A pesar de parecer un gilipollas guapito de cara, no me parece peligroso.

Antes de que Walter contestara, el móvil de Jay sonó y al mirar la pantalla y ver de nuevo la palabra «desconocido», le dio un puñetazo al volante.

—¡Mierda! Es él —le dijo a Walter.

—¡Joder! No nos da respiro.

—Hola… —contestó Jay armándose de paciencia.

—Hola, Kevins… —esa voz metalizada hizo chirriar los dientes a Jay—. Seguro que ya me echabas de menos.

—Como a una urticaria —contestó Jay.

—Sabes que voy a darte otro nombre ¿verdad?

—Sabes que la última vez la cagaste, imbécil. Ahora estamos más cerca de ti —Jay soltó el farol, sabiendo que no tenía nada en realidad.

—Lo dudo. —El asesino se rió con ganas y la carcajada tuvo el poder de erizar el vello de Jay, que tuvo que reprimir las ganas de tirar el móvil por la ventana. Dominó sus impulsos con mucho esfuerzo—. Aunque debo reconocer que esa Amy Newman de pelo rojo debe desaparecer ¿verdad? ¿Quién va a ser tu prioridad, Kevins? ¿Amy o Irvin? Ahí tienes otro nombre… vamos… tú búsqueda comienza ahora. Recuerda: Irvin. Ya puedes empezar a pensar en cómo vas a partirte en dos, porque tú siempre quieres llegar a todos lados ¿eh? Empieza la cuenta atrás… tres…dos…uno… ¡clic!

Se cortó la comunicación, no sin antes escuchar una nueva carcajada de aquel demente. No le dio tiempo a comentar nada con Walter, que había escuchado la conversación, que Ron ya le estaba llamando.

—¿Lo habéis localizado? —preguntó Jay sabiendo la respuesta.

—Casi, pero no hemos llegado —contestó Ron—. Empezamos a buscar el nombre de Irvin, aunque nos va a pasar lo de siempre. Deberíais volver a Nueva York, esto se está convirtiendo en una persecución sin sentido.

—¿Sin sentido? ¿Cuántos muertos llevamos, Ron? ¡Ni hablar! —Jay

se cabreó al instante— ¡Tenemos a Amy Newman! Estoy seguro de que el asesino no quiere dejarla con vida, eso sería un fracaso para él. Vamos a tenderle una trampa, Ron. Lo estaremos esperando, tarde más o menos. No voy a moverme de Portland o en todo caso solo lo haré acompañado de la señorita Newman.

—¡Tú harás lo que yo te diga! —Ron le contestó en el mismo tono, todos estaban alterados.

—Ya te aviso ahora, Ron —Jay no reflexionó sobre lo que iba a decir, solo dejó salir las contundentes palabras y las dijo muy en serio —. No voy a dejar sola a Amy, si me obligas a volver será para devolverte mi placa. Voy a protegerla y me dan igual las presiones políticas que tengas.

Se hizo el silencio y Jay y Walter se miraron levantando las cejas, a la espera de respuesta.

—Has dejado clara tu postura —dijo Ron— la próxima vez que el alcalde de Nueva York me pida resultados te lo pasaré a ti.

Colgaron el teléfono y ambos recibieron un email de Owen con la dirección del piso franco.

—Vete a dormir, Walter —le dijo Jay— esta noche hago yo la guardia. Mañana intentaré convencer de nuevo a Amy de que deje que la protejamos. Lo haremos igual, pero no estaría mal conseguir su colaboración, todo sería más fácil.

*****

Mucho antes, cuando Amy y Neil llegaron a la entrada de Portland, frenaron ante la parada de autobuses.

—¿Cuándo vas a volver, Amy? —preguntó Neil preocupado.

—No estoy segura. —Amy lo miró pensando que podría pasar mucho tiempo—. Te pido, por favor, que te ocupes de la empresa en mi ausencia. Tienes firma registrada para hacer las mismas operaciones que yo, o sea que no tendrás problemas ¿vale? Que todo continúe como si yo estuviera trabajando, sé que no me fallarás.

—Esto me parece que va a ser una ausencia demasiado prolongada; me preocupas, Amy. ¿Y si voy contigo?

—No puede ser, lo siento —Amy le rogó con la mirada que no insistiera—. Hazlo por mí, Neil. Te necesito ahora. Coge mi móvil, yo no voy a usarlo en un tiempo. Estaré bien.

Amy besó la mejilla de Neil, bajo del coche y se dirigió a la caseta de venta de billetes sin mirar atrás. Compró un viaje al aeropuerto, esperaba tener suerte y conseguir un vuelo a Filadelfia lo antes posible, antes de que empezaran a buscarla. Neil siguió hasta la casa de Amy y dejó su coche aparcado ante su casa y después se dirigió a la suya.

Amy llegó al aeropuerto sin contratiempos, consiguió un billete a

Filadelfia, que alzaría el vuelo en una hora, había tenido suerte. Sabía que debía aprovechar aquel tiempo, pero no pudo más que sentarse en un lugar algo apartado, fuera de la vista de la mayoría y reflexionar sobre lo que iba a hacer. Debía desaparecer, esperaba que no fuera para siempre. Había llegado el momento que había estado temiendo desde hacía ocho largos años. Se había confiado, sumergida en una vida agradable que consiguió que casi olvidara los sucesos de su más temprana juventud. Ahora la sentía como si hubiera sido solo un bonito sueño, una pompa de jabón que explota ante cualquier injerencia externa, efímera y bella, pero poco consistente.

Todo había vuelto multiplicado por mil, como una avalancha; empezando por un intento de asesinato que, por suerte, no había salido bien. Pero sabía que ya no estaba segura. No podía pasarse la vida mirando a su espalda, no era capaz de imaginarse una vida plagada de terror provocado por cualquiera que estuviera cerca para asustarla de nuevo. Ya había tenido sobresaltos para varias vidas.

Debía reconocer que tener a Jay cerca le había dado una falsa sensación de seguridad, pero también sabía que eso duraría poco. En unos días lo enviarían a otro lugar y la abandonaría a su suerte. Una lástima que no hubiera llegado a intimar más con él, se iba a quedar con las ganas, a pesar de haber imaginado lo que podría ser. Estaba claro que la atracción era mutua, seguro que en otras circunstancias, o quizá en otra vida, las cosas podrían haber sido muy distintas.

Amy pensó que lo mejor era dejar de desvariar y aprovechar esa hora en las tiendas que tenía más a mano. Llevaba suficiente dinero en efectivo y se compró lo más necesario: ropa cómoda, camiseta y vaqueros, zapatillas deportivas, una pequeña linterna y una gorra negra de visera. Se metió en los lavabos, se cambió de ropa, se probó unas enormes gafas de sol que le tapaban media cara y escondió parte de su melena en la gorra. Aquel pelo rojo era como un reclamo, debería teñírselo.

7

Walter estuvo vigilando la casa de Neil hasta que lo vio salir, casi a las diez de la noche. Le extrañó y lo siguió en su coche. Condujo tras él tan solo unos diez minutos y lo vio aparcar ante un famoso restaurante. En la entrada lo esperaba un grupo de personas, hombres y mujeres, Walter contó seis. Todos lo abrazaron y parecían estar de celebración. Neil habló un momento con ellos y entraron los siete en el restaurante.

Walter salió del coche y se acercó a los ventanales que daban a la calle para atisbar, con disimulo, el interior. Lo siete ocupaban una mesa en el lado izquierdo, no muy lejos de la barra de bar. Si entraba y se sentaba a tomar algo en la barra, de espaldas a la mesa, seguramente Neil no se fijara en él y podría escuchar su conversación. Había bastante gente en el interior y no era difícil pasar desapercibido. Posiblemente no le sirviera de nada, pero nunca se sabía. Eso hizo, pidió un agua mineral y aguzó el oído mientras fingía mirar su móvil.

—Pero ¿dónde ha ido Amy? —preguntó una de las chicas—. Teníamos muchas ganas de verla para felicitarla por el contrato.

—No estoy seguro, pero no creo que tarde en volver —la voz de Neil sonaba insegura, como si estuviera mintiendo. Titubeaba y eso alertó a Walter.

—No puede tardar mucho, la necesitamos en la empresa —comentó un chico joven—. Además, tiene la agenda bastante llena para la próxima semana, algo tendremos que decirles a los clientes.

—No os preocupéis, mientras Amy no esté yo tomaré el mando.

Walter no escuchó más, salió del restaurante y llamó a Jay. Por lo visto la señorita Newman tenía otros planes y uno de ellos no era quedarse descansando en su casa.

—Dime…

—Amy no está en su casa, he seguido a Neil. Está cenando con sus compañeros de trabajo, por lo que he podido adivinar. Les ha dicho que Amy se ha ido de viaje.

—¡¿Cómo?! —A Jay casi se le salió el corazón por la boca—. Su coche sigue aquí, está aparcado delante de su casa. Voy a llamar, por si acaso, a lo mejor solo es una excusa para descansar unos días sin alertar a su personal. Tú, mientras tanto, coge al tonto del culo y presiónalo hasta que te diga todo lo que sepa. Mantenme informado. Voy a llamar a Mary para que siga sus pasos, podrá controlarla por el móvil.

—Bien, te llamo en un rato.

Jay salió del coche y se acercó a la puerta de la casa de Amy.

Llamó repetidas veces al timbre sin resultado. La vecina de la casa de al lado asomó por la puerta. Era una señora mayor y Jay se acercó a ella, que se protegió tras la puerta, a punto de cerrarla.

—No cierre, por favor, señora. —Jay sacó su placa—. Soy el agente especial Kevins, del FBI. Estoy buscando a la señorita Amy Newman, es su vecina ¿La conoce?

—Claro, esa chica pelirroja tan amable —la señora abrió más la puerta— ¿Le ha ocurrido algo a Amy?

—Espero que no, pero debo protegerla, la persigue un acosador —no quiso asustar más a la mujer diciéndole que intentaban matarla—. ¿La ha visto hoy?

—Esta tarde, por casualidad, vi llegar su coche y pensé que era ella. Pero solo salió del coche ese joven rubio, tan guapo y entrajado, que siempre la acompaña. Aparcó el coche y se fue caminando.

—Gracias, señora, ahora debo irme. Ha sido usted de gran ayuda.

Jay se alejó corriendo para subir a su coche. Walter le acababa de enviar su ubicación. Cuando llegó junto a él, ya había interrogado a Neil, que decía no saber nada del paradero de Amy y que parecía muy preocupado por ella. De hecho les pidió que, por favor, la encontraran pronto. Le había pedido que confiara en ella y Jay pensó que, si en ese momento la tuviera delante, sería capaz de estrangularla con sus propias manos por su imprudencia. Eso si no se la comía primero a besos. Saber que un asesino le seguía los pasos y que estaba desprotegida, le estaba destrozando los nervios.

—Lo mejor será que vayamos al piso franco —le dijo Walter cuando se encontraron— no podemos hacer nada desde aquí. Si Amy ha cogido un avión o un tren puede estar muy lejos ¿Has avisado a Mary?

—Sí, ya está trabajando en ello. Y tienes razón. Vámonos de aquí.

*****

Amy acababa de aterrizar en Filadelfia. El aeropuerto era enorme, con siete terminales y más de ciento treinta puertas de embarque. Amy bajó del avión en la Terminal F y detectó enseguida los autobuses de enlace entre la parte aeronáutica, pero prefirió caminar primero por uno de los puentes especiales a reacción que permitían a los pasajeros a bordo de los aviones de cercanías llegar al exterior sin caminar sobre el asfalto. No dejaba de mirar a su espalda, pero no había detectado a nadie sospechoso.

Buscaba la estación de trenes de cercanías que la llevara hasta Jenkintown, el pueblo natal de su padre, que hacía ocho años que no pisaba. No iba a pasear por allí, podrían reconocerla en algún momento. Pero debía llegar a la cabaña escondida del bosque. Compró

un billete de tren con dinero en efectivo, por suerte salían cada hora y esperó paseando por el andén. Ya había oscurecido y no sabía muy bien que iba a hacer cuando llegara. Tendría que dormir en algún sitio si no conseguía llegar a la cabaña. No estaba muy lejos del pueblo, pero al estar algo oculta en el bosque, no era fácil de localizar a oscuras.

Cuando subió al tren y se sentó al lado de una de las ventanas, miró a su alrededor con disimulo, controlando si había alguien sospechoso, pero lo cierto es que el vagón estaba casi vacío y las personas que viajaban con ella parecían ocupadas cada una en lo suyo. Intentó relajarse cerrando los ojos y apoyando la nuca en el respaldo del asiento. No debía dormirse, quería intentar llegar a la cabaña, a pesar de que estuviera llena de telarañas, y pasar la noche allí.

*****

En el piso franco, los cuatro agentes del FBI intentaban localizar a Amy sin resultado. Con la primera llamada que Jay hizo al móvil de Amy, se enteraron de que le había dejado el aparato a Neil, que fue el que contestó.

Jay le pegó unos cuantos gritos por haberla dejado tan desprotegida, sin pensar en que alguien quería matarla. Neil se defendió diciendo que Amy había sido muy convincente y Jay, no supo porqué, lo creyó. La imaginó esgrimiendo sus argumentos y convenciendo a Neil con una de sus sonrisas embaucadoras.

La última transacción de Amy con su tarjeta de crédito fue la compra de un billete de avión a Filadelfia, pero de eso hacía muchas horas ya, y no la había vuelto a utilizar. Podía estar en cualquier sitio.

—Avisa a las oficinas de Filadelfia y pásales la foto de Amy, por si acaso. También a la policía, si la detectan, dónde sea, que la detengan —le dijo Jay a Mary.

—¿Cómo la van a detener? —preguntó Mary— ¡No ha hecho nada! Que yo sepa es una mujer libre de moverse por donde le dé la gana, no podemos poner en circulación una orden de detención.

—¡Joder! ¿Y qué hacemos? —gritó Jay— ¿Esperamos a que alguien nos avise de que han encontrado su cadáver?

—Daremos orden de que nos informen y la sigan para no perderla, Jay… no podemos hacer más —intervino Walter.

—De acuerdo —claudicó Jay— como no voy a poder dormir, voy a hacer guardia en la puerta de su casa, por si vuelve. Si hay novedades, me llamáis.

Amy se bajó del tren en la estación de Jenkintown. Todo estaba igual y distinto a la vez. Paseó por las callejuelas menos transitadas y una especie de nostalgia la atacó sin avisar. Durante un tiempo fue feliz allí. Poco tiempo, eso era verdad, pero tenía algunos recuerdos

felices de ella y su padre paseando por allí. Ya era oscuro y las luces alumbraban las calles. Al ser verano, la afluencia de gente era mucho mayor que en invierno.

Paseó, respirando hondo y cogiendo fuerzas. Tenía que planear bien cada paso y no equivocarse. El siguiente era llegar a la cabaña. Podría intentar llegar andando, aunque el trayecto era bastante largo. Esperaba que no estuviera ocupada, llevaba abandonada demasiados años. A la salida del pueblo, cuando ya iba a coger el camino de tierra que llevaba al bosque, divisó un par de bicicletas apoyadas en una verja de una casa algo apartada. Se acercó con sigilo y pudo comprobar que no estaban protegidas con ningún candado. ¡Claro! Allí la gente no hacía esas cosas, incluso dejaban las puertas de sus casas abiertas. Si tomaba prestada una bicicleta llegaría más rápido. Por la mañana podía volver muy pronto y dejarla en el mismo sitio.

No lo pensó más, se acercó y se llevó la bicicleta caminando sin hacer ruido. En cuanto se hubo apartado unos metros, se encaramó al sillín y se alejó pedaleando a buen ritmo.

Durante el trayecto se sintió sola y libre. Era una sensación extraña, pero haberse deshecho del móvil y estar ilocalizable le producía un efecto relajante. Esperaba que el asesino tampoco pudiera dar con ella. Por sus pensamientos pasaron multitud de recuerdos; de niña, de adolescente, de los peores momentos de su vida, de su trabajo, de sus amigos… de Jay. No sabía por qué ese hombre se inmiscuía en sus pensamientos, tan solo lo conocía desde hacía unos días y seguramente no volvería a verlo jamás.

Por fin se internó en el bosque. Llevaba el faro de la bicicleta encendida y la linterna en un bolsillo delantero de su mochila, por si le hacía falta. El largo tramo hasta dar con la cabaña se le hizo eterno. No quería admitirlo ni ante sí misma, pero el ambiente de un bosque por la noche no era lo mejor para relajarse. Se puso en tensión y empezó a escuchar mil sonidos… insectos, luciérnagas, el ulular de un búho, las correrías de los ratones entre la hojarasca. La luz de la luna se colaba entre los árboles y generaba sombras a su paso. El efecto que producía era espectral. Cuando, por fin, divisó la cabaña, su corazón latía a toda máquina. Se apeó para acercarse en silencio, primero quería comprobar que la casa seguía vacía. En seguida pudo evidenciar que así era. La entrada estaba llena de hojas muertas y tierra, todo el exterior denotaba síntomas de que nadie se había acercado allí en mucho tiempo. Su ubicación, tan oculta, la había protegido de los extraños. Se armó de valor y sacó las viejas llaves de su mochila, esas que siempre llevaba en su llavero, junto a las de su casa en Portland.

Amy abrió la puerta de madera, que chirrió al empujarla. La cabaña no tenía ni luz ni agua, ya que había dado de baja los

suministros hacía ocho años. Le pareció que aquel tiempo podía parecer mucho, pero era muy poco. Poco para disfrutar de una vida, poco para superar el pasado y mirar al futuro, poco para dejarse llevar sin mirar a su espalda… demasiado poco. Hubiera deseado no tener que volver nunca.

*****

Jay sabía que debería, al menos, dar una cabezada dentro del coche. Estaba agotado. Se había plantado ante la casa de Amy, como si, por estar allí esperando, ella fuera a aparecer. Esa mujer era una cabezota, ya lo tenía claro. Se le metía algo en la mollera y no paraba hasta conseguirlo. ¿Dónde se había esfumado? Si lo que quería era esconderse del asesino, lo lógico era aceptar la protección del FBI ¿Por qué los rehuía? Tenía algo en contra de la policía en general, pero no podía adivinar qué. Quizá tuvo alguna mala experiencia en su adolescencia, aunque no habían quedado registros de ello. No podía saber si volvería a verla, aunque de momento confiaba en que la encontrarían. La cuestión estaba en que antes no lo hiciera el asesino. Pensar en ello le ponía los pelos de punta.

Mientras sus pensamientos vagaban, el cansancio pudo con él y finalmente se quedó dormido en el interior del coche.

*****

A Amy le llegaron en tromba montones de recuerdos de aquella cabaña. De ella y de su padre. Cogió una fotografía que aún estaba sobre la pequeña chimenea, soplo el polvo que la cubría y miró la imagen. Su padre rodeaba su hombro y le besaba la cabeza sonriendo, mientras ella reía a carcajadas, no recordaba la causa. Imitó su imagen y volvió a sonreír. Entonces pensó que no podía perder el tiempo. Debía recoger lo que había ido a buscar.

Entró a la pequeña habitación. Todo estaba lleno de polvo y olía a humedad. Retiró con el pie la alfombra estampada de la que ya no se veían las cenefas. Allí estaba la trampilla, aunque no se distinguía a simple vista. Uno de los tablones de madera, ella sabía cual, se levantaba en una esquina para mostrar una anilla de hierro y una cerradura. Amy introdujo la llave de acero forjado con un recubrimiento de cromo y tuvo que hacer fuerza con las dos manos para conseguir abrir la trampilla.

Entonces le pareció escuchar un ruido en el exterior. Tapó el escondite de nuevo con la alfombra y apagó la linterna. Su respiración se agitó y se tapó la boca con la mano. Le parecía que su resuello debía oírse a kilómetros de distancia. No era posible que el asesino la hubiera encontrado ¿no? Se quedó escuchando y percibió otra vez un ruido en la puerta de entrada, como si alguien rascara en la madera.

Se acercó con sigilo y a oscuras, con cada paso que daba aguantaba la respiración, la madera del suelo era vieja y a veces crujía. Solo la alumbraba la luz de la luna; llegó hasta la chimenea del saloncito y cogió con cuidado el atizador de hierro forjado. Estaba oxidado pero, para partirle la cabeza a alguien, seguro que aún servía. A Amy le temblaban las manos, pero era consciente de que se jugaba la vida, por lo que no dudó y consiguió encontrar el coraje suficiente para acercarse a la puerta.

Otra vez esa fricción en la madera. Se le iba a parar el corazón en cualquier momento y la iban a encontrar muerta del susto en vez de con un balazo en el cuello. Y entonces escuchó un sonoro maullido. ¡Dios! ¡Era un gato! Abrió la puerta con cuidado y se encontró a un pequeño minino atigrado de color canela y unos enormes ojos verdes. Parecía desnutrido, pero no se apartó cuando la vio si no que se acercó y se restregó contra sus piernas.

—¿Qué haces tú aquí, chiquitín? ¿Te has perdido?

La respuesta del gato fue un maullido lastimero que parecía contestar a su pregunta y Amy lo cogió entre sus brazos, con miedo de que la arañara, pero el animalillo se puso a ronronear.

—Bueno, compañero, poca comida tengo aquí, solo un trozo de sándwich.

Amy buscó en su mochila, desmigó el poco pan que le quedaba y dejó al gato comiendo para volver a la trampilla. La abrió e introdujo el brazo hasta el fondo. Allí estaba su salvación, su red de seguridad. Sacó una bolsa que contenía su seguro de vida. Estaba allí oculto desde hacía ocho años. Abrió la cremallera y revisó el contenido: Nueva documentación con el nombre de «Geena Davis», el que había escogido por si tenía que cambiar de vida. Pasaporte, carnet de conducir, dos móviles desechables y un cargador, un buen fajo de billetes, una linterna y una pistola. No era amante de las armas pero, si tenía que defenderse para que no la mataran, la usaría.

Al ver aquel nombre en el pasaporte, que casi había olvidado, se derrumbó. La verdad era que, justamente ahora, no quería cambiar de vida. Había conseguido una vida que le gustaba. Amy Newman le gustaba. Le encantaba su casita, su pequeña empresa, sus amigos y sus empleados. Le encantaba la jardinería y diseñar esos preciosos vergeles que acompañaban a la gente y los hacían felices. Le entusiasmaba ser empresaria aunque fuera a pequeña escala. Amaba su vida tal como era, sencilla y tranquila, pero no tenía ninguna duda de que, a quién quería matar aquel asesino era a ella. Se echó a llorar en un momento de abatimiento. ¡No quería renunciar a su vida! Entonces le vino un recuerdo de una frase que su padre solía decir… «No he educado a mi hija para que sea una miedosa, sino una mujer valiente…»

Sus lágrimas seguían cayendo, no se sentía nada valiente, la verdad. Pero huir quizá no fuera la solución ¿no? ¿Y si se enfrentaba a su pasado de una vez? ¿Sería capaz de hacerlo?

El gato se acercó relamiéndose los bigotes y maullando pidiendo más comida. Amy se sintió identificada con él. El pobre andaba perdido y solo. Le acercó los brazos y el animal se enroscó en ellos, nunca había conocido a un gato más cariñoso y valiente.

—Ya sé que no te va a gustar, chiquitín, pero si te quedas conmigo voy a tener que darte un baño —Amy miró sus patitas llenas de barro y la marca de sus huesos y se apiadó de él—. ¿Sabes qué? He decidido luchar… nadie va a amedrentarme nunca más. ¡Nos vamos a casa!

Amy volvió a guardar la bolsa en la trampilla, aunque se quedó algo de dinero, uno de los teléfonos y el cargador. Había decidido que iba a enfrentarse a su pasado y eso haría. No sabía cuál podría ser el resultado pero no podía pasarse la vida huyendo. Metió al gato en la mochila, dejando su cabeza fuera y salió para volver a la bicicleta y hacer el viaje en sentido contrario. Volvía a Portland. Volvía a su vida. Volvía decidida a enfrentarse a su destino.

8

Amy llegó a Jenkintown en mitad de la noche. Dejó aparcada la vieja bicicleta en el mismo lugar del que la había tomado prestada y paseó, vigilando su entorno y escondiéndose en las sombras de las calles poco iluminadas, hasta llegar a la estación. Por suerte era verano y hacía calor, por lo que buscó el banco más apartado del andén y se estiró sobre él, a la espera de que pudiera comprar el billete de vuelta a Filadelfia a primera hora.

Antes de quedarse dormida acompañada del gato, que no se despegaba de ella, y tras dar muchas vueltas al asunto, decidió hacer una llamada. Lo malo es que tenía que cargar el móvil primero. Sabía que no muy lejos de allí, se encontraba la calle donde estaban ubicados la mayoría de los bares, (así la llamaban: «la calle de los bares»). Un par de ellos cerraban casi en la madrugada. Era posible que ya no existieran, pero podía probar, aunque le daba miedo llamar la atención de alguien, no era un pueblo muy grande y los forasteros destacaban. Paseó hacia la zona y encontró un par de ellos que aún estaban abiertos, tal como suponía. Miró desde el exterior a través de las ventanas y escogió el que estaba casi vacío. Solo un par de hombres y una mujer bebían acodados en la barra y charlaban mientras reían. La camarera era una mujer alta y grande, aunque suponía que no estaba sola. Al fin se decidió y entró, ocultando su pelo rojo bajo la gorra de visera.

—Un agua mineral con gas, por favor —la mujer la miró con curiosidad, pero no hizo comentario alguno y le sirvió la bebida—. ¿Puedo cargar mi móvil, por favor? Debería haber llegado a casa y sería mejor que avisara a mis padres.

La excusa surtió efecto, con la vestimenta que llevaba y la cara lavada, Amy parecía bastante más joven de lo que era y la mujer la miró con compasión, seguramente imaginando la bronca que le esperaba a aquella chica cuando llegara a su casa.

Le indicó la ubicación de un enchufe y siguió secando vasos sin abrir la boca.

Amy no esperó mucho, en cuanto la batería marcó un cuarenta por ciento, le dio las gracias a la mujer, pagó la consumición y salió al exterior. Caminó de nuevo hasta la estación, que estaba desierta. Miró los contactos y encontró lo que esperaba: un solo número a nombre de D.D. y la contraseña para que él se pusiera al teléfono.

D.D. eran las siglas de Dan Damiani, el cabecilla de una de las familias de criminales de la mafia italoestadounidense de Nueva York. En los últimos tiempos había tenido muchas bajas debido a las capturas de sus miembros a manos de las autoridades

estadounidenses, pero D.D. resistía. Junto con el resto de familias, eran los responsables del sistema de *La Comisión*, un consejo intermafioso que marcaba el terreno entre las facciones previamente en guerra y que gobernaba las actividades de la *Cosa Nostra*.

Con dedos temblorosos, Amy pulsó la llamada y esperó. Sonaron tres tonos y una voz le pidió la contraseña que ella deletreó, una combinación de letras y números.

—Espere —fue la única palabra que escuchó y quedó a la espera. A pesar de la hora, sabía que atendería su llamada, aquel código era de máxima urgencia.

—¿Quién es? —Amy oyó de nuevo aquella voz tras tantos años y le produjo un estremecimiento. Era como retroceder en el tiempo.

—Soy Amy Newman… —Amy cogió aire y se lanzó— escúchame bien D.D. y no me interrumpas. Alguien está intentando matarme y solo tú puedes haber dado la orden. Quiero que apartes al matón que has enviado a liquidarme. No he dado ni un paso para delatarte, he cumplido mi palabra. Debes saber que si me pasa algo todo va a salir a la luz. Tengo un seguro de vida importante, no me hagas usarlo. Mi padre tenía pruebas de todo y yo las tengo escondidas a buen recaudo. Muy bien escondidas. De vuestros negocios, de los fraudes con criptomonedas, del juego ilegal, de los préstamos. Tengo grabaciones y documentos originales que pondrían en muchos apuros a toda la familia. Llevo ocho años viviendo mi vida y he cumplido mi palabra. Tú eliges, pero recuerda que si muero, todo se hará público. Te interesa que yo esté viva.

—Yo no he dado esa orden, pero voy a pedir información al respecto. De acuerdo, Amy —la voz grave de D.D. hizo una pausa— pero recuerda algo, *carina*… ¡No vuelvas a amenazarme! ¡Nunca jamás! Tengo los medios para matarte y no dejar rastro, no me hagas usarlos.

Ambos colgaron y Amy se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Se acurrucó como pudo en el banco, agarrada a su mochila que llevaba colgada por delante de su cuerpo y acariciando la cabeza del gato, que dormía ajeno a su desasosiego. Con aquella llamada, lo más seguro era que su supuesto asesino desapareciera de escena y se hubiera acabado todo. Por fin podría dormir tranquila y dejar de sobresaltarse con cualquier ruido, retomar su vida y volver a su casa. D.D. había negado su implicación, pero no podía fiarse y lo sabía.

Finalmente no pegó ojo y en la madrugada, cerca de las cinco, se abrió la ventanilla y Amy pudo comprar su billete de vuelta. El tren pasaría en veinte minutos y estaría en Filadelfia en algo más de una hora.

Cuando llegó al aeropuerto compró un billete de una aerolínea de vuelos *low cost*, el que encontró que salía más pronto y por fin aterrizó

en Portland de nuevo. Recreó en su mente el recorrido de las horas que había pasado viajando desde el día anterior y pensó que sus indecisiones le habían costado un buen montón de pasta y tiempo, además de obsequiarle con un agotamiento infernal. Le dolían sus heridas y moratones y andaba arrastrando los pies. Si así conseguía que dejaran de perseguirla, era un dinero bien gastado. Podría haberse ahorrado el viaje hasta la cabaña, pero estar allí y rememorar a su padre, había sido la razón de su cambio de parecer. El lugar le hizo recordar quién era y de quién era hija y darse cuenta de que no podía pasarse la vida huyendo.

Pilló un taxi en el aeropuerto, que se plantó ante ella como si la estuviera esperando, le dio la dirección de su casa y a un pelo estuvo de quedarse roncando en el asiento trasero. Cuando el hombre le preguntó dónde quería que parara, Amy se espabiló y le indicó la esquina de la calle. Estaba deseando llegar a su casa, meterse en la cama y dormir veinte horas seguidas, por lo menos.

*****

Jay recibió una llamada en el coche, donde estaba pasando la noche, a la espera de noticias de la desaparecida Amy. Había conseguido que movilizaran a bastantes efectivos en Filadelfia, para controlar los trenes y aeropuertos, aunque lo más seguro es que en un par de días los apartaran de allí. Si Amy había cogido un vuelo hasta Filadelfia, que era lo último que sabían, no iba a volver tan pronto, incluso era posible que le perdieran la pista hasta que usara sus tarjetas de crédito. O hasta que encontraran su cadáver.

—¿Diga?

—Agente Kevins, aquí el agente Daniels de la policía de Filadelfia. Hemos detectado a la señorita Newman en el aeropuerto, ha cogido un avión de vuelta a Portland. Nos indicaron que le llamáramos a este número en caso de localizarla.

—¿Alguien la está vigilando ahora? —Jay se incorporó en el asiento, esa noticia era inesperada.

—No durante el vuelo, pero hemos avisado a la policía de Portland, les hemos enviado su fotografía y el número de vuelo. Uno de ellos intentará llevarla en taxi hasta su casa.

—De acuerdo, muchas gracias. Les avisaré cuando haya llegado para que dejen la vigilancia —contestó Jay y respiró hondo.

De momento, Amy seguía viva y eso le desató un nudo que apretaba en medio del pecho. ¿Qué había ido a hacer a Filadelfia? Eso sí era raro. Desaparecía sin su móvil y volvía al día siguiente como si nada, como si no hubiera un asesino tras ella. Tendría que morderse la lengua para no dejarle caer la bronca del siglo, pero es que esa mujer lo sacaba de quicio, tanto como lo ponía a mil. Quisiera o no, iba a

tener protección, la convencería como fuera.

Esos eran sus pensamientos cuando un taxi apareció por una de las calles laterales. Él seguía en su coche, en la acera al otro lado de la calle. Se quedó observando y la vio salir del taxi. Su estómago estaba protestando, ni siquiera había desayunado. Cuando Amy estuviera a salvo en su casa, le pediría a Walter que fuera a sustituirlo en su vigilancia y se iría a desayunar y a dormir unas horas. Lo necesitaba.

*****

Amy arrastraba los pies por la acera camino de la entrada de su casa. Ya eran más de las diez de la mañana, pero al ser domingo no había mucho movimiento en la calle. Lucía el sol y anunciaba otro día de intenso calor. Amy dudaba entre meterse bajo el chorro de agua fría de la ducha o tirarse directamente sobre su cama, mientras le murmuraba al gato lo bien que iba a estar en su casa y lo mucho que lo iba a cuidar.

Abrió la cancela que bordeaba el pequeño jardín de la entrada y subió los tres escalones. Llevaba al gato en los brazos que se encogía y estiraba haciendo fuerza para que lo dejara suelto. Amy, con las llaves en la mano, se agachó a dejar el gato en el suelo y eso le salvó la vida. Sintió que algo sobrevolaba su cabeza, una bala veloz que, de forma súbita, se incrustó en la puerta y la atravesó. Se le erizó todo el vello del cuerpo presintiendo el peligro y se tiró al suelo chillando, completamente aterrada. Rodo por el césped con el gato saltando a su alrededor y se encogió en un rincón, tapándose la cabeza con los brazos, temblando hasta que un cuerpo enorme aterrizó sobre el suyo, dejándola sin respiración.

*****

Jay no la había perdido de vista mientras caminaba hacia la puerta, admirando a su pesar su deambular garboso y observando su atuendo para pasar desapercibida y parecer otra. Vaqueros rotos, camiseta y gorra con visera de la que escapaban mechones de pelo rojo como el fuego. Seguía estando preciosa. Por suerte no había separado su vista de ella, cuando una bala, disparada con silenciador, se incrustó en la puerta y Amy chilló. A Jay se le salía el corazón por la boca cuando saltó fuera de su coche, pistola en mano, oteando los alrededores sin descubrir al tirador, saltando la cancela de un salto y tirándose sobre el cuerpo de Amy para protegerla. Otra bala le pasó casi rozando el oído.

Percibió un disparo más cerca de ellos, que se incrustó en el tronco del pequeño árbol, al lado del cual estaban estirados. Debía ser un francotirador apostado en algún lugar indetectable. Fue entonces cuando Amy se dio cuenta de que la bestia que se había arrojado sobre

su cuerpo era Jay. Le hizo tanta ilusión que se abrazó a su cintura.

—No te muevas —le susurró Jay— me ha parecido ver a alguien que corría calle abajo.

—No me dejes sola —Amy agarró su camiseta cuando Jay se incorporó— por favor.

—No te dejaré, no te muevas —Amy seguía con la espalda pegada al muro del jardín y Jay la protegía con su cuerpo, colocado delante de ella y apuntando con su arma hacia el exterior—. Creo que se ha marchado.

Amy se agarró más fuerte al cuerpo de Jay y hundió su cara en la espalda de él. Aquel hombre tenía algo que la tranquilizaba y no debería ser así. Inspiró y su olor inundó sus fosas nasales.

Dejaron pasar unos minutos que al gato le parecieron demasiados y empezó a maullar buscando atención. Saltó sobre Amy y de ella a Jay, al que arañó en una mano.

—¡Ay! ¡Maldito gato! —Se lo quitó de encima y el animal maulló ofendido—. Vamos dentro, ya no está por aquí. ¿Tienes las llaves?

—Sí, en la mano.

Jay le dio la suya y se levantaron del suelo. Amy abrió la puerta y entraron en la casa. Entonces se echó a llorar, desconsolada. El agotamiento y aquel recibimiento en su propia casa, habían sido demasiado para su maltrecha entereza. Se derrumbó y a Jay se le encogió el corazón. No podía ver llorar a una mujer, eso era algo que siempre le había ocurrido. Pero con Amy era peor. Mucho peor.

—¡Eh! Ven aquí —la agarró por la cintura con delicadeza y acarició su nuca, dejando que Amy apoyara la frente en su pecho—. Llora si te sientes mejor, eres una mujer valiente, pelirroja.

—No lo soy… —si iba a decir algo más, un arranque de sollozos la interrumpió, se había abierto el grifo y no podía parar— lo siento… es que estoy agotada.

—No pasa nada, cariño —ese «cariño» estremeció a Amy y algo le estrujó el corazón. Ella siempre estaba sola y tener a alguien que la consolara no era natural para ella. Estaba… emocionada.

—Tengo que dar el aviso de lo que ha ocurrido —le dijo Jay— ¿Estás bien?

—Sí, sí… perdona… creo que voy a darme una ducha, estoy sudada y muy nerviosa.

Amy le puso al gato un cuenco con leche y otro con pavo picado que encontró en la nevera. El animal no dejaba de maullar muerto de hambre. Amy se encerró en el baño y se metió bajo el chorro de agua templada, mientras Jay avisaba a sus compañeros de lo ocurrido. El asesino estaba fallando pero seguía allí. Y se estaba descontrolando. Ya no iba a buscar a su víctima para matarla de un tiro en el cuello, sino que disparaba desde lejos, a la desesperada. Jay cada vez estaba

más perdido.

Antes de que Amy saliera de la ducha ya tenía allí a la policía local y una ambulancia que no necesitaban. Los vecinos los habían avisado al escuchar gritar a Amy. La policía le hizo las preguntas pertinentes, que seguramente no servirían para nada y buscaron las balas. Jay apostaba que volvía a tratarse de la Glock 9 mm. Habló con sus compañeros, que seguían en el piso franco y avisó a Walter de que él se quedaría a pasar el día en casa de la señorita Newman. Por la noche podría sustituirlo.

Amy fue interrogada también por la policía. Nada nuevo, las preguntas de siempre y las respuestas escuetas de Amy. Demasiado escuetas. Se notaba que quería que la policía saliera de su casa. Y la policía local, que andaba bastante desconectada, se quedó tan ancha diciendo que debió ser un cazador furtivo. En cuanto se quedaron solos, Jay la agarró de la mano e hizo que se sentara con él en el sofá.

—¿Vas a explicarme ahora que hacías en Filadelfia? ¿A dónde has ido exactamente? ¿Por qué no llevabas tu móvil? ¿Por qué no te gusta tener cerca a la policía, ni al FBI? —Puso las manos sobre sus mejillas y levantó su barbilla para que lo mirara a los ojos—. ¡Necesito respuestas, Amy! El asesino sigue tras de ti y no va a cejar en su empeño. Te juro que la próxima vez que se acerque estaremos preparados, le tenderemos una trampa y lo detendremos. Pero antes tienes que explicarme muchas cosas.

Amy pensaba a toda velocidad. De momento no podía explicarle a Jay a dónde había ido, ni nada de su vida. Le pesaba. Su pasado le pesaba demasiado y poder hablar sería una liberación. Pero el asesino había vuelto a intentarlo, justo cuando había amenazado a un capo de la mafia para que no lo hiciera. ¿Por qué? Tendría que llamar de nuevo a Damiani para que le explicara por qué narices le habían vuelto a disparar. Se suponía que iba a quitarle al matón de encima y no estaba cumpliendo su palabra. Lo peor de todo era que lo había amenazado con humo, su padre siempre le dijo que tenía pruebas de los delitos de la mafia, pero ella no tenía ni idea de donde estaban guardadas, si es que existían de verdad. Pero algo debía contestarle a Jay.

—¡Entiéndelo, por favor! —Amy puso su mejor cara de inocencia —. Me sentía muy agobiada por todo y tengo una amiga en Filadelfia a la que quiero mucho. He ido a verla para pasar unos días con ella, pero había salido de viaje. Eso me ha dicho su madre.

—¿Y tú coges un avión sin saber si tu amiga está en su casa? — Estaba claro que Jay no se estaba tragando ni una palabra—. No me parecías tan tonta, la verdad.

—¡Oye! No soy tonta, solo es que no lo he pensado porque estaba estresada —a Amy se le humedecieron los ojos de nuevo y Jay no

quería verla llorar otra vez, por lo que lo dejó correr.

—Vale, vale, tranquila —Jay le acarició el pelo y le llegó la fragancia a lavanda del champú. Le entraron ganas de besarla, por lo que se echó atrás antes de caer en la tentación. Una tentación muy grande—. Deberías descansar. ¿Puedo quedarme en tu sofá? No voy a dormir, pero también estoy cansado.

—No hace falta que te quedes —Amy se envaró de nuevo, no le gustaba tener a un agente del FBI en casa ¿Y si Damiani la investigaba? Creería que le estaba dando información y eso sería aún más peligroso para ella.

—Eso no es negociable, Amy. —Jay casi la zarandea al ver su tozudez aflorar de nuevo—. Te han disparado, te mereces unas horas de sueño sin sobresaltos.

—De acuerdo —cedió al fin. Estaba tan agotada que no tenía fuerzas ni para discutir.

*****

Jay revisó puertas y ventanas e hizo una lista de todo lo que se podía mejorar en cuanto a seguridad. Al día siguiente le instalarían una alarma y pondrían algunos cerrojos como complemento. Le llamó la atención que Amy durmiera con la puerta de su habitación abierta de par en par. Asomó la cabeza y la vio dormir profundamente con el gato enroscado a sus pies. No pudo evitarlo. La luz del día se colaba por la persiana e iluminaba entre sombras su cuerpo. Entró en la habitación y se acercó sigilosamente. Acarició con su mirada la largura de sus piernas y brazos desnudos. Iba cubierta solo con una camiseta larga sin mangas, parecía de un equipo de básquet. La sábana estaba arrugada y resbalaba hacia el suelo. Su melena pelirroja caía sobre sus hombros y sobre su mejilla, contrastando con su piel blanca. Sus pestañas, más oscuras, destacaban sobre su rostro, ocultando el verde intenso de sus ojos. Era una belleza. Jay suspiró mientras la observaba. Le quemaban las yemas de los dedos del deseo de tocarla, de acariciar esa piel de seda. Se imaginó acomodándose a su lado, rodeándola con sus brazos, arrastrando esa camiseta hacia arriba para descubrir el resto de su piel. Besándola con ansia. Y se excitó al pensarlo.

Murmurando incoherencias salió de la habitación y cerró la puerta, creyendo que se estaba volviendo idiota, por lo menos. Era una víctima y su función era protegerla. Desearla solo sería una distracción que no les convenía a ninguno.

9

Walter se presentó al cabo de una hora. En vez de esperar hasta la noche, le dijo que ya había dormido unas cuantas horas y que podía sustituirlo cuando quisiera, pero Jay prefirió quedarse un rato más. Con dormir cuatro horas por la tarde sería suficiente para pasar la noche en casa de Amy. En ese momento ambos agentes estaban sentados alrededor de la pequeña mesa de la cocina, acabando con la caja de donuts que había llevado Walter.

—Ya he avisado a los de las alarmas —le informó su amigo— mañana a primera hora estarán aquí. Hay demasiadas ventanas poco protegidas. Supongo que la señorita Newman no estará de acuerdo en poner rejas ¿verdad?

—No se lo he preguntado, pero es reacia a todo lo que le proponemos, no creo que en eso vaya a ser distinto. Creo que se niega a cualquier sugerencia por sistema. Sobre la alarma ni siquiera le voy a preguntar, corre por cuenta nuestra, lo vamos a incluir en nuestros gastos.

—¿Seguro que no te quieres ir a dormir? No tienes muy buena cara. Tenemos a dos agentes apostados en los extremos de la calle que están controlando los accesos a la casa, puedes irte tranquilo, si no hacemos turnos no vas a aguantar —insistió Walter.

—Esperaré un rato, estoy bien. —Jay cogió agua de la nevera, se sirvió en un vaso y se lo bebió de un trago— ¿Aún no tenemos los resultados de los análisis de las muestras de sangre del primer ataque a Amy?

—No, están desbordados en los laboratorios —contestó Walter—. Me ha comentado Mary que los está presionando, pero le han objetado que les faltan manos y que no pueden correr más.

—Estoy pensando… —Jay se restregó los ojos enrojecidos— que Amy no va a ceder en quedarse en casa encerrada. Va a querer ir a trabajar y salir de aquí. Necesita…

—He traído un chaleco antibalas para ella, lo he dejado en la entrada —le interrumpió Walter— tendrás que convencerla para que se lo ponga. A pesar del calor…

—Lo haré, te lo aseguro…

Si Jay iba a decir algo más, quedó silenciado por un grito angustioso que venía de la habitación de Amy y que hizo que los dos agentes se levantaran de un salto.

*****

Amy dormía profundamente. El cansancio la había vencido tras pasar tantas horas viajando arriba y abajo. Unidas al exceso de

incidentes, a la presión y al terror que había vivido, habían podido con su resistencia. Pero tanto estrés acumulado tenía que pasar factura. Por eso estaba soñando y su pesadilla reproducía el primer ataque sufrido hacía solo un par de días.

Volvía a estar en aquella cabaña, respiraba agitadamente y escuchaba los pasos de su agresor. Era consciente de que iba a morir y estaba aterrorizada. En su sueño, el atacante tenía el rostro de uno de esos orcos desfigurados de Mordor, asimétricos, con bocas sangrantes, dientes puntiagudos y cicatrices grotescas. Su corazón latía acelerado, bombeando enloquecido y provocando que se moviera sobre la cama con una angustia creciente enroscándose en su cuerpo. El terror se estaba apropiando de su voluntad, intentaba escapar, pero el monstruo se aproximaba, la acechaba y gruñía, acercaba una pistola a su cuello y una mano sucia de largas uñas a su cara, dispuesto a arrancarle los ojos. Entonces disparaba sin decir nada, solo mostrando una siniestra sonrisa torcida.

La despertó su propio chillido y se levantó de la cama como un resorte, asustada y falta de aire. Solo podía pensar que estaba viva. Pero al ver la puerta de su habitación cerrada, algo que nunca ocurría debido a su claustrofobia, dejó de respirar. Se ahogaba.

Empezó a sudar y consiguió coger aire para pasar a hiperventilar, todo a la vez. Un dolor en el pecho la avisaba de que el aire no llegaba a sus pulmones, pero era incapaz de normalizar su respiración, ni tampoco podía dar dos pasos para llegar hasta la puerta y abrirla. Su cuerpo temblaba de arriba abajo y un mareo repentino hizo que las paredes empezaran a ondularse y su cuerpo se tambaleara, justo cuando entraban dos hombres en tromba en su habitación. Ni siquiera pensó en Jay, en que estaba en su casa, en nada… se desmayó y, por suerte, los brazos de Jay llegaron a tiempo de evitar una mala caída. La estiró sobre la cama, muerto de preocupación y Walter le dijo que iba a llamar a un médico.

—Espera un momento, esto parecía un ataque de pánico, trae un poco de agua, por favor —le dijo Jay mientras comprobaba su respiración.

Cuando Walter apareció con el agua fría, le echó un poco por la cara y Amy enseguida reaccionó. Parpadeó y abrió los ojos mientras Jay le hablaba con calma para tranquilizarla.

—Tranquila, Amy, soy Jay y estoy contigo. No hay peligro, no pasa nada ¿de acuerdo? Respira hondo… eso es. ¿Quieres beber agua?

Amy asintió cerrando los ojos y Jay acercó el vaso a sus labios a la vez que la incorporaba un poco.

—¿Una pesadilla? —Amy asintió sin abrir la boca. Se había agarrado al brazo de Jay con fuerza—. Ya está, preciosa. Ya ha pasado, todo está bien.

—Lo… siento —Amy al fin pudo pronunciar las palabras— lo siento, estaba soñando, el asesino era un monstruo y… me he despertado… la puerta estaba cerrada.

—¿La puerta?

—Sí —Amy la señaló— esa puerta. Tiene que estar abierta. Siempre. Tengo claustrofobia. Si está cerrada me ahogo.

—Lo siento, al ver que dormías la he cerrado… no lo sabía —Jay se sintió fatal, pero no podía haber adivinado algo así.

—Bueno, ahora ya lo sabes —Amy se apartó y soltó al brazo de Jay —. Creo que no voy a dormir más ahora o por la noche no podré conciliar el sueño.

—Vale, entonces te quedas con Walter durante lo que queda de día, yo volveré para el turno de noche.

—¡Un momento! —Amy empezó a reaccionar, a medida que se sentía mejor y más despierta— ¡No esperarás que pase todo el tiempo encerrada en casa! ¿No? ¿Y mi trabajo? ¡Tengo que ir al super, mi nevera está vacía!

—¡Se trata de que no te maten, Amy! ¿Aún no lo has entendido? — Jay empezaba a desesperarse ante la obstinación de aquella mujer.

Walter, que seguía la conversación muy interesado y que no había abierto la boca, se vio en la necesidad de intervenir. Aquellos dos, cuando estaban uno delante del otro, tenían tendencia a no ver nada más.

—Creo que Amy tiene razón —dijo mirando a Jay.

—¿Cómo? —el aludido miró a su amigo frunciendo el ceño.

—A ver, Kevins… la chica tiene que comer, trabajar… hacer vida normal, aunque la estemos protegiendo.

—Eso, Kevins —esta vez era Amy la que lo increpó poniendo el dedo índice en su pecho—. Se supone que soy la trampa para que el asesino vuelva a actuar y los valientes agentes del FBI lo atrapen antes de que me mate ¿no? ¡Pues no sé cómo lo vais a conseguir si sigo encerrada en casa como si estuviera en una madriguera! No es que me sienta la mujer más valiente del mundo ahora mismo, pero no puedo detener mi vida y dejarla en *stand by*. Si eso es lo que vais a hacer, ya podéis largaros los dos y dejarme sola. Qué te quede claro que mañana voy a ir a trabajar, lo quieras o no.

—Qué te quede claro a ti… —le dijo Jay acercando su rostro al de ella—. O colaboras o te pongo bajo custodia de la policía.

—¡¿Ahora vas a arrestarme?! —Amy frunció el ceño, sus ojos verdes echaban chispas.

—No me tientes… —Jay estaba a punto de dejarse llevar y besarla cuando recordó que tenían público, en concreto Walter, que se lo estaba pasando en grande ante aquel rifirrafe donde se detectaba más de lo que los implicados creían.

—Bueno, chicos —intervino Walter— será mejor que os calméis un poco. Jay, vete al piso, date una ducha y duerme unas horas, lo necesitas. Y usted, señorita Newman, que sepa que si quiere salir a comprar, estaré encantado de acompañarla al supermercado, siempre que consienta en ponerse un chaleco antibalas bajo la ropa.

—¡¿Chaleco antibalas?! —Amy se quedó con la boca abierta— ¿Con este calor?

—No se preocupe, iremos en mi coche y en el supermercado suele haber aire acondicionado. Solo tendrá que llevar el chaleco cuando caminemos por la calle, no es para tanto.

Quizá fuera la voz grave y calmada de Walter, quizá el cansancio, el caso es que Amy cedió y Jay se fue al piso franco, algo más tranquilo.

*****

—¿Cómo van las búsquedas con el nombre de Irvin? —preguntó Jay a Mary al llegar al piso.

—Como cada vez que buscamos un nombre sin tener más datos, totalmente infructuoso… —contestó Mary, que lucía unas marcadas ojeras a juego con las de sus compañeros—. De verdad que la aguja en un pajar sería un regalo, estoy segura de que la encontraría antes. ¿Sabes todos los Irvin que me han salido solo en el estado de Maine? ¡Un montón! Aunque sea un nombre de origen escocés, tenemos cientos de ellos.

—No sabemos si matará a ese Irvin, sea quien sea, o primero irá a por Amy —dijo Owen— en ese caso estaremos preparados.

—Sí, pero debemos ser muy cuidadosos para que no nos detecte, se supone que está sola.

—Todos los implicados están avisados, no te preocupes.

—Necesito una ducha y unas horas de sueño, más que respirar —les dijo Jay— si no estalla la tercera guerra mundial no me despertéis, por favor.

—Tranquilo, que descanses.

Jay comió algo, se duchó y durmió toda la tarde. Repuso fuerzas y se preparó para pasar la noche en vela en casa de Amy. La protegería y cazaría al asesino, aquella pesadilla tenía que terminar de una vez por todas.

*****

—Aquí tiene su móvil, me lo quedé cuando vi a Neil, espero que no le importe —le dijo Walter.

—Gracias —Amy le echó un vistazo por encima, tenía bastantes mensajes y alguna llamada.

—¿Quiere salir a comprar? —preguntó Walter.

—Agente Payne ¿quiere tutearme, por favor? Me hace sentir incómoda tanta corrección.

—Muy bien, Amy, solo si me llamas Walter —le sonrió y le guiñó un ojo.

Walter le caía bien. Bajo ese aspecto de boxeador y ese semblante serio, Amy intuía que se escondía un hombre considerado y sensible. Se notaba en su mirada franca de ojos castaños. Eso le hizo pensar en Jay. No creía que fuera tan considerado, pero tenía algo que… le generaba una atracción animal, no sabía cómo definir lo que provocaba en ella. Su aura de chico rebelde, la seducía sin remedio.

—¿De verdad tengo que ponerme ese horrible chaleco para salir a la calle? —Amy lo señaló poniendo cara de asco— voy a tener que buscar una camiseta de talla muy grande para que me quepa bajo la ropa.

—Ven, te enseño como ajustarlo y ya puedes ir buscando esa camiseta grande si quieres que vayamos al supermercado —le dijo Walter— Y otra cosa, por si el asesino nos controla, tiene que parecer que vas sola. Estaré muy cerca de ti, pero ni te acerques a mí, para ti soy un desconocido ¿de acuerdo? No me mires, yo me ocupo de protegerte y tenemos a dos hombres más que estarán muy cerca.

—Vaya… al final voy a sentirme importante —Amy empezaba a sentirse más segura, pero todo aquel circo le generaba un alto grado de ansiedad.

Amy decidió que pasaría el resto de la tarde en casa, pero al día siguiente iría a trabajar. Había hablado con Neil y la esperaban por la mañana en la oficina.

—De acuerdo, voy a por esa camiseta.

La salida al supermercado fue tranquila. Amy no pudo evitar ir mirando a su alrededor con disimulo. Todo el mundo le parecía sospechoso. Cada vez que detectaba a un hombre solo, lo analizaba intentando adivinar si podía ser su agresor, sin sacar ninguna conclusión. Lo cierto es que en eso no había mentido; no lo había visto y la única certeza es que era alto y fuerte. Como miles de hombres, claro.

Llenó el carro bastante rápido y compró cosas de las que no solía comer, pensando en sus recientes inquilinos. Cervezas, bolsas de patatas y ganchitos, cacahuetes y palomitas. También pienso para gatos. Cuando ya estaba esperando en una de las colas de caja para pagar, miró a la salida, en dirección a la calle. Le dio el tiempo justo de ver a un hombre alto y fornido, cubierto con una gorra y gafas de sol, que estaba segura que la miraba y que se apartó de su vista con celeridad. El chaleco que llevaba bajo la camiseta la estaba haciendo sudar como un cerdo y se apartó los cabellos húmedos de la frente. Le daba miedo salir hacia la calle y buscó a Walter con la mirada. Estaba

en la caja de su derecha y negó casi imperceptiblemente con la cabeza. Amy se quedó con la duda, no sabía que intentaba decirle: que ese hombre era de los suyos y no debía temer nada o que no saliera al exterior.

Por si acaso optó por la segunda opción, no fuera a ser que la recibiera un balazo a la salida. Se entretuvo recogiendo las bolsas y cambiando el contenido de una a otra, mientras Walter la adelantaba y la esperaba en el exterior. Cada uno conducía su coche y vio como el agente se metía en el suyo y le hacía una señal para que saliera.

Respiró hondo y el corto trayecto hasta su coche lo hizo corriendo, como si la persiguieran, a toda velocidad. No pasó nada y una vez llegó a su casa, descargó la compra sin perder detalle de lo que ocurría a su alrededor, se sentó en el sofá y respiró hondo. Walter entró por la puerta lateral de la cocina, que estaba mucho menos visible y se acercó hasta ella.

—Todo ha ido bien, tranquila —le dijo a Amy.

—¿De verdad? ¿Todo ha ido bien? resulta que ahora salir de casa a hacer la compra se ha convertido en una actividad de alto riesgo. ¿Sabes por qué nunca me he tirado en paracaídas? —Walter negó con la cabeza, frunciendo el ceño sin entender la pregunta—. ¿No? ¡Por qué no me gusta el riesgo! Me gusta saber que cada cosa está en su sitio, que cuando pongo los pies en el suelo, éste no se va a hundir, que no voy a quedarme colgada en un despeñadero con cien metros de vacío bajo mi cuerpo. ¡Esa es la sensación que tengo ahora cuando voy a comprar al supermercado! ¿Quién era el tipo de la puerta? ¿Lo has visto?

—Tranquila, Amy, era de los nuestros, estaba protegiéndote, igual que yo —Walter se sentó a su lado—. Oye, tienes que calmarte, vamos a pillarlo, te lo prometo.

—En realidad no sabéis lo que puede pasar ¿verdad? —Amy lo miró, asustada— una bala perdida en un tiroteo, como ha ocurrido esta mañana puede acabar con mi vida. ¡Boom! Y se acabó.

*****

Walter se puso a mirar el televisor un rato, mientras Amy se sentaba cerca con un libro entre las manos. No conseguía leer ni una línea. Las palabras le bailaban ante los ojos y no encontraba ni una frase con sentido. Cuando estaba dudando entre seguir con el libro o ponerse a escuchar música, su móvil sonó. El móvil que había sacado de la trampilla de la cabaña y que descansaba en un estante de la cocina. Solo podía ser una persona y se levantó decidida a que Walter no la escuchara.

—Perdona, me he dejado el móvil en la cocina —Amy se dirigió allí casi corriendo y cerró la puerta de golpe.

Como no podía quedarse encerrada, abrió la puerta exterior de la cocina, que daba al pequeño jardín que rodeaba parte de la casa. No se atrevió a salir al exterior, aunque vigilaba por si veía acercarse a alguien. Al mirar la pantalla las letras D.D. le hicieron temblar las manos.

—¿Sí…? —contestó casi sin voz.

—No hemos sido nosotros —fue el escueto saludo.

—¿A qué te refieres? —Amy sabía lo que quería decir, pero no entendía nada.

—Nadie de mi entorno, ni bajo mis órdenes, está intentando matarte. —Aclaró Damiani—. Te arriesgas estúpidamente amenazándome cuando no he hecho nada contra ti. Y, por lo que sé, ahora tienes al FBI muy cerca ¿verdad? Eso no me da ninguna confianza. Si te vas de la lengua te vas a quedar sin ella, te lo advierto, *carina*… no juegues conmigo.

Y colgó.

10

Amy se metió en la cocina para hacer algo de cena para ella y Walter. Se suponía que Jay pasaría la noche en su casa, aunque no sabía a qué hora llegaría y ella no quería preguntar. No es que Walter le molestara, era un hombre agradable, pero lo cierto es que ansiaba ver aparecer a Jay. Sabía que se había colgado un poco de aquel hombre y no acababa de entenderlo; cuando pensaba en su profesión se llamaba imbécil interiormente. Había que estar loca para dejarse engatusar por un agente especial del FBI. Eso era rozar la estupidez.

Comieron juntos en la mesa de la cocina y, aunque Amy interrogó a Walter con disimulo sobre su compañero, no obtuvo ninguna respuesta clara y sí muchas evasivas. Seguramente había sido poco cauta y se le habían notado las intenciones, vistas las sonrisas mal disimuladas del agente Payne.

—¿Puedo proponerte algo? —le dijo Walter y Amy lo miró con los ojos muy abiertos—. Nada ilegal ni pervertido, lo juro.

—¿Qué…?

—No vayas mañana a trabajar, espera un día más.

—A ver, piensa un poco; si el asesino quiere atacarme y me está vigilando, le va a parecer un poco raro que no salga de casa ¿no? Se va a dar cuenta de que tengo protección.

—Tenemos muchas búsquedas de información y pruebas pendientes de resultado, tanto de los laboratorios como imágenes de cámaras y varias cosas más —contestó Walter— creo que un día más en casa nos daría algo más de margen para conseguir alguna pista fiable que seguir. No queremos ponerte en peligro, Amy.

—Es que… ya estoy en peligro.

Llamaron a la puerta trasera con los nudillos. Al mismo momento le llegó un mensaje a Walter de Jay: «soy yo».

Walter abrió la puerta y saludó a su amigo.

—Hola, Jay ¿Qué tal todo? ¿Has dormido?

—Cinco horas seguidas, estoy como nuevo —al escuchar la voz de Jay, Amy no pudo evitar levantarse y acercarse a la entrada.

Jay había cambiado totalmente de aspecto. Aún llevaba el pelo húmedo de la ducha, se había afeitado y lucía una camisa blanca y un pantalón gris de vestir. A pesar de no llevar corbata a Amy le pareció más un agente del FBI que antes de marcharse de su casa esa mañana. Pensó que estaba guapísimo y que esos ojos azules la estaban taladrando como si adivinaran sus pensamientos. Walter carraspeó y decidió que tres eran multitud. A pesar de todo, antes de salir por la puerta le susurró a Jay «no te despistes, recuerda por qué estás aquí», a lo que Jay asintió sin abrir la boca.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Amy, acercándose a ella con pasos lentos.

—Podría estar mejor si no fuera la diana de un asesino —contestó Amy, resignada encogiendo los hombros—. ¿Has cenado?

—Sí, he comido algo antes de salir, no te preocupes —de pronto parecían extraños, cosa bastante normal si pensaba en el poco tiempo que hacía que se conocían. Amy pensó que le sentaría bien darse una ducha antes de intentar dormir y alejar aquella imagen de sus pensamientos.

—Voy a ducharme y a meterme en la cama, tienes el salón a tu disposición y el mando de la tele está en esa mesilla —Amy se alejó caminando hacia atrás y entonces recordó algo—. ¡Ah! Por favor, no cierres la puerta de mi habitación… ya sabes, me ahogo.

—Sí, tranquila, primero voy a revisar las ventanas.

Amy se metió en el baño y abrió el grifo de la ducha. En la pared de la bañera tenía una ventana alta y pequeña que permanecía siempre abierta, era demasiado reducida para que nadie pudiera colarse por allí. Estuvo un buen rato dejando caer el agua caliente a presión sobre su cabeza, sus hombros y su nuca. Eso solía relajarla, pero en ese momento seguía en tensión. No dejaba de imaginarse a Jay entrando en aquel baño lleno de vapor y abriendo la puerta de la mampara, dando un paso al interior y acariciando su piel mojada, besándola, susurrándole palabras al oído, resiguiendo con su boca la curva de su cuello… le esperaba una larga noche. Tenía que quitarse a ese hombre de la cabeza, dormir, descansar y coger fuerzas para trabajar al día siguiente. Para hacer una vida, aparentemente, normal.

Jay llevaba un rato escuchando el ruido del agua… estaba siendo una ducha larga y su imaginación era muy fértil. Podía fantasear con el cuerpo de su protegida en aquella bañera, con el jabón resbalando sobre sus pechos y el aroma de lavanda invadiendo el espacio. Improvisó en su mente una escena de película, con él como protagonista, asiéndola por la cintura, comiéndose su boca y apoyando su espalda en las baldosas de la pared. Negó con la cabeza intentando deshacerse de aquella visión y apoyó la frente en la puerta del baño, haciendo esfuerzos por no poner la mano en la manecilla y abrirla. No era consciente de que el agua ya no se escuchaba desde hacía unos minutos. Entonces la manecilla se movió desde dentro y se abrió la puerta para encontrarse cara a cara con Amy. Una Amy de pelo rojo oscurecido por el agua, ojos brillantes, piel blanca de mejillas sonrosadas y labios carnosos. Una Amy que olía como el pecado. Se quedaron mirando en silencio, como si no hicieran falta palabras. Quietos, a la espera de ver quién daba el siguiente paso. Anhelantes, sus alientos cada vez más cercanos. La vista de Jay se desplazó con lentitud hacia abajo para encontrarse con un corto

camisón negro de tirantes. Muy corto. Se le escapó una sonrisa. Amy había cambiado la camiseta de básquet por un trozo de ropa muy sexi y supo, sin necesidad de que ella lo confirmara, que era para él. Las bocas de ambos se acercaron de forma sincrónica, atraídas como un imán, gravitando la una frente a otra hasta rozarse y mezclar sus alientos. Un deseo evidente que se mostraba sin poder evitarlo. Sus labios se unieron en un beso suave semejando un espejismo, pura magia…

A Amy se le escapó un gemido de su boca entreabierta, pero a Jay le llegaron un montón de pensamientos contradictorios, como una avalancha. Aquello no podía ser. Estaba protegiendo a esa mujer y era parte de su trabajo. Estaba persiguiendo a un asesino y ella solo sería una distracción que podía costarles muy caro. Si él no cumplía con su cometido, si se implicaba demasiado con ella, podía morir. Era un precio demasiado alto por una noche de pasión.

Se apartó a la vez que alejaba algunos cabellos de su rostro con delicadeza y observaba su cara de sorpresa.

—No es una buena idea, Amy —le dijo con esfuerzo— y te aseguro que esto es lo más difícil que he hecho en mucho tiempo. Pero debo protegerte y estar centrado. Tú tienes la capacidad de nublarme los sentidos y eso puede resultar peligroso en nuestra situación.

—Claro. —Amy intentaba entenderlo, pero se sentía muy decepcionada. Pensó también qué narices hacía ella enrollándose con un tipo del FBI ¿Se había vuelto loca? Seguramente, sí—. No pasa nada, un momento de locura lo tiene cualquiera.

—Buenas noches. —Jay se apartó haciendo un esfuerzo hercúleo y se sentó en el sofá cogiendo el mando de la tele e intentando pensar en algo que no fuera desnudar a Amy.

—Buenas noches —escuchó a su espalda.

Amy se dirigió a su habitación, se apartó de la puerta abierta y se cambió el camisón por una de sus cómodas camisetas de algodón para dormir. Suspiró y se estiró sobre la cama. El gato que había recogido en la cabaña, había resultado ser una gata a la que ahora llamaba «Ginger», la seguía a todas partes y dormía a los pies de su cama.

Mientras Jay hacía zapping sin encontrar nada que le interesara lo más mínimo, Amy daba vueltas sobre las sábanas sin encontrar la postura, ni poder conciliar el sueño. Entre aquella especie de acercamiento con Jay y el recuerdo de los disparos sobre su persona, Amy estaba hecha un saco de nervios. El efecto relajante de la ducha se había esfumado hacía rato y entró en un duermevela inquieto donde se mezclaban pensamientos incoherentes con imágenes oníricas. Hasta que cayó en un sueño más profundo e inquieto y llegaron las pesadillas. No de los hechos recientes, sino de los ocurridos hacía ocho años. Aquellos que, de vez en cuando, aún la

asaltaban sin avisar.

Estaba en aquella horrenda habitación minúscula, rodeada de muros grises. Encerrada. Las paredes se estrechaban y ella cada vez se sentía más pequeña. Sus manos estaban atadas. Le dolían las muñecas. Podía escuchar las voces. Hombres discutiendo. Sus palabras la atemorizaban, su corazón quería salir de su pecho. Cerraba los ojos y quería morirse, pero no podía… la ansiedad volvía a ella entre sueños, las ganas de vomitar, el sudor que pegaba la camiseta a su cuerpo. Se abría la puerta, alguien se acercaba a ella y entonces fingía dormir...

Abrió los ojos asustada. Su respiración acelerada cesó al instante. Amy notó que no estaba sola. Otra vez esa sensación de cercanía de otro ser humano. Algo intangible que la avisaba de que alguien respiraba casi a su lado. Quizás era el olor casi imperceptible, otro corazón latiendo cerca, el susurro leve de una pisada… se quedó inmóvil y la voz de Jay casi la mata del susto.

—Amy, soy yo —su voz la tranquilizó al constatar que era él, pero algo ocurría, de eso estaba segura. Se incorporó asustada—. Alguien está intentando forzar la cerradura de la puerta de la cocina. Ven conmigo.

Jay cogió la mano de Amy y la hizo levantar de la cama. Desde su móvil había enviado un aviso a sus compañeros, no sabía qué ocurría con los dos agentes que vigilaban el exterior, pero alguien estaba intentando forzar la cerradura sin hacer ruido.

—¡Métete en el armario! —Jay la arrastró hacia la puerta y la abrió, pero Amy se frenó en seco.

—No puedo entrar ahí, no puedo… —solo pensar en meterse en un sitio tan pequeño, se ahogaba.

—Ir hasta el baño es demasiado peligroso, tienes que pasar por delante de la cocina y no sabemos si puede forzar la puerta mientras tanto —le susurró Jay— ¡Métete en el armario! Te juro que te sacaré de ahí yo mismo. Confía en mí, por favor.

Amy asintió con la cabeza, sabía que debía hacerle caso, pero en cuanto se metió en el hueco inferior, bajo la ropa que colgaba sobre su cabeza y Jay ajustó la puerta hasta casi cerrarla, empezó a faltarle el aire. A lo mejor esquivaba las balas, pero iba a morir por un fallo cardíaco. Intentó concentrarse en un espacio al aire libre, normalmente la ayudaba la imagen de una playa con el mar en calma, de aguas turquesas y arena blanca. Pero no conseguía encontrar esa imagen mientras empezaba a hiperventilar otra vez. Si seguía así mucho tiempo acabaría con hipoxia y eso podía conseguir que se desmayara. El armario se encogía por momentos y Amy no podía hacer desaparecer de su mente aquel horrible zulo donde una vez estuvo encerrada. El origen de su claustrofobia, el punto de inflexión

que cambió su vida. Sus lágrimas se deslizaban como ríos sobre sus mejillas y su cuerpo temblaba como una hoja arrastrada por el viento. Jay le había dicho «confía en mí», pero no imaginaba lo difícil que eso era para ella; nunca había podido creer en nadie, porque nadie le dio razones para hacerlo.

Mientras tanto, Jay se había acercado con sigilo hasta la cocina, su cuerpo al lado contrario de la nevera y su pistola asida con las dos manos en posición de ataque, a punto para disparar. El ruido había cesado, no se oía nada. Dio un paso en dirección a la puerta y se quedó a un lado, a la espera. Entonces escuchó una voz familiar; era Walter que hablaba con Owen.

—¡Jay! —Unos nudillos resonaron en la puerta— ¡Abre, soy Walter!

—¡Esperad aquí un momento! —les gritó mientras abría la puerta y salía corriendo.

Jay llegó a la habitación de Amy, abrió la luz y la puerta del armario a toda prisa. Ella estaba hecha un ovillo sentada en el suelo del armario, la cabeza escondida sobre las rodillas. Su cuerpo temblaba y respiraba muy rápido.

—¡Amy, ya está! —la cogió por los brazos para tirar de ella y sacarla de allí. Se sentó sobre la cama con ella sobre las rodillas—. Ya se ha ido, cariño, ya ha pasado…

Entonces Amy, que parecía tener la mirada perdida, empezó a golpearle con los puños en el pecho, su melena cayendo sobre los ojos y las lágrimas descendiendo por su cuello.

—¡Nunca más! ¿Lo entiendes? —le gritó en un ataque de histeria— ¡Nunca más voy a meterme en un armario! No puedo respirar, no puedo…

Jay la abrazó a pesar de su resistencia, hasta que los sollozos se fueron convirtiendo en hipidos y su respiración se normalizó lentamente.

—Estás pasando por momentos muy duros, pero te juro por mi vida que no voy a dejar que te pase nada ¿me oyes? —Jay le susurraba las palabras al oído mientras le acariciaba la espalda y Amy se fue calmando, hasta apoyar la cabeza sobre su hombro— Walter y Owen me están esperando en la cocina, debería ir a ver qué ha ocurrido. ¿Estarás bien?

—Sí, vete —Amy se apartó bruscamente, como si acabara de darse cuenta de que se había mostrado demasiado vulnerable—. Voy a tomarme un calmante, necesito desconectar.

Jay se dirigió a la cocina y se sentó junto a sus compañeros, sin dejar de pensar en Amy.

—¿Qué ha pasado aquí? —les preguntó—. Os avisé en cuanto escuché los ruidos en la puerta, porque no entendía como había

llegado el asesino hasta ella, con los hombres que tenemos de vigilancia en el exterior.

—En cuanto recibimos tu llamada —contestó Walter— intentamos contactar con ellos, pero nos pasó lo mismo, no hubo respuesta. Vinimos lo más rápido posible y avisamos también a una ambulancia. Los dos agentes estaban desmayados, pero vivos. Por lo que me han comunicado les han hecho una maniobra en el cuello. Ya sabéis que es algo que hay que saber hacer, apretando en un punto concreto y echando la cabeza hacia atrás bruscamente para que perdieran el conocimiento. Se pellizcan los nervios de la parte superior de la columna vertebral y eso produce el desmayo.

—Conozco la maniobra y vosotros también, el asesino nos está demostrando tener competencias que no nos había mostrado hasta ahora —Jay se quedó pensativo, ese era un dato nuevo— si es que era él, claro.

—Cuando nos hemos acercado ya no había nadie en los alrededores, es escurridizo y esquiva las cámaras de seguridad —comentó Owen—. Mary sigue indagando, pero no tenemos nada nuevo. Estamos atascados.

—¿Cómo está Amy? —preguntó Walter.

—Mal… —Jay se pasó una mano por el cabello echándolo hacia atrás— nerviosa, asustada… pero ¿sabes? Me parece muy valiente, ya la han intentado matar un par de veces y resiste. Es más dura de lo que parece.

—Y tú te estás colgando de ella. —Walter lo miró, mientras Owen no perdía detalle de aquella conversación—. Ve con cuidado, sabes que no es bueno mezclar lo personal con lo profesional, se cometen fallos.

—Está controlado —Jay lo dijo poco convencido porque, a cada minuto que pasaba, esas palabras se convertían en humo.

En realidad le costaba un mundo controlar lo que estaba sintiendo por esa mujer. Ojalá su voluntad consiguiera frenar sus impulsos, porque si se dejaba llevar por sus deseos la cosa podría descontrolarse y mucho.

11

Cuando a Amy le sonó el despertador del móvil por la mañana, estaba segura de que se había equivocado al grabar la hora y solo había dormido unos minutos. Se sentía agotada, pero es que los acontecimientos de los últimos días no eran fáciles de soportar. El estrés se acumulaba y la tenía tan tensa que los músculos de la espalda se le estaban agarrotando. Necesitaba a un fisio que le deshiciera unos cuantos nudos.

Olía a café, por lo que supuso que su guardián estaría desayunando en la cocina. Se metió directamente en el baño y se dio una ducha rápida y casi fría para despejarse. Ese día pensaba ir a trabajar pesara a quien pesara. Tenía cosas que hacer y no iba a paralizar su vida ni un día más. Si tenía que moverse rodeada de guardaespaldas, lo haría. Aunque una cosa era pensarlo y otra llevarlo a cabo. El día anterior solo había salido para ir al supermercado con Walter y había sido un suplicio. Pasarse la vida mirando a su espalda no era algo nuevo para ella, pero se había olvidado del malestar que generaba y lo duro que podía ser.

Se vistió con ropa fresca, el calor era sofocante; un vestido veraniego corto y estampado en verde y azul, que le sentaba como un guante, unas sandalias de tacón con las que esperaba no tener que correr, el cabello recogido en un moño algo deshecho y los labios de un rosa pálido. Se miró al espejo y se sonrió, era importante animarse y empezar el día con energía. Estaba guapa, las marcas de su ataque se habían suavizado y sabía que se estaba arreglando para que Jay la mirara de aquella manera que tanto le gustaba: con un deseo mal disimulado.

Por eso se llevó una gran decepción al encontrarse a Walter en la cocina. Miró a su alrededor, por si Jay aún estaba por allí, pero el agente Payne la sacó de dudas.

—Se ha ido a dormir —le dijo con un amago de sonrisa.

—Voy a ir a trabajar —Amy no hizo referencia a sus palabras y se plantó desafiante ante Walter, esperando que le llevara la contraria.

—De acuerdo, pero tienes que ponerte el chaleco —fue la respuesta de Walter.

—¿Cómo voy a meterlo bajo el vestido? —Amy se sirvió un vaso de café y puso pan de molde en la tostadora.

—O te cambias la ropa por otra más holgada o te pones una chaqueta encima.

—¡O no me lo pongo! —Amy parecía en ese momento una cría enfurruñada, obcecada en llevar la contraria.

—Amy, por favor… no lo hagas más difícil. Lo del chaleco no es

negociable.

—Vale… —se quedó pensativa— ya sé, me pondré el chaleco encima del vestido y un chal sobre los hombros, así no se verá. En cuanto entre en la oficina me lo quito y ya está ¿no?

—De acuerdo —contestó Walter—. Acaban de revisar tu coche, está libre de explosivos y de rastreadores. Bueno, solo lleva el nuestro.

—Me dejas mucho más tranquila, al menos esta mañana no volaré por los aires —Amy le guiño un ojo a Walter y se preparó para salir. Le dejó agua y comida a *Ginger,* que se restregó contra sus piernas maullando, le rascó tras las orejas y cogió su bolso.

El viaje transcurrió sin sobresaltos, pero se hizo eterno. Aparte del denso tráfico, Amy no podía más que poner sus sentidos en alerta. Vigilaba por el rabillo del ojo todos los movimientos a su alrededor, miraba continuamente por el espejo retrovisor y controlaba las personas que caminaban por los pasos de peatones. Y eso que llevaba las ventanas con cristales a prueba de balas, detalle de sus amigos del FBI que los habían cambiado el día anterior. Conducir con los cristales subidos y con el aire acondicionado al máximo para no ahogarse, no le gustaba. Ella prefería que le entrara el aire por la ventana abierta, aunque estuviera caliente.

Al llegar a su destino se sintió orgullosa de haber hecho aquel trayecto que había realizado miles de veces antes. Dejó el coche en un aparcamiento cercano, en la calle, y se quitó el chaleco en cuanto salió del ascensor. Sus oficinas estaban en un gran edificio y su empresa ocupaba una minúscula parte de la planta en el piso catorce. Era su rinconcito de alquiler, en una esquina acristalada, llena de luz y con un ambiente agradable. Antes de que sus empleados la vieran y se asustaran, entró en los lavabos, acompañada por Walter, vigilando que no hubiera nadie y guardó el aparatoso chaleco en una taquilla de su propiedad.

En cuanto traspasó la puerta, una avalancha de exactamente seis personas se le echó encima para abrazarla, felicitarla por el contrato conseguido para las cabañas de los Perkins y preguntarle por aquel ataque que había sufrido.

Amy dio pocas explicaciones, las mismas que había dado Neil. Que había sido un error y un asesino la había confundido con otra mujer, que resultó muerta de un disparo. Sus empleados estaban conmocionados y no hacían más que preguntar. Ni la misma Amy tenía respuestas; quería que aquel hecho se olvidara rápido y su gente se pusiera a trabajar. Pero había salido por la tele y eso le daba sus minutos de gloria, algo que no quería ni necesitaba en absoluto.

—Chicos, no sé más que lo que os he contado —les dijo sonriendo — …y este es Walter, un amigo de la policía que está aquí para protegerme durante unos días por si acaso, solo es una precaución. No

quiero que os preocupéis, todo está bien. Ahora ¡A trabajar!

Neil la acompañó hasta su despacho, con Walter pisándoles los talones. Comentaron temas de trabajo y pusieron en marcha el envío de los materiales necesarios para empezar las obras.

—¿Cómo estás, Amy? —le preguntó Neil— dime si necesitas algo, cualquier cosa.

—Estoy bien, Neil, de verdad —señaló a Walter— estos chicos no me dejan ni a sol ni a sombra, no me pasará nada con ellos.

—¿Cuándo vais a pillar a ese demente? —Neil le hizo la pregunta a Walter de malos modos, con un tono de desprecio.

—Estamos en ello, no se va a escapar —la mirada de Walter fue matadora y Neil no hizo más preguntas, aquel hombre tan grande era bastante imponente y no se veía muy proclive a pelear con él, ni siquiera por Amy.

Amy estuvo gran parte de la mañana al teléfono atendiendo a otros clientes y hablando con sus proveedores de árboles y plantas. Uno de sus proyectos era poseer, con el tiempo, su propio vivero, con jardineros que se dedicaran al cultivo de la variada flora que necesitaba para crear sus preciosos diseños. Hacía una semana era algo factible y ahora, de pronto, parecía un sueño lejano. Sus prioridades habían cambiado sin querer; ahora lo más importante era no morirse para poder hacer realidad sus sueños.

A las cuatro de la tarde dio el día laboral por finalizado. Su primera intención había sido pasar más horas allí, pero sus empleados, capitaneados por Neil, habían llevado los trabajos al día y no era necesario. El viaje de vuelta a casa fue un calco del de la mañana. Nervios, tensión y angustia aderezados con incertidumbre, un coctel perfecto para combatir con una dosis triple de valium. Si aquello continuaba muchos días acabaría en un psiquiátrico.

Walter avisó a alguien de que volvían a casa, supuso que para alertar a la vigilancia que se apostaba en su calle; cuando conducía por la ciudad, también la seguían. Amy le había preguntado por los dos agentes que fueron atacados y se encontraban bien. Para ella fue un descanso, pensar que hubiera más muertos por su causa no era algo que fuera a llevar bien.

A las cinco estaba en su casa de nuevo. Amy se sentó en el sofá con *Ginger* sobre sus rodillas, cuando llamaron a la puerta.

—Tranquila, es el relevo —le dijo Walter y abrió él mismo para dejar pasar a Jay y Mary.

Amy había visto a Mary alguna vez, pero casi no había hablado con ella. Llevaba un portátil en la mano y sonreía a Jay. Captó algo que la inquietó. Era normal que tuvieran confianza si trabajaban juntos, pero la mirada de Mary desprendía algo más, que a Amy le resultaba fácil de interpretar.

—Hola —los saludó Amy y se dirigió a Jay— ¿Tú no ibas a quedarte por la noche?

—Sí, solo me quedo una hora, Walter no puede quedarse esta tarde y Mary lo hará en su lugar —Jay la miró con aquella intensidad que la desarmaba—. Volveré por la noche.

—Hola, Amy —la saludó Mary— tenemos que consultar el PC ¿Dónde te va bien que nos ubiquemos?

—¡Oh! Dónde queráis —Amy les señaló la mesa redonda del salón —. Si queréis en esa mesa, creo que estaréis bien.

—Perfecto.

Walter se marchó, Amy cogió de nuevo aquel libro que tenía encallado en la página veinticinco y de la que no podía avanzar y Jay y Mary se sentaron a la mesa tras poner el PC en marcha.

En vez de leer, Amy no perdía detalle de la conversación.

—¿Has averiguado algo del marido que había muerto hace poco de la Amy que mataron en las cabañas? —preguntó Jay.

—Nada que nos dé una pista nueva —contestó Mary— el hombre era vendedor de coches en un concesionario y se acababa de jubilar. Se murió de un infarto y la señora Newman fue a pasar una semana a las cabañas para relajarse. No fue una buena idea, pero la pobre mujer no podía imaginar lo que le esperaba. Nos han llegado los análisis de las fibras que encontramos, pero son muy comunes, algodón del que se utiliza en millones de prendas de vestir.

—Esto no me gusta, no avanzamos y la próxima víctima, de la que solo sabemos que se llama Irvin, está al caer —se quejó Jay—. Aunque si contamos los días, creo que ya se está retrasando.

—No os olvidéis de mí —les dijo Amy— también puede venir a por mí, ya lo ha hecho un par de veces y si, como parece, no le gusta fallar… ¡joder, qué mierda!

—Tú eres nuestra esperanza, en realidad —le dijo Mary, mientras Jay la miraba con un deje de compasión, sabía que lo estaba pasando muy mal. Todos ellos lo hacían.

—Me alegra serviros de algo, aunque estaré más tranquila cuando sepa que ese cerdo está entre rejas o sirviendo de menú a los gusanos bajo tierra —Amy lo dijo sonriendo y Jay y Mary lo hicieron también.

—Hay algo en lo que tenemos que invertir más recursos —le dijo Jay a Mary— alguien tiene que indagar a fondo en mis casos, estoy seguro de que hay una conexión. Si no fuera así, el asesino no me llamaría a mí por teléfono. Algún caso no resuelto o alguien a quien puse entre rejas y que ha salido libre. Tiene que ser algo así.

Amy lo estaba escuchando y pensó que ojalá tuviera razón, pero ella no estaba tan segura. En ese momento se planteó si no sería razonable explicarle su pasado a Jay, pero se frenó antes de abrir la boca. Sabía que si lo hacía, esa atracción que existía entre ellos

desaparecería. Jay ya no podría verla como lo estaba haciendo ahora. La despreciaría y ella no podría soportarlo. Nunca había hablado de aquello con nadie, esa parte de su vida correspondía a su antigua personalidad, muerta y enterrada. Desaparecida. A veces creía que en realidad había vivido dos vidas en una, pero quería quedarse con la que se había construido en los últimos ocho años, con mucho esfuerzo. Si se decidía a hablar, podría dar un nuevo giro al caso, hacer investigar al FBI a otras personas, meterse en una jungla a la que no quería volver.

Por otro lado, si descubrían que toda aquella historia tenía que ver con ella, las personas muertas le pesarían como si las hubiera matado ella misma. Había llamado otra vez a D.D., tras el último intento de entrar en su casa forzando la puerta de la cocina, pero Damiani aseguraba que él no tenía nada que ver y la había amenazado si volvía a contactar con él. Amy no estaba segura de nada, dudaba a cada segundo, pero seguía ocultando información; el testimonio de una vida pasada que ahora le pesaba como una losa sobre los hombros. Fiarse de Jay, por muy bien que le cayera, era difícil. ¡Era del FBI! No podía olvidar ese dato.

Jay también se quedó pensativo. Utilizar a Amy para atraer al asesino era un arma de doble filo. Si algo salía mal y Amy acababa herida o muerta no se lo perdonaría nunca. Eso le hacía dudar. Quizá fuera mejor proporcionar a Amy una nueva identidad a través de la cobertura de protección de testigos. Intentar que se trasladara a otro lugar lo suficientemente lejano para empezar una nueva vida. Aunque imaginaba que su terca protegida se negaría en redondo. Empezaba a conocerla y podía adivinar su negativa y su necesidad de seguir adelante con su vida, su trabajo y sus amigos.

En ese momento, en el que cada uno se había sumido en sus pensamientos, sonó el móvil de Jay que contestó al ver el nombre de Ron.

—Dime, Ron.

—Hola a ti también, Kevins. ¿Qué mierda haces en Portland? ¡Se supone que hay un Irvin al que van a matar!

—¿No te quedó claro que me quedo aquí protegiendo a Amy Newman? ¡No sé dónde coño puede estar un tal Irvin sin apellidos, por mucho que lo vayan a matar! ¿Dónde quieres que vaya? ¡Dímelo tú!

—¡Lo que quiero son resultados! ¡Eso quiero! Os envié a Owen y Mary a daros apoyo y seguimos igual.

—¡Si quieres resultados podrías presionar a los del laboratorio! ¡Necesitamos las conclusiones de las pruebas de ADN! Son urgentes y nos tienen en la cola; parece que los asesinatos en esta zona del país están a la orden del día y les dan mucho trabajo.

—Eso no es del todo cierto, los jueces también tienen prioridades y nos pasan por delante. Ni te imaginas la cantidad de activos que están ahora a tu servicio, Kevins… esto no va a durar más que un par de días más, me van a cortar el grifo, qué lo sepas.

—Ya conoces mi postura, Ron, te lo dije la última vez que hablamos.

—¡Qué te hayas encoñado no es excusa para hacer lo que te dé la gana!

—¡Vete a la mierda! —Jay se cabreó, espoleado por los días de tensión y la presión de su superior y le colgó sin más. Si aquello le costaba el puesto, ya le daba igual. Iba a hacer lo que le pedía su instinto.

—¿Le has colgado el teléfono a Ron Tirrell? —Preguntó Mary con los ojos muy abiertos y una sonrisa ancha en la cara—. ¡Tío, eres mi héroe!

—No intento ser nada de eso, solo quiero que me deje trabajar, pero en un par de días va a quitarme efectivos. Voy a quedarme solo en este caso, lo veo venir. —Jay la miró con gravedad y de reojo a Amy, que no perdía detalle—. No voy a dejarte sola, Amy.

—Es un consuelo… —la voz de Amy casi no le salió de la garganta, estaba harta de toda aquella historia. Le entraban ganas de meter la cabeza bajo tierra, como los avestruces, y no sacarla hasta que todo se hubiera solucionado, si es que ese día llegaba.

—Te seguiré apoyando —le dijo Mary a Jay— si me retiran del caso continuaré investigando aunque sea en mis horas libres, cuenta conmigo.

—Gracias, Mary —Jay se levantó de la silla— me voy ahora, volveré por la noche a sustituirte.

Cuando Jay ya había desaparecido, Mary pasó un rato más en el portátil y después lo cerró.

—¿Cómo estás Amy? —Mary se acercó para sentarse en el sofá al lado de Amy—. No hace falta que disimules, creo que no has leído ni una página de ese libro en el que haces ver que estás interesada.

—Tienes razón, no consigo concentrarme en nada —Amy le dirigió una sonrisa desvaída.

—Es normal, estás pasando por un calvario. Pero estás siendo fuerte, eso dice Jay.

—¿Eso dice? —Amy la miró con interés renovado—. ¿Qué más dice?

—No disimules —Mary se rió— se nota que le gustas mucho, Walter le hace bromas al respecto.

—¿Y a ti no te gusta Jay? —a Amy se le escapó la pregunta sin querer, pero se la había estado haciendo y no pudo retenerla.

—¿A mí? —Mary se echó a reír— ¡No! Bueno, sí me gusta, pero

como el buen amigo que es. Trabajamos juntos desde hace unos cinco años y es un buen tipo. Pero ve con cuidado, lo he visto salir con muchas mujeres y nunca duran demasiado, ya sabes. Unos cuantos polvos y «adiós muy buenas». Es un poco… mujeriego.

—Lo imaginaba, no creas que me sorprende… pero es tan mono… —Amy suspiró sonoramente.

—Ya me parecía a mí que era mutuo. —Mary le estaba cayendo bien ahora que sabía que no tenía un interés romántico en Jay—. Si proteges tu corazón, seguro que puede ser una buena elección para pasar un buen rato, tiene ese algo especial ¿verdad? Está bueno, es un *guaperas* con aires de chico malo… Aunque no tanto como Walter.

—¿Walter? —Amy sonrió— ¿Tú y Walter…?

—¡No! ¡Él no quiere! —Mary hizo pucheros—. Bueno, solo a ratos. Voy a confesarte algo porque me caes bien, pero que no salga de aquí. Lo cierto es que tenemos una especie de relación desde hace un año, pero solo fines de semana, festivos y vacaciones. ¡Un suplicio! No están bien vistas las relaciones afectivas entre agentes, menos aún si trabajan dentro de la misma unidad. Y ni él ni yo queremos cambiar de trabajo. Ahí está nuestro dilema, si somos pareja uno de los dos será destinado a otra unidad, quizás a otra ciudad.

—Supongo que tendréis que meditarlo bien —contestó Amy, pensando que aquella chica había conseguido distraerla de sus problemas y se lo agradeció.

Pasaron la tarde charlando, cenaron juntas en la cocina -a Mary se le daban de fábula las ensaladas con mil cosas- y se sentaron juntas a mirar un capítulo de una serie antigua. Cuando Jay llegó, las encontró riendo y le gustó que Amy estuviera sonriente y se olvidara durante un rato de su situación.

—Ya puedes irte, Mary, yo me quedo.

—Muy bien, Kevins —contestó Mary— ¡Portaos bien, niños!

Mary cerró la puerta al salir y Jay se sentó al lado de Amy.

—¿Lo has pasado bien con Mary? —le preguntó Jay y a Amy le pareció que estaba muy cerca.

—Sí, es una chica estupenda —Amy se acercó un poco más a él. Su aroma resultaba amaderado, como una mezcla de musgo y sándalo, un olor que lo definía y que a ella le gustaba mucho.

Ambos se dieron cuenta de que hablaban por hablar, que sus miradas decían más de lo que mostraban las palabras; sus iris se prendaron, la atracción y el deseo luchaban contra la razón y el control. Pero Jay pensaba que Amy necesitaba sosiego y él no tenía derecho a liar las cosas, a traerle más problemas.

No pudo reprimirse al perderse en su verde mirada. Se acercó muy lentamente a su rostro, casi milímetro a milímetro. Amy entreabrió sus labios y pasó su lengua por ellos, expectante, intuyendo algo que

ansiaba. La boca de Jay se desvió hacia su frente y la rozó con sus labios, inspirando con fuerza, haciendo un pulso con su autodominio. Amy cerró los ojos y Jay deslizo su boca hacia sus párpados cerrados, la sien, la mandíbula… una exquisita tortura. Bajó por su cuello y Amy se sintió débil y a la vez llena de electricidad, como si miles de chispas se encendieran por todo su cuerpo. Necesitaba que llegara a su boca, pero Jay parecía no tener prisa alguna. Un zumbido en sus oídos la avisaba de que iba a explotar si aquel tormento no se aceleraba un poco y pensó que iba a ponerle remedio. Sin abrir los ojos, centrada en su tacto y su aroma, puso las palmas de sus manos en las mejillas rasposas por la cerrada barba y acercó su boca a la suya. Saborearon sus labios con desespero, con ansia, arrastrados por algo más fuerte que ellos. Sus lenguas se enzarzaron en una batalla perdida de antemano, donde no habría vencedores y vencidos.

Entonces Jay se apartó como si acabara de despertar a la realidad. Se había dejado llevar por la sensualidad y el erotismo del momento, por una fantasía deliciosa. Pero sabía que sería un error y lo primordial era su protección.

—¿Qué pasa? —Amy frunció el ceño al notar un escalofrío helado recorrerle la espalda.

—Lo siento, Amy, pero no es buena idea… tal vez cuando esto acabe podamos…

—¡Déjalo estar, Kevins! —Amy lo interrumpió soltando una carcajada y lo llamó a posta por su apellido para marcar distancias. Le dolía el alma, pero aquel idiota no lo iba a notar—. ¡Solo ha sido un morreo! ¿No? Lo olvidamos y punto, no hay para tanto. Por cierto, me voy a la cama, que mañana he de madrugar para ir a trabajar. Besas muy bien, Jay, te felicito.

Como si no hubiera pasado nada, Amy se metió en el baño y, mientras dejaba correr el agua del lavabo, se permitió soltar las lágrimas que se acumulaban en sus ojos y que había contenido a base de fuerza de voluntad. ¡Qué se fueran a la mierda el agente Kevins y sus besos! ¡No le hacían ninguna falta!

Quiso convencerse de ello, pero aquella noche sus sueños tuvieron a un protagonista hambriento de su boca, que no se frenó por reflexiones estúpidas y que le hizo el amor como ella deseaba. Se despertó a medianoche sudando y excitada y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no levantarse y demostrarle a Jay lo que se estaba perdiendo.

12

Jay, que llevaba días durmiendo muy pocas horas, hizo algo que no debía: se quedó como un tronco en el sofá en vez de permanecer despierto y en guardia. Saber que, al menos durante aquella noche, seguía teniendo vigilancia fuera de la casa, lo relajó lo suficiente para darse un respiro. Los dos nuevos agentes, que vigilaban la calle aquella noche, ya estaban avisados de la maniobra sufrida por los anteriores y no se distraerían ni un segundo. El ruido del agua de la ducha hizo que se despertara sobresaltado y, antes de que Walter se presentara allí lo llamó por teléfono. Le dijo que aquel día se ocupaba él de acompañar a Amy, ya que había dormido en su sofá.

Se dirigió a la cocina para hacer café y puso pan en la tostadora. Buscó una sartén y sacó algunos huevos de la nevera. No sabía cómo los prefería Amy y se puso a hacerlos revueltos, aderezados con algunas especias. Había piña en la nevera y Jay cortó unos trozos y los mezcló con arándanos. Justo cuando estaba todo en la mesa, apareció Amy. Se quedó mirando aquel despliegue y le sonrió a Jay.

—¿Te has levantado con hambre? —a pesar de ser una pregunta inocente, el tono no lo fue tanto y Jay pensó que tenía hambre de ella, aunque se abstuvo mucho de decirlo en voz alta.

—Tengo que confesarte que me he quedado dormido en el sofá, o sea que hoy me ocupo yo de acompañarte. Prepararte el desayuno es solo un pequeño detalle por las molestias que te estamos dando.

—¡Qué amable te has levantado esta mañana! —Amy decidió que era preferible bromear con él que deshacerse como un helado bajo el sol al mirarlo.

—Soy de naturaleza amable… —Jay no podía separar la vista de la figura de una Amy recién levantada y arreglada. Estaba preciosa y las ganas de besarla y quitarle la poca ropa que llevaba puesta eran inmensas.

—Eso no te lo crees ni tú, Kevins —Amy cogió su taza de café y le dio un sorbo—. Gracias por el desayuno, aunque no suelo comer tanto.

Sonó el móvil de Amy. Era Neil.

—Dime, Neil —Jay levantó la vista de su plato al escuchar el nombre del ayudante de Amy.

—Amy, ven cuanto antes, acaban de llamar los Perkins. —Neil parecía algo agobiado—. Van a pasar por las oficinas, por lo visto tenían que venir hoy a Portland y quieren que les informemos de cómo va su proyecto.

—De acuerdo, ahora salgo para allí, no te agobies, todo va según lo previsto ¿no? La mayoría del material ya está en el almacén y mañana

empezarán a llevarlo allí.

—Sí, pero lo mejor sería que tú estuvieras aquí, eres la jefa. Creo que esperan verte y hablar contigo.

Amy le contestó que salía hacia las oficinas y Jay y ella se pusieron en movimiento. Otra vez aquel incómodo chaleco salvavidas y el chal sobre los hombros para disimular.

—Estaré detrás de ti —le dijo Jay— no corras, no quiero perderte de vista.

—¿En serio? —se rió Amy— ¿Tú has visto el tráfico que hay a estas horas? No hay manera de correr ni queriendo.

¡En marcha! —Jay salió tras ella por la puerta trasera de la cocina y a punto estuvo de darle una palmada en el trasero. Se llevó la mano a la cabeza y cerró el puño, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no tocarla. Aparte de que podía llevarse un buen sopapo si lo intentaba tras la marcha atrás de la noche anterior.

El trayecto transcurrió sin interferencias y, al llegar a las oficinas, subieron en el ascensor junto a dos personas más. Estaban en los lados opuestos, frente a frente, sin poder apartar la vista uno del otro. Amy paseó su mirada de arriba abajo por el cuerpo de Jay y entreabrió los labios. Jay se los mordió para no abalanzarse sobre ella. Su melena pelirroja lo tenía obsesionado, imaginaba esa mata de pelo enrollada en su mano y la columna de su cuello bajo su aliento. Así de mal estaban las cosas.

Al salir del ascensor, la primera parada volvía a estar en los lavabos para quitarse el chaleco antibalas. Jay la seguía y entró con ella. Dentro no había nadie más. La ayudó a quitarse los cierres de cinta adherente de la espalda y Amy lo guardo en la taquilla.

Al darse la vuelta se encontró con el cuerpo de Jay pegado al suyo y sus brazos apoyados sobre la puerta de la taquilla, a ambos lados de su cabeza. Su mirada era tan intensa que hablaba por sí sola. Amy lo deseaba, pero después del fiasco del día anterior no estaba muy segura de cómo proceder. No tuvo elección. O sí la tuvo y eligió su corazón sobre su cabeza. Se abalanzaron el uno sobre el otro; aquello era una atracción animal, no tenía más explicación. Se besaron con ímpetu, sus cuerpos pegados, la espalda de Amy acoplada a la puerta de la taquilla. No supieron si pasaron segundos o minutos, en ese momento unas voces que se aproximaban fueron las que los separaron. Habían perdido la percepción del tiempo transcurrido y Amy se miró al espejo antes de salir. Tenía las mejillas encendidas y el pintalabios corrido; por suerte el color era suave. Se lo quitó con un poco de agua y un trozo del rollo de papel que colgaba de la pared.

—Amy, yo… —la voz de Jay y su imagen a través del espejo hicieron que lo mirara con seriedad.

—Jay, es mejor que no digas nada de lo que puedas arrepentirte,

por favor —Amy ladeó la cabeza buscando su asentimiento—. Empiezas a marearme, no tengo muy claro lo que quieres, pero creo que lo mejor será hablar de ello. Pero no ahora. ¿Te parece bien?

—De acuerdo.

—Vamos, tengo trabajo.

Cuando Amy entró en su despacho, Neil la esperaba allí y los miró a ambos intuyendo que allí se cocía algo. No le hizo ninguna gracia, pero no podía hacer nada al respecto, por lo que se mordió la lengua. Los Perkins llegaron al cabo de unos minutos y estuvieron reunidos durante un par de horas con ellos. Les mostraron la oficina, los avances con su proyecto y les anunciaron que al día siguiente los jardineros llegarían al complejo de las cabañas para empezar las obras.

Amy se comprometió a personarse allí en un par de semanas para controlar que todo avanzara al ritmo prometido. Interiormente, rogó poder cumplir aquella promesa, esperaba no estar muerta para entonces.

Una vez finalizada la reunión, los Perkins se despidieron y Neil los acompañó hasta la calle. Todo había ido bien. Eran unos buenos clientes y no costaba nada hacerles la pelota. Amy se quedó sola en el despacho y el móvil le sonó de nuevo. Sonrió al ver el nombre de Sherry, una de sus mejores amigas desde hacía unos años. Trabajaron juntas de camareras cuando Amy dio sus primeros pasos en su nueva vida y, aunque más tarde tomaron distintos caminos, su amistad había sobrevivido. Fueron momentos duros para ambas y eso las unió mucho. Contestó al instante.

—¡Sherry! —Amy la saludó contenta—. ¿Cómo va todo?

—¡Hola, Amy! Todo bien. Llevo mucho tiempo intentando llamarte para quedar, pero me faltan horas de vida para hacer todo lo que quiero. Mis hijos me tienen muy ocupada, pero justo ahora estoy al lado de tus oficinas y tengo un hueco ¿Puedes escaparte para tomar un café conmigo y charlar un ratito?

Amy pensó en el chaleco antibalas, en la protección de Jay, en toda la parafernalia que rodeaba en los últimos días sus salidas a la calle y en que eso era un problema hasta para tomar un café con una amiga. Estaba casi segura de que el asesino no estaría esperándola en la calle. Solo sería media hora. Se merecía un descanso de media hora para tener una vida normal, para simular que no pasaba nada y que podía salir con una amiga a tomarse un café a media mañana. Decidió que tenía todo el derecho y que ya estaba harta. Por una vez iba a hacer lo que le diera la gana.

—¡Claro que sí! —le contestó a su amiga—. Espérame en la esquina donde está la pastelería. En el interior tienen cafetería, no hace falta que vayamos más lejos.

—¡Perfecto! —contestó su amiga—. En dos minutos estoy ahí.

Amy cogió su bolso, guardó el móvil, miró fuera del despacho y vio a Jay de espaldas, sentado en una silla de la zona de espera de los clientes, concentrado en su móvil. A paso rápido se escabulló hacia la salida y entró en el ascensor sin que nadie la viera. El corazón le latía rápido y le envió un mensaje a Neil:

«Salgo un momento a tomar un café con mi amiga Sherry, vuelvo en media hora. No digas nada, solo será un momento».

Neil dudó si decírselo a Jay, pero si Amy no lo había hecho, supuso que sería por algo. Seguramente estaba harta de que la siguiera un gorila todo el día.

Amy salió del ascensor en la planta baja y, antes de alejarse del portal, miró a ambos lados intentando detectar a cualquiera que pareciera sospechoso. Lo malo es que, últimamente, todo el mundo se lo parecía. Bajando la mirada al suelo y caminando rápido, hizo una carrera hasta la esquina donde estaba la pastelería. Llegó jadeando, no sabía si más por los nervios o por correr a toda velocidad. Se paró mirando a su alrededor y notó que alguien se le colgaba a la espalda. El chillido se debió oír a tres manzanas de distancia, por lo menos.

Por suerte, reconoció al instante la voz de su amiga y se giró a abrazarla con el corazón acelerado. Amy la instó a entrar en la pastelería, no quería quedarse mucho tiempo en la calle.

—Por desgracia no tengo mucho tiempo —Amy empezó a pensar que había sido algo imprudente, pero ya estaba hecho—. ¿Qué es de tu vida?

Se sentaron en una mesilla pequeña, la única que encontraron libre y pidieron dos capuchinos con mucha espuma y pepitas de chocolate, la especialidad de la casa.

—No tengo tiempo para nada, mira mi pelo —Sherry se señaló las raíces oscuras—. Ni siquiera tengo tiempo de ir a la peluquería. Pero ¿Sabes qué? ¡No me importa! Quién lo hubiera dicho de mí ¿verdad? Soy muy feliz, Amy. Casarme con John fue lo mejor que pude hacer, a pesar de mis dudas de entonces. O he tenido suerte, no lo sé, ya sabes que dudé mucho antes de dar el paso. Ha salido bien y eso es lo que importa. Él es un cielo y mis niños unos monstruitos preciosos ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Si te dijera que mi vida, ahora mismo, parece una película policiaca, que tengo al FBI en mi casa y que me persigue un asesino no te lo ibas a creer ¿verdad? —Amy le sonrió y, como esperaba, Sherry se echó a reír.

—Siempre has sido una bromista, Amy, pero no voy a creerme esa trola ni por asomo; eres una peliculera. —Sherry rió con ganas—. Ahora en serio ¿Todo va bien?

—Sí, todo va bien…

No le dio tiempo a decir más, se escucharon unos pasos que se aproximaban a grandes zancadas. Sherry levantó la vista al ver a aquel tipo enorme que se acercaba a la mesa con cara de malas pulgas y Amy pegó un bote en el asiento.

—¡Amy! —Jay se sentó en la mesa sin preguntar, entre las dos mujeres, ignorando a Sherry y mirando fijamente a Amy—. ¿Qué mierda crees que estás haciendo? ¡No puedes salir sin avisarme! ¿Lo entiendes?

A pesar de que no levantaba la voz, su tono era duro y su expresión aún más. Amy se llevó las manos a la cara y Shelley malinterpretó al situación.

—¿Este tío quién es? —le preguntó a Amy imaginando un novio maltratador—. ¿Quieres que llame a la policía? ¿Necesitas ayuda?

Esa pregunta hizo que Amy estallara en carcajadas, no podía parar de reír. Señaló a Jay, que seguía con el ceño fruncido.

—Él es la policía, cielo. —Amy no sabía si seguir riendo o ponerse a llorar y bajó la voz al hablar con su amiga—. ¡Es del FBI!

—¡Venga ya! Si te está acosando o estás sufriendo maltrato vas a denunciarle ahora mismo, me da igual lo que sea —Sherry no escatimó miradas acusatorias hacia Jay.

—¡No es eso, Sherry! Él me está protegiendo del asesino que me quiere matar —Amy pasó de la risa al llanto, como si fuera subida en una montaña rusa y sus emociones fueran incontrolables. De hecho, eran incontrolables.

Sherry se quedó literalmente sin habla. La tontería que le había insinuado su amiga, por lo visto era cierta.

—Será mejor que te vayas a casa, Sherry —en ese momento Amy cayó en que podía haber puesto en peligro a su amiga, sin querer—. Te prometo que, en cuanto mi vida se normalice, podremos quedar y charlar durante horas.

—¡Quiero que me expliques qué está pasando aquí! —Sherry no acababa de fiarse de que aquel tipo no fuera un acosador.

—Lo haré, de verdad, pero ahora es mejor que vuelvas a casa con tu familia. Por favor. No quiero que corras ningún peligro por mi culpa.

Sherry cedió, parecía que Amy hablaba en serio. Volvieron a las oficinas y Jay la instó a encerrarse en su despacho en su compañía.

—¡No vuelvas a hacer algo así, Amy! ¿Me oyes? —Jay estaba realmente cabreado—. Imagina, por un momento, que el asesino hubiera estado esperando a que dieras un paso en falso como el que acabas de dar, que estuviera apostado en algún lugar cercano con un arma a punto para disparar desde la distancia, o acechando en la esquina a la espera de verte aparecer. ¡Podrías estar muerta ahora mismo, joder! ¡Ni siquiera te has puesto el chaleco!

—Lo siento… necesitaba un respiro. —Amy lo miró con los ojos brillantes—. ¿Te has puesto en mi lugar en algún momento? ¡He perdido mi puta vida! Siempre hay alguien que me acompaña hasta el baño y se espera fuera, tengo que ponerme un abrigado chaleco antibalas para salir a la calle en pleno verano y no puedo moverme por la calle sin mirar a mi espalda. Alguien intenta matarme y no puedo ni tomar un café con mi mejor amiga porque es peligroso que me comporte como una mujer normal y corriente. ¡Soy una prisionera, eso es lo que soy!

—No eres una prisionera, Amy —Jay suavizó su tono, intentando ser empático y ponerse en su lugar.

—Es cómo me siento, en algún momento tengo que desconectar y… no puedo. Cuando duermo tengo pesadillas y estar despierta es delirante, como si estuviera metida en una mala serie policíaca. Y no soy capaz de ver cómo va a ser el final. Solo tengo claro que la trampa que se supone que soy, no está funcionando. Es posible que el asesino actúe cuando vosotros os canséis de custodiarme, solo está esperando su oportunidad y vosotros la vuestra. Y yo estoy en medio. Justo en el centro.

—Podrías hablar conmigo —le propuso Jay y cogió una de sus manos sobre la mesa— creo que hay muchas cosas que no me cuentas, Amy. Intuyo que tienes secretos…

—No hay nada que contar… nada —Amy abrió su ordenador y obvió la presencia de Jay—. Perdona, tengo trabajo.

*****

Jay desapareció por la tarde, Walter lo suplió y prometió volver por la noche. Pasó por el piso franco, comentó algunos aspectos de la investigación con Mary y Owen, durmió tres horas, se duchó y, tras comer algo, volvió al piso de Amy para pasar la noche en su sofá, mirando películas.

—Amy ya se ha ido a dormir —le dijo Walter cuando le abrió la puerta— me ha pedido que intentes no hacer ruido.

—Vale, no te preocupes —a Jay le supo mal no haber podido pillarla despierta y charlar con ella aunque fuera unos minutos.

Amy estaba más que despierta, había escuchado la llegada de Jay y daba vueltas sobre las sábanas. Se preguntaba qué ocurriría si se levantaba, se acercaba hasta él y lo tentaba. Estaba segura de que caería en sus brazos, notaba su deseo como algo palpable. Recordó el beso en el baño de las oficinas, aquello había sido muy potente y le producía tirones en el estómago. Lo de las mariposas era demasiado suave. No, eso no eran mariposas, eran elefantes. Sabía que era su elección. Jay se reprimía porque estaba trabajando y estaba en su mano hacerle cambiar de opinión. Intuía que no sería muy difícil…

Sus miradas eran intensas, su cercanía delatora.

Solo le quedaba preguntarse ¿Qué quería ella? La respuesta estaba clara: quería desnudarlo, besarlo y que él le hiciera lo mismo. ¿Qué se lo impedía en realidad? Al fin y al cabo, si consideraba la probabilidad de que la mataran en las próximas horas o días, mejor irse contenta de este mundo ¿no?

13

Jay tenía el mando en la mano y cambiaba de canal sin encontrar nada que captara su atención. Ni siquiera atendía a las imágenes. En realidad, sus pensamientos estaban bastante lejos de aquel televisor. Concretamente, estaban metidos en la habitación de la que veía la puerta abierta a la derecha del pasillo, imaginando lo que podría ser, deseando hacer realidad sus deseos y anteponiendo la seguridad de Amy sobre todo lo demás. No debería ceder a lo que le pedía el cuerpo, pero en aquellas horas nocturnas, rodeado del silencio de la noche, las fantasías se disparaban tanto como sus ganas de ella. Aquella mujer acabaría volviéndolo loco. En cuanto la veía no podía apartar los ojos de ella y, cuando no estaba delante, la evocaba en su memoria y la convertía en un ensueño perfecto. Estaba claro que lo de la química funcionaba y allí había mucha química. Suficiente como para provocar una explosión con la mezcla correcta. Apretó el mando con la mano, con ganas de lanzarlo y estamparlo contra la pared. La frustración que provocaba la indecisión terminaba con la valentía de elegir, lo sabía.

Si conseguían atrapar al asesino, si Amy volvía a ser libre y no necesitaba de la protección del FBI, entonces intentaría algo con ella. Cuando su trabajo no fuera un impedimento. Adivinaba que no pasarían ni dos días más sin tener noticias de aquel monstruo y eso le daba muy mala espina.

Todo lo que estaba cavilando desapareció, como por arte de magia, en el momento que vio a Amy salir de su habitación y caminar, muy despacio, hasta él. Iba descalza y llevaba puesto un trozo de tela sedosa de tirantes muy finos de color rosa. Su melena pelirroja estaba despeinada y le caía en grandes bucles sobre los pechos generosos, sus piernas blancas se veían muy largas y su mirada era la de un depredador. Esa fue la impresión de Jay y no pudo evitar excitarse al instante, tanto como le fue imposible apartar la vista de la transparencia de la tela, que dejaba poco a la imaginación.

Jay se tensó de la cabeza a los pies, sabiendo que estaba perdido, no se veía capaz de eludir lo que iba a ocurrir allí. Sabía que no era buena idea, pero su fuerza de voluntad no era infinita. Amy llegó ante él, que seguía sentado en el sofá, y se frenó antes de rozarlo. Parecía dubitativa, incluso tímida, pero Jay ya no era capaz de darle otra opción. Alargó las manos hacia ella en una clara invitación.

Los dos sonrieron. Jay dudó por un momento de estar alucinando, de que aquello solo fuera un sueño erótico. Pero sus manos se rozaron y ella se hizo real.

Amy, con exasperante lentitud, se sentó sobre él a horcajadas y

acercó su rostro al suyo. Lo inundó ese aroma suave de lavanda, observó de cerca esas mejillas pecosas, a juego con su pelo cobrizo, y sus ojos verdes destellaron antes de que sus labios se unieran, primero en un roce ligero que pareció echar chispas y después en el encuentro de dos bocas ansiosas, que necesitaban la una de la otra.

Jay se sintió envuelto por ella, rodeado por sus brazos y piernas y la necesidad de poseerla era tan acuciante como inevitable. Solo los acompañaba la luz del televisor sin sonido, creando flases de colores a su alrededor. Amy notaba el bombeo de su corazón en la garganta, la vida misma abriéndose paso con fuerza. Necesitaba sentirse viva. A Jay aún le quedaba un rescoldo de razón para pensar que aquello seguía sin ser una buena idea, pero no conseguía recordar el porqué.

—¿No crees que esto…? —intentó decir

—El mal ya está hecho, Jay —susurró Amy a su oído— no vamos a echarnos atrás ¿verdad?

Ella era tan perfecta, su piel tan suave, su boca tan adictiva, su olor tan atrayente y femenino… Jay hizo resbalar con sus dedos los tirantes de aquella pieza que Amy se había puesto para torturarlo y ésta quedó en suspensión sobre sus pechos, resbalando sobre ellos como una forma de tormento que Jay eliminó; lo hizo descender con sus dientes, para después atrapar sus pezones inhiestos y acariciarlos con su lengua. Sus manos con las palmas abiertas subieron por sus muslos hasta colarse bajo la tela para descubrir lo que ya había intuido, no había más ropa que interfiriera en el tacto de sus manos. Su boca subió hacia su cuello y se topó con su pulso acelerado. Había algo muy erótico en el hecho de que ella estuviera casi desnuda y él llevara aún toda la ropa puesta. Pero Amy iba a solucionar aquel inconveniente con rapidez. Agarró el bajo de su camiseta negra y apartando un poco su torso le hizo levantar sus brazos para sacársela por la cabeza. Llevó sus manos a sus pectorales y los arañó con suavidad dejando descender sus dedos entre aquel poco vello hirsuto, hasta llegar a la cinturilla de sus vaqueros.

—Creo que tres son multitud, vamos a deshacernos del señor *Levi Strauss*.

—Me parece bien —Jay sonrió y la ayudó a deshacerse de los pantalones y las zapatillas. Entonces, la levantó en volandas sin avisar, Amy soltó un pequeño chillido y se echó a reír—. Creo que estaremos mejor en tu cama.

—Ya conoces el camino, Kevins —le contestó ella de buen humor.

Jay entró en la habitación con ella sobre sus brazos y dejó la puerta abierta de par en par. La soltó suavemente sobre la cama y la hizo colocarse boca abajo. Se sentó a horcajadas sobre sus piernas y le resiguió la columna con los labios. Sus manos vagaban sobre la parte trasera de la rodilla y enviaban corrientes eléctricas por todo su

cuerpo, o eso le parecía a Amy. La boca de Jay llegó a la altura de la cintura y siguió bajando.

Amy se sentía arrastrada a un universo de placer y Jay notó el momento exacto en que se dejó llevar por él, cuando empezó a ronronear como un gato. Jay le dio la vuelta y asedió su cuerpo, eliminando el último trozo de tela. No quería dejar ni un rincón por recorrer, deseaba calentar su piel hasta hacerla hervir. Amy pensó que era un amante muy paciente, al que le gustaba dar. Ella se había quedado en una especie de limbo, recibiendo caricias y besos, pero quería devolverle la misma atención. Pronunció su nombre y un gemido escapó de su garganta.

Amy respondió con caricias y dedicó al cuerpo de Jay las mismas atenciones recibidas, pero entonces Jay se aceleró. No podía esperar más a tenerla. Sus dedos se internaron entre sus piernas, pero Amy quería más. Volvió a colocarse sobre él, lo acarició y lo llevó a su interior. Jay sintió que el placer lo atravesaba como un rayo, pero dejó que Amy marcara el ritmo, otro suplicio que empezó lento y se aceleró sin poder evitarlo. Amy bajo su cuerpo para besarlo, quería sentir su boca cuando estallara. Las sensaciones ya eran demasiado rápidas e intensas, difícil mantener la cordura. Se sintieron en plena sintonía, fue soberbio y el orgasmo los hizo añicos.

Se quedaron inmóviles unos segundos, recuperando la respiración, las pieles húmedas pegadas, los latidos de ambos bajando el ritmo lentamente. Amy se apartó y se estiró a su lado. Los dos se quedaron mirando al techo y Amy se sintió algo incómoda. El silencio no era muy buena señal. A ella le había parecido un polvo mágico y Jay estaba intentando hacer funcionar sus neuronas de nuevo.

Jay solo podía pensar, ahora que estaba volviendo a hacerlo, que había cruzado la línea. Se acababa de acostar con una protegida, con la trampa de su asesino. Y había sido fantástico. Amy solo podía dar vueltas a que aquello no había sido cualquier cosa, que la había cagado bien porque sentía cosas por Jay. Demasiadas cosas que no iban a llevarla a ningún lado. Error con mayúsculas y luces de neón.

Mejor poner distancias; Jay, en algún momento, resolvería el caso y se iría a su casa en Nueva York. No podía, de ninguna manera, poner en jaque su corazón. Algo tenía que decir para romper aquel irritante silencio. Algo que pareciera normal y rutinario, como si no hubiera pasado nada.

—Me voy a la ducha —fue lo primero que se le pasó por la cabeza para huir de aquella cama.

—Bien… —esa fue la estúpida respuesta de Jay, al que le costaba pronunciar alguna palabra coherente, mientras aún le parecía ver lucecitas ante sus ojos.

Escuchó el sonido del agua, se incorporó y se puso los bóxers. En

ese momento añoró un cigarrillo y eso que hacía casi seis años que había dejado de fumar. Se dirigió a la cocina como un autómata y bebió agua de la nevera. No dejaba de imaginar el cuerpo desnudo de Amy y lo veía en la ducha, mientras seguía escuchando el ruido del agua. Se preguntó cómo iba a conseguir no tocarla mientras siguiera a su lado. Incluso pensó en que lo sustituyera Walter y su siguiente reacción fue visceral: ¡A la mierda!

Entró decidido en el baño, la luz estaba encendida y se trasparentaba la figura desnuda de Amy a través del cristal translucido de la mampara. Se deshizo de los bóxers, abrió la puerta corredera y Amy soltó un chillido al verlo hacerse un hueco a su lado. La agarró por la cintura y no hubo nada más que pensar. Nada más que decir. Los dos olvidaron cualquier reparo de los que habían considerado minutos antes. Se besaron de nuevo con ansia, el agua caliente cayendo con fuerza sobre sus cuerpos y Amy supo que recordaría siempre aquella ducha. Pasara lo que pasara más adelante.

*****

En la madrugada, Jay y Amy dormían abrazados a pesar del calor, acostados de lado, uno frente al otro, el rostro de Amy pegado al torso de Jay, acunada por los latidos serenos de su corazón. Los despertó el sonido estridente del móvil de él, que había dejado en la mesita. Jay se sentó de un salto en la cama, sabía que si estaba de guardia no debería haberse dormido, pero lo venció el cansancio y la cercanía de Amy fue un bálsamo para su estrés. Al mirar la pantalla y ver «desconocido», imaginó que el asesino lo volvía a llamar desde un nuevo móvil desechable y algo se retorció en su estómago. Amy también se había despertado y se incorporó apoyando la nuca en el cabezal de la cama. El rostro de Jay era de gravedad.

—¿Diga?

—¡Kevins! —una risa siniestra y distorsionada le puso el vello de punta—. ¿Has encontrado a Irvin?

—¡Hijo de puta! —a Jay se le estaba acabando la paciencia.

—No seas maleducado, Kevins… voy a ser benévolo y vas a escuchar su nombre completo. Sois tan torpes que nunca llegáis a tiempo —se oyó una especie de gemido, como si alguien llorara—. Dile tu nombre a Kevins, preciosa.

—Soy… —un sollozo— soy… Serena Irvin.

—¡Suficiente! —Se volvió a escuchar la voz del asesino—. ¡Ahora vas a ser testigo de tu ineptitud, imbécil! Y la próxima será esa pelirroja de la que no te separas, tu querida Amy Newman.

Se escuchó un disparo a la vez que la mujer chillaba y después nada. Silencio. Había colgado. Había matado a la mujer y había colgado.

—¡Joder! ¡Mierda! ¡Hostia! ¡Puta! —Jay estaba a punto de lanzar su móvil contra la pared, cuando la mano de Amy se lo impidió.

—¿La ha matado? —la voz asustada y llorosa de Amy, que se había acercado a Jay para escuchar y pudo oír el disparo con claridad, hizo mella en Jay.

—Ven aquí… —Jay la acercó a él y la abrazó—. Vamos a pillarlo. Te lo juro. No va a hacerte nada, Amy, vamos a cogerlo. Lo mataré, Amy, lo mataré…

No tuvo mucho tiempo para consolarla; Ron, al que acababan de avisar de la grabación de la llamada, se puso en contacto enseguida.

—Han localizado la llamada, ha tardado lo suficiente en colgar, aunque el móvil es desechable. Resulta que ha llamado desde Nueva York, parece que ha vuelto a sus orígenes, donde empezó a matar. Están buscando ahora a todas las Serena Irvin de la ciudad, o sea que ya puedes ponerte las pilas y venir para aquí. Nos ha hecho creer que Irvin era un hombre y es una mujer.

—¿Has escuchado la conversación, Ron? Ha dicho que la próxima es Amy —Jay contestó de malos modos—. No voy a separarme de ella. ¡El maldito asesino ha dicho que ella es la próxima!

—¡Pero sabe que la estamos protegiendo! ¡Va a jugar con eso para marearnos y mientras tanto seguirá matando! ¿Es qué no lo ves?

—Tienes gente de sobra en Nueva York para que se ocupen de investigar el caso de Serena Irvin. Walter, Mary, Owen y yo seguimos con Amy. Si no estás de acuerdo con ello, dimito. Ya te lo advertí.

—¡Joder, Kevins! ¡A veces eres como un grano en el culo!

*****

Jay pasó una hora comentando aspectos del último caso con sus compañeros. Walter lo avisó de que lo sustituiría esa mañana, pero Jay se negó, ya que había dormido unas horas y no pudo evitar que su amigo le hiciera bromas sobre si ya se había ido a vivir con la pelirroja. En el momento en el que supo que no podía hacer nada hasta tener más datos, se dio cuenta de que Amy no estaba a la vista. Había desayunado con él en la cocina y la había visto en el salón. Echó un vistazo rápido, sabía que no había salido de la casa, y la encontró sobre su cama echa un ovillo. En un primer momento pensó que estaba dormida, pero al acercarse su rostro le mostró algo que no sabía cómo encarar. Sus lágrimas rodaban por sus mejillas en silencio, sin aspavientos, con un dolor mudo que le llegó al alma. Se sentó en la cama, a su lado y acarició su espalda.

—Amy, cariño… acabaremos con esto, te lo juro —Jay casi susurró las palabras.

—Hay algo que nunca te he preguntado —le dijo Amy y lo miró a los ojos— ¿A cuántas personas ha matado ya?

—Es igual, no…

—¡Quiero saberlo, Jay!

—A seis que nosotros sepamos, al menos esas son las veces que me ha llamado para avisarme del nombre de la siguiente víctima.

—¿Seis? ¡Madre mía! No puedo más, Jay —Amy cerró los ojos con fuerza, intentando retener las lágrimas—. Intento ser fuerte, pero ya no puedo… no entiendo porqué la mala suerte me persigue siempre…

—¿Por qué dices eso? Lo más probable es que solo seas un error, al fin y al cabo hubo otra víctima con tu mismo nombre, ahora solo eres un cabo suelto para él. Pero para mí eres mi prioridad ¿me oyes? — Jay se agachó y le besó la mejilla, notando el sabor salado de sus lágrimas.

—Siempre acabo siendo un error…

Llamaron a Jay de nuevo, era Mary.

—Dime.

—Han localizado a Serena Irvin en un apartamento del Soho. Ha habido un aviso a la policía de unos vecinos que habían oído el disparo. Por supuesto, del asesino no hay ni rastro. Están ahora los chicos de CSI buscando indicios, han prometido que nos dirán algo pronto.

—Esta vez no ha utilizado silenciador, quería que escuchara el disparo por el teléfono, a lo mejor se está volviendo un poco descuidado. O más loco de lo que pensamos.

Mientras Jay comentaba los detalles con Mary, Amy cavilaba sobre lo que debería explicarle a Jay, pero ahora que lo tenía tan cerca no quería apartarlo. Quizá fuera muy egoísta por su parte, pero no quería perderlo tan pronto. Sabía que tenían los días contados, pero iba a aprovecharlos.

Si hablaba más de la cuenta, Jay se pondría el traje de agente del FBI y se olvidaría de ella. Incluso podría odiarla o despreciarla. Y eso no iba a poder soportarlo. Tenía que hacer de tripas corazón y parecer lo más entera posible. Se levantó de la cama, Jay acababa de colgar.

Amy se limpió las lágrimas y buscó una sonrisa que la esquivó, por lo que solo pudo formar un intento.

—Lo mejor será que vaya a trabajar —le dijo a Jay— deberías descansar para coger fuerzas para esta noche, cariño. Dile a Walter que venga y tú duerme unas horas más.

Jay cedió y avisó a Walter, aunque no pensaba dedicar el tiempo a dormir. Algo se le escapaba y su cabeza no paraba de dar vueltas. Iría al piso franco e intentaría poner orden en la información que habían podido recabar. Necesitaba cerrar aquel caso con premura, sobre todo porque le urgía saber que Amy estaba a salvo.

El disparó que había escuchado por el móvil, el grito ahogado de la mujer, su desesperación, la perversión del asesino… no podía dejar de

imaginar que hubiera ocurrido si esa mujer hubiera sido Amy.

Ponerse en esa situación le hacía ver con total claridad, que lo que sentía por ella no era solo un cariño pasajero, no era solo deseo y atracción. Si a ella le pasaba algo, si la mataban, él se hundiría. Lo tenía tan claro como que aquella noche el sol volvería a ponerse por el oeste.

14

Amy pasó el día en la oficina con un aburrido Walter vigilando sus espaldas. Como, por suerte, allí todo estaba funcionando como la seda y Neil se estaba tomando muy en serio coger el mando cuando ella no estaba, el trabajo estaba saliendo adelante. Incluso pudo dedicarse durante un par de horas al diseño de un jardín pequeño que le habían encargado unos vecinos del barrio al ver el suyo, que siempre estaba muy cuidado y bonito, ya que Amy consideraba que era una buena publicidad. Había conseguido relajarse y tenía muchas ganas de volver a ver a Jay. Sabía que era muy probable que él no apareciera en su casa hasta la noche, pero a las cinco cerró su portátil y se despidió de Neil.

—Ya me voy, Neil. Si quieres mira el diseño que he hecho para los Jackson, a ver qué te parece —Amy asomó la cabeza en su despacho— lo he dejado en la carpeta de proyectos en curso.

—Ahora lo miro… oye, Amy ¿estás bien? —le preguntó.

—Sí, estoy bien, no te preocupes.

—¿Durante cuánto tiempo vas a tener niñera? —Miró a Walter, que la esperaba algo más alejado—. ¿No te agobian?

—No, tranquilo —le contestó pensando en Jay y notó como se le subían los colores; por alguna razón sabía que si Neil supiera lo que ocurría con Jay, no iba a sentarle bien—. Se portan muy bien conmigo.

Amy salió con Walter pisándole los talones y se metió en su coche para volver a casa. Durante el trayecto reflexionó sobre el fastidio que siempre le habían producido los policías y en cómo había cambiado su postura al respecto. No es que fuera la tónica general, pero cuando miraba a Jay lo veía a él, no a su profesión y, a lo mejor, eso era un error.

Para su sorpresa, cuando llegó a casa Jay la esperaba dentro, sentado en el sofá, con los brazos y piernas cruzados, una postura que le pareció muy defensiva. Estaba muy serio… extremadamente serio y su ceño estaba fruncido.

*****

Jay había pasado esa mañana en el piso franco con Mary y Owen ordenando nombres, fechas, indicios, pistas… buscando relaciones, señalando los lugares de los asesinatos en un mapa, recabando datos y revisando las autopsias. Era dar vueltas sobre lo mismo, una y otra vez, sin encontrar un patrón ni un móvil. Las conexiones no eran fiables, el hilo conductor se perdía por la falta de información. Las víctimas, aparte de la ludopatía de algunas de ellas, no en todas, no

tenían casi nada en común. Aquello se estaba convirtiendo en un galimatías sin sentido y todos estaban frustrados.

A Mary le llegó un correo, marcado como urgente, del laboratorio de Nueva York. Allí estaban estudiando las muestras de sangre del supuesto agresor, que pudieron obtener el día del intento de asesinato de Amy. Aquel día había sangre de ambos en la cabaña que ocupaba Amy; la suya y la de su atacante.

—¡Jay! —lo avisó Mary— ¡Por fin han llegado los resultados del ADN de las muestras de sangre del asesino! ¡Venid aquí los dos! —le dijo también a Owen—. Esto podría ser algo importante por fin, también habían recogido varias huellas dactilares. Esperemos que haya alguna coincidencia.

Mary abrió el documento y aparecieron los hallazgos de sincronías. Del asesino no había ninguna, no había aparecido en ninguna base de datos, no estaba fichado ni por la policía, ni por el FBI, ni por la CIA, ni por la Interpol, lo que desinfló sus esperanzas. Otra cosa eran las muestras obtenidas de la sangre de Amy… Jay se quedó con la vista fija en la pantalla sin poder creer lo que estaban viendo sus ojos. La foto de Amy con unos años menos, en realidad muy joven. Fichada.

*****

Jay no quiso alertar a Amy y prefirió esperarla en su casa. Cuando escuchó las llaves en la puerta y la vio aparecer con Walter a su espalda, supo que necesitaba hacer aquello él solo. Un nudo en su estómago le estaba generando un vacío que dolía. Se acumulaban la decepción y la rabia. Pero eso ella no debía ni imaginarlo. La muy bruja le había tomado bien el pelo y no iba a mostrarle ni un ápice de su vulnerabilidad. Se protegería con una gruesa capa de indiferencia y le devolvería el golpe. Se había reído de él y no se lo iba a perdonar. Nunca.

Si algo le dolía de aquel descubrimiento era la certeza de que lo había engañado con premeditación y malas intenciones. Se había acostado con él solo para tenerlo entretenido y desviar su atención de su pasado, estaba seguro. Se sentía tan estafado, tan timado… sus artes de seducción habían funcionado, claro; debía sentirse muy segura de su poder, de sus armas de mujer y las había utilizado. Y él había caído como un gilipollas.

—Walter, puedes irte, yo me quedo con Amy —le dijo a su amigo y éste, algo debió detectar porque no protestó, solo asintió—. Mary y Owen te lo explicarán, pídeles que te enseñen el correo de los laboratorios.

—Bien, me marcho entonces. —Walter notó como Amy lo miraba con angustia y pensó que la parejita se había peleado, ya sabía que allí

pasaba algo y no quiso inmiscuirse.

En cuanto Walter cerró la puerta, Jay miró a Amy con dureza. Ella seguía de pie en medio del salón, imaginando que si Jay estaba allí, mirándola muy cabreado, era porque había averiguado algo sobre ella y no le había gustado. Sus siguientes palabras se lo confirmaron.

—Hola… Rebecca Tailor —Jay pronunció su antiguo nombre con desprecio—. No sé si decirte que estoy encantado de conocerte, la verdad. ¿Pensabas que podrías engañarnos para siempre?

—Yo… —a Amy no le salían las palabras, un nudo fuerte y duro se había acomodado en su garganta y casi no la dejaba hablar. Le parecía que estaba tragando cristales—…lo siento.

—¡¿Lo sientes?! —Jay se levantó del sofá gritando y Amy dio un paso atrás—. Te estamos protegiendo, estamos intentando capturar a un asesino y tú nos ocultas tu verdadera identidad. Rebecca Tailor… ¿A quién crees que debo perseguir ahora? ¿Sigo buscando al asesino o te detengo a ti, directamente?

—No lo entiendes… —Amy empezó a llorar, se sentía hecha polvo y ni siquiera sabía por dónde empezar—. Si me dejas explicarte…

—¿Explicarme? —Jay estaba realmente furioso—. ¿Sabes la cantidad de horas, momentos, situaciones en las que has podido explicarte? ¿Las veces que te hubiera escuchado gustoso? ¿Todas las putas veces en que te he pedido que me hablaras de ti? ¡Ahora no quiero hacerlo, Amy! Perdón… Rebecca.

—¡No soy Rebecca! —gritó Amy entre lágrimas— ¡Ya no lo soy, desde hace ocho años!

—¡Claro! Lo sé. Porque Rebecca murió hace ocho años. —Jay se acercaba a ella y Amy retrocedía hasta dar con su espalda en la pared —. Eso es lo que consta en los archivos: Rebecca Tailor, muerta en un incendio, debido a una explosión en un almacén. ¡Qué oportuno! ¿Verdad?

—Si me dejas que te lo explique…—los sollozos no le dejaban continuar— puedo aclararte…

—¡No quiero escucharte! —Jay casi tocaba su nariz con la suya y la taladraba con la mirada encendida—. He leído tu expediente archivado por la policía. ¿Quieres que te refresque la memoria, Rebecca? ¿Has olvidado quién eres? Te arrestaron por robo, pertenencia al crimen organizado, tráfico de drogas, blanqueo de dinero y por ser cómplice en una transacción de tráfico de personas… ¿Me dejo algo? ¡Ah, sí! También he leído que estabas en la cárcel pendiente de juicio, pero alguien importante pagó tu cuantiosa fianza. Pero, claro… el juicio nunca se celebró porque Rebecca Tailor murió y el caso se archivó. Muy conveniente todo. Y, justamente, murió en un almacén que era un centro de operaciones de una de las familias de la mafia, los Damiani… ¿Te suena ese nombre, Rebecca? Te dieron por

muerta porque tu bolso fue hallado cerca de un cuerpo calcinado imposible de reconocer. Había muchos muertos y también interés en cerrar el caso ¿Me equivoco? Ahora entiendo muchas cosas… cuando hice una búsqueda de tu falso nombre en internet casi no habían datos, ni siquiera tienes redes sociales ¿Qué persona de tu edad no está en alguna?

—Si me dejas… —los hipidos la estaban ahogando, volver a recordar aquel oscuro pasado tan lleno de mentiras le estaba haciendo mucho daño. Y el desprecio de Jay era aún peor, dolía como una puñalada en el corazón.

—¡No quiero escucharte, quiero…! —Jay pensó que ese impulso estúpido de querer abrazarla para consolarla, lo ponía a él en el lugar de un verdadero imbécil— ¡Quiero que desaparezcas de mi vista, eso quiero!

Amy no vio otra solución que hacer lo que le pedía. Jay estaba realmente muy enfadado y sus intentos por explicarle la verdad iban a ser vanos. No quería ni escucharla y no iba a hacerlo en ese momento. Sus ojos azules se habían oscurecido y echaban chispas, la miraba casi con odio y eso le atravesaba el alma. Buscaría otra oportunidad para tantearlo, pero en ese instante lo mejor era desaparecer de su vista. Se sentía tan perdida, tan dolorida, que su razón no funcionaba y solo se dejó llevar por el impulso de huida. Necesitaba llorar sin reprimirse y sacar la tensión de su cuerpo.

Por ello, cogió su bolso y las llaves del coche y salió corriendo de la casa. Una vez en la calle la asaltó la sensación de peligro que la acompañaba desde hacía días y se sintió muy frágil, como si fuera a romperse en cualquier momento. Le vino a la mente de nuevo su equipo de emergencia, escondido en la cabaña cercana a Jenkintown. Lo mejor sería volver allí y desaparecer. Debería haberlo hecho con su primer impulso. Se había echado atrás y ahora estaba pagando las consecuencias. Entonces se acordó de su gata, que debía descansar sobre la cama. Pobrecilla, tendría que apañárselas sola de nuevo. Su coche estaba aparcado en la calle trasera de la casa, por lo que dio media vuelta y se dirigió hacia allí, a grandes zancadas.

Quedaban unos metros para llegar, cuando escuchó pasos a su espalda. Dio por hecho que era Jay. O quería seguir increpándola, o estaba decidido a pedirle explicaciones. Ninguna de esas opciones la iba a detener. Ahora era ella la que no quería hablar. Ni siquiera había dejado un resquicio para las dudas. No la había dejado ni defenderse, ¡pues ahora que se aguantara! Las lágrimas emborronaban su visión y se estaba quedando sin respiración. Encima no llevaba pañuelos de papel encima y su cara debía ser un poema.

Los pasos se acercaban y Amy giró la cabeza con la intención de enviarlo a la mierda. Pero quien estaba tras ella no era Jay. Era un

hombre grande como un armario, al que no pudo ver bien el rostro, ya que llevaba calada una gorra con visera que le tapaba media cara. Llevaba una camiseta con un logo de alguna empresa de averías de agua o algo similar. Abrió la boca para gritar pero no le dio tiempo, ya lo tenía sobre ella. El hombre la agarró por la camiseta y le tapó la boca y la nariz con una mano grande y rasposa. Le giró el cuello y Amy pensó que se lo iba a romper en aquel momento y que era el fin. En vez de eso, lo que hizo fue pincharle un potente anestésico. Notó la aguja en el cuello y un mareo casi instantáneo.

Entonces el agresor habló. Solo dijo «Hola, Rebecca», con una voz grave que le puso el vello de punta. Tuvo un instante de evocación del pasado, algo quería aflorar desde su interior, pero no llegó a descubrir qué era. Lo siguiente fue la pérdida de vista y oído, notar cómo le flaqueaban las fuerzas y la debilidad de sus piernas al doblarse y desfallecer. Y nada más. Se zambulló en la inconsciencia y todo se quedó en negro.

*****

Jay no tardó mucho en reaccionar cuando fue consciente de que se había quedado solo en la casa. Amy, Rebecca o como se llamara, había salido corriendo y se había llevado el bolso. Seguro que iba a coger el coche y entonces su protección sería cero. Ron ya había retirado a los dos agentes que solían estar vigilando en los alrededores de la calle, por lo que estaba solo para protegerla. Se maldijo interiormente por dejarse llevar por el cabreo monumental que lo había vuelto medio loco. De acuerdo en que estaba muy enfadado con ella, pero no quería que la mataran. Al ser consciente del peligro que podía estar corriendo, Jay salió de la casa a toda velocidad. Tenía que llegar hasta ella antes de que cogiera el coche. Por suerte en él había un localizador y podría saber dónde estaba.

Jay empezó a correr en dirección a la calle trasera, pero alguien, que apareció de forma sigilosa desde una calle lateral, le dio un fuerte golpe en la cabeza con algo contundente.

*****

Amy empezó a despertarse, aunque estaba muy aturdida. Tenía la boca pastosa, le dolía mucho la cabeza, como si tuviera una resaca monumental, y notaba sus muñecas doloridas por estar fuertemente atadas con una cuerda o algo similar. El pelo enmarañado le caía sobre la cara. Estaba estirada sobre algo parecido a una colchoneta dura y, al entreabrir los párpados, vio que el lugar era una especie de trastero lleno de cajas de cartón y bastantes cachivaches, como un garaje convertido en pocilga. Pensó en sus vigilantes, en Jay y Walter. Ellos la encontrarían, estaba segura. Removerían cielo y tierra hasta

dar con ella. Había sido muy imprudente al salir sin protección. Iba a incorporarse cuando escuchó voces y cerró los ojos de nuevo para simular que dormía. Eran dos hombres los que entraron en aquella estancia. Hablaban a voces y pronto pudo escuchar lo que decían.

—¿Cómo vamos a sacarle la información? —Esa voz no era la del hombre que la había atacado, era más fina— ¿La torturaremos?

—Hombre… yo preferiría usar otro método, ¡ja, ja! —Amy pensó que ese parecía directamente idiota, arrastraba las palabras y parecía ir bebido o drogado—. La tía está buena, podríamos probarla primero ¿no?

—¡No seas idiota! El jefe nos ha dicho que la hagamos hablar, no que la violemos —Amy empezó a temblar, aquel par de gilipollas seguían siendo peligrosos.

Volvió a abrir un poco los ojos con cuidado, lo justo para echar una ojeada y entonces vio algo que la estremeció. Al fondo, tirado en el suelo, estaba Jay. Desmayado y atado a un radiador. Tenía sangre en la cara. ¿Qué le habían hecho? Su corazón se aceleró y la confianza en que los chicos del FBI la sacarían de allí empezó a flaquear al ver a su supuesto salvador hecho unos zorros, tirado en el suelo e inconsciente.

15

—¡Eres un idiota! Deberías haberte escondido del poli en vez de pegarle con esa barra de hierro —dijo uno de los hombres con voz cascada de fumador—. Ahora el jefe está cabreado, a una furcia como ésta nadie la busca, ni siquiera tiene familia, pero a un poli te aseguro que lo van a buscar.

—¿Cómo iba a saber que era un poli? —contestó el otro hombre, el de la voz de pito—. Pensé que era su novio o algo así y además, estaba sonando la alarma de la casa.

—El jefe nos dijo que el FBI la tenía protegida —contestó *voz cascada*—. Podrías haber pensado un poco para variar.

Amy seguía escuchando la estúpida conversación de aquellos dos lumbreras, que debían ser los lacayos del que la raptó. Estaba muy preocupada por Jay, que no se había movido ni un ápice. Lo iba vigilando de reojo, pero debía estar inconsciente.

—¡Deja de meterte conmigo! —*voz de pito* se estaba poniendo nervioso—. La mejor solución será matarlo y hacer desaparecer el cuerpo, no podemos esperar a que lo encuentren aquí y nos hagan responsables. Hay que acallar para siempre al poli. Con la chica será suficiente con asustarla.

—¡Qué sabrás tú! —*voz cascada* se estaba cabreando con su compañero y a Amy le dolía todo el cuerpo, pero le daba miedo moverse—. Por cierto ¿No debería haberse despertado ya?

Amy escuchó como arrastraban las sillas donde estaban sentados y se acercaban. Intentaba parecer dormida, pero la tensión la descubrió ante la mirada escrutadora de aquellos dos matones. Le temblaban las pestañas y el cuerpo entero.

—La gatita se ha despertado —una mano la zarandeó y Amy no pudo evitar chillar aterrada—. ¿Te hacías la dormida, niña?

—No me hagáis daño, por favor —Amy se sentía exhausta, demasiadas emociones durante demasiado tiempo. El terrible dolor de cabeza no ayudaba.

—Todo depende de ti… —*voz cascada* tenía una cara de bestia que daba miedo mirarla, parecía salido de una película de terror—. Solo tienes que explicarnos algunas cosas y el jefe te dejará marchar.

—¿Quién es el jefe? —preguntó Amy pensando en el asesino y deseando conocer su identidad.

—¿De verdad nos vas a preguntar eso? —*voz de pito* soltó una risilla siniestra—. Lo has llamado varias veces durante los últimos días para saber si estaba intentando matarte y no se te ocurre otra cosa que amenazarlo, niña…

—¿Vuestro jefe es D.D.? —preguntó Amy echando un vistazo por la

ventana que los hombres tenían detrás.

Se veían muchos árboles, parecía un bosque. No tenía idea de dónde estaba. También veía la parte trasera de un coche negro. Desde luego no estaban en la ciudad, el lugar parecía un almacén y estaban en una planta baja.

—Claro ¿Quién va a ser? —*voz cascada* negaba con la cabeza como si ella fuera idiota—. Nos explicó un poco tu historia. Saliste en la tele y la cagaste, niña.

—¡Yo no he salido en la tele! —dijo Amy; pero entonces recordó las cabañas y la aparición de un reportero con un micrófono al que Jay atacó— eso solo fue un minuto.

—¡Suficiente! se supone que estás muerta.

—¿Por eso quiere matarme? ¡No entiendo nada! —Amy estaba sorprendida y era cierto que se le hacía muy difícil comprender la situación.

—Lo has amenazado y ahora D.D. quiere que nos digas donde están las pruebas ¡y lo quiere ya! —voz cascada se inclinó sobre ella y a Amy le llegó su aliento con aroma de cebolla y la echó para atrás—. Tenemos su permiso para torturarte, muñeca. A Damiani no lo amenaza nadie.

—¡No sé dónde están! —la risa de esos hombres le daba repelús y su cercanía le estaba revolviendo las tripas, si se acercaban más iba a vomitar—. Necesito ir al baño, me estoy meando y así no puedo pensar.

Amy esperaba que le desataran las manos para tener al menos una posibilidad de huir de allí. En ese momento sonó un móvil, el de *voz cascada*, que contestó y salió al exterior para hablar. Miró de reojo a Jay, necesitaba que se despertara, no quería dejarlo allí si conseguía escaparse. Aumentó el volumen de su voz, a ver si tenía algún efecto en él.

—¡Necesito ir al baño! —le gritó al que se había quedado con ella, interpretando su papel de histérica a la perfección y le acercó las muñecas atadas— ¡Desátame las manos o voy a mearme encima ahora mismo!

—Vale, vale… —el hombre llevaba un rifle colgado al hombro y tenía una barra de hierro apoyada en el asiento. No tuvo reparos, en ningún momento pensó que una niñata pudiera escapar de allí—. Pero tengo que acompañarte, niña. Antes tienes que decirme donde están las pruebas o no hay baño. Tú eliges.

—Están… en una caja de seguridad de un banco —contestó Amy, improvisando sobre la marcha—. En cuanto haya ido al baño te daré todos los datos. La llave también está muy bien escondida.

El hombre le dedicó una sonrisa torcida y obscena, mientras le liberaba las muñecas. Amy, al darse cuenta de dónde se dirigía su

mirada, justo hacia su escote, se acercó un poco más para mostrarle parte de sus pechos y distraerlo un poco. En cuanto sus muñecas fueron liberadas, su rodilla se levantó con toda la fuerza que pudo obtener para clavarse entre sus piernas. El hombre soltó un alarido y se encogió agarrándose sus partes y Amy aprovechó para coger la barra de hierro a gran velocidad. Sin dudar y cerrando los ojos, la levantó en alto y la estrelló contra su cráneo, concretamente en la nuca. No esperaba que tuviera la cabeza tan dura, pero fue suficiente para hacerle perder el sentido. Esperaba no haberlo matado, pero tenía que salir de allí.

—¡Amy, corre! —La voz de Jay a su espalda la hizo reaccionar, se había quedado parada mirando al hombre en el suelo—. ¡Desátame! El otro debe estar a punto de volver.

—Creía que estabas inconsciente —le dijo Amy y no pudo evitar sonreírle al acercarse para desatarle las manos.

—Siento decepcionarte. —Jay no tenía muy buen aspecto, un moretón bastante oscuro se estaba formando en su sien y su mejilla y el ojo derecho estaba encharcado en sangre—. Llevo una navaja en el bolsillo derecho ¡vamos, date prisa!

Amy introdujo la mano en el bolsillo de sus vaqueros y encontró la navaja. Cortó la brida y Jay se levantó cojeando, por lo visto le habían dado un buen golpe también en la pierna derecha y estaba bastante magullado. La cogió de la mano y se pegaron a la pared.

—A ese lo has dejado K.O. —miró al hombre que yacía en el suelo — pero el otro no andará lejos. Vigila la puerta y avisa si lo ves venir por la ventana.

Jay se acercó al hombre en el suelo y le registró los bolsillos en busca de llaves. Encontró un manojo con varias, una de ellas con el logo de una marca de coches. ¡Bingo! Esperaba tener medio de transporte. Cogió las llaves e hizo lo mismo con el rifle, colgándoselo en el hombro.

—Tenemos las llaves de un Chrysler —le susurró a Amy al oído—. Vamos a salir con mucho cuidado, intentaremos hacernos con el coche para huir. No te despegues de mí.

—Vale —Amy iba tras él y se agarró a su camiseta. Le llegó su aroma y, sin darse cuenta, inspiró su olor y eso la tranquilizó un poco. Incluso en una situación tan apurada como aquella, tener cerca a Jay le daba seguridad.

El otro hombre no había cerrado la puerta con llave al salir, por lo que pudieron abrirla sin problema. Jay asomó la cabeza y vio a *voz cascada* bastante alejado y de espaldas, aún hablando por teléfono. No se veía a nadie más. Echó un vistazo alrededor y enseguida detectó un Chrysler negro y una camioneta verde. La elección estaba clara, no se veían más coches. Ni siquiera sabía dónde puñetas estaban, aquello

parecía un escondite perdido en un bosque, allí no había nada. Solo un camino de tierra.

—Vamos hacia el coche —Jay apretó el mando de la llave para desbloquear el seguro de las puertas y se escuchó un sonoro clic.

Los dos se quedaron inmóviles esperando la reacción del hombre, pero éste no dio señales de haberlo oído, mientras seguía con su conversación. Pasaron tras la camioneta verde en cuclillas; Jay se aproximó a la puerta del conductor, pero Amy lo adelantó y se acercó a su oído.

—Yo conduzco, tú cojeas, mejor vas de copiloto —Jay debió ver la determinación en sus ojos y asintió.

—Si hay que correr, aprieta el acelerador —le dijo en un susurro y Amy asintió.

—No te preocupes, lo haré.

Se colaron en el coche y en el momento de arrancar, el ruido alertó a *voz cascada*. El hombre se giró con el ceño fruncido, seguramente con curiosidad por saber dónde iba su compañero, hasta que se fijó lo suficiente para ver que sus rehenes estaban huyendo. Se guardó el móvil en el bolsillo y saco una pistola de la parte trasera de sus pantalones. Amy no se lo pensó; apretó el acelerador a fondo y el coche salió disparado hacia el camino de tierra, derrapando en la curva, mientras *voz cascada* disparaba contra el coche, suponían que apuntando a las ruedas. Una de las balas impactó en la luna trasera haciendo añicos el cristal y esparciendo los pequeños trozos por el interior del coche. Jay se había colocado mirando a la parte trasera e hizo un par de disparos con el rifle, aunque con tanto movimiento no dio en el blanco.

Amy ya estaba en el camino y cogió velocidad. Jay no perdía de vista el almacén y al hombre y, lo último que vio, fue que corría hacia la parte de atrás del cobertizo y lo perdió de vista. Suponía que intentaría seguirlos.

—He visto cómo iba hacia la parte de atrás, supongo que va a intentar alcanzarnos, a lo mejor tienen otro coche —le dijo Jay agarrándose donde podía, la carretera tenía curvas y Amy iba a toda pastilla—. No tendrás un móvil ¿verdad?

Amy lo miró con el ceño fruncido ¿Dónde iba a tener un móvil?

—¡Mira hacia la carretera, por lo que más quieras! —Jay empezaba a temer por su vida, Amy era temeraria y a él le gustaba tener el control cuando iba en un coche y más a esa velocidad.

—¡No tengo un móvil! —contestó Amy—. ¡Por si no te habías dado cuenta, han estado a punto de matarnos, aparte de secuestrarnos!

—Sí, ya lo he visto, tienes unos amigos muy simpáticos —gritó Jay, que a pesar de alegrarse de que hubieran podido escapar, no las tenía todas consigo—. ¿Sabes dónde estamos? Esto no me suena de nada.

—No tengo ni idea —contestó Amy bruscamente—. Creo que el 80% de Maine está cubierto de bosque, o sea que es difícil orientarse y me parece que los dos hemos estado inconscientes unas cuantas horas en este maravilloso viaje al que nos han invitado esos imbéciles. ¡Y no son mis amigos, qué lo sepas!

—¡Tú concéntrate en la carretera! —Jay volvió a mirar a su espalda y descubrió un coche en la lejanía—. ¡Mierda! tenemos detrás un coche rojo que va tan rápido como nosotros. A lo mejor estaba aparcado al otro lado del almacén y no lo hemos visto.

—O quizá no sea *voz cascada* —contestó Amy.

—¿*Voz cascada*? —preguntó Jay levantando las cejas.

—No sé cómo se llaman, pensaba en ellos como *voz cascada* y *voz de pito* —dijo Amy y le sorprendió escuchar una risa de Jay.

—Seguro que es él, nadie conduce a esa velocidad si no está persiguiendo a alguien, o si no lo persiguen —Jay estaba seguro de eso.

—Entonces tendremos que hacer un esfuerzo por dejarlo atrás… ¡Agárrate! —Amy aumentó la velocidad, apretó el acelerador a fondo y dejó tras ella una gran polvareda de tierra.

Entonces divisó, al final del camino, la llegada a una carretera asfaltada y el indicador de la I-95, la autopista interestatal.

—Entramos en la autopista, aquí será más fácil despistar al coche rojo —Amy bajó un poco la velocidad al acceder a la carretera y se colocó en el carril de la izquierda—. Es la I-95, estamos salvados.

El tráfico no era muy intenso, pero sí lo suficiente como para que el loco que los perseguía no se atreviera a dispararles. O eso esperaba.

—Amy, tenemos al coche rojo detrás de nosotros y juraría que es tu amigo de nuevo.

Jay tenía otra vez la escopeta en posición para disparar, aunque intentaría no hacerlo, no quería herir a nadie por error. Debido a la cercanía del otro coche, vio como el hombre llevaba una mano en el volante y en la otra una pistola que sacó por la ventanilla.

—¡Cuidado! ¡Va a disparar! —Jay no pudo decir nada más antes de que el coche diera una sacudida hacia la izquierda.

Había acertado en una rueda y la había reventado. Amy notó que no podía controlar la dirección y que se salía de la autopista. En ese tramo no había guardarraíl, ya que era llano, la parte exterior era de césped y enseguida se llegaba a los árboles. El coche siguió derrapando sobre la hierba durante un tramo, dando tumbos, aún demasiado rápido. Amy intentó frenar antes de que se estamparan contra un pino y lo único que consiguió fue dar una vuelta de campana. Estaba muy asustada, se golpeó fuerte en la cabeza y sus pensamientos se ausentaron divagando en que aquel parecía uno de los abundantes bosques de pino de aquella zona. Por algo llamaban a

Maine «el estado del árbol de pino».

—¿Estás bien? —le preguntó Jay— ¡Tenemos que salir del coche enseguida!

Nada más poner los pies en el suelo, Amy chilló de dolor. Se acababa de torcer el tobillo y casi no podía apoyar el pie en el suelo, pero lo peor era su cabeza estaba muy mareada por el golpe y de su melena cayeron algunos trozos de vidrio.

Jay miró el coche rojo, aún le quedaba un trecho para llegar hasta ellos, pero lo haría en pocos segundos. Y seguía disparando mientras se internaban en la pineda. Ese tipo no podía quedarse mucho tiempo por allí, algunos coches habían parado al ver el accidente y un par de conductores se acercaban a pie. Seguro que no le interesaba que existieran testigos que pudieran identificarlo. Menos aún si volvía a disparar.

—Amy ¿Qué te duele? —la agarró de la mano para que corriera.

—Me he torcido el tobillo y la cabeza me da vueltas, me la he golpeado al volcar —lloriqueó Amy, aunque no dejó de correr— ¿Tú estás bien?

—Sí, tranquila. No podemos ir tan lentos o nos pillará. Súbete a mi espalda.

—¡Ni hablar! —fue la respuesta airada de Amy.

Jay se cargó a Amy al hombro a pesar de sus protestas. Se internaron entre los árboles que cada vez eran más tupidos. Por suerte el sol iba en descenso y empezaba a oscurecer. Aún era posible que salvaran la vida si conseguían esconderse bien.

Se habían quedado sin coche, sin rifle, sin móviles… la situación no pintaba muy bien, sobre todo porque seguían presintiendo que los perseguían. Aquel hombre había perdido a sus prisioneros y, por lo que había escuchado, tenía un jefe que le iba a pedir explicaciones. Jay pensó que estarían más protegidos entre la espesura y no dejó de caminar hasta que encontró una zona llena de arbustos muy tupidos en una pequeña hondonada.

—Deberíamos ocultarnos entre los matorrales. —Jay bajó a Amy de su espalda, casi no podía respirar por el esfuerzo. Amy no era un peso ligero, era una mujer alta, aunque se libraría mucho de comentarlo—. ¿Cómo va el mareo?

—No muy bien —la voz de Amy era de desánimo total—. No pretenderás que pasemos la noche aquí ¿no?

—No tengo ninguna suite a mano ahora mismo, princesa Rebecca —otra vez ese nombre, pensó Amy, pero no dijo nada.

Por lo visto cuando se enfadaba recordaba su antiguo nombre. Debería explicarle muchas cosas, pero ahora no le apetecía, quizá nunca llegara el momento. Estaba visto que sus momentos no coincidían en el tiempo, no había sincronía entre ellos.

—Ese hombre venía detrás de nosotros y creo que no se ha ido. El tiene un arma, un móvil y puede pedir refuerzos. No te extrañe que en unas horas sean unos cuantos tíos los que nos estén buscando —Jay no quería asustarla más, pero Amy debía entender bien la situación—. Es necesario que no nos encuentren ¿de acuerdo? Ten un poco de confianza, mis amigos del FBI también nos están rastreando, dejé la alarma sonando cuando salí de tu casa. Nos buscan, de eso no tengas ninguna duda.

—No la tengo, no…

16

Walter, Owen y Mary, ya no sabían qué buscar ni dónde. Empezaban a estar desesperados. La alarma del piso de Amy se había disparado a media tarde y ellos se ocuparon de acudir en persona. Primero llamaron por teléfono a Amy y a Jay y ninguno de ellos contestó al móvil. Algo había ocurrido.

Ahora todos ellos conocían la verdadera identidad de Amy: Rebecca Tailor, algo que no les cuadraba en absoluto con aquella mujer agradable de mirada clara. Les caía bien y su ficha policial no encajaba para nada con ella. Debía ser una magnífica actriz.

—Voy a la casa —dijo Walter— algo no va bien.

—¿Crees que Amy, al verse descubierta, puede haber hecho daño a Jay? —preguntó Mary y negó con la cabeza al ver el gesto escéptico de Walter.

—¡Ni hablar! —Owen contestó por él—. Jay tiene demasiada experiencia como para verse comprometido por Amy, por muy malota que haya sido en el pasado.

—Vamos contigo por si necesitas refuerzos —dijo Mary y los tres salieron juntos.

Al llegar a la casa, lo que solo les llevó unos diez minutos, se encontraron la puerta abierta de par en par y señales claras de que algo había ocurrido. Las llaves y el bolso abierto de Amy estaban en el suelo, en la calle lateral, no muy lejos de su coche que seguía aparcado en la parte trasera. En un rincón, cerca de la acera, encontraron el móvil de Jay con el cristal de la pantalla roto. Buscaron más indicios y encontraron restos de sangre. Alguien estaba herido.

—Voy a llamar a Ron —dijo Walter— esto tiene toda la pinta de un secuestro con resistencia.

—Necesitamos un equipo de búsqueda y rescate —dijo Mary mientras Walter llamaba— pero lo primero es saber hacia dónde debemos dirigirnos. Voy a hacer una búsqueda de todas las llamadas de los móviles de Amy y Jay, por si nos dan alguna pista.

—Y hay que revisar las grabaciones de todas las cámaras de la zona —Owen pensaba en todo lo que podían hacer—. En esta calle no hay ninguna, pero en las más cercanas podríamos localizar algún medio de transporte sospechoso.

—Ron tendrá el equipo preparado y nos ayuda con lo de las cámaras —dijo Walter tras hablar con su jefe—. Manos a la obra.

*****

A Jay la cabeza le iba a estallar y a Amy el mareo continuo no la dejaba relajarse ni un segundo. Seguían entre los matorrales, un par

de veces habían escuchado lo que parecían pasos cercanos y habían dejado de respirar. No podían saber si era algún animal, pero parecían los de una persona. Amy estaba muerta de miedo y estaba sentada muy cerca de Jay, necesitaba notar su proximidad. Al final apoyó su cabeza en el brazo de él.

—¿Vas a explicarme quienes eran esos chiflados? —le preguntó Jay —. Has nombrado a un tal D.D. Y, de paso, podrías decirme qué narices es lo que escondes en la caja de seguridad de un banco. Tienes muchos secretos, pelirroja.

—Siento todo esto. —La voz de Amy era de derrota, se estaba quedando sin fuerzas y se sentía muy deprimida—. D.D. es Dan Damiani. ¿Te suena?

—¡Vaya! ¡Qué coincidencia! El inmueble donde hubo una explosión y un incendio que te mató era de esa familia ¿verdad? Creo que Damiani es el nombre de una de las familias italoestadounidenses de la mafia, junto a los Bonanno, los Colombo, los Genovese y alguna otra más… ¿Me equivoco?

—No, estás muy bien informado… supongo que D.D. quería matarme a mí y que debe ser el asesino que buscas —Amy ya no sabía que pensar, todo era posible—. No sé porqué ha matado a las otras personas, Mary me dijo sus nombres y a mí no me suenan de nada.

—¿Por qué quiere matarte a ti?

—Bueno… yo… lo he amenazado —dijo Amy sin mirar a Jay. Seguía apoyada en su hombro y prefería no mirarlo a los ojos mientras hablaba.

—¿Has amenazado al cabecilla de una familia de la mafia? ¡¿Estás loca?! —Jay negó con la cabeza, pensando que Amy era una inconsciente—. No entiendo porque no me has dicho nada de esto antes. A lo mejor podríamos haber evitado a la última mujer muerta.

—¡Joder, Jay! —Amy se apartó de él— ¿Vas a hacerme culpable también de eso?

—¡Chst! ¡Silencio! —le dijo al oído— Oigo pasos.

Los dos se quedaron en silencio y escucharon pisadas cercanas y el crujir de ramas y hojas, acompañados de un carraspeo. Eso no era un animal nocturno, era un hombre. Poco a poco se fueron perdiendo en la lejanía, hasta que dejaron de oírlos.

—Deberíamos buscar un rincón más oculto —dijo Jay—. Por suerte hay luna llena y el cielo está despejado, no estamos del todo a oscuras.

—Pero el hombre puede vernos —Amy encogió las piernas y noto que un montón de hormigas se habían colado bajo sus pantalones—. ¡Mierda, mierda!

—¿Qué pasa?

—Creo que estamos sentados encima de un hormiguero y la mitad de sus habitantes se han colado bajo mis pantalones —Amy se puso de

pie y empezó a sacudirlos.

Jay se levantó también e intentó decidir hacia dónde dirigirse. Lo mejor sería moverse hacia la parte más oscura y poblada de árboles.

—Cógete a mi camiseta y no te sueltes, sigue mis pasos —le dijo Jay a Amy y ella no dudo en hacerle caso. Estaba en sus manos y confiaba en que la sacara viva de allí. Otro tema sería lo que pudiera ocurrir después.

Caminaron lentamente durante más de media hora. Jay notó que el suelo se hacía más agreste y encontraba más piedras y zonas rocosas. Estaba desorientado, pero creía que era posible que se estuvieran dirigiendo hacia el mar. Estaba muy atento a los sonidos, intentando detectar cualquier ruido sospechoso. Llegaron a un rincón más pedregoso y abrupto y Jay empezó a dudar de que no fuera arriesgado seguir por allí. No tenían casi visibilidad y andaban perdidos. Caminaban pegados a unas grandes rocas y Jay iba tocando sus paredes con la mano. Entonces se dieron de bruces con una entrada en la roca: una cueva.

—Esto parece una cueva —le susurró a Amy— podría ser un buen lugar para pasar la noche, está muy escondido y la entrada está casi oculta por los arbustos.

—¿Y si hay un oso hibernando ahí dentro? —a Amy no le hacía ninguna gracia meterse en una cueva.

—¡Amy, estamos en verano y los osos hibernan en invierno! Y en esta zona no hay osos, están mucho más al norte.

—Pero puede haber más animales o bichos venenosos o serpientes. —Amy estaba agotada y a punto de echarse a llorar—. No quiero meterme ahí.

—Amy, escúchame… —Jay la cogió por los hombros y la miró. Solo adivinaba su rostro entre las sombras, pero pudo detectar una lágrima que brillaba en su mejilla—. Nos estamos jugando la vida, nos persiguen para matarnos… no creo que meternos en esa cueva sea peor. No sabemos cuántas personas nos pueden estar buscando, ni con qué medios cuentan. Pero si nos protegemos con las rocas no nos verán aunque lleven gafas de visión nocturna o termógrafos. Es el mejor lugar. No me separaré de ti, te lo juro. Dame la mano.

—Vale… —cedió Amy, tampoco iba a quedarse sola a la intemperie. Se agarró muy fuerte a la mano de Jay y entraron juntos en la cueva.

Olía a humedad y no tenían ninguna luz para poder echar un vistazo. Jay estaba seguro de que no iba a dormir ni un segundo, prefería estar atento a cualquier sonido extraño.

Se sentaron a pocos pasos de la entrada, no parecía una cueva muy grande, pero prefirieron no internarse a oscuras para averiguarlo. Se quedaron a un par de metros, Jay recostó la espalda en la pared lisa y

acogió a Amy bajo su brazo. Ella apoyó la cabeza en su pecho, se agarró a su cintura y pudo escuchar el latir de su corazón. Así debía sentirse un bebé cuando percibía el latido de su madre, seguro y a salvo. Ellos no lo estaban, pero al menos se tenían al uno al otro. Aunque Jay ahora la odiara.

Se quedaron en silencio recuperando el ritmo de su respiración, cansados y alterados, doloridos y estresados, todo a la vez. A Amy lo que más le dolía era el corazón. Pensar en lo que podría haber sido y que ya no sería, le lastimaba el alma. Suspiró resignada y supo que debía explicarle su historia a Jay, pero la venció al agotamiento y cerró los ojos. Fue una mala idea, ya que su situación era un buen caldo de cultivo para su recurrente pesadilla, la que la transportaba a ocho años atrás.

Otra vez se encontraba en aquel camastro atada de pies y manos; otra vez aquel hombre que se acercaba para matarla… el olor a humedad y la desesperación, las voces del exterior, los gritos de su padre. Sabía lo que venía a continuación, sabía que estaba soñando… la explosión, la huida, el terror… la soledad, la cárcel.

Jay notaba que la respiración de Amy se estaba acelerando. Se había quedado dormida cuando él iba a preguntarle de nuevo por su pasado. Durante unos minutos, pensó que solo simulaba dormir para no tener que hablar, pero estaba agotada y se había llevado un buen golpe en la cabeza. Debía estar tan dolorida como él mismo. Pero ahora parecía tener una pesadilla, se le escapaban gemidos como si estuviera llorando y las manos que rodeaban su cintura lo apretaban más fuerte, como si no quisiera dejarlo ir. Sería mejor despertarla, no quería que acabara chillando y alguien pudiera oírla.

—Amy… Amy… —el susurro en su oído no parecía hacer efecto, por lo que Jay la zarandeó un poco y vio el momento justo en que ella reaccionó—. Creo que has tenido una pesadilla.

—¡Oh, si…! Perdona, no quería despertarte —Amy empezó a respirar hondo, intentando recuperar un ritmo más calmado, Jay notó que le temblaban las manos.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Jay sabiendo que ella no era muy proclive a explicar nada, por lo que no esperaba respuesta. Pasó casi un minuto hasta que escuchó su voz, como si necesitara un momento para ordenar sus ideas, para decidir por dónde empezar.

—Perdí a mi madre justo al nacer, no llegué a conocerla —Jay la escuchó, no la interrumpiría—. Fue una cuestión de mala suerte. Su embarazo fue bien, pero mi padre y mi madre vivían en una cabaña bastante apartada, cerca de un pequeño pueblo, Jenkintown, donde solo había consulta médica pero no un hospital. Yo debería haber nacido en una clínica de Filadelfia, pero lo hice en un coche, en medio de una carretera, camino de la ciudad. Mi madre tuvo un

desprendimiento de placenta y una hemorragia que no pudo superar. Llegó muerta al hospital. Yo estaba viva y berreando y mi padre, viudo y primerizo, hizo lo que pudo. Como puedes imaginar se derrumbó y pasé mi primer año de vida con mi abuela materna, que era muy mayor y nuestro único pariente vivo y cercano.

Amy se quedó en silencio. Jay estuvo a punto de preguntar, pero lo pensó mejor y no abrió la boca, no quería interrumpirla ahora que había empezado a soltarse.

—Mi padre se culpaba de la muerte de mi madre… por vivir tan apartados de todo, por no haber previsto algo así… —Amy siguió hablando en susurros, casi para sí misma—. Quería hacerse cargo de mí, pero le era imposible en su estado. Bebía mucho, perdió su trabajo de encargado en un taller mecánico, empezó a jugarse lo poco que tenía. Al cabo de un tiempo, cuando yo ya había cumplido un año, encontró un trabajo y me tenía con él de vez en cuando. Mi abuela vivía en Jenkintown y yo pasaba algunos fines de semana con él. Aquello se convirtió en rutina hasta que mi abuela enfermó y murió, cuando yo tenía unos siete años. Recuerdo que, en aquella época, no tenía muy claro dónde estaba mi casa. Al morir mi abuela me quedé con mi padre y fuimos tirando como pudimos. Pero mi padre se había enganchado definitivamente al juego. Ludopatía combinada con ansiedad y depresión. Un polvorín. Tuvo varios empleos, hasta que se le agotaron los talleres de la zona y jugaba para poder mantenernos. Eso ocurría cuando ganaba, pero si perdía… pasé hambre alguna vez, fue… horrible.

Amy hizo otra pausa, recordar su infancia no era muy agradable, aunque los recuerdos de su padre eran ambivalentes; por un lado lo culpaba de su desgraciada infancia y por otro recordaba sus abrazos y su cariño. Incluso lo disculpaba cuando pensaba en la muerte de su madre y, de alguna manera, se sentía culpable.

—A pesar de lo que te estoy contando —Amy miró a Jay de reojo, aunque solo veía su sombra— mi padre me quería. Yo lo notaba, hablaba conmigo con cariño, se sentía culpable por no poder darme más, pero estoy segura de que me quería. Su adicción al juego fue lo que lo metió en problemas mucho más graves. Como puedes imaginar, el dinero era su mayor preocupación, incluso cuando tenía trabajo. Se lo jugaba y perdía, o se lo jugaba y ganaba. Hasta que tuvo una mala racha muy fuerte y la deuda ascendió a una cifra astronómica. Entonces yo ya tenía veinte años y aportaba en casa lo que ganaba trabajando de camarera en un bar del pueblo, donde me pagaban una miseria. Pero al menos teníamos para comer. El dueño del bar le servía copas gratis a mi padre, aunque yo le había pedido que no lo hiciera. Al enterarse de que tenía deudas de juego, le propuso que le pidiera una importante suma a un prestamista que conocía. Ese fue el

principio del fin, ahí empezaron nuestros verdaderos problemas. En aquel tiempo, yo me enteraba solo a medias de lo que pasaba. Por lo visto, el prestamista era uno de los miembros de la familia Damiani. Le dejaron dinero y mi padre se lo jugó para intentar ganar y saldar su deuda. Pero en vez de ganar volvió a perder y la deuda aumentó. Estaba pillado por la mafia y empezaron a utilizarlo para hacer trabajillos a cambio de reducir una deuda que nunca bajaba lo suficiente. Y los trabajos cada vez eran más peligrosos. Así es como pillaban a mucha gente para que hicieran lo que ellos les ordenaban. Eso nos hizo trasladarnos a Nueva York y malvivir en un suburbio. Recuerdo una vez en que le dieron una paliza delante de mí, fue horrible… tenía la cara amoratada, le rompieron un brazo... Intenté que nos alejáramos de la ciudad, que viajáramos a California o a algún lugar lejano, pero mi padre me dijo que no podía ser, que nos encontrarían. Él estaba amenazado de muerte. La mafia siempre te encuentra, siempre gana… ¿No vas a decir nada?

—Te estoy escuchando, Amy, prefiero que me sigas hablando de ti —le contestó Jay y cogió una de sus manos para darle ánimos. De momento aquel relato era muy triste y empezaba a ablandarse, aunque eso no explicaba los cargos que tenía Rebecca Tailor en su ficha policial.

—De acuerdo, tú lo has querido —Amy suspiró y recordó aquel año negro de su pasado—. Por aquel entonces, las familias mafiosas, no solo los Damiani, estaban causando demasiado alboroto, o eso me dijeron. Tiroteos, peleas callejeras, vendettas y mucho negocio sucio, ya sabes, drogas, armas… y juego ilegal. Lo del juego era a lo grande, con circulación de enormes cantidades de dinero y deudas impagables que convertían a los deudores en esclavos. El FBI debía estar investigando a fondo y tenía muchos agentes pendientes de aquellos negocios e infiltrados en las timbas de póker.

—¿Cómo sabes eso? —Jay la interrumpió por primera vez, pero al nombrar al FBI, quiso saber que había originado su patente desagrado hacia su profesión.

—Uno de tus «congéneres» contactó conmigo —Amy cerró los ojos al recordarlo—. Me dijo que era un agente especial del FBI y me pidió que consiguiera información de D.D.

—¿Sabes cómo se llamaba el agente? —Jay tenía curiosidad, por si le sonaba el nombre.

—Me dijo que su nombre era John Smith, pero nunca lo creí, supongo que se guardó su nombre real y se inventó uno de lo más común.

—¿Qué quería que hicieras? —Jay conocía los procedimientos del FBI y uno de ellos no era implicar a civiles casi adolescentes.

—Quería que tanto mi padre como yo fuéramos a hablar con D.D.,

con micros ocultos, para obtener pruebas de sus negocios sucios. No sé de qué manera, John conocía la situación de mi padre y sabía que estaba contra las cuerdas. Por un lado los Damiani lo tenían cogido por los huevos y por otro el FBI lo amenazaba con meterlo en la cárcel de por vida si no colaboraba con ellos. Y yo era su seguro. Mi padre iba a hacer lo que fuera por mí y yo por él y el imbécil del FBI lo tenía claro. En un primer momento nos negamos a colaborar, nos daba más miedo la mafia que la cárcel. Pero entonces el agente Smith nos dio una sorpresa. Creó una falsa ficha policial, la mía. Todos esos cargos que has leído de Rebecca Tailor son una absoluta mentira. El FBI los falsificó, lo creas o no. Nunca he hecho nada de lo que pone ahí y, si eres un poco listo, sabrás que te estoy diciendo la verdad —en ese momento Amy se rompió de nuevo y volvió a llorar, se sentía derrotada.

Jay la apretó más hacia él y le besó el pelo, se estaba dando cuenta de que la había juzgado demasiado deprisa, de que había creído lo peor de ella sin darle un respiro para explicarse.

Ahora se sentía fatal y no sabía cómo disculparse. Le susurró palabras al oído y la rodeó con los dos brazos, intentando consolarla.

—Lo… siento… —Amy intentaba no hacer ruido, pero en aquella cueva su voz parecía tener eco— lo siento.

—No pasa nada, Amy —Jay esperó a que continuara cuando se viera con fuerzas—. Perdóname tú por haberte juzgado sin escucharte, lo siento mucho. Lo siento…

17

Jay no quería presionarla más y la dejó llorar para que se tranquilizara. Los dos estaban desbordados. Entre las magulladuras, el accidente del coche, los disparos de aquella tarde y el exceso de adrenalina, ahora se estaban quedando sin fuerzas. Jay pensaba que Amy ya no querría hablar más, pero lo sorprendió cuando, una vez más tranquila, retomó su relato.

—El tipo del FBI le aseguró a mi padre que, si no colaboraba con él, mi ficha policial iba a quedarse tal cual y yo me pasaría unos cuantos años en la cárcel. De hecho estuve encerrada unas semanas, ya lo habrás visto, cortesía de tus amigos de la agencia.

—Eso no tiene ningún sentido, no trabajamos así —Jay estaba convencido de lo que decía—. Deberíamos averiguar quién era ese hombre. Cuando salgamos de aquí voy a pasarte todas las fotografías de los agentes hasta que lo localicemos.

—Ahora ya da igual, preferiría no tener que volver a verlo —contestó Amy y siguió son su historia—. El caso es que el juez encargado del supuesto caso había fijado una fianza y mi padre habló con Damiani para que me sacara de allí. Le prometió hacer cualquier trabajo que quisiera, a cambio de mi libertad. D.D. se ocupó de pagar, pero no estuve libre más que un par de días. Mi padre no acababa de decidirse a hacer lo que le pedían. Nunca supe qué era exactamente, pero deduje que el encargo era matar a alguien y mi padre no era un asesino. Solo era una buena persona que había tenido muy mala suerte y había sucumbido a una enfermedad, a una adicción. Estoy segura de que su negativa fue lo que lo mató.

—¿A tu padre lo mató la mafia? —Jay cada vez estaba más asombrado por aquella historia y entendía mejor a Amy y sus reticencias a dejarse conocer.

—Sí, y yo estaba allí…

—¿Dónde?

—En el local de la explosión y el incendio posterior —Amy cogió aire y lo expulsó soplando, intentando relajarse—. En cuanto salí de la cárcel, los hombres de Damiani me secuestraron. Me encerraron en aquel local, en un pequeño cuarto donde solo cabía un camastro. Tenía una ventana, pero no podía escapar porque me tenían muy vigilada, casi siempre había alguien conmigo. Llevaron a mi padre al almacén para darle instrucciones de su próximo trabajo, pero antes le enseñaron dónde me tenían prisionera para coaccionarlo. Siempre recordaré su mirada cuando me vio allí, hecha un ovillo sobre aquel colchón cochambroso. Me pidió perdón con sus lágrimas. Se lo llevaron, cerraron la puerta dejándome sola y yo me levanté y me

acerqué a ella para intentar oír algo. Escuché gritos, seguramente lo estaban torturando, aunque no entendía bien lo que decían. Y después un disparo. Antes de que me informaran, antes de verlo, supe que mi padre estaba muerto.

—¡Dios! ¡Lo siento, Amy! Siento que tuvieras que vivir algo así —Jay la abrazó más fuerte, quería consolarla y no sabía cómo hacerlo.

Aquella mujer era la más valiente que había conocido. Había tenido una existencia de mierda y había conseguido seguir adelante, hacerse una vida propia. Y ahora volvía a estar en la cuerda floja, eso era injusto.

—¿Qué ocurrió después? —le preguntó.

—Después… —Amy tragó saliva sonoramente y cerró los ojos— después me sacaron de la habitación y me arrastraron hasta llegar ante mi padre. Estaba tirado en el suelo con un disparo en la cabeza. Yo estaba en shock, solo era capaz de ver la sangre corriendo por el suelo de cemento; siempre recordaré aquellos momentos donde algo murió dentro de mí. No era capaz de reaccionar, me quedé en blanco, como si yo también hubiera muerto. Al levantar la vista, la primera persona a la que vi fue al señor John Smith, el agente del FBI y me alegré. Pensé que estaba salvada, que la policía iba a detenerlos a todos. Me imaginé una redada donde meterían a todos aquellos maleantes en la cárcel. Me quedé a la espera de su actuación, de que entraran por la puerta las fuerzas especiales y los apresaran. No pasó nada de eso, él era uno más del clan. Entonces fui consciente del papel que jugaba aquel hombre. Estaba comprado, era un corrupto, solo uno más de los componentes de aquella familia de mafiosos. Estoy segura de que él fue el causante de lo que ocurrió después, la explosión y el incendio. Allí había bastante gente, muchos se habían enterado de que John trabajaba para el FBI y alguien se fue de la lengua, eso escuché comentar a uno de mis captores. Para cerrar aquel día con el broche de oro, uno de ellos, al llevarme de vuelta a la habitación, cerró la puerta e intentó violarme. Habían pasado un par de horas desde la muerte de mi padre. Estaba hecha una mierda, pero no iba a dejar que aquello ocurriera sin luchar. No sé de donde saqué fuerzas. Mi única arma eran un par de horquillas del pelo. Cuando aquella bestia estaba encima de mi cuerpo, babeando sobre mí, arrancándome la ropa y jadeando como un perro, le clavé mis dos horquillas en un ojo. Dio resultado. El cerdo salió aullando y sangrando de la celda y creí que enseguida llegaría alguien más y me mataría. Se dejó la puerta abierta de par en par. Antes de que diera un paso al exterior, tuvo lugar la explosión. Caí al suelo por efecto de la onda expansiva y me vi arrastrada varios metros. La ventana del cuarto donde yo estaba, estalló en mil pedazos. Entonces se escuchó una segunda detonación y el humo convirtió el aire en irrespirable. Caían cascotes del techo,

algunas paredes se agrietaron y se derrumbó algún tabique. Aquel almacén estaba en una planta baja y, por suerte, a pesar de estar muy aturdida, conseguí saltar por la ventana. Miré a mi espalda y pensé en el infierno, el local entero se hizo pasto de las llamas. Pude alejarme cojeando, tenía cristales clavados en varias partes del cuerpo, arenilla en los ojos y los oídos me pitaban. Sangraba por la nariz.

—Creo que leí que murieron muchas personas allí dentro —a Jay casi le faltaba el aire, estaba impactado— tuviste suerte.

—Sí, una suerte inmensa —a Amy se le escapó una risa irónica— si se le puede llamar suerte a ver como matan a tu padre y a estar secuestrada por la mafia…

—Solo quería decir…

—Lo sé, lo sé… —lo interrumpió Amy—. Salvé la vida. Y me costó horrores rehacerla. ¿Sabes lo que significa para mí, mi pequeña empresa de siete empleados? ¿Mi casita de alquiler? ¿Mis amigos? Es todo lo que tengo, Jay. Todo. La vida que me creé, paso a paso, para ser Amy Newman y dejar atrás a Rebecca Tailor. A pesar de ello, nunca he podido dejar de mirar a mi espalda.

—¡Y no se te ocurre otra cosa que amenazar a Damiani! ¿Es cierto que tienes pruebas en una caja de seguridad de un banco?

—¡Ojalá! —Amy se echó a reír sin muchas ganas—. Ojalá… pero solo es un farol. Sé que mi padre tenía pruebas guardadas, pero nunca las encontré. Cuando me agredieron en las cabañas de Long Lake, pensé que Damiani era el causante. Aunque eso no tuviera mucho sentido tras ocho años de silencio.

—¿Te dejo en paz durante ocho años? —Jay pensó que eso tampoco era muy normal.

—Llegamos a un trato —Amy suspiró y se arrebujó contra el cuerpo de Jay—. Dio conmigo al cabo de un par de días de la explosión, él no estaba allí en aquel momento. Me dijo que me dejaría en paz si yo sabía mantener la boca cerrada. Como puedes suponer le juré que iba a cambiar de nombre y que me iría lejos a buscarme la vida en otro lugar. Que nunca más sabrían de mí. Que para él estaba muerta y que no los había conocido nunca. D.D. estuvo de acuerdo a cambio de mi silencio; de vez en cuando tenía ramalazos de compasión, el muy capullo. Supo que sus esbirros me habían hecho ver a mi padre muerto de un tiro y, por lo visto, aquello no le pareció bien. La familia era la familia. Él me consiguió mi nueva identidad y me dejó un número donde localizarlo si tenía muchas dificultades. Desde entonces no había vuelto a saber de él y ahora quiere matarme. Aunque sigue asegurando que no fue él quien ordenó que me dispararan en las cabañas del lago; que no sabe nada de eso.

—Es posible que no sea él, Amy, no tiene sentido que haya matado a seis personas más antes que a ti y me haya llamado a mi por

teléfono —Jay seguía pensando que el asesino era otro—. ¿Qué pintaría yo en esto?

—No lo sé, pero si no es él… ¿Quién quiere matarme, Jay? ¿Qué he hecho para que alguien me quiera fuera de circulación?

Jay y Amy estuvieron charlando un rato más, escuchando cualquier sonido exterior, pero no oyeron más pasos ni carraspeos, por lo que imaginaron que sus perseguidores se habían desviado en otra dirección. Se quedaron en silencio, sentados muy juntos, entendiendo que se necesitaban y no solo por las circunstancias que estaban viviendo. Amy levantó la cabeza para mirar a Jay a contraluz, veía su perfil bajo la luz de la luna que se colaba en la cueva con timidez. Él la miró a su vez y acercaron sus rostros. Necesitados. Deseando el contacto, la piel, los besos.

Sus labios se aproximaron hasta rozarse, las lenguas se enredaron en un baile atávico, buscando más, queriendo más. Amy se incorporó hasta sentarse a horcajadas sobre Jay y lo besó con premura. Se abrazaron hasta casi fundir sus cuerpos, sin palabras porque no eran necesarias.

*****

Se despertaron al amanecer, con los primeros rayos de sol que iluminaron la entrada de la cueva. Amy estaba casi totalmente estirada sobre el cuerpo de Jay. Abrió los ojos y miró a ese hombre que la volvía loca. A pesar del moretón en el ojo y el pómulo hinchado seguía pareciéndole muy atractivo. Le besó dulcemente el moretón y Jay abrió los ojos con un quejido de dolor.

—Lo siento… —Amy lo besó en los labios y se desperezó— ¿Te duele mucho? —Jay negó con la cabeza— ¡Oh! Necesito una ducha urgente. Quédate mirando hacia la salida de la cueva y no te des la vuelta bajo ningún concepto, voy un poco más al interior a dejar mi marcaje urinario como los perros, o voy a mearme encima.

—No te preocupes —Jay se rió— yo haré lo mismo fuera.

Una vez hicieron sus necesidades, Jay pensó que no podían quedarse allí. Si seguían en la cueva el FBI tampoco podría localizarlos.

—Vamos a movernos con mucho cuidado, intentaremos buscar de nuevo alguna carretera o llegar a la autopista.

—De acuerdo —Amy le dio la mano, para caminar juntos.

—¿Cómo va tu pie? —Amy todavía cojeaba un poco.

—No está mal, tranquilo, puedo andar.

Antes de dar un paso, otearon los alrededores en busca de cualquier indicio que diera señales de presencia humana. Nada les llamó la atención y Amy se dejó guiar por Jay, ella no era muy buena orientándose. Se escuchaba el trino de algunos pájaros y olía a hierba,

musgo y romero. Intentaban no hacer ruido al pisar sobre el suelo lleno de ramas y hojas secas. Por suerte había zonas donde abundaba el verde y Jay intentaba poner los pies donde no levantara chasquidos. El sol iba en ascenso cuando detectaron una pequeña casita a lo lejos.

—¿Has visto? Espero que podamos llamar por teléfono desde esa casa y que nos escondan hasta que llegue la caballería —dijo Jay—. Hay que ir con mucho cuidado, tenemos que atravesar el prado delantero y ahí no hay ni un árbol. ¿Puedes caminar rápido?

—Volaré si tengo que volar, cariño —le contestó Amy y le apretó la mano—. Lo conseguiremos, Kevins.

Antes de salir de la arboleda, un disparo rompió el silencio. Intuyeron que la bala les había pasado muy cerca y echaron a correr, zigzagueando entre los árboles y cambiando el rumbo para no exponerse a campo abierto. Otro disparo hizo saltar la corteza de un árbol que tenían a menos de medio metro. Tenían a esos tipos a su espalda otra vez y parecían ir bien armados. Amy, a pesar de ir de la mano de Jay, tropezó y cayó entre unos arbustos que resultaron ser zarzas. Jay se tiró al suelo al pasar otra bala muy cerca y escuchar las voces de dos o tres hombres. Estaban cerca.

—¡Vamos, Amy! —Jay tiró de su mano y ambos se levantaron para seguir corriendo.

Uno de sus perseguidores les gritó para que pararan o iban a matarlos. Jay se escondió tras el tronco de un árbol muy grueso, respirando agitadamente y Amy lo hizo en otro algo apartado. Se escucharon pasos muy cerca. Jay puso todos sus sentidos en alerta y supo el momento exacto en que uno de los hombres estaba justo al otro lado del árbol. Escuchaba su respiración agitada. El cañón del arma asomó antes que su dueño y Jay consiguió hacerse con él, agarrándolo con las dos manos y tirando en dirección al hombre para golpearlo en el pecho, a la vez que modificaba la dirección y apuntaba hacia arriba. Con esa maniobra consiguió arrebatarle el arma y darle un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó noqueado.

Entonces oyó chillar a Amy y su corazón casi se paró. Al mirar en su dirección, *voz cascada*, como Amy lo había bautizado, la tenía agarrada por la cintura y apuntaba con una pistola en su cabeza.

—¡Suelta el arma o la mato! —Jay tiró su arma al suelo y levantó las manos en alto, no iba a arriesgar la vida de Amy.

No sabía si aparte de aquellos dos matones alguien más los había acompañado, pero Jay escuchó algo. Parecían voces susurrantes… no hizo falta pensar más. Habían llegado sus compañeros.

—¡Suelten las armas! Están rodeados —la voz era potente y Jay la reconoció al instante. Era Walter. Nunca se había alegrado tanto de oír su voz—. ¡FBI! ¡Suelten las armas!

El hombre que tenía retenida a Amy seguía apuntando con su arma

en la cabeza, pero su expresión era de pánico. No tenía escapatoria.

—Te aconsejo que les hagas caso, no dudaran ni un segundo en apretar el gatillo —le dijo Jay mientras veía acercarse a un grupo de, al menos, diez hombres—. Tú decides si quieres ir a la cárcel o a un cementerio.

Debió resultar convincente, ya que el hombre bajó el arma, la tiró al suelo y levantó las manos.

El grupo de rescate de rehenes llegó hasta ellos, unos cuantos eran del FBI y los acompañaban agentes de la policía local. Walter iba en cabeza, seguido de Owen y Mary.

—Tenéis un aspecto espantoso, chicos —les dijo Walter— pero me alegro de veros.

—Nosotros nos alegramos más, te lo aseguro —contestó Jay, que lo único que pudo hacer fue abrazar a Amy. Casi no lo cuentan.

—Tenemos que andar un poco hasta la carretera, allí nos esperan los coches y una ambulancia —les dijo Owen.

Todos empezaron a caminar tras los agentes, que encabezaban la comitiva. Llevaban a aquellos dos hombres esposados y Jay, que no soltaba a Amy, se acercó a Walter para preguntar.

—¿Cómo nos habéis localizado?

—No ha sido fácil —contestó Walter— hemos rastreado el teléfono de Damiani, un jefe de la mafia al que Amy había estado llamando. Al principio no quería colaborar, pero con las amenazas que hemos utilizado, nos ha indicado donde estuvisteis retenidos ayer. A partir de ahí con drones y detectores termográficos que, por cierto, no han funcionado en toda la noche.

—Hemos pasado la noche en una cueva.

—Lo hemos imaginado, por eso los drones han estado vigilando desde las alturas y os han detectado cuando habéis salido esta mañana. Entonces nos hemos puesto en marcha, pero ya estábamos cerca.

—Tenemos que explicaros muchas cosas —Jay apretó la mano de Amy para darle ánimos—. La ficha policial de Rebecca es falsa. La fabricó un agente corrupto del FBI hace ocho años. Amy lo conoció entonces, pero suponemos que su nombre, John Smith, es falso.

—Me alegro, Amy —dijo Mary, que había permanecido callada—. Me caes bien y no suelo equivocarme en mis percepciones.

—Gracias, Mary —Amy estaba mareada, necesitaba descansar, ducharse, comer, besar a Jay… no necesariamente en ese orden—. ¿Falta mucho para llegar?

—Ya estamos muy cerca —contestó Walter y le sonrió.

—¿Qué vais a hacer con estos dos? —preguntó Jay, aunque sabía la respuesta.

—Los vamos a interrogar hasta que se desmayen de agotamiento;

te aseguro que tiraremos del hilo y va a haber muchas detenciones. A este par ya les van a caer los cargos de secuestro e intento de homicidio, o sea que van a cantar lo que haga falta por conseguir una reducción de la pena. Tenemos un filón. Aunque Damiani ya esté sobre aviso, salvará lo que pueda, pero tiene claro que vamos a por sus negocios sucios y sus subalternos. Y a obtener pruebas contra él.

—Bien… ahora me gustaría averiguar quién cojones es John Smith y encontrarlo para hacerle una cara nueva.

—Me encanta cuando dices esas cosas —Amy se rió a pesar de las circunstancias— ¡Pareces un macho alfa golpeándose el pecho con los puños como un gorila! Estás muy gracioso.

Jay la miró con el ceño fruncido y acabó riendo con ella al ver que le estaba tomando el pelo. ¡Joder! ¡Estaban vivos y podían reír a carcajadas!

A pesar de haber recuperado el humor y de las buenas intenciones de Jay, Amy estaba preocupada. Sabía que su pasado ya estaba al descubierto y que tendría que contestar muchas preguntas. Lo haría. Tenía claro que debía colaborar. Su mala experiencia con la policía tuvo lugar por haber topado con uno comprado que le destrozó la vida. Jay y Walter no eran así. Pero eso no quitaba que quisieran investigar a partir de sus recuerdos. La mafia seguía dirigiendo «La Comisión» y no iban a quedarse de brazos cruzados mientras detenían a sus hombres, con el consiguiente peligro de hablar de más e ir delatándose unos a otros. Y ella estaba en medio y sabía demasiado. Jay ya se había enterado de que, en realidad, no tenía en su poder pruebas contra los delitos de la mafia, ni documentos escondidos en una caja de seguridad. Pero estaba segura de que Damiani no la creía. Tendría que convencerlo de alguna manera.

Jay, por su parte, seguía pensando en su asesino; no encajaba con la persecución de Amy por parte de la mafia. Algo se le escapaba y no era capaz de verlo. Quizá cuando hubiera dormido lo suficiente su mente fuera capaz de desvelarle lo que no conseguía ver en ese momento.

Llegaron hasta los coches y se negaron a subir en la ambulancia, solo estaban magullados, pero no tenían nada grave y no querían ir al hospital. A pesar de ello les limpiaron algunas heridas y rasguños y les dieron una pomada antiinflamatoria para los hematomas. En el viaje de vuelta a Portland, se durmieron uno junto al otro con las manos entrelazadas.

18

—… y entonces, tras la explosión y el incendio, Rebecca saltó por la ventana y huyó para salvar la vida —Jay acababa de explicar a sus compañeros la historia de Amy.

—¡Uau! —Walter lo miraba concentrado, pensando en los cabos sueltos que debían investigar— Hay algo que… ese tal John Smith podría seguir en activo.

—Ya lo he pensado, deberíamos mostrarle a Amy las imágenes de todos los agentes activos de hace ocho años para intentar identificarlo —contestó Jay— y para eso debemos pedir permiso, ya lo sabes. No es lo mismo que sean policías que delincuentes.

—Yo se lo pediré a Ron y tú podrías hablar con el fiscal del distrito de Nueva York, para eliminar los cargos de la ficha policial de Rebecca Tailor y dejarla sin antecedentes. Amy se merece recuperar su verdadera identidad —Walter hizo una mueca al pensar en la pelirroja, la pobre lo había pasado muy mal.

—No va a ser fácil, pero lo conseguiré —Jay se pasó la mano por el hematoma del pómulo e hizo un gesto de dolor, le seguía molestando — aunque mucho me parece que no quiere oír ese nombre ni en pintura y se va a quedar con el de Amy Newman.

Sonó el móvil de Jay, era Mary que se había quedado de vigilancia en casa de Amy. Aún no podían bajar la guardia, mientras seguían deteniendo a personas implicadas con el grupo mafioso. No tenían pruebas de que alguno de ellos fuera el asesino que buscaban. Al menos, de momento, Jay no había recibido más llamadas del asesino. Había querido ir al piso franco para poner en antecedentes a sus compañeros, pero estaba deseando volver a casa de Amy para estar con ella y asegurarse de que se encontraba bien.

—Mary ¿Todo bien?

—Hola, Kevins, todo bien —contestó Mary— solo te llamo para saber a qué hora me vas a sustituir, tu chica ha dormido unas cuantas horas y me ha confesado que está deseando que vengas.

Jay sonrió sin poder evitarlo y escuchó la voz de Amy de fondo, riñendo a Mary y gritando que eso no era cierto. Jay había preferido hacer unas cuantas gestiones primero, para informar de todo lo que sabía y poder adelantar las investigaciones todo lo posible. Pero, lo cierto, es que estaba deseando pasar la noche con Amy en su casa.

—Dile a Amy que se ponga, por favor —Jay seguía sonriendo y Walter lo miraba un poco alucinado, nunca había visto a su amigo tan pillado por alguien. Siempre había sido más de rollos de una noche.

—Hola, Jay —la voz de Amy sonaba animada— no le hagas caso a Mary, es una exagerada. Solo he hecho un comentario tonto y lo ha

malinterpretado.

—No tardaré, preciosa —Jay se apartó de sus compañeros y se metió en el baño para hablar en privado, sus amigos no perdían detalle y no le gustaba sentirse observado—. Estoy agotado, pero voy a mantenerme despierto para quitarte la ropa en cuanto llegue a tu casa ¿Te parece bien?

—Me parece genial, pero que sepas que Mary ha puesto el manos libres y se está partiendo el culo —Jay escuchó reír a carcajadas a las dos mujeres. Se notaba que se caían bien y él se alegraba de ello, pero juntas podían ser peligrosas—. Aquí te espero.

—No me esperes levantada si se hace tarde, yo te despertaré cuando llegue —volvió a escuchar sus risas y se despidieron.

*****

Se hizo bastante tarde y Amy estaba sentada en el sofá junto a Mary mirando capítulos de una serie policíaca. Bostezó y estiró la espalda levantando los brazos sobre su cabeza.

—Sigo estando hecha polvo a pesar de haber dormido durante el día —le dijo a Mary— creo que voy a darme una ducha rápida y a estirarme un rato.

—Como quieras. —Mary le guiñó un ojo—. Ya sabes que Jay ha prometido despertarte.

Amy se levantó del sofá y se dirigió riendo a su habitación. Ginger estaba hecha un ovillo sobre la cama. La gata la había recibido con muchos ronroneos y mimos, como si la hubiera echado de menos, aunque Mary se había encargado de que no le faltara agua y comida.

Abrió un cajón de la cómoda, rebuscó un poco y sacó un escueto camisón de raso de color negro y unas braguitas a juego. Si Jay quería desnudarla, cuando llegara, no iba a tener mucho trabajo. Bostezó de nuevo y se metió en el baño. Como era Mary quien estaba fuera, ni siquiera cerró la puerta, así se sentía mejor. Encendió la luz y se miró al espejo, acercando su rostro para ver con nitidez los arañazos de las zarzas que adornaban su cuello y su escote. En uno de sus brazos tenía un buen hematoma, producto de la vuelta de campana en su huida con el coche de los secuestradores.

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en aquellos tipos y el corazón se le aceleró de repente. Se puso en alerta, pero su intuición le decía que no era por los recuerdos. Otra vez aquel olor a almendras, como si alguien estuviera tras la puerta abierta del baño. Un sexto sentido la avisaba de que algo no iba bien y no estaba por la labor de despreciar su olfato a esas alturas. A pesar de ello, negó con la cabeza y quiso pensar que solo eran imaginaciones suyas. Seguramente pasaría un tiempo hasta que recuperara la tranquilidad, llevaba demasiados nervios acumulados y eso la volvía desconfiada. Pero ese

olor… se estaba sugestionando, no le extrañaría acabar en la consulta de un psiquiatra.

Eso estaba cavilando cuando un hombre cerró la puerta desde dentro y se descubrió ante ella. Se acercó de un salto para taparle la boca con fuerza. A Amy no le dio tiempo a gritar, no pudo reaccionar de ninguna manera. Abrió mucho los ojos y se quedó inmóvil. Estaba paralizada porque recordaba aquel rostro. Habían pasado ocho años, pero lo hubiera reconocido en cualquier parte: John Smith, o como quisiera que se llamara. El agente corrupto del FBI estaba en el baño de su casa, le tapaba la boca con su enorme mano y le apuntaba con una pistola en la cabeza. Ya había vivido antes esa situación. Estaba en las cabañas cuando aquel tipo la atacó, el mismo que ahora repetía la historia. Había vuelto para acabar lo que había empezado. Quiso gritar, pero la mano le tapaba la boca y la nariz hasta casi ahogarla. Y el arma apuntando a su cabeza era un buen disuasorio.

—No se te ocurra gritar o te mato —le susurró en el oído— sabes que no estoy bromeando. Tu amiga está muy entretenida mirando la televisión. Vamos a salir sin hacer ruido y entraremos en la cocina para salir por la puerta trasera. Ni respires ¿me oyes?

Amy asintió con la cabeza sin emitir ningún sonido. Estaba literalmente aterrada. John cerró la luz del baño y, paso a paso, salieron de allí y se dirigieron a la cocina. Caminaron observando la espalda de Mary, que en ese momento trasteaba en su móvil muy distraída. Amy tuvo la tentación de chillar, o hacer algún ruido que alterara a Mary, pero pensó que el arma, cuyo cañón tenía hundido en el cuello, se dispararía en un segundo y después podía matar también a Mary. Era demasiado arriesgado, quizá tuviera otra ocasión para escapar una vez en la calle. Ya estaban en el interior de la cocina. John ajustó la puerta que daba al comedor y se dirigió, con ella pegada a su cuerpo, a la puerta de la salida trasera que daba al exterior.

John había tenido trabajo para desconectar la alarma. Pero era un sistema que conocía. Era el que usaba el FBI para casos como aquel, en que era necesaria la protección extrema de una persona amenazada. También sabía cómo desactivarla, igual que había hecho con la cámara de la calle donde había dejado aparcado su coche.

—Ahora vas a subir al coche —le dijo a Amy en voz baja, mientras controlaba la puerta de la casa— sin abrir la boca ¿entendido?

Amy asintió, pero no pudo evitar hablar, aunque sin levantar la voz.

—¿Por qué no me has matado ya? —le preguntó a su captor.

—No tengas prisa, pelirroja, tenemos muchas cosas de las que hablar y primero quiero tener a Kevins a mis pies. —Mientras le contestaba, sacó unas esposas de su bolsillo trasero y le apresó las

muñecas a la espalda—. Creo que vas a ser una buena trampa para que venga a buscarte y nos veamos cara a cara. Así podréis morir juntos. ¿No te parece un final romántico?

—¡Vete a la mierda! —Amy no sabía de dónde le nacía el valor para hablarle así a un criminal, debía haberse vuelto loca del todo, pero pensó que de perdidos al río—. Eres un asesino y no mereces vivir, alguien acabará contigo en algún momento.

—¡Cállate! —John no gritó, pero Amy notó lo mal que le habían sentado sus palabras, seguro que la quería temblorosa y aterrada. Que lo estaba, pero intentaría disimularlo.

Su captor la empujó al interior del coche, haciendo que se sentara en el asiento del copiloto. Le ató el cinturón de seguridad, algo que a Amy le pareció un acto estéril, si su intención era matarla. Aunque, por lo visto, primero iba a servir de cebo. Otra vez. Había pasado de ser la trampa para un homicida a convertirse en la trampa para el hombre del que se había enamorado.

Ese pensamiento la sorprendió y le hizo soltar un gemido. Vaya momento más oportuno para hacerse consciente de sus sentimientos. El coche ya estaba en marcha y se alejaba, transitando por los callejones más estrechos, hasta salir a una carretera en dirección a la autopista. Se había enamorado en el peor momento, cuando pensaba que nunca iba a sentir nada parecido por ningún hombre y cuando su vida pendía de un hilo. La mala suerte parecía perseguirla, eso era un hecho. No tenía ni idea de si le quedaban minutos, horas o días de vida, pero no sería mucho más. Por una vez que daba con un hombre que podía hacerla feliz, aquel malhechor sin escrúpulos iba a matarla primero. Lo cierto es que estaba temblando y no era de frío. El miedo le corría por las venas más rápido que la sangre y la tensión le hacía chirriar las muelas. Tenía que intentar relajarse de alguna manera y pensar. Sobre todo, pensar. Si seguía así iba a fracturarse la mandíbula de tanto apretar la dentadura.

*****

Jay seguía en el piso franco y contrastaba datos e informaciones junto a Walter. Les iba llegando con cuentagotas, a medida que se iban efectuando más detenciones del grupo mafioso. Por lo visto algunos habían cantado de lo lindo al verse detenidos y la operación estaba teniendo un éxito que iba en aumento.

—Creo que no han detenido al asesino, no lo veo claro —Jay miró a Walter consternado—. Me gustaría darle una buena noticia a Amy, pero voy a tener que seguir con su protección.

—Creo que eso no te molesta mucho ¿eh? —Se rió Walter— siempre hacemos turnos y, en este caso, ya te has agenciado la noche. Pero tienes razón, no hemos detenido al asesino, ninguno de los

arrestados cuadra. Estamos verificando los viajes de muchos de ellos en las últimas semanas y la mayoría no se han movido de aquí, no pueden haber matado a las anteriores víctimas.

Jay miró la hora en su móvil y vio que eran casi las once de la noche. Iba a dejarlo ya para ir a sustituir a Mary, cuando ella fue la que llamó. Jay tuvo un mal presentimiento, aunque intentó no hacerle caso y contestó la llamada, respirando hondo.

—Hola, Mary, dile a Amy que ahora voy… —no le dio tiempo a decir más.

—¡Jay! ¡Amy no está en la casa! —Mary parecía a punto de echarse a llorar— ¡Ha desaparecido!

—¡¿Cómo que ha desaparecido?! —a Jay se le paró el corazón otra vez, o esa fue la impresión que tuvo, la de que iba a acabar en el hospital por un paro cardiaco.

—No está en la casa y la alarma estaba desactivada, no ha sonado. Me ha parecido que llevaba mucho rato en el baño y me he acercado a ver si seguía allí o en su habitación. No estaba. He revisado toda la casa. Debe haber salido por la puerta de la cocina, yo tenía a la vista la puerta principal y por allí no ha salido.

—Pide las imágenes de las cámaras de seguridad de la calle y… — Jay, en realidad no sabía qué hacer— Voy para allá.

—¿Qué ocurre? —Walter y Owen lo miraban preocupados.

—Amy ha desaparecido y te aseguro que no se ha ido ella sola de casa sin avisar —de eso Jay estaba seguro—. La han secuestrado. Hay que dar la alerta para controlar carreteras, trenes y los vuelos de salida de Maine. ¡Rápido!

Mientras Walter y Owen hacían las gestiones para poner en marcha el operativo de control y daban el aviso a la central del FBI y a la policía local, Jay salió escopeteado hacia la casa de Amy. Cómo si llegar lo antes posible fuera a cambiar la situación en algo. Cómo si sirviera que él corriera para llegar junto a ella, cuando en realidad no sabía dónde estaba. Pero no podía hacer otra cosa.

*****

En cuanto Jay llegó a la casa de Amy, Mary lo esperaba pegada a su ordenador. Estaba muy nerviosa y se sentía muy culpable, su cara era un poema. Amy había desaparecido estando bajo su custodia y eso la carcomía por dentro. Más aún al ver el rostro demacrado de Jay y su desasosiego. El pobre estaba saturado y su cara reflejaba cansancio y agobio.

—Lo siento mucho, Jay —Mary estaba a punto de echarse a llorar — la alarma estaba puesta y yo no pensé…

—Ahora debes concentrarte en lo que podemos hacer, no sirve de nada lamentarse —al ver la cara de Mary, Jay suavizó sus palabras—.

No es culpa tuya, Mary. Sabes que este tipo de alarma no la desactiva cualquiera.

—Eso es cierto; debemos buscar, de alguna manera, al tipo del FBI que intervino en la historia de Rebecca hace ocho años. Tiene que ser él, de nuevo —dijo Mary.

—Es lo mismo que pienso yo, pero mirar sus rostros no nos va a decir nada. Podemos buscar los agentes de nombre John Smith, pero seguro que es un nombre falso —Jay se quedó pensando—. Entonces Rebecca vivía en un suburbio de Nueva York, J.S. debería constar en los archivos de los agentes de la ciudad de esa época.

—Deberíamos haber puesto a Amy a mirar esas fotos enseguida —dijo Mary pinzándose el puente de la nariz con los dedos.

—Sí… pero eso ahora no tiene remedio —Jay se pasó una mano por el pelo despeinado— busca las fotos de todas formas, vamos a echarles un vistazo. Yo mismo estaba entonces ya en Nueva York.

—Ese puede ser el punto de conexión entre el asesino, tú y Amy. Lo conoces porque trabajaste con él y, por alguna razón que no recuerdas, te creaste un enemigo. Y, como era un agente corrupto metido en la mafia, quiere matar a Amy… por algún motivo. Quizá para que no lo reconozca y lo delate.

—Eso no tiene mucha lógica, Mary ¿Por qué ha tardado ocho años? —a Jay aquella teoría no le acababa de cuadrar, aunque pensaba que se estaban acercando—. Amy me dijo que era posible que él fuera el causante de la explosión y el incendio de entonces. Si él se salvó… hubiera perseguido a Rebecca entonces ¿no?

—Es posible que no la haya encontrado hasta ahora.

—¿Y las otras muertes?

—Esas creo que empiezan a encajar —dijo Mary— me ha llegado más información; ya han detectado la conexión de tres de ellas con la mafia. Tenían deudas, como el padre de Amy. Eran personas que, en algún momento, habían estado trabajando para los Damiani.

—Si se ha llevado a Amy… ¿Por qué no la ha matado directamente en vez de secuestrarla?

—Si es un secuestro, pronto nos enteraremos de lo que quiere.

En ese momento sonó el móvil de Jay. Al mirar la pantalla le temblaron las manos y se lo enseñó a Mary: «desconocido».

—Es él.

19

—Bueno, Rebecca… —John le habló y la miró de reojo mientras conducía— ahora sí que vas a decirme dónde están las pruebas que tenía tu padre de los negocios de Damiani. Me lo dirás a mí y yo me ocuparé de destruirlas. Es la única manera de que salves el pellejo.

Amy sabía que eso era un farol como una casa, acabaría muerta igual si tuviera pruebas que entregarle. Por ello, optó por hacer ver que existían, para ganar tiempo.

—Te lo diré si dejas en paz a Jay —contestó. A lo mejor se estaba metiendo en un lío mayor.

—¡Qué graciosa eres! —J.S. soltó una carcajada— Kevins me interesa tanto o más que tú. Y puedo sacarte la información cuando quiera, imagina todo lo que puedo hacerte para que hables.

—No entiendo porqué te interesa Jay… ¿Lo conoces? —Amy evitó imaginar las torturas a las que podía condenarla, no quería ponerse aún más nerviosa.

John no contestó a la pregunta y Amy estaba demasiado nerviosa para tener una charla con un asesino. Le estaban entrando ganas de vomitar lo poco que había cenado y un sudor frío le recorría la espalda, a pesar del calor de una noche veraniega, que debería estar disfrutando de cualquier otra forma. Cuando creía que John ya no contestaría la sorprendió. Si pensaba matarlos no tenía mucho sentido ocultar sus motivos. Ya era tarde para eso.

—Lo conozco muy bien —J.S. volvió a reír con desgana— un agente de lo más honrado. No es de los que siguen las normas al pie de la letra y se pelea con sus superiores si hace falta, no le van los protocolos, pero nunca cruza las líneas rojas; defiende a sus amigos… un dechado de virtudes. Pero tiene un gran defecto… cuando investiga algo y quiere llegar hasta el final, no hay quien lo detenga. Es como un depredador que ha cazado a su presa: no la suelta, la custodia defendiéndose con uñas y dientes.

—Eso no me parece un defecto en su trabajo… —Amy lo dijo con la boca pequeña, su captor conducía y no quería alterarlo.

—Te aseguro que lo es… eso es, justamente, lo que nos ha metido a todos en este lío. No espero que lo entiendas, aunque eso va a jugar ahora a mi favor, quiere llegar hasta mí y lo voy a atraer hacia ti. La cuestión está en convencerlo de que debe venir él solito. Si no lo hace, te mataré y seguro que nuestro Romeo no quiere eso ¿verdad?

—Vas a hacerlo de todas formas ¿no? —Amy estaba aterrada, pero retenía las lágrimas a base de pura cabezonería, no iba a darle el gusto de verla llorar y no pudo resistirse a provocarlo—. Ya lo intentaste en

las cabañas de Long Lake ¿Te dolió mucho el golpe en la cabeza con la lámpara? Lástima que no te veía bien y no pude darte más fuerte.

—No te hagas la graciosa, si no hubiera tenido la mala suerte de encontrar a otra mujer que se llamaba igual que tú, estarías muerta desde hace muchos días.

—Esa mujer no había hecho nada, igual que yo. ¡Deja a Jay fuera de esto!

—Ni hablar —estaban en la autopista y J.S. desvió el coche entrando en una zona de descanso y frenando cerca de una arboleda.

Estaba bastante oscuro, no era una zona muy iluminada. Amy pensó que su corazón debía oírse incluso fuera del coche, ella lo escuchaba dentro de su cabeza, donde retumbaban los latidos desbocados que hacían correr veloz la sangre por todo su cuerpo. Los cristales de las ventanas estaban bajados y la brisa nocturna se colaba en el interior, pero Amy sudaba como si fuera mediodía y le estuviera quemando el sol.

—Vamos a llamar a Kevins, seguro que ya le hemos dado tiempo para ponerse lo suficientemente nervioso —John sacó un móvil desechable de la guantera y marcó un número. Enseguida contestaron.

—¿Dónde está Amy? —la voz grave de Jay era de total ansiedad.

—¡Tranquilo, Kevins! Sé que estáis intentando localizar esta llamada y grabándola —Jay escuchaba la voz metalizada, sin poder identificarla—. Tengo a Rebecca conmigo y quiero que vengas a buscarla. Tú solo.

—Quiero saber que está bien, pásame con ella ahora mismo —exigió Jay—. No voy a dar ni un solo paso si no me demuestras que está viva.

John le acercó el teléfono a Amy a la cara y con la otra mano le dio un fuerte bofetón en la mejilla, eso hizo que ella soltara un chillido.

—¡Jay! —Amy gritó su nombre— ¡No vengas solo!

No le dio tiempo a decir más. John volvió a hablar con Jay.

—Volveré a llamarte dentro de una hora y te daré la ubicación donde debemos encontrarnos. Te aseguro que, si no vienes solo o me parece que hay cualquier amenaza en mi contra, lo primero que haré será matar a Rebecca. Estás avisado y deberías saber que hablo en serio.

—Sé más de lo que crees. Eres un agente del FBI y una vergüenza para la agencia.

—¡Qué sabrás tú! —John volvió a reír antes de colgar, pero no supo como él sabía aquel dato y se puso un poco nervioso. Todo se solucionaría cuando Kevins también estuviera muerto.

*****

—Supongo que no ha dado tiempo a localizar la llamada ¿no? —

preguntó Jay.

—No; además creo que tiene una protección especial en sus móviles para evitarlo —contestó Walter.

Sus amigos habían ido a casa de Amy; estaban allí Walter, Owen y Mary y mantenían el contacto continuo con las oficinas de Portland, Nueva York, Filadelfia y algunas más. Todos estaban alerta y el cerco se iba estrechando. Aunque seguían sin identificar al asesino. No tenían tiempo suficiente y lo más urgente era preparar un operativo para cuando volviera a llamar y le dijera el lugar donde encontrarse. Jay recibió una llamada de Ron.

—Jay, ni se te ocurra decirme que vas a ir tú solo, sabes que no voy a tolerarlo. Tengo a varios hombres centrados en los federales de Nueva York de hace ocho años, lo conseguiremos en algún momento.

—Seguro que es del FBI, Ron, se conoce todos nuestros trucos y la manera en que trabajamos en estos casos. Ha sido capaz de desactivar una de nuestras alarmas —contestó Jay.

—Por eso, precisamente, debería saber que no tiene nada que hacer contra la agencia. Él solo no va a poder llevarse a dos personas y puede imaginar que estamos preparando un operativo de urgencia. Sabe que utilizaremos drones y que habrá francotiradores. He hablado con los de la Unidad de Análisis de Conducta y creen que si ha trabajado en el FBI y sabe cómo actuamos, puede tratarse de un suicidio por su parte. No es lógico que se arriesgue tanto. O está desesperado o es un suicida.

—No me lo creo, además eso no excluye que Amy acabe muerta, es lo que más me preocupa —Jay sabía que no conseguiría frenarlos y lo entendía, pero si perdía a Amy…

—Lo entiendo, pero no puedes hacer esto solo y lo sabes. ¡Te lo prohíbo! —Ron iba a ser implacable con eso y Jay lo sabía— ni lo intentes, Kevins.

Cuando colgó el teléfono, Mary abrió el televisor y buscó el canal de noticias.

—Me acaban de informar de que los medios ya se han enterado de las detenciones de los mafiosos de la familia Damiani, por lo visto está saliendo ahora en las noticias —Mary empezó a pasar canales en busca de las imágenes—. Por cierto, nadie sabe donde está ahora D.D., por lo visto ha desaparecido del mapa, se ha convertido en el hombre más buscado.

Jay miraba distraídamente la pantalla mientras daba vueltas a su móvil entre las manos. Una imagen llamó su atención en el zapping de Mary, que seguía buscando el canal.

—¡Espera, espera! —Jay se levantó con el corazón en un puño, tenía un pálpito muy fuerte—. ¡Vuelve atrás! ¡Rápido!

Mary lo miró sin entender que buscaba, pero algo en la expresión

de Jay le dijo que era mejor no hacer preguntas. Volvió a pulsar el mando volviendo a los canales que acababa de pasar, algo más lentamente.

—¡Ahí! ¡Para! —todos se quedaron escuchando las palabras de un hombre entrajado, parecía un político que hablaba en un mitin. Eran imágenes del día anterior. Tras él se veían las siglas de su partido. Pronto empezaban las primarias y, por lo que ponía en los rótulos, aquel hombre se presentaba a senador del estado de Maine, por el partido republicano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Walter—. Esto no son las detenciones. Es un mitin.

—Conozco a ese hombre… ¡No puedo creerlo! Miradlo bien ¿No lo reconocéis? —Jay abrió mucho los ojos, acababa de quedarse sin palabras—. Tenemos que avisar a Ron.

*****

—Si vas a acabar matándome de todas formas, podrías contestarme ¿no? —preguntó Amy, que aún no sabía de donde estaba sacando la serenidad para hablar con aquel demente.

—¿Qué quieres saber, entrometida? —John había vuelto a la autopista y conducía sin prisa.

—Has matado a siete personas ¿Por qué? —Amy lo miraba de reojo, calibrando sus reacciones.

John se quedó en silencio, no se veía en la obligación de contestarle, pero pensó que tampoco tenía nada que perder, ella iba a morir de todos modos.

—Todas estaban relacionadas con los Damiani y me conocían. Tenían deudas de juego o habían sido colaboradores en algún momento, casi siempre a la fuerza, como tu padre. No es algo fácil de averiguar, la mafia sabe borrar muy bien sus huellas, por eso los policías van tan perdidos. Pero existía la posibilidad de que reconocieran mi cara y eso no me conviene, tenía que eliminar a los posibles testigos de mi relación con la mafia. Lo mismo que me ocurre contigo.

—¡No lo entiendo! —Amy estaba desesperada— ¡Llevo ocho malditos años en silencio! Yo solo quería hacer mi vida y olvidarme de la Rebecca que fui y lo que le tocó vivir. Nunca hubiera abierto la boca, no me convenía.

—Pero podrías haberme reconocido y yo ahora llevo otra vida también, soy alguien importante.

—¿Te han ascendido en el FBI? ¿O sigues trabajando para ellos? ¿Es eso?

—Conseguí alejarme de la mafia, pero parece que nunca existe suficiente distancia con ellos.

—No me das ninguna pena, están deteniendo a un montón de gente, seguro que muchos te conocen y pueden hablar de ti —Amy habló sin pensar, no sabía si John tenía esa información. Por la cara de sorpresa que puso, parecía que no se había enterado todavía de los arrestos que se estaban llevando a cabo.

—¿De qué estás hablando? —rugió.

—Bueno… eso me ha parecido escuchar en la televisión, igual no lo he entendido bien —Amy se hizo la loca, no era prudente provocarlo más.

Se quedaron en silencio, John apretando las muelas con fuerza, aquello era algo inesperado, aunque igual era una mentira inventada por Rebecca para ponerlo nervioso. Cogió una curva a demasiada velocidad y Amy notó que algo caía en su asiento y se colaba a su espalda, entre su cuerpo y el respaldo. Era el móvil que John había utilizado para llamar a Jay.

Amy llevaba las manos esposadas a la espalda y pudo coger el móvil. Pero no tenía visibilidad. Si pudiera llamar a Jay y dejar la llamada en línea, podrían localizarla antes de que John volviera a usarlo. Si podía apartarlo en dirección a su puerta, a lo mejor conseguía abrirlo y hacer una rellamada. Era un aparato desechable con teclas, no un Smartphone. Pondría en ello todos sus esfuerzos, total no perdía nada por intentarlo.

Removió su trasero y la punta de sus dedos hasta colocarlo a su derecha, boca arriba, sin dejar de observar a su captor, que por suerte se había quedado pensativo y no estaba pendiente de ella mientras conducía.

—¿No puedes poner algo de música? A cualquier persona que va a morir se le concede un último deseo ¿no? —le dijo Amy con la esperanza de que un poco de ruido la ayudara a no ser descubierta. Cruzó las piernas para que John no pudiera ver el teléfono y se arrinconó contra la puerta todo lo que pudo.

John no contestó pero, casi sin mirar, acercó la mano a la pantalla táctil de la radio y la puso en marcha. Una música de rock melódico invadió la estancia. Sonaba *Patience* de *Guns N'Roses*. A Amy le encantaba esa canción y le pareció irónico que Axl Rose le pidiera paciencia, esa capacidad de soportar algo sin alterarse que ahora estaba tan lejos de su alcance.

John bajó el volumen, seguía pensativo, como si estuviera elucubrando alguna idea maquiavélica.

Amy se concentró en el móvil, mientras pensaba en las preguntas que iba a hacerle para que siguiera hablando. Estaba en la cuerda floja, pero se había quedado sin opciones. Tenía que arriesgarse, iba a morir de todas formas, así que al menos lo haría peleando.

20

Amy consiguió clicar la tecla de rellamada. Había logrado bajar el volumen para que no se escuchara ningún pitido que alertara a John y en ese momento se suponía que, si había acertado, estaba llamando de nuevo a Jay. La música estaba demasiado baja como para que John no escuchara la voz de Jay al contestar, por lo que decidió tener un arranque de tos que ocultara el sonido.

Se puso a toser como si se estuviera ahogando y pudo adivinar la voz lejana de Jay diciendo «¿Hola?». Después, por suerte, se quedó en silencio.

—¿Qué mierda te pasa ahora? —preguntó John de malos modos.

—Hace días que no me encuentro muy bien, estoy acatarrada y me pica el cuello —contestó Amy con un volumen alto de voz para que Jay entendiera que no hablaban con él y se quedara escuchando —. Ya estoy mejor. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Estás muy habladora hoy, para ir a morirte en un rato.

—Perdona, no voy a morirme, vas a matarme… —Amy quería hacerlo hablar, si Jay seguía escuchando, seguro que estaban grabando la conversación—. ¿Por qué has escogido a Jay para meterlo en tu locura de asesinatos? ¿Por qué lo llamabas antes de matar a la siguiente víctima? Ya me has dicho que todos tenían deudas con la mafia, pero ¿Por qué Jay? ¿De qué lo conoces?

—Tienes muchas ganas de hacer preguntas ¿Es que quieres distraerme? —John miraba, achicando los ojos, hacia adelante— creo que están efectuando un control, vamos a dar la vuelta.

John llegó hasta una salida de la autopista. Unos cientos de metros más adelante, los coches estaban casi parados y se veían las luces de un coche de policía. Miraban el interior de los autos y los dejaban seguir circulando. Estaba claro que buscaban a alguien. John siguió conduciendo por la salida hasta poder desviarse hacia la Ruta Estatal 202.

—Solo me gustaría saber la verdad, nada más —Amy quería que hablara, pero parecía muy concentrado en la carretera. Estaba vigilando el entorno.

—Conozco a Jay desde hace muchos años, una vez fuimos compañeros —al final John empezó a hablar, como si estuviera recordando—. No es fácil ser su compañero, él es quien suele llevarse los laureles, tiene ese don. Vive para su trabajo y se obsesiona hasta descubrir la verdad. Una vez fuimos buenos amigos: Jay Kevins y Logan Craig. Invencibles. Hasta que me trasladaron sin que lo hubiera solicitado. Nunca lo confesó, pero estoy seguro de que fue por su causa. Y ahora, en los últimos tiempos, los casos antiguos sin resolver

se habían convertido en su obsesión. Empezó a desenterrar cadáveres y a reabrir algunos casos. Buscaba como un sabueso hasta dar con algún error en la investigación. Entonces se dirigía al fiscal correspondiente y conseguía reabrir el caso porque tenía nuevos indicios para intentar resolverlo. Yo ya no estaba trabajando en el FBI, pero tengo contactos dentro que me mantienen informado. Si seguía investigando esos casos llegaría hasta mí: yo los cerraba por orden de Damiani. Sus hombres solían estar involucrados. Daba carpetazo a los casos, ocultaba pruebas o las destruía y me llevaba una bonificación importante de la mafia.

—Entonces… el problema era que se estaba acercando demasiado a ti —le dijo Amy y miró de reojo el móvil, que seguía en línea— ¿Y se te ocurre empezar a asesinar a personas? ¡No lo entiendo!

—¡Eso era matar dos pájaros de un tiro! —John se estaba alterando; quizá no estaba tan seguro de sí mismo como fingía—. Era perfecto: desviaba la atención de Jay de los casos cerrados sin resolver y lo metía en una investigación de un asesino en serie que lo tuviera entretenido. Y, de paso, sacaba de circulación a todas esas personas que podían reconocerme y destruir mi carrera.

—¿Qué carrera? —preguntó Amy— ¿No habías dejado el FBI?

*****

—¿Lo habéis localizado? —preguntó Jay a Ron desde otro teléfono. Desde que había escuchado la voz de Amy y su conversación con su captor estaba sin respiración.

—¡Por fin lo tenemos! —La voz de Ron era de júbilo—. Está en la estatal 202 y circula a poca velocidad. Un dron ya va de camino y un equipo sale en unos minutos.

—¿Desde dónde? —preguntó Jay.

—Desde Portland, cerca de dónde está el piso franco, son los que están más cerca.

—¡Qué me esperen! Voy con ellos. —Jay quería estar allí, necesitaba saber que Amy estaba a salvo, él se encargaría de ello.

—Vas a retrasarlos, Jay —Ron iba a intentar convencerlo, pero Jay no le dio opción.

—¡Diles que me esperen! Se trata de Logan Craig, mi antiguo compañero. Necesito verlo con mis propios ojos. Sabemos por qué lo ha hecho, pero me siento tan estafado… aún me cuesta creerlo.

Desde que Jay había escuchado de nuevo al asesino y lo había visto en la televisión hablando en un mitin, convertido en político, supo que él era el culpable. Recordó como Logan había aparecido en las cabañas de Long Lake y le había hecho creer que estaba trabajando en el FBI de Portland. Incluso se había ofrecido a ayudarle. Lo había engañado bien. Al verlo en las noticias lo había buscado en las bases

de datos de los federales y había constatado su baja hacía más de cinco años.

Llevaba mucho tiempo sin saber de él, pero nunca hubiera imaginado que guardara ese rencor dentro de sí, que fuera capaz de venderse y corromperse hasta ese nivel. Estaba doblemente afectado. Por lo que le estaba ocurriendo a Amy y por lo que significaba que, el que había sido un amigo, se hubiera convertido en alguien que no conocía. John Smith había resultado ser Logan Craig y eso era algo que jamás hubiera imaginado. Le dolía y quería estar presente en su detención. Lo necesitaba y, por lo visto, Ron lo entendió a pesar de sus reticencias.

—De acuerdo, les diré que te esperen, pero ya puedes salir pitando. A tu chica le va la vida en ello.

Jay se lanzó a una carrera desesperada y Owen le lanzó las llaves de su moto para que llegara lo antes posible. El móvil de Logan seguía abierto y estaban grabando una conversación de lo más interesante. Su intención era matar a Amy y parecía tener ganas de hablar.

*****

Logan vigilaba la carretera, el control que había esquivado seguro que no era el único y no quería encontrarse con otro. Lo mejor sería parar. Vio un desvío y una zona de descanso con árboles y algunas mesas y bancos de madera y decidió que sería un buen lugar, apartado y solitario, para citar allí a Jay. Estaba improvisando y eso no era lo habitual en él. Entonces escuchó la última pregunta de Amy.

—¿Qué carrera? ¿No dejaste el FBI?

—Ahora estoy en política, me presento a senador por Maine —parecía orgulloso de ello y Amy lo miró con cara de asco y estupor a la vez.

—Desde luego no voy a votarte, no creo que vayas a ser un buen servidor público si vas cargándote a la gente cuando te molesta —Amy se admiraba de cómo podía bromear en una situación así, debía ser un brote de histerismo—. Te imagino en un debate, cara a cara con tu oponente, sacando la pistola con silenciador y matándolo delante de las cámaras.

—¡No tienes ninguna gracia, pelirroja! —Logan estaba más nervioso a cada minuto que pasaba, algo no iba bien. Si descubrían su verdadera identidad antes de que hiciera desaparecer a Jay y la chica, estaba jodido.

El coche ya estaba parado. Amy pensó que si ese tipo la obligaba a salir al exterior, se daría cuenta de que el móvil estaba abierto y ese sería su fin. Esperaba que hubieran localizado la llamada en todo ese tiempo, porque iba a colgar. No era seguro para ella. Tanteó con los

dedos sobre las teclas y miró con cuidado de que no la viera en el momento en el que él salía del coche. Después tiró el móvil a sus pies y le dio una patada para que quedara bien escondido y John no diera con él, si notaba su pérdida.

Como esperaba abrió la puerta del copiloto, le desabrochó el cinturón y la sacó a empujones. Aquella zona estaba totalmente desierta, solo alumbrada por un par de farolas de carretera. La luz llegaba muy atenuada y el efecto resultaba fantasmagórico. Amy volvía a temblar, su cuerpo no parecía responderle. ¿Y si había llegado su hora?

Logan buscó en sus bolsillos sin dejar de apuntar a Amy con su pistola.

—¿Dónde está el maldito móvil? —por fin se había dado cuenta de que no lo tenía. Amy aguantó la respiración como si la pregunta no fuera con ella—. ¡Tú no sabrás algo! ¿No?

—¿Eres idiota? No sé si te has dado cuenta de que llevo las manos esposadas a la espalda desde hace un par de horas.

—¡Mierda! —A Logan no le dio tiempo a dar un paso hacia el coche, cuando se escuchó el claro sonido de un helicóptero que se acercaba.

Amy miró esperanzada hacia el cielo, estaba segura de que ese helicóptero significaba buenas noticias. Empezó a sonreír cuando el brazo de Logan rodeó su cuello desde la espalda y el cañón de su pistola volvió a apuntar al centro de su cabeza. Aquel hombre tenía una obsesión con encañonarla, ese fue el pensamiento absurdo que le pasó por la mente. Eso, y que se estaba haciendo pipí. Los nervios le daban ganas de orinar y, por irracional que pareciera, ese se convirtió en su principal problema; necesitaba un baño con urgencia.

Una potente luz los localizó desde las alturas y los deslumbró. Una voz que reconoció enseguida les habló, como si se tratara de una aparición.

—¡FBI! ¡Suelte el arma!

Logan no hizo ningún movimiento, pero la pistola seguía presionando la sien de Amy, mientras el helicóptero aterrizaba a unos metros de distancia de donde ellos se encontraban.

Varios hombres armados saltaron a tierra, Jay entre ellos. Iban mucho mejor preparados que Logan. Cascos, chalecos antibalas y fusiles de asalto. A Jay le proporcionaron un equipo durante el vuelo y era uno más de ellos. Todos apuntaban con sus armas a Logan, pero éste seguía agarrado a Amy como a una tabla de salvación y no iba a soltarla.

—¡Si dais un paso más, la mato! —Jay se dio cuenta de que el sudor resbalaba por el cuello de Logan, estaba perdido y lo sabía.

—¡Logan! —gritó Jay y éste se sobresaltó— ¿Por qué haces esto?

¡Deja a Amy! Ella no puede hacerte daño.

—¡Kevins! —la voz de Logan temblaba— ¡Sabes que hablo en serio! ¡Contaré hasta tres y quiero que tus amigos desaparezcan! Tú puedes quedarte.

—¿Quieres el lote completo, Logan? —Jay dio un paso adelante y Logan agarró más fuerte a Amy, lo que le hizo soltar un chillido.

—¡Quédate dónde estás! —gritó Logan.

Jay vio a uno de los hombres, que se había escabullido y rodeado a Logan; ahora estaba a su espalda, a una cierta distancia. Era un francotirador. Estaban comunicados por un pinganillo acústico en su oído y Jay escuchó: «Lo tengo a tiro, voy a dispararle». Asintió casi imperceptiblemente. Al momento siguiente Logan cayó desplomado al suelo. La bala le había dado en la cabeza. El francotirador prefirió matarlo antes que herir a Amy, que estaba en parte delante del cuerpo de Logan y existía el peligro de que la bala los atravesara a los dos. Amy lo vio caer y ella empezó a temblar como si estuviera en el polo norte y el frío le hubiera calado en los huesos, así de débil se sentía. Se dejó caer de rodillas, las piernas ya no la sostenían. Las lágrimas, que había conseguido retener durante todo su secuestro, inundaban ahora sus mejillas. Los sonidos le llegaban lejanos, amortiguados por el potente latido de su corazón. Solo podía mirar a ese hombre enfermo tirado en el suelo, desangrándose. Unos fuertes brazos la rodearon y la auparon. Cerró los ojos y se dejó llevar. El olor de Jay llegó a sus sentidos, pero estaba en shock. Jay se apartó del cadáver, se sentó en el suelo, con ella en su regazo, y la apretó fuerte. Le susurraba palabras sin sentido, era igual lo que dijera, solo necesitaba que supiera que estaba allí. Y que iba a quedarse.

—Jay… —la voz débil de Amy casi no se oía— necesito ir al baño.

*****

Las siguientes horas fueron confusas para Amy. Se sentía al borde del precipicio, todos aquellos sucesos habían excedido su aguante psíquico. Jay temía un episodio de estrés post traumático pero, en realidad, Amy necesitaba desconectar y descansar; reponer fuerzas y tener la seguridad de que nadie volvería a intentar matarla. Era mucho más dura de lo que parecía por su aspecto.

Jay, a pesar de tener mucho trabajo por delante, expedientes por rellenar, declaraciones juradas, documentación por verificar y actas por certificar, puso por delante a Amy. El helicóptero los llevó de vuelta a Portland y Jay se encargó de acompañar a Amy a su casa, con la intención de quedarse con ella. Le daba igual la opinión de los demás. Sus compañeros entendieron su decisión y Walter se ocupó de lidiar con Ron al teléfono.

—Me voy con Amy, necesita descansar —Jay hablaba con Walter antes de separarse.

—No te preocupes por nada, yo te cubro con Ron —le dijo Walter — ya hablarás mañana con él. Seguro que está desesperado por escuchar tu versión de todo esto, de momento tendrá que conformarse con la mía. Le diré que lo llamarás mañana por la tarde, mientras tanto desconecta el móvil si quieres. Tenemos la grabación y además Logan está muerto. No va a ir a ninguna parte. Se ha acabado, Jay.

—Cierto, parecía que este día no llegaría nunca. Gracias, Walter, hablamos mañana.

Era casi de madrugada cuando llegaron a la casa de Amy. Un sanitario le habían proporcionado un sedante que la ayudara a descansar y su efecto inmediato la había dormido en el trayecto en coche. Jay aparcó cerca y sacó a Amy en brazos. Walter le había dado las llaves que habían encontrado en el suelo tras el secuestro. Entró en la casa y la dejó en el sofá para marcar el código de la alarma. Después la llevó hasta la cama, la dejó sobre las sábanas con suavidad y le quitó la ropa sucia, dejándola en bragas y sujetador. Él hizo lo mismo y se metió con ella en la cama, abrazándola por la espalda y rodeando su cintura con el brazo. Sus piernas se rozaban, la espalda de Amy descansaba sobre su torso y Jay hundió la nariz en su pelo, inspirando hondo. ¡Había necesitado tanto tenerla cerca!

Jay estaba despejado, el exceso de adrenalina lo tenía en tensión y alerta. Apretó más el cuerpo de Amy y lo asaltó el pensamiento de que no quería dejarla ir, de que la necesitaba a su lado. No hacía mucho que la conocía y, sin embargo, se había convertido en alguien esencial en su vida. Se había colado en su corazón, casi sin querer, suavemente, sin hacer ruido. Era una mujer muy valiente, que había mantenido la cordura a pesar de todos los sucesos espeluznantes que había vivido. Una mujer que le había plantado cara desde el principio con sus reticencias hacia su profesión, que ahora entendía. Tenía sus momentos impulsivos de locura transitoria, de imprudencia e ironía. Y eso también le gustaba de ella. No podía engañarse y no iba a hacerlo. Cuando la habían secuestrado, cuando sabía que estaba a merced de un asesino, supo que se había enamorado de ella. No quería perderla. Al imaginar que podía morir, que quizás no volviera a verla, algo muy fuerte le estrujó las entrañas; el miedo y la certeza de que Amy ya estaba circulando por sus venas y bombeaba desde el corazón. Lo asaltó una vorágine de sensaciones y notó como sus ojos se humedecían. No iba a perderla. Por nada del mundo. Su mano se paseó por su vientre, por su piel caliente y su respiración se fue ralentizando hasta dejarse llevar por el sueño y por la seguridad de que a la mañana siguiente ella seguiría allí.

*****

Amy soñaba y estaba intranquila. Tuvo un despertar inquieto poblado de imágenes generadas por las vivencias de los últimos días. Justo cuando su conciencia se avivaba y estaba a punto de gritar, al notar que alguien la tenía cogida por la cintura, su memoria le recordó las horas negras de la noche anterior. Le llegaron los recuerdos como una avalancha y eso la tranquilizó. En el mismo instante supo que quien la tenía cogida, como si no fuera a soltarla nunca, era Jay. Se arrimó más a él y sonrió aún con los ojos cerrados. Despertar a su lado se iba a convertir pronto en un recuerdo, seguro que Jay volvía en unos días a Nueva York. De hecho, no sabía lo que tardaría en desaparecer. Por una vez que daba con un hombre que había conseguido que se enamorara, iba a durarle muy poco tiempo. Si algo había aprendido Amy en la perra vida que le había tocado vivir, era a sacar partido de los buenos momentos. Y ese podría ser uno de ellos.

Amy movió su trasero con suavidad, como si aún estuviera dormida y buscara una postura más cómoda. Enseguida notó la reacción en el cuerpo de Jay, que parecía estar muy contento de tenerla tan cerca. Siguió culebreando pegada a su cuerpo, hasta que una mano de Jay subió hasta sus pechos y la otra le desabrochaba el sujetador por su espalda. Se había despertado y Amy gimió para que no se frenara. Jay se había desvelado en cuando ella lo hizo, tenía un sueño muy ligero, entrenado por muchas noches de vigilancia.

Amy se giró lentamente y entreabrió los ojos para encontrarse con el rostro sonriente de Jay y su mirada lujuriosa. Se besaron y Amy saboreó la urgencia en los labios de Jay. Necesidad.

—Buenos días —le susurró y no le dio tiempo a contestar.

Sus lenguas se enredaron buscando intimidad. Lo que había empezado unos días atrás como un tanteo, como un rollo casual, se había convertido en la culminación de todos sus deseos. Ambos, cada uno a su manera, tenían la intuición de que no había marcha atrás, de que estaban dando un paso que los uniría en algo más intenso, más especial… la pasión vibraba entre ellos y comprendieron que el amor podía ser la aventura final. Pero se iban a guardar mucho de decírselo al otro, preocupados por si eran los únicos en sentir lo que sentían. El aquí y el ahora era lo que importaba. A Amy la debilitaba aquella urgencia y no quería sentirse tan vulnerable. Empujó a Jay para que se dejara caer sobre su espalda y ella se subió a horcajadas sobre él. Lo miró a los ojos mostrándole el alma en ese verde que parecía brillar más que las esmeraldas.

—Sabía que vendrías a por mí —le susurró y pasó sus manos por sus mejillas— gracias…

Su boca se paseó sobre la de Jay, su lengua resiguiendo el perfil de sus labios. Se deshicieron de los últimos trozos de tela que cubrían sus cuerpos y sus pieles buscaron el contacto más íntimo. Los roces, los gemidos, los suspiros entrecortados, eran la única música que querían escuchar. Jay pensó que podía moldearla en sus manos, Amy se deshacía en ellas, como si sus huesos se licuaran. Jay se incorporó para sentirla piel contra piel, con la boca ávida y las manos ansiosas. Luchaba contra la locura con sus pechos bajo sus manos, besándola sin descanso, sin aire, sin pausa. Amy arqueaba su cuerpo, deseosa de más; la paciencia en el límite, queriendo dilatar el tiempo y a la vez deseando llegar a la cumbre. Hasta que los frenos se fundieron por el calor abrasador que generaban juntos. Se entregaron el uno al otro, las sensaciones se sucedían atrapadas en el fuego y en las oscuras promesas. Cuando Amy lo tuvo en su interior el placer se convirtió en agudo y un grito escapó de su garganta, los gemidos de Jay en su oído, sus cuerpos implacables hasta llegar a la cúspide y sentir esa explosión interna al borde de una soberbia locura, apresados por la necesidad.

Tras aquel estallido recuperaron sus respiraciones, juntos, sin separarse ni un milímetro. Se dejaron caer de nuevo sobre las sábanas. Las manos de Jay paseaban por la espalda de Amy y ésta sintió un nudo apretado en su garganta. Se preguntó porque le entraban ganas de llorar en aquel momento y supo que era por la pérdida que iba a sufrir cuando Jay se marchara.

Jay se acercó a su rostro y lo besó suavemente, desde la frente, pasando por los pómulos, los parpados hasta llegar a su boca.

—Amy… —susurró, mientras meditaba que debería hacer para mantener viva aquella relación.

Pero Amy no contestó, lo besó con intensidad y se levantó de un salto para entrar en el baño y abrir el agua de la ducha.

21

A la mañana siguiente, desayunaban juntos en la pequeña cocina con la puerta y la ventana abierta y la alarma desconectada. Eso le daba a Amy una agradable sensación de libertad. Entre su fobia a los espacios cerrados y los días de incertidumbre y tensión, podía disfrutar, por fin, de un desayuno en condiciones. Junto a Jay, que no parecía tener mucha prisa, a pesar de que pasaran de las diez de la mañana.

—He llamado a Neil para ponerlo al día de todo, el pobre hizo como quince intentos para hablar conmigo antes de enterarse del secuestro. Walter lo avisó, pero ha estado muy nervioso sin saber si yo estaba bien —dijo Amy—. Le he dicho que me quedaré en casa el resto de la semana, necesito reponer fuerzas y relajarme. Él puede seguir adelante con el negocio, sabe tanto de su funcionamiento como yo.

—Cuando te conocí en las cabañas pensé que Neil era tu novio —le dijo Jay, pero Amy no abrió la boca—. Si no quieres no contestes, pero… ¿Has tenido algo con él?

—No pasa nada —Amy levantó una ceja y se le escapó una sonrisa, Jay parecía algo celoso aunque intentara disimularlo. Mucha gente antes había hecho esa suposición, incluso les habían dicho que hacían buena pareja—. La verdad es que, cuando nos conocimos, tuvimos una noche tonta que casi se nos fue de las manos, pero todo quedó en unos cuantos besos y poco más. Nos dimos cuenta a tiempo de que nuestra relación laboral era más importante. El negocio empezaba a funcionar bien y, como pareja, no teníamos ninguna química. Entonces decidimos no estropear nuestra amistad por un capricho sin futuro.

—Me alegro… Amy… —Jay no sabía bien como plantear aquella cuestión, notaba que ambos andaban con pies de plomo—. Voy a quedarme unos días más en Portland… ¿Te importa que lo haga en tu casa? Mis compañeros vuelven ya a Nueva York.

—Depende… —Amy lo miró con atención, quería conocer sus motivos.

—¿De qué? —Jay acercó su mano y apresó la de Amy para besar la parte anterior de su muñeca.

—De tus razones para hacerlo, Kevins —Amy le sonrió de medio lado y entrecerró los párpados—. ¿Qué esperas de mí si te quedas en mi casa?

—Dentro de unos días no tendré más remedio que volver a Nueva York, mi trabajo está allí; pero no quiero irme, no ahora mismo. Me gusta estar contigo, quiero conocerte más, saber más de ti. Hemos coincidido en unas circunstancias demasiado… agobiantes y

peligrosas, me gustaría estar a tu lado rodeado de calma por una vez. Si lo que piensas es que solo pretendo tener unos días más de sexo estupendo… no te equivocas, pero no es la única razón. Quiero desayunar contigo, como ahora. Quiero que durmamos juntos y sentir tu piel contra la mía durante toda la noche. Quiero que salgamos a cenar por ahí sin miedo a que te ataquen. O que vayamos a la playa a ver la puesta de sol. Ya no quiero protegerte, Amy, sino disfrutar de tu compañía —Jay hizo una pausa y notó la humedad en los ojos de Amy —. Siento cosas por ti. Es tan sencillo como que me siento bien cuando estoy contigo.

—Jay… —una lágrima se escapó y resbaló por su mejilla hasta llegar a su sonrisa—. Soy una mujer que se ha acostumbrado a luchar y a estar sola, a defenderse sin esperar mucho de nadie. Eso que has dicho me hace… feliz. Los hombres no suelen decirme cosas bonitas ¿sabes?, más bien esperan meterse en mi cama y poco más. Pero no tengo defensas contra ti, me desarmas y creo que lo sabes.

—¿Eso es un sí? —Jay hizo la pregunta sabiendo la respuesta, escrita en la mirada de Amy.

—Claro, quédate los días que quieras.

Amy pensó que se estaba jugando el corazón a una sola carta, que estaba poniendo en riesgo lo que sentía por Jay y su propia estabilidad.

Cuando se marchara a Nueva York iba a doler, pero ella era de tirarse de cabeza a la piscina, nunca había tenido nada estable en su vida y sabía que tenía que aprovechar los momentos en los que le daba un respiro. Y ese parecía ser uno de ellos. Mejor vivirlo a fondo que dejarlo pasar, esa era su filosofía.

*****

Jay llegó al piso franco y se encontró a sus compañeros al teléfono. Cada uno estaba hablando con alguien y consultando las pantallas de sus ordenadores. Había mucho que sacar a la luz todavía. Entre los casos de la mafia, de los que iba saliendo cada día más mierda y la comunicación a los medios de la muerte del asesino que había matado a siete personas y que había resultado ser uno de los políticos que empezaban a destacar en Maine, estaban colapsados. Los medios se les habían echado encima.

—Ron está esperando a que lo llames —le dijo Walter tapando su teléfono con la mano—. Recogemos todo en un rato y volvemos a casa.

—Ahora hablaré con él, he decidido que voy a quedarme aquí unos días —contestó Jay y tanto Owen como Mary levantaron la vista al escucharlo.

—Buena suerte… —Walter acababa de colgar su llamada y lo miró

con compasión—. Ron está contento del desenlace, pero muy agobiado con todo lo que está ocurriendo. Los periodistas están desesperados por conseguir los detalles.

—Bueno, que se ocupen de eso los políticos y nuestros superiores ¿no? —Jay no iba a claudicar con la decisión que había tomado—. Puedo seguir con la parte burocrática desde aquí, solo necesito mi portátil y un teléfono. En cuanto haya acabado con esto voy a pedir unas vacaciones en condiciones, no las migajas con las que cuento desde hace años.

—Vuelvo a desearte suerte —dijo Walter— te recuerdo que antes de Logan Craig acababas de reabrir varios casos que siguen pendientes.

—Me pondré con ellos cuando vuelva. Si llevaban años cerrados, pueden seguir así unas semanas más. Por lo que sabemos estaban relacionados con las deudas de juego y algunos otros negocios de la mafia, por lo que es posible que podamos darles carpetazo rápido. —Jay ya estaba imaginando la conversación con su jefe—. Hay algo que voy a investigar por mi cuenta y necesito a Amy para ello.

—¿A Amy? —Mary lo miró frunciendo el ceño— ¿Ahora Amy es detective o algo así?

—No, pero estoy seguro de que su padre realmente guardaba información sobre Damiani y tiene que estar en algún sitio. Quiero viajar con ella a la cabaña de Jenkintown e intentar hacer una búsqueda más a fondo. Es posible que a Amy se le haya pasado algún detalle.

—¡Ja, ja! —Owen, que acababa de colgar su teléfono, se rió con sarcasmo—. ¡Venga, tío! ¿A quién quieres engañar? ¿Tú, Amy y una cabaña perdida en el bosque? No me parece que vayas a buscar tú muchas pistas por allí…

—Si pasamos unos días allí habrá tiempo para todo —Jay le guiñó un ojo y se dispuso a llamar a Ron y pelearse con él si hacía falta.

Tuvo la conversación que temía con Ron y en la que se había preparado para ser inflexible, con un resultado inmejorable. Su jefe no le puso problemas, casi parecía haberse vuelto humano. Tras su sorpresa inicial, le confesó que se inclinaba por no tensar la cuerda con él, ya que prefería que siguiera trabajando en Nueva York y no se le ocurriera pedir el traslado a otro lugar. Por lo visto alguno de sus compañeros se había ido de la lengua y le había llegado su historia personal con Amy. Era una idea que rondaba por su cabeza, pero no le dijo nada. Solo era una posibilidad, todo dependía de como se desarrollara su relación. Ya se vería.

Al colgar y ver a sus compañeros que empezaban a recoger sus cosas, quiso despedirse de ellos, aunque no faltara mucho para que se volvieran a ver.

—¿Os vais ya? —preguntó.

—Esa es la idea —contestó Walter—. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba que podríais volver mañana. Así podemos salir todos esta noche a tomar unas copas. Nos merecemos un poco de diversión ¿no?

Sus amigos se miraron entre sí y acabaron sonriendo.

—Bien, esta noche cena y copas —dijo Mary y le guiñó un ojo a Walter—. ¡Nos apuntamos!

*****

Los cinco ocupaban una mesa en un precioso restaurante muy cercano al mar, justo al lado del *Portland Head Light*, el faro más antiguo de Maine, ubicado en el *Parque Fort Williams*. Desde fuera se veía como una casa de cuento, con tejados inclinados de cubierta rojiza, paredes blancas y balcones llenos de flores que rodeaban el exterior. Amy, al comunicarle Jay su intención de cenar todos juntos, había escogido el mejor lugar para probar la famosa langosta de Maine y todo el marisco que pudieran consumir. Pidieron langosta, almejas, vieiras, eglefino y platija, todo regado con vino blanco y algunas cervezas. Amy les avisó de que ella invitaba en agradecimiento por seguir viva. Se sentía en deuda con todos ellos por haber evitado que Logan la matara.

—¡Esto está buenísimo! —A Mary le encantaba el marisco—. Deberíamos haber descubierto antes este restaurante en vez de hincharnos de sándwiches de pastrami con queso.

—No tenemos presupuesto para esto —contestó Owen.

—Amy —Walter miró a la pelirroja— ¿Cuándo os vais a la cabaña de tu padre?

—¿Cómo? —Amy abrió mucho los ojos y miró a Jay— ¿De qué está hablando?

—Es un bocazas. —Jay frunció el ceño y miró a Walter, que se encogió de hombros—. Les he comentado esta mañana que quería proponerte ir allí. Tú y yo. Pero no me han dado tiempo.

—¿Para qué? Allí no hay nada. Es una cabaña abandonada llena de telarañas.

—Por lo que me contaste, allí tenías escondido tu salvavidas para el caso de que necesitaras huir. —Jay cogió su mano sobre la mesa al notar el nerviosismo de Amy—. Ya no vas a necesitarlo, pero es posible que tu padre guardara algo más que no hayas encontrado. Si realmente tenía pruebas contra Damiani…

—Créeme, Jay —Amy le sonrió con pesar— es un lugar pequeño y no creo que haya escondites que no conozca. Viví en esa cabaña y no tiene secretos para mí.

—Bueno… podemos ir y pasar allí uno o dos días. Al fin y al cabo

es un lugar en el bosque, no demasiado alejado de Jenkintown. Si no averiguamos nada más, podemos dedicarnos a recorrer los alrededores, hacer senderismo o… quedarnos en la cabaña —la sonrisa pícara de Jay le dio a entender en lo que estaba pensando.

—Mmm… —Amy se quedó pensativa— de acuerdo, con una condición: tenemos que limpiar la cabaña de arriba abajo en cuanto lleguemos. No voy a dormir rodeada de telarañas e insectos. Recuerda que está abandonada desde hace ocho años. Y llevaremos un colchón hinchable, no quiero imaginar lo poblados que estarán los que hay allí.

—¡Hecho! —Jay cogió su copa y propuso un brindis—. Vamos a brindar por el final de esta pesadilla. Y por Amy, que se ha salvado de las garras del malnacido de Logan Craig.

—Gracias a todos vosotros por hacerlo posible —Amy levantó su copa y todos lo hicieron—. Habéis conseguido que deje de odiar al FBI y que empiece a pensar que sus agentes no son todos unos idiotas descerebrados. ¡Eso también merece un brindis!

—Vaya fama tenemos… —masculló Owen y le guiñó un ojo.

Cuando terminaron de cenar, Amy les propuso ir a un bar musical cercano a su casa. Podían tomar unas copas y bailar.

Amy se sentía tan bien que quería aprovechar la noche. Llevaba tantos días de tensión y angustia, que unas horas de distracción eran necesarias para desconectar de todo. Sabía que más tarde volverían las pesadillas. Todos los traumas necesitaban su tiempo para suavizarse, para asimilar lo ocurrido y dejarlo atrás. Para curarse.

Le encantaba compartir ese tiempo con Jay, saborearlo como si cada minuto fuera el último a su lado. La cena había sido divertida, pero tenía muchas ganas de bailar con él. En cuanto entraron en el local y pidieron sus bebidas, Amy arrastró a Jay a una pequeña pista de baile. Retumbaba contra las paredes la resonancia de un saxo; una de esas melodías románticas, como lo era el sonido de ese instrumento, del que arrancaban gemidos profundos y sensuales. Era el inicio de *Careless Whisper* de George Michael, una antigua canción de los ochenta que a Amy siempre le había gustado mucho.

Jay agarró a Amy de la cintura y la pegó a su cuerpo. Besó su frente y notó su aliento en el cuello. Se acercó a su oído.

—No creo que vayamos a estar aquí mucho tiempo ¿verdad? Porque me muero por quitarte ese vestido —paseó la mano por su espalda hasta llegar a sus nalgas.

—No tengas prisa, Kevins —Amy le mordió ligeramente el cuello, provocando que su piel se erizara— me encantará torturarte lentamente primero.

—¡Joder, Amy! Si sigues haciendo eso vas a ponerme en evidencia —Amy soltó una carcajada y se pegó más a él, notando su excitación.

—Creo que ya lo he conseguido —levantó su cara y acercó sus labios sonrientes a los de Jay—. Bésame.

Se besaron, ajenos a los tres pares de ojos que los observaban. Amy cerró los ojos y se concentró en la boca de Jay y en la letra de la canción que empezó a sonar a continuación. Era Harry Styles y su tema "*Sing of the times*" decía en el estribillo frases que parecían escritas para ellos.

«We never learn, we been here before
Why are we always stuck and running from
The bullets, the bullets?
Remember everything will be alright
We can meet again somewhere
Somewhere far away from here»

Sus compañeros, acodados en la barra, comentaban lo que estaban viendo.

—Está muy colado por ella… —Walter negaba con la cabeza—. Chicos, se aceptan apuestas. ¿Cuánto va a tardar Jay en pedir el traslado a Portland?

—He visto a Jay salir con muchas mujeres —dijo Mary— y con salir me refiero a lo que todos conocéis: ahora una y mañana otra, siempre he creído que era un hombre enamorado de los principios, pero incapaz de comprometerse. Creo que acabo de cambiar de opinión. Y, desde luego, nunca lo he visto bailar tan acaramelado con nadie. Me están dando envidia, Walter. Me entran ganas de suspirar y comprarme un vestido para la boda.

—¡Venga, Mary! Eso es ahora —intervino Owen— después vienen los problemas y la burbuja explota. Siempre hay alguien que lo pasa mal y acaba sufriendo una gran decepción. Prefiero las relaciones de amigos con derechos. Sin compromisos.

—Es lo que Jay hacía antes —les dijo Walter— pero os aseguro que esta vez ha caído del todo. Lo conozco y esto con Amy va en serio. Yo apuesto por ellos, hacen buena pareja.

—Yo digo que duran un par de meses. Jay se mete en algún caso de esos que lo obsesionan y acaban cortando. Las distancias no son buenas. Amy se queja de que no le hace caso y él empieza a agobiarse, ya verás —apostó Owen.

—¡Ni hablar! Acabo de darme cuenta de que tengo una vena romántica… —Mary lo tenía claro— apuesto por ellos también, como Walter. Va en serio: cincuenta dólares a que siguen juntos.

—¡Hecho! —Walter levantó su copa y miró a Owen.

—¡Hecho! —Owen levantó la suya y Mary se unió al brindis, con apuesta incluida.

*****

A la mañana siguiente Jay despertó inspirando con fuerza el olor de lavanda de Amy. Abrió los ojos y observó su rostro sereno. Estaba de cara a él, con una mano sobre su torso y la otra sobre su cadera. Le apartó con cuidado un mechón de cabellos que caía sobre sus ojos. Aquel color de pelo lo tenía hipnotizado. El sol entraba por entre las cortinas blancas e incidía sobre su cabello. Brillaba como el cobre bruñido, algo más claro en las puntas. Pasó un dedo, casi sin tocarla, por su nariz. Era algo respingona y pecosa y observó su piel blanca, casi traslúcida. Deseó ver el verde de sus ojos. Su boca entreabierta lo tentaba, sus labios gruesos enrojecidos de tantos besos. Resiguió su perfil con un dedo. Supo el momento exacto en que Amy se despertó. No se movió, su respiración seguía siendo pausada. Solo las comisuras de su boca se alzaron ligeramente, a un soplo de sonreír.

—Estás despierta —Jay rozó su nariz con la de Amy.

Amy asintió y Jay se giró colocándose sobre ella para besarla con ansia. Pensó que nunca tendría suficiente, que aquella mujer estaba hecha para él y que había encontrado algo que nunca había buscado. No tuvo miedo, no dudó de lo que estaba sintiendo. Se entregó a ella y se doblegó con gusto a su destino. No quería asustarla tan pronto y esperaba conseguir que para ella fuera igual.

Algo más tarde, una vez duchados y degustando su segunda taza de café, planearon su viaje a la cabaña del padre de Amy.

—¿Estás seguro de querer ir allí? —Amy no acababa de verlo claro —. Te aseguro que en mi casa estaremos más cómodos, aquellas cuatro paredes no son muy confortables.

—Solo serán un par de días y, si tengo que ir solo no voy a hacerlo, porque quiero pasar estos días contigo.

—De acuerdo —Amy se encogió de hombros y cedió, sus preferencias eran las mismas. Quería pasar los días que tuviera con Jay, fuera donde fuera.

Jay se ocupó de sacar los billetes de avión a Filadelfia y allí ya se ocuparían de coger el bus hasta Jenkintown. Calcularon que podrían estar allí por la tarde.

*****

Una vez en Filadelfia, Jay decidió alquilar un coche, sería más cómodo que el bus y podrían llegar hasta la cabaña de un tirón. Localizaron un negocio de alquiler de coches cercano y se hicieron con un Ford de pequeño tamaño. Antes de ponerse en marcha hacia la cabaña, compraron víveres, productos de limpieza, la colchoneta hinchable para dormir, agua mineral, velas y un par de potentes linternas. La casa estaba abandonada desde hacía años y no había ni agua corriente ni luz, los suministros estaban dados de baja. Se pusieron en marcha y Amy fue guiando a Jay por el camino, al tiempo

que le explicaba su último viaje allí, cuando se escapó para hacerse con un nuevo pasaporte y dinero.

—¿Hiciste este tramo en una bicicleta robada y por la noche? —Jay la miró negando con la cabeza y observando el camino que avanzaba por una zona boscosa—. A veces pienso que eres demasiado temeraria.

—Acostúmbrate, cariño. Pero recuerda que alguien quería matarme, solo estaba intentando salvar el pellejo. —Amy puso una mano en el muslo de Jay—. Y no robé la bici, la tomé prestada y la dejé en su lugar a la vuelta. Nadie se enteró siquiera.

—Muy considerado por tu parte…

Tras un par de kilómetros más, Amy divisó el desvío que llevaba a la cabaña. Avisó con tiempo a Jay, ya que no estaba señalizado y era muy estrecho, por lo que pasaba desapercibido. Al llegar y salir del coche, aún con luz natural, Amy se quedó parada ante la puerta mirando la pequeña casa y sus alrededores.

—A veces me parece mentira haber vivido aquí de pequeña. Dimos muchos tumbos, pero este fue el lugar donde pasamos más tiempo. Iba al colegio a Jenkintown en bicicleta y, en parte, fui feliz aquí antes de que todo se descontrolara.

—Supongo que fue demasiado duro para tu padre perder a tu madre tan pronto y eso desencadenó sus problemas.

—Cierto, pero eso no lo excusa de su deber conmigo —Amy se apoyó en Jay que rodeó sus hombros con el brazo—. Yo era una niña, era su hija y, muchas veces, me sentí sola en el mundo. Se suponía que él era mi sostén, mi ejemplo a seguir, mi familia. Nunca tuve nada de eso. El alcohol, el juego y las malas decisiones superaron al amor y las obligaciones de un padre. No digo que no me quisiera, pero era demasiado débil. No le guardo rencor, se jugó la vida y la perdió. Pero tampoco fue un buen ejemplo para mí.

—No le des más vueltas, cielo —Jay besó su pelo y la arrimó más a su cuerpo—. ¿Entramos?

—Recuerdas lo que nos toca hacer ahora ¿verdad? —Amy se dirigió al coche y sacó una bolsa del maletero llena de productos de limpieza y se la mostró a Jay—. Lo siento pero esto es prioritario y obligatorio.

—De acuerdo ¡A trabajar!

Pasaron casi dos horas hasta que Amy se sintió satisfecha con el resultado. Abrieron puertas y ventanas, barrieron y fregaron, quitaron telarañas, limpiaron los cristales que aún estaban enteros para que entrara la luz y tosieron con el polvo acumulado. Amy sacó sábanas limpias de su equipaje, hincharon la colchoneta y encendieron algunas velas cuando el sol se escondió. El ambiente se tornó muy romántico pero poco práctico. No tenían luz y el agua para lavarse podían

obtenerla de un pozo que había en la parte trasera de la casa. Llevaban un hornillo de gas en el coche para calentar la comida, casi todo recetas preparadas envasadas en latas, no necesitaban mucho para el tiempo que iban a pasar allí. La cabaña tenía una salita pequeña con la cocina integrada, un cuarto de baño minúsculo y dos estrechas habitaciones. Lo mejor era la luz, que entraba por todas las ventanas, aunque ahora que había anochecido, el ambiente era muy distinto.

—No creo que aguantemos aquí más de dos o tres días —dijo Amy — esto es demasiado prehistórico.

—Pues aprovechemos el tiempo —contestó Jay— ¿Por qué no me enseñas la trampilla dónde escondías tus cosas para una emergencia?

—Vaya, Kevins, ¡qué decepción! —Amy le guiñó un ojo— creía que querías aprovechar el tiempo de otra manera.

—No te preocupes por eso, aquí no hay televisión y tenemos toda la noche por delante —Jay la agarró por la cintura y le estampó un sonoro beso en los labios, que la hizo reír.

22

Amy y Jay se dirigieron a una de las habitaciones, la que había sido de su padre. Amy buscó en el suelo el tablón que se levantaba, alumbrándose con una vela. Escondía un hueco bajo tierra, también forrado de madera. Amy no lo recordaba, pero suponía que lo había excavado su padre para guardar sus secretos, aunque allí no había nada cuando murió y ella lo había utilizado para guardar aquella caja de supervivencia que se había mantenido oculta más de ocho años.

La caja seguía allí y Amy miró a Jay con aprensión al abrirla y dejar al descubierto, no solo otro pasaporte y un fajo de billetes, sino un arma.

—Creo que ya no necesito esto ¿verdad? —preguntó más para sí misma que a él.

—Quédate con el dinero, destruiremos el pasaporte falso —Jay lo abrió y leyó el nombre. Levantó la vista y la miró sonriendo—. ¿Geena Davis?

—Me encanta la película *Thelma & Luise*… y Geena es pelirroja como yo. —Amy lo miró encogiendo los hombros—. ¿Qué hago con la pistola?

—Supongo que no está registrada —Amy negó con la cabeza—. No te preocupes, yo me ocuparé de hacerla desaparecer.

Jay dejó la pistola sobre la mesilla de noche, miró el hueco y acercó la linterna. Allí no había nada más. Al día siguiente ya se ocuparía de hacer un repaso por todos los rincones de la cabaña. Ya era tarde y estaban cansados. Y tener a Amy cerca todo el día lo estaba despistando, era difícil concentrarse en nada que no fuera ella.

—Dejémoslo por hoy, mañana será otro día —dijo Jay y agarrando a Amy del brazo la acercó a él, para dejarse caer de espaldas sobre la colchoneta—. Ahora tú eres lo que más me importa.

—Vaya… yo que pensaba que solo habías querido venir para indagar sobre posibles escondites.

—Tenemos tiempo para todo ¿No te parece? —Jay colocó una mano en su nuca y la acercó a él para besarla.

Sus labios se rozaron y sus miradas se dijeron todo lo que necesitaban el uno del otro en aquel momento. Envueltos por el refulgir de la luz de las velas y sus sombras, cercados por la fresca brisa nocturna, rodeados por los sonidos de la noche en el bosque, la luz de la luna colándose por la ventana y el aroma de la hierba y las flores filtrándose entre sus cuerpos desnudos. Los besos se intensificaron, todos los sentidos receptivos, la piel erizada… se amaron hasta el agotamiento, hasta que les pudo el cansancio y el sueño los acunó en los brazos de Morfeo.

*****

Jay se despertó al cabo de tan solo un par de horas. Su cabeza no dejaba de dar vueltas al hecho de que una persona que tenía pruebas contra la mafia para ocultar, no lo hiciera en un lugar apartado como aquel. La inquietud que sentía lo desveló. Repasó con su imaginación todo lo que había visto en la cabaña. Lo cierto es que no había mucho que verificar; el espacio era pequeño y el armario, que había estado explorando de arriba abajo, no tenía dobles fondos ni huecos ocultos. Tampoco había un doble techo y la mayoría de las tejas bailaban. Había mirado dentro de la cisterna del baño, en todos los rincones de la cocina… algo se le debía escapar. Se abrazó de nuevo a Amy intentando conciliar el sueño. Sus párpados se cerraban cuando una imagen asaltó su mente, como si fuera una idea que se había mantenido oculta en su subconsciente. El hueco del suelo… al levantar la tabla recordó la imagen de aquella especie de cajón bajo tierra de forma cuadrada, que debía medir unos 50 o 60 centímetros de lado. Y estaba forrado de madera por dentro. ¿Por qué se tomó el padre de Amy la molestia de forrar de madera un hueco bajo tierra? Hubiera sido suficiente con colocar un plástico protector e impermeable. ¿Era posible que una de esas tablas internas camuflara otra cavidad más profunda? Esos pensamientos lo despejaron del todo. Tenía la tabla móvil a su lado de la cama. Intentaría no despertar a Amy, pero necesitaba comprobar si estaba equivocado en sus suposiciones.

Se levantó con sigilo, se acuclilló con la linterna encendida enfocando al suelo y buscó la tabla. La elevó con cuidado y sacó de nuevo la caja que antes le había enseñado Amy. Se la llevarían cuando volvieran a Portland, de momento habían preferido mantenerla bajo tierra con el arma y el falso pasaporte. Una vez vacío el hueco, Jay dejó la caja sobre la mesilla de noche y buscó su navaja en el bolsillo de los vaqueros para intentar levantar alguna de las maderas que forraban en interior. No era fácil, ya que el espacio era pequeño para maniobrar. Una de las tablas parecía estar algo más suelta. Hizo palanca con la punta de la navaja y con un crujido pudo separarla. Enfocó con la linterna y se felicitó por su intuición. Allí había otra oquedad cavada bajo tierra y se vislumbraba una caja metálica. Su corazón se aceleró por el descubrimiento y los dedos de las manos le cosquilleaban por las ganas de sacarla al exterior y abrirla. El contenido podía ser de gran utilidad a la policía, estaba seguro.

Pensó que debía compartir el descubrimiento con Amy y que lo mejor sería esperar a la mañana siguiente, pero no fue necesario. Su voz adormilada lo sobresaltó.

—Jay ¿Qué haces en cuclillas mirando el escondite a estas horas?

—Acabo de descubrir que tiene otro hueco por debajo, por eso

estaba forrado de madera por dentro —Jay se sentó a su lado y Amy se incorporó, sin acabar de entender a que se refería.

—¿Has encontrado algo? —Amy se espabiló de golpe al asimilar sus palabras.

—Una caja metálica —Jay se acercó a besar sus labios y pasó un dedo por su hombro desnudo—. ¿Quieres que la abramos ahora o lo dejamos para mañana?

—Ya me has despertado —Amy se le tiró al cuello y lo besó hasta llegar a su oreja para susurrarle—. Vamos a mirar lo que hay en esa caja o no podrás volver a dormirte, Kevins. Ya empiezo a conocerte.

Con las dos linternas encendidas enfocaron la caja, que colocaron sobre la cama. La cerradura estaba rota y oxidada y Jay la forzó sin esfuerzo con uno de los complementos de su navaja suiza, una lima. El sonoro clic metálico los hizo sonreír. Al abrir la tapa se encontraron con un fajo importante de documentos y una carpeta, envueltos en plástico, así como un pendrive.

—¡Uau! —Amy miraba aquellos papeles y pensaba en su padre—. Al final consiguió esconder pruebas de los negocios de los Damiani. Estoy segura de que de eso se trata, espero que os sirvan para acabar con ellos. Al menos su muerte habrá servido de algo.

—¡Eh, cariño! —Jay notó el tono triste de Amy y la abrazó—. Revisaremos todo esto, estoy seguro de que va a servirnos de mucho, ya lo verás. Llegaremos hasta el mismo D.D.

Amy dejó que las emociones se diluyeran con el presente del que estaba disfrutando, no quería volver a llorar por culpa del pasado. Inspiró hondo y volvió a mirar la caja. Entre los papeles asomaban algunas fotografías.

—Mira, también hay fotos —sacaron las que aparecían mezcladas con los papeles y Amy las miró fijamente—. Conozco a algunas de estas personas, yo misma puedo daros algunos nombres.

Al apartar una fotografía para ver la siguiente, el corazón le dio un vuelco. Era una foto de su padre y ella. Debía tener unos seis años. Llevaba coletas y le faltaban un par de dientes. Sonreía a pesar de todo. Ella miraba a la cámara y su padre la miraba a ella con una expresión indescifrable. Sin poder evitarlo se le escapó una lágrima.

—Es tu padre —Jay no tuvo que preguntarlo, estaba claro.

—Sí…

Amy dio la vuelta a la fotografía para mirar el dorso. Había escrita una frase:

«*Por ti debería haber sido mejor padre. Lo siento, Rebecca*»

—Nunca es tarde ¿no? —Amy se encogió de hombros— aunque no sé si vale en este caso.

—Seguro que tuvo cosas buenas —le dijo Jay—. Quédate con ellas.

—Creo que es mejor dormir ahora, estoy cansada —dijo Amy—. Si prefieres empezar a mirar papeles, por mi no te cortes.

—Hay tiempo, mañana los revisaré —Jay sabía que Amy se sentía mal en ese momento y quería abrazarla hasta que se durmiera—. Solo voy a enviar un mensaje a Walter para que lo vea mañana.

Volvieron a meterse en la cama, cerraron la luz de las linternas y se durmieron el uno en brazos del otro.

*****

Amy se despertó sobresaltada. Otra vez esa sensación de que alguien la acechaba. Su respiración acelerada se calmó al notar el brazo de Jay que le rodeaba la cintura. Debía ser una pesadilla. Se arrimó más a él, se dio la vuelta y lo abrazó, hundiendo su rostro en la curva de su cuello e inspirando hondo para llenarse de él. Eso la relajó. Cuando entraba de nuevo en un duermevela, a punto de quedarse dormida, el crujido de unas ramas en el exterior la hizo tensarse y notó el momento exacto en que Jay se despertaba. Veía su perfil gracias a la tenue luz de la luna. Jay levantó la cabeza y puso un dedo sobre sus labios, indicándole que no hiciera ruido. Se levantó con sigilo y se puso unos bóxers. En el momento en que cogió el arma de Amy que habían dejado la noche anterior en la mesilla, cayó en la cuenta de que no estaba cargada. Su pistola reglamentaria se había quedado dentro de su bolsa de viaje, en el suelo del salón. ¿En qué había estado pensando?

Jay estaba seguro de que los crujidos que seguía escuchando eran los pasos de una persona humana que se acercaba sigilosamente a la cabaña, no parecía ningún animal. Dio un paso, pero aquel suelo de madera desgastada chirriaba como un tenedor sobre un plato de porcelana.

A Amy le retumbaba en corazón dentro de la cabeza. Pensaba que había pasado página de sustos por una buena temporada, aunque tener a Jay a su lado la tranquilizaba. Pero… ¿Y si le hacían daño a Jay? Esa posibilidad le ponía la piel de gallina y la hacía temblar. No podía quedarse quieta y se levanto con cuidado, se puso una camiseta por encima y caminó tras él.

El siguiente ruido se escuchó en la cerradura de la puerta de entrada. Alguien movió el pomo. Habían cerrado la puerta con llave, pero Jay ya se había dado cuenta de que aquella puerta se abría fácilmente con una patada. La madera era vieja y estaba abombada por la humedad. Antes de que, quien estuviera al otro lado consiguiera entrar, tenía que llegar a su bolsa de viaje y sacar su arma. Le hizo un gesto a Amy para que se metiera en la habitación, pero ella, tozuda y temeraria, negó con la cabeza. La luz de la luna, que entraba por las ventanas, alumbraba tenuemente el interior. Vislumbró el perfil de su

bolsa y dio un par de pasos en su dirección. Cuando se agachó y estaba abriendo la cremallera con cuidado, la puerta se abrió de golpe y golpeó la pared. Amy reconoció al instante la silueta que se enmarcaba en la entrada, a pesar de no captar los detalles. Su voz fue la confirmación de su identidad.

—¡Quietos! ¡Qué nadie se mueva! —Damiani los apuntaba con una pistola, las piernas separadas y los dos brazos estirados hacia adelante, en posición de combate. Movía el cañón entre uno y otro—. ¡Las manos en alto!

Los dos se quedaron congelados, pero Jay ya tenía su arma en la mano. La escondió en la cinturilla elástica de sus calzoncillos, rezando para que no resbalara con el peso. Se incorporó con lentitud, mirando de reojo a Amy. Estaban a ambos lados de la sala. No era muy grande, pero el hombre que había en la puerta no podía dispararles a los dos a la vez.

—Damiani, no dispares, por favor —le rogó Amy.

—Rebecca… volvemos a encontrarnos —la voz de Damiani era de odio y Jay se preguntó qué demonios hacía Amy hablando con él—. La mujer que se ha atrevido a amenazarme ahora está ante el cañón de mi pistola.

—Y el tipo del FBI que la acompaña te tiene encañonado a ti, o sea que, si disparas, date por muerto— Jay había sacado el arma con presteza y apuntaba a Damiani—. Tengo buena puntería y te estoy apuntando entre los ojos. No me provoques.

—Lo único que quiero son los documentos que tenía escondidos tu padre —Damiani le habló a Amy sin perder de vista al tío que le apuntaba a la cabeza.

El capo pensaba que ya era mala suerte que la hubiera encontrado acompañada. Peor aún que el tipo fuera policía. Había localizado a Amy poniendo a uno de sus hombres a rastrearla. Quería saber si se desplazaba para pillarla lejos de su casa, tener conocimiento de dónde estaba en cada momento. Y al idiota que estaba bajo su mando se le había olvidado contarle el detalle de que un tío de metro noventa viajaba con ella. Si lo hubiera sabido no se hubiera presentado solo. Aunque últimamente, con tantas detenciones, no se fiaba de nadie.

—Ya te dije que no tengo nada, todo fue un farol para que me dejaras en paz. —A Amy le temblaba la voz y las piernas casi no la sostenían. Si salía de aquella situación, no quería volver a ver una pistola en su puta vida—. Si nos dejas marchar, conseguiré que Jay se olvide de ti, te lo prometo.

Era un intento desesperado y Amy lo sabía. Damiani no la creería. Realmente no habían encontrado los papeles que guardaba su padre hasta aquella noche, pero D.D. no lo sabía. De momento la situación estaba encallada. El arma de Damiani le apuntaba a ella y Jay

apuntaba a Damiani. Amy no sabía cómo podía acabar aquello. Su impulsividad, esa que tantos problemas solía causarle, tomó el mando. A situaciones desesperadas, medidas desesperadas… eso fue lo último que le pasó por la cabeza antes de lanzarse al suelo de golpe y rodar como una croqueta tras el sofá.

Jay no dudó en aprovechar el momento y disparó. Bajó un poco el cañón del arma, quería a Damiani vivo. Quería pillarlo por todos los negocios sucios y los asesinatos llevados a cabo por su grupo. Lo quería pudriéndose en la cárcel. Le dio en un hombro y la bala lo atravesó. El hombre cayó al suelo gritando como un cerdo que se está desangrando y le dio tiempo a disparar, pero la bala se perdió en el aire.

—¡Jay! ¿Estás bien? —Amy salió corriendo de detrás del sofá.

—¡No te muevas! —le gritó Jay y se acercó a arrancarle el arma a Damiani de la mano—. Ahora ya puedes venir.

Los dos se fundieron en un abrazo que decía más que las palabras. Acababan de pasar por un momento muy peligroso donde podían haber perdido la vida. Pero aún tenían algunas urgencias que atender.

—Llama a una ambulancia y envíales la ubicación para que vengan a recoger a Damiani —le dijo Jay a Amy—. Yo voy a esposarlo y a llamar a la caballería. No se van a creer que tenemos al capo. Creo que de ésta vamos a decapitarlos definitivamente. Pero te advierto algo, Amy: controla tus impulsos si no quieres que me dé un ataque al corazón ¿vale, cariño?

—No te quejes tanto, Kevins —Amy estaba llamando a la ambulancia, mientras Damiani seguía gritando—. Al fin y al cabo ha salido bien ¿no?

Aquel fue el final de su escapada a la cabaña. Llegó la ambulancia y cargó con un Damiani quejicoso y sangrante, al que llevaron con urgencia a un hospital de Filadelfia. Jay pidió seguridad en la puerta de su habitación, hasta que se recuperara, a la policía de la ciudad. Su siguiente destino sería la cárcel y unos cuantos juicios.

*****

Amy y Jay recogieron sus cosas y volvieron a Portland, pero la cantidad de documentación que había guardado el padre de Amy, las grabaciones contenidas en el pendrive, las fotografías y las detenciones de muchos miembros del grupo, hizo que Ron solicitara la presencia de Jay en las oficinas de Nueva York, sin demora. Le prometió que, en cuanto solucionaran lo más urgente, le daría las vacaciones que se merecía.

Amy, por su parte, volvió a trabajar en su empresa, a la que había tenido muy abandonada. Neil le dio la bienvenida y sus empleados le dijeron que la habían echado de menos. Jay le prometió que, en cuanto consiguiera esos días de vacaciones, volvería para estar con

ella, pero Amy sabía que era el principio del fin. Jay se vería imbuido por su trabajo y se olvidaría de la chica pelirroja. Era una muerte anunciada y, sin embargo, dolía. El día antes de su marcha, pasaron la noche en vela, amándose. Fue intenso y precioso. Por la mañana Amy se despertó y Jay ya no estaba.

23

Amy había retomado sus rutinas. Acudía cada día a la oficina, visitaba clientes, diseñaba jardines, trataba con sus proveedores, se paseaba por los viveros escogiendo sus plantas y árboles preferidos y salía, de vez en cuando, con sus amigas o con Neil.

Su empresa, *Design Garden,* funcionaba y crecía poco a poco. Todo había vuelto a la normalidad, aunque Amy dudaba del significado de esa palabra. ¿Normalidad? ¿Era normal despertarse por las noches y buscar la cercanía de Jay? ¿Era normal soñar con él, con sus besos y añorar su sonrisa? ¿Era normal tener pesadillas en las que alguien la encañonaba y solo sabía gritar su nombre? De puertas afuera su vida había vuelto a la calma y el orden, pero Amy no se reconocía a sí misma. La tristeza la abrazaba como si fuera una antigua conocida.

Había convivido solo unos días con Jay y echaba de menos compartir con él esa segunda taza de café por las mañanas. Le faltaban esas conversaciones en la intimidad antes de dejarse llevar por el sueño. Añoraba oír su risa cuando ella hacía bromas tontas o compartir la pequeña ducha de su casa. Sí… hacía las mismas cosas que antes de que alguien quisiera matarla, pero ella no era la misma. Algo había trastocado su vida y tenía nombre y apellido. Y unos preciosos ojos azules.

También estaba esa voz interna que no dejaba de atormentarla. Le decía que no era merecedora de su amor, que solo había sido un espejismo, que no podía aspirar a lo que deseaba. ¡Qué difícil le resultaba saber cómo vivir, ahora que en su interior bullían aquellos sentimientos que la volvían loca! A pesar de todo, pensaba que no debería quedarse con menos de lo que realmente merecía. ¿Por qué no podía tenerlo todo? Siempre que alguien la había amado, lo había hecho mal y aún tenía esperanza de que la persona que llenaba sus sueños y sus pensamientos fuera capaz de hacerlo bien.

Acababa de llegar a la soledad de su casa un día más. Tan solo habían pasado un par de semanas desde que Jay tuvo que volver a Nueva York. De momento estaban en contacto. Jay la llamaba cada noche, a veces un poco tarde. Pero lo hacía. Amy dudaba de cuánto duraría aquella dedicación. Se enviaban mensajes y se explicaban su día a día; se echaban de menos, o eso parecía. Ella llevaba viviendo sola más de ocho años y era feliz con ello; ahora las paredes de su casa rodeaban su soledad y la hacían consciente de ella.

Aún era pronto y Amy abrió el frigorífico para preparar algo de cena. Nada de lo que contenía le hizo la boca agua y decidió prepararse un plato de pasta, tenía un pote de salsa al pesto y una botella de vino blanco abierta. Se cambió de ropa y conectó el

televisor para escuchar las noticias. Mientras esperaba a que el agua arrancara a hervir, le llamó la atención la voz de la presentadora y escuchó sus palabras.

«*El supuesto jefe de una de las familias históricas de la mafia italiana de Nueva York y varios presuntos miembros fueron arrestados este martes acusados en un caso masivo de crimen organizado presentado por los fiscales, con información facilitada por el FBI.*

La acusación, presentada ante un tribunal federal por el Distrito Este de Nueva York en Brooklyn, acusa a ocho integrantes de la familia Damiani de múltiples delitos, entre ellos extorsión y lavado de dinero proveniente del juego ilegal.»

Amy se quedó parada ante la pantalla. Mientras la presentadora hablaba aparecían imágenes de los rostros de algunos de los detenidos. Algunas caras le sonaban. Lo cierto es que, por lo que le había contado Jay, muchas de las pruebas que ocultaba su padre estaban sirviendo para que los indicios o suposiciones iniciales cogieran el peso suficiente para llegar a condenas importantes, con varios años de cárcel. Sonrió al ver el rostro de D.D. tras salir del hospital e ingresar en prisión preventiva sin fianza. Eso había conseguido que dejara de mirar a su espalda a todas horas. Logan estaba muerto y Damiani en la cárcel.

*****

—¿Están todos los informes al día? —preguntó Jay a Walter.

—Todos los que teníamos previstos para hoy, no cantes victoria. —Walter lo miró levantando una ceja—. Intenta no acelerarte otra vez o acabaremos todos en el manicomio.

—Necesito unos días para ir a Portland y no hay manera de hacérselo entender a Ron —Jay estaba algo exasperado—. Casi ni duermo para sacar adelante toda esta mierda de burocracia. No entiendo que tengamos que pringar tanto con el papeleo, de verdad.

—No te quejes, seguro que tú eres el primero en volver a las investigaciones de los casos abiertos —intervino Mary—. Yo tengo el correo a reventar; voy a pasar el resto de mi vida y parte de mi tiempo en el infierno contestando mensajes.

Walter no perdía detalle de las expresiones en el rostro de Jay. Conocía a su amigo y sabía donde se centraban sus intereses. No estaban en el trabajo, a pesar de estar dando el doscientos por cien. Lo que quería era librarse de él para ir en busca de Amy. Se le notaba a la legua y eso provocaba que acabara pinchándolo.

—Piensa que estamos metiendo en la cárcel a los malos, hombre. —Walter hablaba mientras Jay cerraba el ordenador para volver a su apartamento—. Ya ves todo lo que hemos encontrado en relación a la

mafia: operaciones de narcotráfico, apuestas ilegales, extorsión y corrupción, secuestro, infiltración en empresas y hasta tráfico de armas. Todo en uno. Y aún faltan algunas detenciones. No podemos quejarnos, ha sido una operación a gran escala.

—Eso es cierto, sin olvidarnos de la infiltración y el control que tomaron del sindicato para meter mano en el fondo de beneficios médicos, que tiene delito la cosa —contestó Jay—. Unos «cracks» estos mafiosos. Bueno, me voy a casa, chicos, hasta mañana.

—Parece que tengas que fichar, tío —Owen había estado escuchando—. ¿No te vienes a tomar una copa con nosotros? Solo vamos al pub de la esquina. Puedes hablar con Amy más tarde ¿no?

Jay pensó que no le vendría mal una copa, llevaba dos semanas en que todo era trabajo, trabajo y más trabajo. Quería llegar a casa para hablar con Amy, pero también se merecía un paréntesis.

—¿Bajáis ahora? —preguntó—. No quiero llegar muy tarde a casa.

—¡Ahora mismo! —Walter cerró su ordenador y se dispuso a salir de allí.

El *Twins Irish Pub* era un irlandés donde, aparte de beber, aprovecharon para cenar. Las hamburguesas dobles con cebolla y queso eran la especialidad, junto a su salsa exclusiva de la que nadie conocía la receta. Se sentaron en taburetes junto a la barra y las pidieron a la camarera, junto a unas jarras de *Guinness*.

Era el momento de la distensión y las bromas. Y del alcohol. Sonaba la música; en ese momento U2 y su "*With or without you*", amenizaban el ambiente.

Aún hacía calor y la cerveza fría entraba sin sentir. El pub se llenó de gente y muchos los rodeaban para pedir sus consumiciones en la barra.

Jay recordó que no había avisado a Amy de que llegaría tarde a su casa. Pensó en el comentario de Owen sobre «fichar» y decidió que cuando salieran a la calle ya le enviaría un mensaje a Amy. Si se hacía tarde podría hablar con ella por la mañana, antes de ir a trabajar. Estaba agotado y aquella noche con sus compañeros le vendría bien para desconectar un poco y hacer bajar el nivel de estrés.

Pasaron un par de horas. Las hamburguesas eran historia, aunque las cervezas, y algunos chupitos, seguían cayendo entre bromas. Jay, en algún momento, fue consciente de que estaba casi borracho y que debería irse a casa, pero su voluntad estaba anulada por el exceso de alcohol y se lo estaba pasando muy bien. Seguía añorando a Amy, pero no poder hacer nada para ir a su lado lo ponía de mal humor. Por eso le estaba sentando bien aquella salida improvisada.

Sus amigos estaban comentando que deberían ir a casa si pensaban trabajar al día siguiente, cuando ocurrieron dos cosas de manera simultánea: sonó su móvil, vio que era una video - llamada de Amy y,

mientras sonreía y presionaba el icono para contestar, unos brazos femeninos le rodearon desde la espalda, a la vez que unos labios besaban su mejilla pronunciando su nombre en el oído con una seductora voz.

Escuchó dos «Jay» a la vez y supo que tenía un problema. No sabía exactamente por qué, pero su intuición no solía fallar. A pesar de la bruma alcohólica que invadía su cerebro.

*****

A Amy le extrañaba que Jay no hubiera contactado con ella a aquellas horas. Eran más de las doce de la noche y, normalmente, hablaban entre las ocho y las diez. Pensó que quizá tenía un pico de trabajo o alguna reunión que se había alargado. Miró los mensajes, pero tampoco había llegado ninguno. La última hora en que se había conectado eran las siete de la tarde. Suspiró y decidió que lo mejor sería irse a dormir. Era una tontería quedarse esperando cuando estaba cansada y al día siguiente debía madrugar para ir a trabajar.

Se dio una ducha rápida para quedarse fresca antes de dormir. El verano estaba dando sus últimos coletazos, pero el calor aún se dejaba notar. Estaba siendo una estación más calurosa de lo normal. Se puso una camiseta, se recogió el cabello en una coleta alta, se cepilló los dientes y se metió en la cama, acompañada por *Ginger*, que no la dejaba ni a sol ni a sombra cuando estaba en casa. La gata se enroscó a su lado y Amy acarició su lomo un rato, mientras ronroneaba. Dio varias vueltas, se quedó adormilada y, como le ocurría algunas noches, la asaltó otra de sus pesadillas.

Sentía de nuevo el acecho de su agresor. El asesino, que ya tenía nombre y rostro, estaba de nuevo en su habitación y ella temblaba y sudaba muerta de miedo. Esta vez no se iba a librar. Volvía a notar el cañón de la pistola en su cabeza, en su cuello. Su respiración se aceleraba por momentos y su corazón viajaba en una carrera desenfrenada por llegar a una meta inexistente. Iba a morir y esa certeza le hizo despertarse sobresaltada. Se sentó en la cama llevando una mano hasta su pecho. Su corazón iba a salir volando por su garganta si no conseguía ralentizarlo. Eso, o se paraba por el exceso de adrenalina.

Cada vez que tenía una de sus pesadillas pensaba en Jay. Las veces que había dormido con él, los sueños desaparecían o encontraba consuelo en sus brazos al despertar. Lo necesitaba más de lo que era prudente. Aquel corazón que latía apresurado, no lo hacía solo por su angustia, lo hacía por él.

Encendió la luz de la mesilla y cogió el móvil. Solo había pasado una hora, la noche no se presentaba bien. Lo más probable es que se le hubiera hecho tarde y por eso no había llamado. ¿Y si lo llamaba ella?

dejó de darle vueltas y pulsó su número para hacer una video llamada, tenía ganas de verlo y enviarle un beso. El tono sonó un par de veces antes de ver aparecer su rostro… y el de una mujer que lo abrazaba desde la espalda y besaba su mejilla. Por el entorno descubrió que estaba de fiesta… con otra mujer.

Amy no sabía cómo reaccionar, se quedo mirando aquella escena con los ojos muy abiertos y dudó por un momento de que su pesadilla no siguiera en activo y en realidad estuviera durmiendo. Jay cambió su expresión risueña por una de… ¿terror?

—Jay… —fue la única palabra que pudo pronunciar. Su expresión, aparte de sorpresa, denotaba un alto grado de alcohol.

Sintió un profundo vacío en su interior y un dolor seco en el centro del pecho, como un golpe en el plexo solar que se extendía rápidamente al resto de su cuerpo. Le faltaba el aire, negó con la cabeza sin dar crédito a aquella imagen y cortó la comunicación. Pudo oír, antes de colgar, la voz de Jay.

—Amy, cariño, yo…

No quiso seguir escuchando, sus ilusiones acababan de caer por un acantilado para estrellarse con el resto de las que había tenido en su vida, en el fondo de un mar oscuro y embravecido que se tragaba sin cesar todos sus sueños. Debería estar acostumbrada, era lo que solía pasarle. Las lágrimas inundaban sus ojos y las dejó caer durante un rato, prometiéndose a sí misma que, a partir de la mañana siguiente, no dejaría salir ni una más.

A pesar de sus intenciones, por la mañana llamó a Neil para decirle que ese día se quedaría en casa, estaba algo acatarrada. Lo cierto es que sus ojos hinchados no podía disimularlos ni el mejor de los maquillajes. Desconectó el móvil, tenía varios mensajes de Jay y montones de llamadas perdidas. Los borró todos sin leerlos. Ese día en casa le sirvió para coger fuerzas y prepararse para pasar página. Era una ingenua por creer que aquello iba a tener algún futuro, lo mejor sería cortarlo, fuera lo que fuera, de raíz.

¿Qué iba a hacer ella con un agente especial del FBI? ¿Es qué se había vuelto loca? ¿Dónde estaba aquella alergia que siempre les había tenido? Debía hacer el esfuerzo de volver atrás y recordar que los polis no le gustaban. Estaba visto que no eran de fiar.

24

—¡Me dan lo mismo tus razones! —Jay ya no podía mantener el control y su voz había subido de tono ante su jefe—. Voy a cogerme esos días de vacaciones que me debes y no se hable más. Si me los niegas voy a presentar mi dimisión, te lo juro.

—Pero, Kevins ¿Has visto como estamos de trabajo? —Ron empezaba a flaquear, sabía que Jay podía ser muy insistente—. ¡No puedo perder efectivos ahora!

—Si no puedo escaparme al menos una semana, vas a perderme para siempre y no estoy bromeando. —Jay no iba a discutir más, la decisión estaba tomada y Ron debió adivinarlo, ya que finalmente, cedió.

Estaba desesperado. Amy había desconectado su móvil o directamente lo ignoraba. Lo que había visto en aquella brevísima conexión fue a un antiguo rollo de una noche que se quedó con ganas de más. Tuvo que deshacerse de Nancy, Barbie… o algo así, no recordaba el nombre, con mano izquierda y jurándole que estaba prometido. Al final la chica se dio por aludida y desapareció del pub. El cachondeo que formaron sus compañeros fue de órdago. A él solo le quedó un terrible dolor de cabeza cuando imaginó el daño que le había hecho a Amy, sin querer.

—De acuerdo… una semana —Ron lo miró negando con la cabeza —. Tiene razón Walter, te ha dado fuerte ¿eh?

—Tan fuerte como que voy a casarme con ella —fue la inesperada respuesta de Jay.

Cuando se escuchó a sí mismo diciendo en voz alta algo que ni se había planteado, supo que su inconsciente había hablado por él. No había mentido, solo estaba aflorando lo evidente, lo que aquella loca pelirroja había conseguido: volverlo idiota del todo. Seguro que le estaba maldiciendo los huesos, mientras él pensaba en casarse con ella. Si no le aclaraba, cuanto antes, que lo que había visto en la maldita video-llamada no era más que una confusión estúpida, iba a pagar por ello un precio demasiado alto. Walter decía que le había dado fuerte, pero en realidad no imaginaba cuánto. Se había enamorado como un idiota y no quería perderla. Iba a hacer un esfuerzo porque le dejara explicarse y si la única solución era arrastrarse… lo haría.

Mientras hacía su equipaje y dudaba entre volar o viajar en su coche, no pudo más que echar la vista atrás para intentar entender lo que le había ocurrido. Siempre había sido de los que no llegan a la madrugada en una cama ajena, de marcharse incluso antes de decir adiós; de los que sabía que lo correcto para él era un aquí y ahora,

pero nunca un mañana. El futuro nunca había pasado de esta semana o la que viene. Y ahora se estaba planteando una vida entera con Amy. Daba vértigo, sí. Y a la vez lo ilusionaba, estaba seguro de que era lo que quería. Necesitaba decirle que la amaba. No lo había hecho y ella tampoco. ¿Y si estaba dando por supuestas demasiadas cosas? Esa duda lo tenía en un sinvivir, pero el incendio que ellos alimentaban juntos no podía ser una simple ilusión. Con esa seguridad aclimatándose en su interior, se puso en marcha. No intentó volver a enviar mensajes, ni hacer más llamadas, porque ya la conocía lo suficiente: era muy tozuda; iba a ser difícil de convencer. Durante el viaje perfilaría los detalles de su próximo asalto.

*****

Amy había vuelto al trabajo tras ese día de lloriqueos que se había permitido para dejar salir la rabia de su cuerpo. Lo que había empezado como un dolor punzante se había transformado en cólera, algo que resultaba más llevadero para ella. Era más fácil imaginar cómo lo estrangulaba que añorar sus besos y sus caricias. Ahora estaba almorzando con Neil en un restaurante cercano a sus oficinas, intentando atender a lo que su amigo le contaba, sin conseguirlo.

—Los Perkins están muy contentos con el trabajo —le decía mientras degustaban un filete con patatas—. Deberíamos volver por allí para ver como avanzan. Las fotos no son lo mismo que verlo en directo.

—Me parece bien —fue la lacónica respuesta de Amy, cuyos pensamientos volaban lejos de allí.

—La señora Perkins me ha comentado que están avanzando dentro del plazo y que le gusta mucho el resultado —Neil continuó con sus explicaciones—. Además, desde que el asesino ya no es un problema han vuelto a tener las cabañas de lujo con ocupación completa; ya sabes que bajó mucho mientras tenían lugar los asesinatos.

—Claro… ya… —Amy ni siquiera escuchaba lo que Neil decía y éste se había percatado.

—Y esta Navidad, Papá Noel me ha asegurado que te dejará de regalo una escopeta para cazar conejos en el bosque. —Neil se quedó observando su reacción.

—Me parece bien… —Amy miraba su plato y levantó la vista al escuchar la sonora carcajada de su amigo—. ¿Qué te pasa?

—No me estás escuchando, Amy —Neil la miró con preocupación —. ¿Qué te pasa? Sabes que puedes confiar en mí. ¿Echas de menos a tu agente especial?

—¡Ni lo nombres! —respondió Amy frunciendo el ceño.

—¡Vaya! ¡Así que es eso! ¿Problemas en el paraíso? ¿Qué ha hecho para ponerte de tan mal humor?

—No estoy de mal humor, Neil, en realidad tengo ganas de matarlo lentamente… me siento agresiva y vengativa…

—¡Eh! —Neil agarró la mano de Amy por encima de la mesa— ¿Qué ha ocurrido?

Amy lo puso al día de su fallida video-llamada y de lo que había visto a través de la pantalla. Neil la escuchó con atención sin abrir la boca hasta que se hizo el silencio.

—¿No te ha dado ninguna explicación? —preguntó cuando ella terminó su relato.

—Me ha llamado mil veces y me ha enviado mensajes —Amy lo miró levantando la barbilla de forma altanera.

—¿Y qué dice? ¿Te ha explicado quien era la chica?

—¡No hace falta! ¡Era una rubia despampanante y se le estaba enroscando en el cuerpo como una serpiente!

—¡Joder! —Neil no podía más que pensar que Jay era un idiota—. ¿Qué te ha escrito en sus mensajes? te habrá ofrecido alguna aclaración de lo que viste ¿no? O, como mínimo, una excusa.

—No lo sé, los he borrado sin leerlos —Amy se encogió de hombros.

—¡Amy! A lo mejor decían algo importante y no le estás dando la oportunidad de explicarse. Todo acusado tiene derecho a defenderse. ¿Y él que hacía exactamente con la chica?

—Bueno… —Amy recordó la expresión de Jay— creo que estaba un poco borracho y tenía cara de… asustado. Supongo que al ver que lo estaba pillando con las manos en la masa le cogió el canguelo.

—A ver, alma cándida… si te estuviera engañando con otra ¿Tú crees que hubiera contestado a tu llamada? ¡Piénsalo! Hubiera visto tu nombre y se habría metido el móvil en el bolsillo. Más tarde se hubiera excusado dándote cualquier pretexto por su falta de respuesta.

Amy tuvo que reconocer que Neil tenía razón. Si estaba con otra mujer, no tenía ningún sentido que contestara a una llamada suya. Pero estaba borracho. Y eso había que tenerlo en cuenta, cuando uno está como una cuba no controla lo que hace. Aunque las palabras de Neil habían sembrado la duda en ella.

Terminaron de comer y volvieron a las oficinas. Amy quería contestar unos cuantos correos, hacer una llamada a un proveedor, que no podía posponer, y marcharse a casa. Se había prometido no volver a llorar, pero notaba una congoja que más pronto o más tarde acabaría en un reventón. No quería que eso ocurriera en el trabajo. Al entrar en su despacho se encontró sobre la mesa un ramo de flores, grande y precioso. Se acercó sonriendo, a veces los proveedores le enviaban flores, al fin y al cabo ella las compraba a montones por su trabajo.

El ramo llevaba azucenas, narcisos, peonias y mimosas envueltas

en una seda azulada y adornado con un lazo plateado. Una tarjeta estaba anudada en la lazada. Cogió el pequeño sobre y sacó un papel escrito a mano.

«No sabía cuáles eran tus preferidas. Cariño, tenemos que hablar. No era lo que parecía, te lo juro. Jay»

¿No era lo que parecía? ¡Venga, ya! ¿Qué intentaba Jay? ¿Ablandarla con flores? ¡Qué poco original! Eso pensaba Amy mientras algo se aflojaba un poco en medio de su pecho. Solo un poco. A pesar de todo, cogió el ramo y lo acercó a su nariz para inspirar el aroma que desprendían.

—¡Ay, Jay!... ¿Qué has hecho conmigo? —susurró para sí misma—. Me has convertido en una floja. Debería tirar las flores a la basura y soy incapaz de hacerlo.

Sin embargo, una vez acabó lo que quería hacer en la oficina, cogió el ramo y se dirigió a su casa. Aparcó en la esquina y se acercó paseando en dirección a la entrada de su porche. Levantó la vista y detectó que había alguien sentado en los escalones. Antes de ver claramente su rostro supo quién era. Su postura y sus largas piernas eran inconfundibles para ella ¿Qué hacía Jay en Portland? Los últimos pasos los dio muy lentamente. Jay la vio acercarse y se levantó. Ella se frenó a unos pasos y ambos se quedaron mirándose en silencio.

—Te he echado mucho de menos —Jay dio un vacilante paso hacia ella, a la vez que ella lo daba hacia atrás para alejarse.

Amy no abrió la boca, si quería seguir hablando que lo hiciera ahora, antes de que entrara en su casa y le cerrara la puerta en las narices. Entrecerró los párpados y alzó la barbilla, desafiante, como una reina miraría a sus súbitos. Jay fue muy consciente de que aquello no iba a ser fácil y que solo unas palabras no iban a dar resultado.

—Interpretaste mal lo que viste. —La afirmación no le sentó muy bien a Amy que alzó una ceja con escepticismo—. Esa chica acababa de aparecer, no estaba con ella. Ni siquiera recuerdo su nombre.

Amy seguía sin abrir la boca y su semblante era muy serio. Parecía un juez sentado en el estrado presidencial resolviendo si dejar vivir al acusado o si condenarlo a cadena perpetua. Ni una sonrisa, ni un tic, ni nada. Un rostro pétreo. Jay pudo detectar, antes de decidir si se arrodillaba ante ella, un ínfimo gesto que le hizo ver que no era tan indiferente a su presencia como pretendía aparentar. Sus manos, que sostenían el ramo, acariciaban los pétalos de una flor con suavidad.

—Supongo que te hice daño sin querer y lo siento en el alma —Jay volvió a dar un paso hacia ella y esta vez Amy no se apartó y lo miró fijamente a los ojos—. No era mi intención. Justo cuando estaba contestando a tu llamada esa chica apareció y me abrazó desde la espalda. Ni siquiera la había visto. Tanto tú como yo nos dimos cuenta

a la vez de su presencia.

Amy pestañeó, esa fue la única respuesta que obtuvo ante su parrafada. Jay cogió aire y se dispuso a abrirse en canal. Si no obtenía réplica, daría media vuelta y volvería a Nueva York. Pero no iba a perder esa partida sin luchar.

—Ya sé que hace poco que nos conocemos, Amy. Lo que hemos vivido juntos ha sido muy intenso. No solo lo que te ha ocurrido, no solo la manera en que empezó nuestra relación. Es que, para mí, esto ha sido como una explosión. Un estallido de una bomba en medio del pecho. Nadie, en toda mi vida, me ha hecho sentir como tú. Al principio pensé que era una química bestial, incontrolable… después creí que te había cogido cariño, ya sabes, por la cercanía y eso; por estar protegiéndote. Y, hace unas cuantas horas le he dicho a mi jefe que, si no me daba vacaciones para venir a verte, iba a dimitir. Me ha contestado que vale, y que me había cogido muy fuerte esto que tengo contigo. Le he contestado… que vamos a casarnos.

Eso sí que fue un impacto para Amy que dejó de lado su entereza para abrir la boca y los ojos, con el asombro dibujado en su rostro. Levantó las cejas y Jay no supo cómo interpretar aquella reacción de mimo inexperto. No sabía si seguir hablando o callarse de una vez. Decidió que era el turno de Amy.

—No… no… hablas en serio —Amy parecía titubear—. Yo… no sé qué decir.

—Me había parecido que tenías ganas de asesinarme, pero te aseguro que no he hecho nada reprochable, no te he engañado, Amy. Lo único que he hecho es echarte de menos desde que me fui y ahora estoy aquí porque no podía pasar ni un día más sin ti —Jay se acercó y pasó un dedo por su mejilla—. Mírame, Amy.

Amy levantó la vista y se quedó prendada en su mirada azul.

—Te quiero.

Algo apretado y duro anegó el pecho de Amy, una emoción intensa que le llenó el cuerpo de mariposas. Sentía hormiguear sus labios del deseo por besarlo y supo que estaba perdida. Jay la quería. Ningún hombre le había hablado nunca así y estaba un poco mareada.

—Amy, cielo —Jay estaba ahora muy cerca, rozando su cuerpo con el de ella—. Si necesitas que siga hablando voy a hacerlo hasta quedarme afónico. Pero preferiría besarte. Dime algo.

—Es que… las historias de amor siempre me han parecido un espejismo, un poco de magia de esa que te hace sonreír… pero la vida no es así y los dos lo sabemos. Aunque algo falla… lo que siento está ahí. Lo noto en mi estómago. Es algo desconocido que da un poco de miedo ¿verdad? No somos perfectos, Jay. Nuestra historia tampoco lo será, estoy segura. Pero me da igual.

—No tengo claro si vas a besarme o a echarme de aquí.

—¿No? ¿Sabes que leí una vez? —contestó ella y Jay negó con la cabeza— que el mejor afrodisiaco para una mujer está en las palabras. Dime otra vez lo que me has dicho antes, háblame al oído y soy tuya para siempre.

Jay la abrazó sonriendo y ella respondió de la misma manera, sabiendo que habían ganado los dos, y se arrimó a su oído para susurrarle las palabras que ella esperaba.

—Te amo.

Amy no dudó en contestar. Por fin se sentía segura de que estaba haciendo exactamente lo que quería hacer.

—Yo también te quiero.

Entonces sus bocas se unieron y sobraron las palabras. La piel estaba hablando por ellos.

EPÍLOGO

Hacía seis meses que vivían juntos en casa de Amy, en Portland. Jay había solicitado el traslado a las oficinas del FBI en la ciudad y se lo habían concedido, no sin las protestas de Ron, que no quería perder a uno de sus mejores hombres. Para Jay, el trabajo en Portland era mucho más tranquilo que en Nueva York y pudo darse cuenta de que bajar el ritmo endiablado de trabajo y compartir unas horas cada día con Amy lo satisfacía mucho más. Amy había delegado algunas de sus tareas en Neil e intentaba llegar pronto a casa por la tarde. Tener cada día esas últimas horas de la tarde con Jay era algo que la hacía feliz, sencillamente.

Les iba muy bien, se habían dado cuenta de que sus sentimientos eran cada vez más intensos y que no era algo pasajero. Tenían claro que deseaban lo mismo: una vida, juntos.

Jay quiso presentarle a su familia. Había sido una gran sorpresa para Amy enterarse de que Jay tenía nada menos que cuatro hermanos. Él era justo el del medio. Sus padres y sus dos hermanos mayores vivían en Boston y los dos más jóvenes lo hacían en Nueva York. Solo una era chica, la más pequeña, Cindy. Para Amy, encontrarse con una gran familia fue algo abrumador. Ella no tenía a nadie más que a sus amigos y conocidos. Si tenía familiares en algún lugar, nunca los había conocido. Al enterarse de que Jay tenía una pareja estable, toda su familia había querido conocerla y se habían reunido en una comida familiar en la casa de sus padres en Boston. La habían recibido con los brazos abiertos y ella, a pesar de sentirse desubicada al principio, se había adaptado con facilidad a una gente tan encantadora y cariñosa.

A veces recordaba su vida anterior y le daba un poco de miedo. Las cosas habían cambiado tanto que, en determinados momentos aparecía la inseguridad sin avisar. Era algo extraño, como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Intentaba no pensar en ello, ni siquiera se lo había comentado a Jay, no quería alarmarlo.

Pasaron tres meses más hasta que anunciaron su boda. Se celebraría en el complejo de cabañas de lujo de Long Lake, en primavera, justo en el lugar donde se habían conocido. Los Perkins se habían alegrado de que fueran a oficiarlo allí, ya que su relación con Amy se convirtió en amistad. Toda la zona había quedado preciosa, sobre todo una pérgola que se había construido para enlaces y fiestas y que utilizarían en su boda. El diseño era de Amy y constaba de un soporte de madera ornamentado de gasa y arreglos florales.

*****

Había llegado el día. Amy estaba, ya vestida, en una de las mejores cabañas, acompañada de su futura cuñada Cindy, de Mary, con la que había mantenido el contacto, de Sherry, su mejor amiga y de un par de compañeras más de su empresa. Sin olvidar a Lana, su futura suegra. Decir que estaba de los nervios era quedarse muy corta. Nunca había pensado que se iba a casar, al menos no en serio; y, de pronto, aquello era real.

—Creo que no estoy preparada para esto —dijo en voz alta mientras se miraba al espejo de cuerpo entero, acercando su rostro.

Amy se quedó mirando su reflejo sin reconocerse. Estaba muy… bella. La habían maquillado y peinado con esmero, no se parecía a la Amy de cada día. Una larga trenza ladeada y salpicada de flores descansaba sobre su pecho. El vestido era precioso; sencillo y de gasa color marfil. Dejaba los hombros al aire con un escote palabra de honor y una banda ancha de seda drapeada ajustaba su cintura. La falda caía en varias capas sobre sus piernas. Destacaba su pelo rojizo y sus mejillas estaban arreboladas. Pero su expresión no era la que se esperaba en una novia. Era de pavor, rayando el pánico.

—A lo mejor esto no… no va a funcionar —lo dijo casi para sí misma, pero todas estaban pendientes de sus palabras.

—Estás preciosa, Amy —Mary se acercó al espejo y le rodeó la cintura—. Mírate bien, así te verá Jay dentro de un momento.

—No me refiero al vestido, sino a la boda —Amy miró a Mary a través del espejo—. ¿Y si todo se tuerce?

—Solo son nervios, es normal —intervino Cindy—. Yo no me he casado y es posible que no lo haga nunca, pero tú y Jay… ¡sois ideales!

Amy miró su muñeca adornada con un brazalete que había pertenecido a la difunta abuela de Jay, de la que toda su familia hablaba maravillas. Era una responsabilidad llevar aquella joya. Lana, la madre de Jay, se la había entregado hacía unos días y le había dado la bienvenida a la familia.

¿Qué sabía ella de familias? ¿Dónde se estaba metiendo?

—Es que… no hace ni un año que nos conocimos, es tan poco tiempo… y esto es un compromiso de verdad. Estoy asustada —Amy fijó su mirada en el espejo casi sin reconocerse—. ¿Qué hago vestida de blanco como una virgen vestal? ¡Esto es ridículo!

—¿Estás enamorada de Jay? ¿Lo amas? —le preguntó Sherry, que veía a su amiga al borde de la histeria.

—Es que no me refiero a eso, Sherry; es que… lo de para siempre… —Amy intentaba seguir hablando, pero no le hacían mucho caso.

—¡Venga, Amy! —Mary le besó en la mejilla— ¡Deja los nervios de lado de una vez, que no vas al matadero! Recuerda que haces esto porque lo deseas.

—¡Me va a dar un ataque al corazón y vosotras ni me escucháis! —Amy se llevó la mano al pecho, allí dentro parecía librarse una batalla donde las bombas caían sin cesar—. Creo que lo mejor será huir por la puerta de atrás y esconderme en el bosque.

—Jay te buscaría hasta encontrarte —Lana rió a carcajadas y Amy pensó que no entendía porque todas se lo tomaban a broma, incluida su suegra. ¡*Dios, tenía una suegra*!

En ese momento alguien llamó con los nudillos a la puerta y Amy dio un respingo. Se escuchó una voz masculina. Era Neil.

—¡Amy y compañía! Me han enviado para recordaros que se os espera fuera… Jay está dejando un surco pelado en el césped de tanto pasear. A este ritmo los Perkins van a cobraros de más.

—Así que… ¿Está nervioso? —preguntó Amy y mostró una siniestra sonrisa en el espejo—. ¡Es lo menos que puede hacer después de meterme en este sarao!

—Me voy fuera a calmar los nervios del novio —dijo Lana negando con la cabeza con incredulidad— a este paso no os casáis.

Cuando Lana salió al exterior, Mary tomó una decisión.

—¿Podéis dejarme sola con Amy? —preguntó al resto— enseguida salimos.

Cuando se quedaron las dos solas, Mary se acercó a Amy, que seguía petrificada ante el espejo.

—¡No creía que fueras una cobarde, Amy Newman! —le dijo con un tono acusatorio—. Creía que estabas hecha de otra pasta.

—Oye, espera… —Amy estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Te da miedo salir ahí fuera y comprometerte con el hombre que amas, delante de su familia, pero te enfrentas a un asesino sin despeinarte! ¿Has cambiado de idea o qué te pasa?

—No sé… —A Amy le empezaba a faltar el aire en los pulmones.

—¿De qué mierda te estás escondiendo? —casi le gritó Mary.

—¡Yo no me escondo! —Amy frunció el ceño y reaccionó enfadándose con Mary—. ¡Ahora mismo voy a salir ahí afuera!

—¡Perfecto! ¡Porque quiero que sepas que yo aposté por vosotros y, si no sales y te casas, voy a perder mi puto dinero!

—¿De qué estás hablando? —Amy estaba alucinada, ahora resultaba que se hacían apuestas sobre su boda—. Y ¿Quién va a perder, por cierto?

—Pierde Owen… Walter y yo apostamos por vosotros. De eso hace bastante tiempo. ¿Vas a dejar que Owen nos gane?

Las dos se quedaron mirando hasta que, al darse cuenta de lo que estaban haciendo, estallaron en carcajadas.

—¡Claro que no! ¡Vas a ganar esa apuesta! —Amy levantó su mano y Mary la palmeó con fuerza—. Creo que ya estoy preparada. Solo ha sido un lapsus.

Amy salió al exterior y se dirigió hacia la pérgola, donde todos la esperaban. Neil la acompañaba y ella se agarraba a su brazo con fuerza.

—Estás preciosa, Amy —le susurró al oído—. Te deseo toda la felicidad del mundo, de verdad.

—Gracias, Neil. Eres un cielo.

Sonaba *All for love* de Bryan Adams, el día era esplendido y el olor de flores inundaba sus sentidos. Jay la esperaba anhelante, sus hermanos le sonreían, sus padres se cogían de la mano y sus amigas se secaban las lágrimas. Se miraron y Jay le guiñó un ojo, un gesto muy suyo. En ese momento un nudo se deshizo en su pecho. Los nervios se diluyeron en un instante y solo lo vio a él. El resto desapareció. Y Jay solo la veía a ella.

Se acercó llevando un pomo de flores entre las manos y su corazón allí dentro, escondido entre las flores.

—Me alegro de que sigas aquí, agente especial Kevins —le susurró al llegar a su lado.

—Yo también me alegro, pelirroja —fue su respuesta.

—Te quiero —Jay cogió una de sus manos—. ¿Preparada?

—Yo también te quiero —Amy apretó su mano—. Preparada.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Dicen que la gratitud se da cuando la memoria se almacena en el corazón y no en la mente. Por eso quiero agradecer tantos regalos como recibo con vuestras opiniones y reseñas sobre mis novelas, con vuestros comentarios y ánimos. Porque los guardo en el corazón.

Esta etapa de mi vida está resultando distinta a como esperaba gracias a la escritura. Siempre he leído mucho, desde niña. Pero escribir se ha convertido en una necesidad, tan solo desde hace unos años. Estoy feliz de que así sea; pintar mis historias con todos los colores y dejarlas volar para compartirlas, es algo que jamás había imaginado que haría.

Gracias a todas esas personas que me siguen desde el principio y a las que se han ido añadiendo en el camino. Vosotros sabéis quiénes sois.

Mención especial, como siempre, a mis Lectoras Cero por su paciencia y su dedicación, por ofrecerse a leer todo lo que escribo y por ser siempre tan proactivas y darme los mejores consejos. Ellas son:

—Anna de la Cruz, mi querida hermana que se traga todo lo que escribo capítulo a capítulo, millones de gracias por tu apoyo incondicional y todos esos whatsapp que me animan a seguir.

—María L. Pardos, gracias por tu apoyo y por dedicar tu tiempo a leerme. Los grupos de telegram y las LC no serían lo mismo sin ti. Te admiro, escribes unas historias impresionantes y creo que me has inspirado para atreverme a escribir esta novela.

—María José Moreno, mil gracias por estar siempre ahí para leerme y por tu confianza al ofrecerme tus preciosas novelas.

—Nina Vera, muchas gracias por encontrar siempre eso que a mí se me escapa, una palabra repetida, una incongruencia, ese gazapo que no vería ni leyendo el texto mil veces.

—Marga Benavides, lectora cero por primera vez para mí, una lectora empedernida, un «tornado» que siempre está dispuesta a ayudar, a leer, a comentar y a dar apoyo. Gracias por darme la idea de incluir las canciones que aparecen en la novela.

¡Muchas gracias a todas, sois las mejores!

Gracias también a los grupos de Instagram:

@descubriendoautores y sobre todo a Laura, que es una gran organizadora, generosa y ocurrente, siempre pensando en promocionar y ayudar a los autores.

@autoresconectados un grupo donde las personas que escribimos (o lo intentamos), nos sentimos acompañadas y arropadas.

Y unas enormes y sinceras GRACIAS a todas las personas que han llegado hasta aquí. A las que conozco y a las que no conozco, lectores

anónimos a los que agradezco infinito que hayan dado una oportunidad a esta historia.

Os agradecería muchísimo, dedicarais unos minutos para dejar vuestros comentarios a este nuevo libro, que podéis reseñar en Amazon, en Goodreads y en IG, no imagináis lo importantes que son las reseñas para dar visibilidad a nuestro trabajo.

O si lo preferís podéis escribirme, prometo contestar:

—email: elenacruzm62@gmail.com

—Instagram—> @elenacruzm62

¡Animaos a comentar y valorar mis escritos! ¡Millones de gracias! **Es de gran ayuda para los escritores independientes.**

Estos son mis 17 libros, autopublicados en Amazon:

Bilogía EN PAPEL
—1. EN UN TROZO DE PAPEL
—2. UNA CARTA EN MI BUZÓN

Trilogía GALWAY—SNOWSHILL
—1. LA MAGIA DE LOS PEQUEÑOS MOMENTOS
—2. LA MAGIA DE TU MÚSICA
—3. LA MAGIA DE TU RISA

Trilogía Nuestras Vidas
—1. MI MEJOR ACTUACIÓN
—2. MI MEJOR BAILE
—3. MI MEJOR ELECCIÓN

Libros Independientes
—OTOÑO 2016
—SUEÑOS CUMPLIDOS
—LAS CENIZAS DE LA MENTIRA
—UN JUEGO PELIGROSO
—A SEIS GRADOS DE SEPARACIÓN
—UN DÍA DE ESTOS…
—PERDIDA EN EL OLVIDO
—TRES MÁS TRES
—LA TRAMPA

Sinopsis

BILOGÍA EN PAPEL—1—EN UN TROZO DE PAPEL (09/2018)

Lara está viviendo con Carlos desde hace unos meses, cuando el que fue el amor de su vida regresa después de ocho años. Cuando Alex se marchó, sólo dejó una nota escrita en un trozo de papel y el dolor de las ilusiones destrozadas. Ahora ha vuelto y pretende recuperar a Lara, aunque no vuelve solo. Tras sus ocho años en París, regresa con una hija. Lara intenta resistirse y se apoya en su amiga Adriana. Los acontecimientos inesperados los enfrentaran de nuevo para revivir el pasado y quizá reescribir el futuro.

BILOGÍA EN PAPEL—2—UNA CARTA EN MI BUZON (09/2018)

Adriana vive con el miedo de que su acosador la alcance. Carlos sobrevive a la decepción y el abandono de la mujer de su vida. Dos almas heridas que se encuentran y se ofrecen su amistad para salir a flote. Cuando la relación entre ambos empieza a cambiar, un accidente trastocará sus vidas y los hará aún más vulnerables. Sólo la

fuerza de sus sentimientos decidirá su futuro.

TRILOGIA GALWAY—S—1—LA MAGIA DE LOS PEQUEÑOS MOMENTOS (11/2018)

Xenia, una pelirroja fantasiosa y muy especial, es una fotógrafa que trabaja en una empresa de eventos, junto a su amigo Oriol. El hermano de este, Biel, profesor de Literatura en la Universidad, prepara su boda junto a Claudia, que unos días antes del enlace, huye a Las Vegas con su mejor amiga. Xenia intenta animar a Biel, al que arrastrará a unas vacaciones en Galway (Irlanda), donde las leyendas del lugar y sus recientes sentimientos, les harán descubrir la magia de los pequeños instantes.

TRILOGIA GALWAY—S—2—LA MAGIA DE TU MÚSICA (02/2019)

Adele, es una londinense afincada en Barcelona, propietaria y directora de la empresa de eventos Dream Wedding, una mujer con mucho carácter y las prioridades muy claras. Oriol, músico y guitarrista de rock, al que no le ha llegado aún el éxito, trabaja para ella y ameniza con su grupo bodas y eventos. Son el día y la noche, el blanco y el negro, la luz y la oscuridad, dos trenes chocando de frente, antagónicos, incompatibles y opuestos. Una noche loca los acerca demasiado y las consecuencias los llevarán a un callejón… ¿sin salida? Sólo parece haber algo que los une sin remedio: la magia de la música.

TRILOGIA GALWAY—S—3—LA MAGIA DE TU RISA (05/2019)

Evelyn, nacida en Snowshill, un pequeño pueblo de la campiña inglesa, vive y trabaja ahora en Barcelona, en la empresa de eventos de su amiga Adele, que la acogió en su huida de un ex—marido maltratador. Desde entonces, intenta salir adelante, aunque su pasado la persigue y le impide avanzar. Por una excentricidad del destino, Cody se convierte en su vecino; el héroe de su infancia, al que perdió la pista hace muchos años, surge de nuevo en su vida y su amistad se vuelve indispensable. Una colaboración laboral, debido a un problema de seguridad informática, la acercará sin remedio al único hombre que puede conseguir que vuelva a reír. El valor y la determinación de volver a construirse una vida, junto con el renacer de antiguos sueños, harán posible que la magia vuelva a brillar.

OTOÑO 2016 (LIBRO INDEPENDIENTE) (08/2019)

Eric ha pasado un eterno año en prisión, a la espera de juicio, por la muerte de su mujer. ¿Homicidio o suicidio? Al salir de la cárcel, libre de cargos y con la certeza de que la verdad se ha unido promiscuamente a la mentira, Eric centra sus esfuerzos en desentrañarla, pero sólo consigue tener cada vez más preguntas sin respuesta. Paula, divorciada y madre de Cris, pasa a formar parte de su mundo, cuando la pequeña ofrece su amistad al hijo de Eric, Nil,

cuyo síndrome de Asperger, le dificulta relacionarse para hacer amigos. El apoyo de Paula, alentará a Eric en la búsqueda de una verdad, que a cada paso, parece enredarse más. Intentando analizar el pasado, a través de un presente confuso y voluble, el futuro empieza a dibujarse como un sueño prometedor, cuando los sentimientos despiertan y la única prisión, pasa a ser la de los malos recuerdos.

SUEÑOS CUMPLIDOS (LIBRO INDEPENDIENTE) (12/2019)

Tres mujeres, Eva, Mai y Gina, amigas desde la infancia y periodistas vocacionales, consiguen cumplir su sueño trabajando en la cadena de televisión Media30TV, aunque cada una tiene una meta distinta al resto. Eva consigue presentar su ansiado concurso de máxima audiencia, Mai espera con paciencia, un destino como reportera en zonas de conflicto y Gina, un mejor programa de entrevistas, donde desnudar metafóricamente a los invitados. Todo se complica, cuando a Eva empieza a recibir correos y notas anónimas amenazantes que consiguen asustarla, lo que la obliga a soportar a Pol, un detective privado y guardaespaldas, amigo del jefe de la cadena. Mai es enviada junto a su amigo y fotógrafo Álvaro, a El Cairo, donde tiene lugar un incidente con repercusión a nivel mundial. Gina entrevista en su nuevo programa a Lucas Molina, un famoso modelo, convertido en actor, que la arrastra a un viaje por el Caribe, sucumbiendo a los dictados de la prensa amarilla y a la presión de las audiencias. Sus sueños de la infancia, no eran exactamente lo que habían imaginado, pero las experiencias vividas, les harán apreciar aún más, el valor de su amistad.

LAS CENIZAS DE LA MENTIRA (LIBRO INDEPENDIENTE) (03/2020)

Avery ha perdido a su marido y a su hermana en un accidente. Declan ha perdido a su mujer. Kai, el hijo adolescente de Declan, ha perdido a su madre. Médicos de profesión, ambos se vuelcan en su trabajo, para intentar atenuar el dolor de sus pérdidas. Poner sus vidas de nuevo en marcha, es difícil y extenuante, sobre todo, cuando empiezan a surgir sombras, sobre los sucesos del pasado. Pequeños detalles que mancillan los recuerdos felices, indicios que aumentan la perplejidad y la desconfianza, sobre las personas que ya no están. A través del tortuoso viaje de las etapas del duelo, Avery y Declan deberán descubrir una parte de su pasado a la que fueron ajenos y que puede doler más que la propia ausencia. También se descubrirán el uno al otro, al iniciar un camino sin retorno, que los llevará a explorar nuevos senderos. En un entorno idílico, cercados por las Montañas Rocosas canadienses, su historia transcurre entre la superación de la pérdida, la asimilación de la mentira y el nacimiento de una nueva oportunidad.

UN JUEGO PELIGROSO (LIBRO INDEPENDIENTE) (07/2020)

Vivian Griffin vive en Los Ángeles, es una abogada de éxito que no soporta su trabajo y que ama el arte. Jeremy Evans, un hombre de negocios nacido en Wall Street, se siente incómodo con su vida y espera algo que le suponga un reto. Duncan McAllen, escocés y marchante de arte, se dedica supuestamente a las subastas, aunque sus negocios van mucho más allá. A Chantal Bonheur, una joven parisina, impulsiva y algo loca, le ha tocado la lotería y se ha convertido en millonaria de la noche a la mañana.

Todos ellos, han aceptado el reto de adentrarse en un juego propuesto desde la deep web o internet oculto, arriesgándose a perder mucho dinero pero, sobre todo, a pasar por las pruebas de un juego que los llevará al límite de sus posibilidades. Todos tienen una vida en la que les falla algo y deciden arriesgarse para experimentar algo distinto. Su encuentro en Singapur con Demang y Kelana, los arrastrará a decidir si pueden perderlo todo.

¿Qué finalidad tiene el juego? ¿Qué ocurrirá entre sus competidores? ¿Hasta qué punto los desafíos son cada vez más peligrosos?

Un viaje que hará aflorar instintos y miedos; sentimientos y sueños; que medirá los límites de cada uno y les hará decidir qué hacer con sus vidas.

A SEIS GRADOS DE SEPARACIÓN (LIBRO INDEPENDIENTE) (09/2020)

Me llamo Abril y os voy a contar mi historia. Siempre me he sentido culpable: de los cambios ocurridos a mis quince años, cuando un suceso traumático afectó mi vida, de haber originado el desastre, de haber golpeado la primera ficha de dominó que hizo caer al resto de la larga hilera. La devastación de mi familia, las responsabilidades demasiado tempranas, el papel que me asignó la vida en mi adolescencia y juventud, me han hecho cargar siempre con demasiado equipaje. Hasta que tomé la decisión de cambiar el rumbo y encarar mi futuro, intentando desprenderme de lo que más me pesaba. Una nueva vida, un nuevo entorno y la presencia inesperada de David, al que me une una antigua conexión, me ayudarán a apreciar lo que tengo y lo que puedo conseguir. Las distancias entre las personas no son tan grandes como parecen y los nexos de unión que he ido descubriendo, me han provocado la necesidad de hacer un viaje hacia el centro de mí misma y decidir lo que de verdad importa.

UN DÍA DE ESTOS… (LIBRO INDEPENDIENTE) (11/2020)

La desgracia ocurrida hace más de diez años en Los Angeles, no deja de atormentar a Jacob en sus pesadillas. A pesar del cambio de vida y de trabajo, a pesar de residir en Boston a miles de kilómetros, el pasado no deja de interferir en su presente. Sus funciones de

arquitecto de inteligencia artificial en una gran empresa tecnológica y la fusión con otra firma similar, lo llevará a conocer a Iria bajo la presión de una complicada integración de sistemas. El continuo tira y afloja entre ambos, las divergencias de opinión y la compañía de Iria, conseguirán algo que Jacob echaba de menos: sentirse vivo. También la existencia de la pequeña Emma, pondrá en jaque a Jacob con sus recuerdos. Porque a veces el mejor momento para cambiar las cosas, es justo ahora, no un día de estos...

PERDIDA EN EL OLVIDO (LIBRO INDEPENDIENTE) (03/2021)

Una mujer aparece inconsciente y herida en las calles de París y despierta en un hospital sin recordar quién es. La paciente de la habitación 126 sufre de amnesia debido a un traumatismo craneal y está indocumentada; sólo la acompaña un maletín que, en un principio, parece contener un portátil, pero que en realidad está repleto de billetes de quinientos euros. No existe más rastro de su identidad, no lleva teléfono móvil ni cartera, tarjetas bancarias o carnet de conducir. Michel, el neurólogo que la trata, está convencido de su inocencia e intentará ayudarla. Cuándo la mujer recupera la memoria, los hechos se precipitan poniendo a ambos en peligro. Dos caminos que se encuentran en el peor momento, pero que no pueden evitar la enorme atracción que los domina... a pesar de la gran distancia que los separa.

TRILOGIA NUESTRAS VIDAS 1 – MI MEJOR ACTUACIÓN (2021)

Keara y Alan se conocen desde siempre y han sido inseparables durante muchos años. Su infancia transcurre en dos ranchos vecinos de Texas y sus familias son como una sola. Su afición al teatro y una conveniente casualidad, los arrastran a introducirse en el mundo del cine hasta triunfar en Hollywood: Ella como una gran actriz, él como uno de los mejores directores de cine de Los Ángeles.

Su divorcio los lleva a una separación total tras muchos años de cercanía y convivencia, que se destruyen en poco tiempo. Han pasado cinco años sin saber el uno del otro, cuando el rodaje de una película los vuelve a unir; ella debe interpretar el papel de su vida y él la dirigirá. Keara se enfrenta a una doble actuación: la de su trabajo y la de su vida real. Una dura prueba que los llevará a volver a mirarse cara a cara, a recordar el pasado y a plantearse los errores que ambos cometieron.

TRILOGIA NUESTRAS VIDAS 2 – MI MEJOR BAILE (2021)

El sueño de Samantha ha sido desde siempre llegar a ser una bailarina famosa en una importante compañía de ballet y está en el buen camino para lograrlo. A pesar de tener un compañero de baile como Lev, al que siempre ha admirado, nunca ha logrado dejar de

pensar en Gabe, su vecino y amigo de toda la vida… ¿Es posible que ahora tengan una oportunidad? Todo parece indicar que sus deseos se harán realidad, cuando tiene lugar un hecho que desencadena en la mayor injusticia que Samantha es capaz de imaginar. Gabe deberá poner todo su empeño en apoyar a Sam y convencerla de que, a veces, tirar la toalla no significa perder, sino enfrentarse a un nuevo reto y una nueva ilusión.

TRILOGIA NUESTRAS VIDAS 3 - MI MEJOR ELECCIÓN (2021)

Esta es la historia de Tanya y Nick. La historia de sus vidas. Ella nació en Harlem y tuvo una infancia y adolescencia difíciles. Para él todo fue fácil en el rancho Acker en Houston, pero se enamoró de quién no debía. Sus caminos se cruzan debido a sus trabajos y, en algún momento, las cosas empiezan a cambiar. Tanya esconde sucesos importantes de su pasado y Nick quiere averiguar todo de ella; incluida la razón de su odio hacia el grupo de los Garage Singers, que Nick representa. ¿Qué ocurrió en la adolescencia de Tanya? ¿Cuándo reconocerá sus sentimientos por Nick? ¿Qué elecciones deberán decidir su futuro?

Averígualo leyendo la tercera y última entrega de la Trilogía Nuestras Vidas.

TRES MÁS TRES – LIBRO INDEPENDIENTE (01/2022)

¿Qué probabilidades hay de que dos desconocidos se encuentren en una gran ciudad? ¿Y de que decidan mudarse a otra, mucho más pequeña, con muy poca diferencia de tiempo? ¿Posibilidades de acabar siendo vecinos? Pocas, muy pocas. Pero eso les ha ocurrido a Joana y Mario. Ella es viuda y tiene una hija de seis años, Martina, y un hijo de trece, Víctor. Él está divorciado y tiene dos hijos, Lucía de trece años y Zac de quince.

En un entorno ideal, en la isla de Formentera, se convertirán en amigos, además de vecinos. ¿Puede surgir algo más? No parece fácil cuando a Joana le cuesta tanto superar el pasado. Tampoco ayuda estar rodeados de adolescentes que ponen trabas a su posible relación y que tienen sus propios problemas de adaptación. ¿Quieres conocer a estas dos familias? Adéntrate en su historia a través de los entresijos de sus vidas.